



UNIVERSITAT
JAUME·I

ESCUELA DE DOCTORADO

LA ECONOMÍA EN EL MUNDO ROMANO:
EL CONTEXTO ECONÓMICO DE LA ROMA ANTIGUA
COMO LABORATORIO CONCEPTUAL

Tesis doctoral con mención internacional

Autor: PHILIPP BARCELÓ

Director: Prof. Dr. JUAN JOSÉ FERRER MAESTRO

Castellón, Junio, 2016

PRÓLOGO

El presente estudio ha sido inspirado por el profesor Juan José Ferrer Maestro, Catedrático de Historia Antigua de la Universidad Jaume I de Castellón, a quien debo la mayor parte de mis conocimientos sobre la historia económica y social del mundo antiguo. Conocí al profesor Ferrer hace ya muchos años, durante una de sus dilatadas estancias de investigación y docencia en varias universidades de Alemania. Su excelente libro *La República participada*, publicado por la Universidad Jaume I y que tuvo una gran acogida en Alemania, me causó una honda impresión, como modelo de enfoque de una serie de problemas de la economía preindustrial que, a mi modo de ver, siguen conservando un fuerte poder de atracción e ímpetu didáctico para entender la compleja maquinaria de la esencia económica de nuestro propio mundo, tan heterogéneo y no menos globalizado que el Estado multiétnico denominado Imperio romano. Fue a partir de este momento, cuando se despertó mi interés por temas económicos y sociales relacionados con la Antigüedad.

Quiero a través de estas líneas expresar mi reconocimiento y gratitud, en primer lugar, por acceder a dirigir un estudio que pretende analizar la incidencia de la economía antigua como laboratorio conceptual de un sinfín de aspectos económicos que no han perdido actualidad, a pesar de la distancia temporal que los

separa, y, en segundo lugar, por el asesoramiento que me ha dedicado, pues sin él hubiera sido imposible abordar la presente tesis doctoral. También quiero extender mi agradecimiento a mis padres y a un número de personas del entorno científico tanto español como alemán que con sus consejos, experiencias e incondicional apoyo han contribuido a la conclusión de esta investigación.

Como casi todos los proyectos que se plantean dilucidar objetos de investigación tan amplios, como el de la economía del mundo romano, también la aportación que aquí presento, no está exenta de deficiencias y limitaciones. La posiblemente mayor de ellas podría ser la imposibilidad de poder abarcar toda la dimensión, así como las múltiples facetas, del complejísimo tema. Soy consciente de que la argumentación que esbozaré a continuación, representa más bien una concisa selección de ideas y propuestas, que se centran en determinados aspectos del quehacer económico y, que enlazan los mecanismos de nuestro actual sistema económico, con lo que sucede en la Antigüedad. No albergo la pretensión de tratar el tema de forma exhaustiva, completa y definitiva, ni de proporcionar una visión de conjunto de la quintaesencia de la economía romana, sino que me limito sustancialmente a analizar una serie de líneas de transmisión histórica, eventos constatados, incertidumbres y certezas, interrogantes, estructuras, teorías y agentes económicos, que a mi modo de ver, son esenciales para poder adentrarse en las cuestiones que aquí nos ocupan. Si se me

permite utilizar una de las metáforas populares más expresivas de la lengua española, lo que verdaderamente ambiciono, es aportar “mi grano de arena” a la comprensión del tema.

Los capítulos del estudio tal como quedan plasmados en el índice, requieren una breve explicación. Dado que se trata de una tesis doctoral europea, lo que comporta el requisito de utilizar varias lenguas en su confección, en este caso aparte del español, el alemán, he traducido la introducción (*Einleitung und methodische Begründung des Themas*) y las conclusiones (*Zusammenfassung*) al alemán, tal como lo prescribe la normativa vigente para las tesis internacionales. Aparte de ello, he decidido agregar un capítulo redactado en lengua alemana y dedicado a la economía griega, como punto final del libro, después de algunos apuntes conclusivos, muy a propósito de esta comparación entre la economía griega y romana, que vienen al caso de la diferencia entre macroeconomía y microeconomía en el estudio de la historia económica de la Antigüedad. Aunque por razones obvias, cronológicas y de contenido, esta digresión (*Zu den Grundlagen der griechischen Wirtschafts- und Sozialverfassung*) dedicada al tratamiento de la economía griega hubiera tenido que ir más bien al principio, su ubicación en este lugar obedece a razones prácticas, es decir: al afán de no interrumpir el flujo de los capítulos escritos en español, que configuran el núcleo y la esencia de mi aportación al objeto de mi investigación. No obstante, este breve ensayo sobre el sistema económico heleno, como se ve en los apuntes conclusivos y

comparativos, constituye el antecedente necesario, que nos ayuda a penetrar, comprender y comparar todo lo que sucede en el mundo de la economía de Roma, con lo que se genera previamente en Grecia a lo largo de su milenaria historia.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. PRESENTACIÓN Y JUSTIFICACIÓN METODOLÓGICA

2. EINLEITUNG UND METHODISCHE BEGRÜNDUNG DES THEMAS

3. BREVE PANORAMA DE LA ECONOMÍA ROMANA

3.1 Elementos constitutivos

3.2 Entre crisis y reorganización

3.3 Planteamientos teóricos

4. PROBLEMAS METODOLÓGICOS PARA UNA APROXIMACIÓN A LA ECONOMÍA ROMANA

4.1 Enfoques interpretativos

4.2 Constantes antropológicas

5. APUNTES SOBRE LA NATURALEZA DE LA FISCALIDAD ROMANA

- 5.1 Estructuras y objetivos
- 5.2 Praxis fiscal en época imperial
- 5.3 Tasación de la tierra
- 5.4 La fiscalidad del Bajo Imperio

6. ECONOMÍA, FINANZAS E INVERSIONES

- 6.1 Monetización
- 6.2 Sistemas crediticios

7. EL COMPORTAMIENTO DE LOS PRECIOS EN EL MUNDO ROMANO

- 7.1 Inflación y precios
- 7.2 El precio de la guerra
- 7.3 Dirigismo gubernamental
- 7.4 Reformas monetarias: la clave del pulso económico

8. MACROECONOMÍA EN EL TRASFONDO DE LA RELACIÓN ENTRE ECONOMÍA ANTIGUA Y MODERNA

9. CONCLUSIONES

10. ZUSAMMENFASSUNG

11. ZU DEN GRUNDLAGEN DER GRIECHISCHEN
WIRTSCHAFTS-UND SOZIALVERFASSUNG

12. BIBLIOGRAFÍA

1. PRESENTACIÓN Y JUSTIFICACIÓN METODOLÓGICA

Cabe preguntarse ante todo por qué se justifica hoy día, en plena vigencia de una crisis económica y financiera de graves consecuencias no solo en toda la Unión Europea sino en el conjunto de la economía global, la confección de una tesis doctoral que se centra en la economía de la antigua Roma. Siguiendo el eslogan ciceroniano tan conocido que considera a la historia, entendida como la *narratio rerum gestarum*, el registro de los grandes hechos de la humanidad, como una “maestra para la vida”, no podemos sino volver los ojos al mundo antiguo para reparar en las parecidas vicisitudes que sufrieron nuestros antepasados y precursores en la idea de una Europa unida y de un mercado común, a la hora de ordenar su vida económica y sus finanzas y ligado a ello su quehacer político. Pues sabido es que, fue precisamente en el Imperio romano donde se generó la primera creación de un mercado y una economía transnacional, una moneda única y unos condicionantes políticos homologables a todo su inmenso territorio, respaldados por una legislación y una política común.

Esta tesis se dedica al estudio de la economía romana en algunos de sus episodios singulares más significativos y con ello quiere recordar que, si no hay nada nuevo bajo sol, debemos mirar al desarrollo, auge y crisis de la economía romana para tratar de extraer lecciones básicas para el mundo de hoy.

Los estudios de historia económica y social referidos al mundo antiguo ya tienen una larga tradición y han generado una enorme bibliografía que, por razones obvias, será solo utilizada aquí en los aspectos puntuales que sean de un interés específico para el desarrollo de la siguiente argumentación histórica. Valga decir que, metodológicamente, nuestra aproximación se nutre de fuentes antiguas, como no podía ser de otra manera, y de métodos consagrados con la aportación de técnicas y puntos de vista novedosos. Por un lado bebe de la tradición clásica de las llamadas “ciencias de la Antigüedad” (*Altertumswissenschaften*), de raigambre alemana, que produjeron el moderno método histórico-crítico ya en el siglo XIX. Crucial para el desarrollo de la investigación histórica sobre el mundo antiguo ha sido la escuela que se inicia con August Boeckh (1785-1867), discípulo del fundador de la moderna filología, Friedrich August Wolf, que aplica la metodología filológica a la historiografía y disecciona también documentalmente la historia económica de la Antigüedad.

El interés histórico global de nuestro tema se inspira, así, en la metodología de Boeckh, que se basa en el estudio de instituciones e ideas con rigor documental y con pretensión de hermenéutica global, como historiografía y filosofía de la historia a la par, trascendiendo el análisis de lo particular, en este caso la economía romana, para ofrecer una visión global (*Übersicht*) de validez universal que pueda ayudar a extrapolar lecciones para hoy día, en nuestro mundo en crisis. La nuestra será, pues, una historia

económica muy deudora de la historia de las instituciones y de las regulaciones fiscales, tributarias y financieras del mundo romano, que se encuentran ancladas en el vasto campo del Derecho Romano y en las directrices de la política romana: por ello también cabe hablar de una aproximación jurídica, de instituciones, como la que propugnó en su día Barthold G. Niebuhr (1776-1831) en su *Römische Geschichte* (3 volúmenes publicados entre 1811-1832) frente al positivismo del clásico Leopold von Ranke (1795-1886), un Tucídides kantiano que sistematiza definitivamente el método histórico-crítico con pretensiones científicas. ¿Es posible hacer una historia económica del mundo romano que no solo tenga en cuenta los datos positivos y empíricos, el recuento de impuestos, riquezas y transacciones comerciales y que dé también un lugar a la teoría histórica y a la filosofía de la historia? Creemos que debe intentarse, si hemos de extraer conclusiones que nos sean de utilidad en el mundo actual. No podemos dejar de mencionar la aproximación al estudio de la historia económica a partir del positivismo científico que preconizaban August Comte o Benedetto Croce (1866-1952), con la idea de la historia como sistema y la de la posibilidad de extraer lecciones y tendencias subyacentes a la misma, de la misma manera que se podían hallar principios en las ciencias naturales.

El positivismo de los documentos de Ranke y su escuela presupone un historiador aséptico e independiente de su contexto económico y social, y esto no es realista. A todo ese rigor histórico de las fuentes documentales del llamado “historicismo”, creemos

que hay que aplicar una perspectiva más amplia como hizo desde el punto de vista del derecho y las instituciones Theodor Mommsen (1817-1903) en su monumental *Römische Geschichte* (3 volúmenes publicados entre 1854-1856) y como intentó, en su fundacional historia cultural de la Antigüedad, el eminente historiador suizo Jakob Burckhardt (1818-1897).

Tampoco se puede obviar en un trabajo como el presente la gran labor desarrollada en el campo de la historia económica romana por la historiografía de raigambre marxista, desarrollada a partir de los escritos e ideas de Karl Marx (1818–1883) y Friedrich Engels (1820–1895). Sobre una lectura diferente de las fuentes para hacer historiografía. El denominado materialismo histórico estudia el orden social y su devenir histórico como causado por los modos de producción, la distribución e intercambio de sus resultados. Las relaciones de producción entre las clases, también en el mundo antiguo, conforman desde el punto de vista marxista la estructura económica de la sociedad, que es la más relevante para el historiador según esta escuela, pues subyace a las superestructuras jurídicas y políticas. La búsqueda de las transformaciones de los modos de producción y la indagación científica en los sistemas económicos del mundo antiguo pasan desde esta época a condicionar la historiografía pues se constituyen en el principal motor del proceso histórico, en la conocida metodología que se genera en la dialéctica del materialismo histórico.

Son de aplicación también al estudio de la economía antigua los métodos y problemas teóricos de otras ciencias sociales, como la sociología de Max Weber, que se ocupó por extenso de la economía de los estados de la Antigüedad, de lo que da fe su *Historia agraria romana*. Pero quizá la escuela más importante de la que nos debemos reconocer deudores en este estudio es la Historia económica y social de Marc Bloch (1886-1944) y Lucien Febvre (1878-1956), llamada también “escuela de los Annales”. Nos sentimos especialmente cerca de la metodología que, como reacción al método histórico-positivista, surge en el contexto de las grandes convulsiones económicas de comienzos del siglo XX por los obvios paralelos con la situación actual. Para los citados historiadores, que precisamente en 1929, el año del Crack de la bolsa neoyorquina, fundan una revista llamada *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, la historia económica y social desdeña la figura positivista del historiador que aparecía como un profesional frío que solo servía para recoger los datos, seleccionarlos, ordenarlos, y luego explicarlos científicamente centrándose en la descripción singular de la sucesión de acontecimientos. Frente a esta circunstancia, la historia económica y social reclamaba un análisis en profundidad de los fenómenos estructurales socioeconómicos que subyacen al proceso histórico, en la línea con la sociología de Émile Durkheim, a fin de ofrecer una visión de conjunto y panorámica. Huelga mencionar que la historia económica y social cambió radicalmente el panorama de la investigación histórica al poner el marco

socioeconómico en un lugar destacado, por lo que hemos de tomarla como referente. Los siguientes directores de la revista de los *Annales*, Fernand Braudel y Jacques Le Goff, continuaron en las décadas siguientes esta metodología de análisis enfocándola en la multiplicidad de los tiempos y fenómenos históricos en una nueva forma de hacer historia que ha tenido gran fortuna desde los años sesenta del siglo XX.

A partir de entonces, el panorama de la historiografía es muy variado, aunque podríamos destacar, a riesgo de generalizar, los siguientes enfoques pertinentes a una historia económica como la que inspira estas páginas. Por una parte ha continuado la labor de la historia económica y social con una vertiente más interdisciplinaria que tiende puentes con otras ciencias como la sociología y la antropología y que ha cruzado la pura historia económica con la llamada historia de las mentalidades o la historia cultural. En esta línea están autores como Paul Veyne, Michel Foucault o Peter Brown, que se han dedicado con especial atención al mundo grecorromano. Así, partiendo de la historia económica y social, se aúnan la antropología, la historia de la cultura y de las ideas y los estudios sobre sociología histórica, e incluso la psicología colectiva. En lo que a la metodología se refiere, el papel del historiador como narrador de los procesos históricos se ha revalorizado, y hay autores como Philippe Ariès, que se ocupan de una historia sectorial o cotidiana y otros como Paul Veyne que han teorizado, desde una aproximación histórico-social, sobre una concepción metodológica

de la historia como “relato verídico” que se puede llamar “narrativista” y que tuvo amplia repercusión en su día. En su libro *Comment on écrit l'histoire: essai d'épistémologie* (1971) Veyne se desmarcó en su momento de la escuela de la historia económica y social formulando una serie de críticas muy certeras. Hay que destacar, además, la labor de Veyne como historiador de la Antigüedad, centrada precisamente en explicaciones parciales.

También se pueden encuadrar en esta línea los estudios de historia cultural, que encuentran su precedente en los trabajos históricos del gran Jakob Burckhardt y de otros historiadores como Johan Huizinga, pero también de los postulados teóricos de Mijail Bajtin, Norbert Elias, Michel Foucault y Pierre Bourdieu: autores como Peter Burke y especialmente Peter Brown cuyo último gran libro *Through the Eye of a Needle, Wealth, the Fall of Rome, and the Making of Christianity in the West, 350-550 AD* (Princeton 2012) es quizá el más representativo de la investigación sobre los fenómenos de transmisión, circulación y recepción de las representaciones culturales y sus reflejos en la historia económica y social.

Por otro lado, hay una segunda línea importante que ha continuado la historiografía marxista y ha tenido gran repercusión en la última parte del siglo XX, como la historia socialista británica, con representantes de la talla de Eric Hobsbawm, E.H. Carr, C. Hill o E.A. Thompson y especialmente Moses Finley cuyas teorías minimalistas sobre la economía antigua merecerán una detenida

consideración así como un amplio debate en el curso de los capítulos siguientes. Frente al predominio durante largo tiempo de la historia económica y social, varias escuelas han reaccionado claramente: no solo volviendo a la historia política (como la escuela encabezada por René Remond, que dirigió en 1988 el volumen *Pour une histoire politique*), sino también revitalizando el marxismo con nuevos enfoques teóricos que se centran en la economía especialmente y en su repercusión en la sociedad. La escuela de historiadores marxistas británicos de los años 60 del siglo XX ha acuñado conceptos como el de la “historia desde abajo” (*history from below*) en la que se trata de aplicar el contexto socioeconómico a la explicación del proceso histórico en episodios normalmente ya dados por aclarados suficientemente. Estas relecturas históricas desde la perspectiva de las clases populares y con especial referencia a las diferencias económicas

En esta escuela socialista debemos detenernos por su influencia en los estudios más recientes de historia económica y en toda la teoría de la historia en general, como se ve en el libro de Carr *¿Qué es la Historia?*, que ha sido uno de los textos historiográficos más influyentes del siglo XX. Carr, especialista en historia soviética, marcó el desarrollo de la obra de los demás historiadores socialistas británicos, y supuso un hito en la teoría de la historia en el siglo XX, al revisar los conceptos del hecho histórico, subjetividad del historiador, la sociedad y el individuo como sujetos históricos y la noción de causalidad, entre otros temas.

E.A. Thompson, por su parte, escribe historia económica y social de la Antigüedad tardía, arguyendo razones relacionadas con los disturbios sociales del Bajo Imperio romano, las llamadas bagaudas, para explicar los asentamientos godos en el sur de la Galia. Por su parte, C. Hill, en *De la Reforma a la Revolución Industrial, 1530-1780*, aborda la revolución inglesa como resultado de las tensiones sociales y en el marco de las condiciones económicas que favorecieron la implantación del capitalismo en Gran Bretaña. Por último, el recientemente fallecido E. Hobsbawm ha centrado su obra historiográfica y su pensamiento en el análisis certero de las revoluciones burguesas de la Edad Moderna, en el tránsito hacia la sociedad capitalista, y en la historia de la marginalidad y las revueltas: conceptos como la “revolución dual”, el “largo siglo XIX” y el “corto siglo XX” o estudios sobre el bandolerismo, aparte de su tetralogía fundamental, que abarca doscientos años –*The Age of Revolution, The Age of Capital, The Age of Empire y The Age of Extremes*–, merecen un puesto de honor en la historiografía económica moderna y han de ser tomados como referentes. Dos últimos libros suyos, en concreto, vienen a ser ejemplos idóneos de su modo de investigar: *The Age of Extremes* (traducida al español como *Historia del siglo XX*) permite entender las transformaciones que ha sufrido el siglo XX en la intersección entre sociedad, política y cultura desde el final de la primera guerra mundial hasta el fin de la Unión Soviética, y más allá, en lo que Hobsbawm considera una etapa clave de desaparición de la cultura de la burguesía europea.

Por otro lado *Fractured Times* (*Un tiempo de ruptura* en traducción española) se analizan varios estudios de casos sobre las metamorfosis del arte, la música, el pensamiento y la literatura. Dividido en cuatro partes, que se dedican, respectivamente, a la evolución de la “alta cultura” burguesa en la actualidad (quizá lo mejor del libro), a su formación en la Europa de finales del siglo XIX y principios del XX, a las incertidumbres sobre la intelectualidad y el arte y a la estética y ética de la modernidad, el libro recoge conferencias, prólogos, reseñas de libros o textos para catálogos de arte (como, por ejemplo, el de la exposición de 1995 “Arte y poder” en la Hayward Gallery). Hay una consideración que, para nuestro interés, convierte este libro en un texto de referencia: los ricos matices que introduce en un pensamiento denso, inusual para un historiador al uso y más propio de un filósofo de la cultura, y la manera en que traza una historia cultural de nuestro tiempo a partir de ejemplos puntuales son cautivadores: la situación de la música culta y la música popular, la cuestión del sufragismo y la ciencia femenina, la identidad judía en la Europa central, la decadencia de las vanguardias, la obra del visionario escritor Karl Kraus, etc. Todo ello –lo personal y lo sugerente de esta obra– convierten *Un tiempo de ruptura* en una suerte de testamento literario de Hobsbawm, a la par que da fe de su insaciable curiosidad por todo fenómeno cultural que pueda ayudar a entender qué ha sido este siglo de transición entre una sociedad eminentemente rural y poco letrada a un mundo marcado por una

globalización sin precedentes en la cultura y el conocimiento. Así ha de ser una historia económica hoy día, reflexionando sobre el trasfondo de los hechos y procesos y dando fe de la utilidad de esa reflexión para el tiempo del propio historiador.

Por una línea de investigación de la historia económica con enfoques particularistas o más sujetos al elemento subjetivo de la narración se decantan otras escuelas historiográficas de la modernidad como puede ser la microhistoria italiana, que han marcado las grandes líneas del desarrollo del discurso historiográfico actual partiendo de la incorporación de las investigaciones socioculturales. En cualquier caso, y a tenor de las escuelas de historiografía que se han expuesto hasta ahora, creemos que el objeto de esta tesis doctoral que, bajo el título *Economía, finanzas y circulación monetaria en el mundo romano: el contexto económico de la Roma antigua como laboratorio conceptual para la economía actual*, aspira a revisar el estado de los actuales estudios de historia económica romana y tratar de extraer conclusiones válidas para nuestro momento histórico, desde los postulados de las escuelas anteriormente citadas.

2. EINLEITUNG UND METHODISCHE BEGRÜNDUNG DES THEMAS

Angesichts der gravierenden Finanz-und Wirtschaftskrise, die nicht nur den europäischen Raum, sondern auch weite Bereiche der globalen Weltwirtschaft erfasst hat, muss man sich die Frage stellen, welche Berechtigung eine Dissertation, die sich der römischen Wirtschaftsgeschichte widmet, heute noch hat. Wenn wir die bekannte ciceronianische Feststellung über die Historie als *narratio rerum gestarum* ernst nehmen, also Geschichtsschreibung im Sinne eines verbindlichen Verhaltenskodex der Ereignisse der Menschheitsgeschichte, sozusagen als Lehrmeisterin für das Leben, dann sollten wir unseren Blick geradezu auf die Geschichte der Antike richten. Denn damals gab es durchaus vergleichbare Situationen zur modernen, globalisierten Welt mit denen sich bereits unsere Vorfahren auseinandersetzten mussten, als sie sich daran machten, große Teile des europäischen Kontinents einschließlich Nordafrika und Kleinasien zu einem gemeinsamen Markt zu vereinigen, und ihre wirtschaftliche Tätigkeit innerhalb eines gemeinsamen politischen Staatsgebildes so gestalteten, dass sie für alle Bewohner dieses riesigen Raumes gleichermaßen Gültigkeit hatte.

Wir dürfen nicht vergessen, dass das römische Imperium den ersten gelungenen Versuch darstellte, einen überregionalen Wirtschaftsraum mit der dazu gehörigen Struktur-und Finanzpolitik

sowie einer gemeinsamen Währung zu schaffen. Innerhalb seines disparaten Territoriums herrschten für die einzelnen Provinzen vergleichbare politische Richtlinien und Vorgaben, die von einer gemeinsamen Gesetzgebung und einer anerkannten politischen Machtzentrale koordiniert wurden.

Die vorliegende Dissertation widmet sich der Analyse ausgewählter Sachverhalte und Entwicklungslinien des römischen Wirtschaftslebens, das sich innerhalb eines gemeinsamen Marktes verortet, der aufgrund seiner Exemplarität besondere Beachtung verdient. Daher sollen die Koordinaten, die Hochphasen und die zyklisch auftretenden Rezessionsphasen der antiken römischen Ökonomie eingehend betrachtet werden, um aus der Analyse der damals ergriffenen Maßnahmen zur Förderung, Stabilisierung und Korrektur eines zwischen Wachstumsphasen und Krisen pendelnden Wirtschaftssystems belastbare Beurteilungskriterien für unsere heutigen Vorstellungen von globalisierter Wirtschaft zu gewinnen.

Die Erforschung der Wirtschafts- und Sozialgeschichte des Altertums kann auf eine langjährige Tradition verweisen. Außerdem hat sie mittlerweile eine umfangreiche Bibliographie hervorgebracht, auf die wir im Verlauf dieser Untersuchung zurückgreifen werden. Naturgemäß wird dies in punktueller Form erfolgen, das heißt, wir werden uns auf jene Studien beziehen, die für die Klärung der in den einzelnen Kapiteln aufgeworfenen Fragestellungen relevant sind. Arbeitstechnisch wird unsere

Vorgehensweise sich an den antiken Quellen orientieren unter Einbeziehung einer Auswahl der in der Forschung diskutierten interdisziplinären Ansätze, die neue Perspektiven für die Aufarbeitung des Themas eröffnen. Methodisch bleiben wir der klassischen Tradition der im 19. Jahrhundert in Deutschland begründeten Altertumswissenschaften und deren historisch-kritischer Ansätze verpflichtet. Besondere Relevanz für die Erarbeitung eines integralen Forschungsansatzes zum Verständnis der antiken Wirtschaftsgeschichte, der sowohl die Historiographie, als auch die Philologie und die Quellenkritik miteinander verband, verdient das Werk des August Boeckh (1785-1867), ein herausragender Schüler des Begründers der modernen klassischen Philologie Friedrich August Wolf.

Das globale Interesse unserer Untersuchung verschreibt sich der von Boeckh erstmals angewandten Methode, Ideen und Institutionen nicht nur dokumentarisch zu erfassen, sondern auch hermeneutisch zu begreifen. Die von ihm entworfene Deutungsebene, welche die engen Grenzen der Teildisziplinen, in unserem Fall der römischen Wirtschaftsgeschichte, überwand und damit auf der Metaebene der historischen Disziplin Einsichten von übergreifender Geltung vermittelte, erlaubt uns, Erkenntnisse für unsere heutigen Fragestellungen zu gewinnen. Daher ist für die Erfassung der römischen Wirtschaftsgeschichte die Entwicklung der administrativen Institutionen, des Fiskalwesens und der Steuerpolitik von ausschlaggebender Bedeutung, ebenso wie die

Beachtung des römischen Rechts und dessen Stellenwert innerhalb des herrschenden politischen Spektrums. Aus diesen Gründe sind die juristischen Implikationen des Themas in die Gesamtbetrachtung einzubeziehen. Diese Einsicht hatte schon Barthold G. Niebuhr (1776-1831) in seiner "Römische Geschichte" (3 Bände, veröffentlicht zwischen 1811-1832) geäußert, der gegen den von Leopold von Ranke (1795-1886) vertretenen klassischen Positivismus Front machte. Dieser Gelehrte, eine Art thukydideischer Kantianer, hat mit seiner Systematisierung der historisch-kritischen Methode eine neue wissenschaftliche Plattform geschaffen, indem er das Blickfeld des Historikers erweiterte. Doch kann man wirklich eine Wirtschaftsgeschichte Roms schreiben, die ausschließlich juristische Texte, empirische Daten, Zahlen und Transaktionen berücksichtigt, ohne gleichsam der Geschichtstheorie, der Kulturgeschichte und der politischen Geschichte Raum zu gewähren? Wir sind der Überzeugung, dass man beide Ebenen miteinander verzahnen muss. Es ist einen Versuch wert, ein solches Vorhaben anzugehen, wenn wir mehr als nur quantifizierbare Vergleichsgrundlagen ökonomischer Realitäten anstreben.

In dem Kontext des wissenschaftlichen Positivismus müssen Gelehrte wie August Comte oder gar Benedetto Croce (1866-1952) genannt werden, die bemüht waren, unter Zuhilfenahme naturwissenschaftlicher Kausalitäten, Erkenntnisse für den Ablauf historischer Prozesse und deren Folgewirkungen zu erzielen. Der

Positivismus der von Ranke und seiner Schule ausging, setzte den aseptischen Forscher voraus, der unabhängig von seinem sozialen und ökonomischen Umfeld agierte, eine überaus unrealistische Sicht der Bedingtheit der historischen Forschertätigkeit. Gegenüber dem Rigorismus des sogenannten Historismus muss man eine breitere und offenere Perspektive postulieren, wie dies unter Einbeziehung der Rechtsquellen, der Institutionenkunde in Verbindung mit der politischen Geschichte Theodor Mommsens (1817-1903) in seiner monumentalen "Römische Geschichte" (3 Bände, publiziert zwischen 1854-1856) meisterhaft gelang und wie dies auch der bedeutende schweizerische Historiker Jakob Burckhardt (1818-1897) in seiner bahnbrechenden Kulturgeschichte des Altertums eindrucksvoll vorführte.

Erwähnt werden muss in diesem Zusammenhang die ab dem Ende des 19. Jahrhunderts an Gewicht zunehmende Sogkraft der marxistischen Methodenlehre für die Rekonstruktion und Deutung der römischen Wirtschafts- und Sozialgeschichte, wie sie in den Schriften von Karl Marx (1818–1883) und Friedrich Engels (1820–1895) theoretisch grundgelegt wurde, welche auf einer alternativen Lesart der einschlägigen Quellen beruhte. Gegenstand des historischen Materialismus war die Sozialordnung und ihre historische Entwicklung, die vom Eigentum an den Produktionsmitteln und von deren Verteilungskämpfen maßgeblich beeinflusst worden sein soll. Aus marxistischer Sicht bestimmten die Produktionsverhältnisse und die Klassenunterschiede die Struktur

der Wirtschaft und der Gesellschaft, wobei die juristischen und politischen Grundlagen des Staates davon abgeleitet werden. Jedenfalls wird seit dem Aufkommen der marxistischen Theoriebildung den sozialen Transformationsprozessen und der Wirtschaftsentwicklung die Hauptrolle als Motor des historischen Wandels zugewiesen, indem eine davon abhängige dialektische Methode angewandt wird, um historische Prozesse grundsätzlich zu beurteilen.

Unerlässlich für eine adäquate wissenschaftlichen Erfassung der antiken Wirtschaft-und Sozialgeschichte sind aber auch Fragestellungen und Methoden anderer geistesgeschichtlichen Disziplinen, wie sie beispielhaft das soziologische Werk von Max Weber in vielfältiger Weise bietet. In seiner gelehrten römischen Agrargeschichte nahm er die ökonomische Entwicklung einer Reihe antiker Staaten unter die Lupe und schuf damit für lange Zeit ein wichtiges Referenzwerk.

Doch die vielleicht nachhaltigste Denkrichtung, der wir uns verpflichtet fühlen, entstand mit den Studien zur Wirtschafts-und Sozialgeschichte von Marc Bloch (1886-1944) und Lucien Febvre (1878-1956), bekannt auch als “École des Annales”. Für diese Gelehrten, die im Jahr 1929, dem Datum des Zusammenbruchs der New Yorker Börse, eine Zeitschrift, die den Namen “Annales d’Histoire Économique et Sociale” trug, ins Leben riefen, lieferten die positivistischen Historiker, jene nüchternen Rechner, die Daten und Ereignisse korrelativ sammelten, ordneten und deuteten, keinen

wesentlichen Beitrag zum Verständnis komplexer historischer Prozesse. Aus der Sicht der Annalisten verlangte die Sozial- und Wirtschaftsgeschichte eine tiefgreifende Analyse der Struktur der sozio-ökonomischen Phänomene, die jedem historischen Prozess unterlegt sind, gemäß des von Émile Durkheim entwickelten soziologischen Ansatzes, um auf diese Weise zu einer panoramischen Gesamtsicht der Wirtschaftsentwicklung als konstitutives Element der Geschichte zu gelangen.

Mit der verstärkten Hinwendung der Historiker zur Wirtschafts- und Sozialgeschichte und der systematischen Analyse ihrer relevantesten Bausteine wandelte sich insgesamt der Fokus der historischen Forschung. Die nachfolgenden Herausgeber der „Annales d’Histoire Économique et Sociale“ Fernand Braudel y Jacques Le Goff wurden seit den sechziger Jahren des 20. Jahrhunderts für die Etablierung einer den Grundsätzen der sozio-ökonomischen Forschung verpflichteten Untersuchungsmethode maßgeblich. Seit diesem Zeitpunkt zeichnet sich das Gesamtbild der historiographischen Methodenlehre durch eine große Variationsbreite aus. Ohne alle ihre wesentlichen Stränge verallgemeinern zu wollen, lassen sich eine Reihe wissenschaftlicher Ansätze erkennen, die für die Argumentation unserer eigenen Arbeit von Belang sind. Einerseits kann man eine Tendenz beobachten, welche die Interdisziplinarität der Wirtschafts- und Sozialgeschichte betont und sich neuen Arbeitsfeldern öffnet, wie etwa der Soziologie oder der Anthropologie und gleichzeitig

die Ergebnisse der Mentalitäts- und Kulturforschung angemessen berücksichtigt. Hierzu gehören Autoren wie Paul Veyne, Michel Foucault oder Peter Brown, die sich in besonderer Weise mit der Welt des griechisch-römischen Altertums beschäftigt haben. In ihren Werken zur antiken Wirtschafts- und Sozialgeschichte kommt die Anthropologie, die Kulturwissenschaft, die Ideengeschichte, die historische Soziologie und die Sozialpsychologie ausführlich zu Wort. Was den methodischen Zugriff angeht, so lässt sich dabei erkennen, dass die Rolle des Geschichtsschreibers als Darsteller historischer Prozesse sich beachtlich erweiterte. So widmeten sich Autoren wie Philippe Ariès nun bestimmten, bisher vernachlässigten Sektoren des historischen Spektrums wie etwa dem Alltagsleben; oder denken wir an Paul Veyne, der in seiner theoretischen Auseinandersetzung über den Wahrheitsgehalt des historischen Diskurses das Konzept der narrativen Geschichtswissenschaft ins Leben rief. In seinem Buch "Comment on écrit l'histoire: essai d'épistémologie" (1971) unterzog Veyne die Postulaten der klassischen Wirtschafts- und Sozialgeschichte einer grundlegenden Kritik. Seine Relevanz als Altertumswissenschaftler und feinsinnigem Analytiker einer Reihe von Teilfragen steht außer Zweifel. In dieser Tradition lassen sich die bereits erwähnten kulturhistorischen Beiträge von Jakob Burckhardt einreihen. Aber auch andere Gelehrte wie etwa Johan Huizinga, Mijail Bajtin, Norbert Elias, Michel Foucault, Pierre Bourdieu, Peter Burke und vor allem Peter Brown, dessen letztes großes Werk "Through the

Eye of a Needle, Wealth, the Fall of Rome, and the Making of Christianity in the West, 350-550 AD” (Princeton 2012) der vielleicht bedeutendste Beitrag darstellt für das Verständnis der soziokulturellen Transformationsprozesse denen die Gesetzmäßigkeiten der Wirtschaftsgeschichte unterworfen sind, verdienen ebenfalls eine besondere Beachtung.

Auf der anderen Seite wäre eine marxistisch inspirierte Schule zu berücksichtigen, die besonders Ende des 20. Jahrhunderts eine vergleichsweise große Wirksamkeit entfaltete. In diesen Kontext ordnen sich die britischen Historiker Eric Hobsbawm, E.H. Carr, C. Hill, E.A. Thompson und besonders Moses Finley ein, dessen minimalistische Theorien zur Beschaffenheit der antiken Wirtschaft für unsere Argumentation im Verlauf der nachfolgenden Kapitel eine wichtige Rolle spielen werden.

Angesichts der langen Dominanz des sozio-ökonomischen Ansatzes in der Geschichtsforschung des 20. Jahrhunderts meldete sich bald Widerspruch, vor allem seitens jener Schulen, die der an den Rand gedrängten politischen Geschichte zu ihrem Recht verhelfen wollten. Hervorzuheben wäre hier René Remond, der 1988 ein leidenschaftliches Plädoyer “Pour une histoire politique”, verfasste. Demgegenüber behauptete sich die schon angesprochene marxistische Forschungsrichtung, die ab den sechziger Jahren des 20. Jahrhunderts das Konzept einer Geschichte “von unten” (“history from below”) entwickelte. Die Vertreter dieser historischen Schule übten eine beachtliche Wirkung auf die noch

heute häufig anzutreffende Sicht der Wirtschafts- und Sozialgeschichte, sowie auf dem Feld der Theoriebildung in der allgemeinen Geschichte aus. Das vielgelesene Buch von E. H. Carr "Was ist Geschichte?" darf als eine der einflussreichsten historischen Schriften des 20. Jahrhunderts bezeichnet werden. Carr, ein Fachmann für sowjetische Geschichte, hat die historischen Positionen der sozialistisch inspirierten Gelehrten maßgeblich angeregt. Außerdem markierten seine Ansichten einen Wendepunkt in der historischen Theoriebildung des 20. Jahrhunderts, indem sie die lange Zeit geltenden Konzepte bezüglich der Einschätzung von historischen Entwicklungslinien, Subjektivität des Historikers, Beurteilung von Individuum und Gesellschaft als Gegenstände der Geschichte, Rolle der historischen Kausalität und ähnliche Themen einer grundlegenden Revision unterzog. In seinem Gefolge verfasste E. A. Thompson eine Wirtschafts- und Sozialgeschichte der Spätantike, die vornehmlich die sozialen Unruhen und ökonomischen Krisen in den Blick nahm. Er untersuchte die Revolten der sogenannten Bagauden und brachte sie mit der gotischen Landnahme Südgalliens in Verbindung. C. Hill unternahm in seinem Werk "Von der Reform zur industriellen Revolution, 1530-1780" den Versuch, die englische Revolution als Ergebnis der sozialen Umbrüche zu deuten, die mit dem Aufkommen des Kapitalismus im neuzeitlichen Großbritannien einhergingen. Der jüngst verstorbene Eric Hobsbawm schließlich, stellte die Analyse der bürgerlichen Revolutionen der Neuzeit in der

Phase des Übergangs zur kapitalistischen Gesellschaft sowie die Untersuchung der Marginalität in den Mittelpunkt seiner Forschungsarbeit. Er hat Begriffe geprägt wie die “duale Revolution” oder das “lange 19. Jahrhundert” oder das “kurze 20. Jahrhundert”. Sein Hauptwerk “The Age of Revolution, The Age of Capital, The Age of Empire and The Age of Extremes” ist für die Erfassung der ökonomischen Gesetzmäßigkeiten in der neuzeitlichen Historiographie unverzichtbar. Besonders seine zwei letzten Veröffentlichungen “The Age of Extremes” und “Fractured Times” bieten eine lehrreiche Analyse der Transformationsprozesse des 20. Jahrhunderts in der Zeitspanne zwischen dem Ende des I. Weltkriegs und der Auflösung des sowjetischen Machtbereichs, nach Hobsbawm die Ära der untergehenden bürgerlichen Gesellschaft. In “Fractured Times”, eine Art literarisches Vermächtnis des Autors, wird der Wandel der modernen Kunst, Philosophie, Literatur und Musik akribisch nachgezeichnet und auf ihre historische Relevanz hin überprüft. Das Werk, eine wahre Fundgrube für ethische und ästhetische Fragen, stellt einen wichtigen Beitrag zur europäischen Kulturevolution im Übergang des 19. zum 20. Jahrhundert dar. Außerdem enthält das Buch zahlreiche Vortragstexte, Vorworte, Rezensionen und Kunstkataloge, wie zum Beispiel den von der berühmten Ausstellung “Art and Power” aus dem Jahr 1995 in der Hayward Gallery. Aufgrund seiner unkonventionellen Vorgehensweise, seiner subtilen Reflexionen zur Kulturgeschichte der Gegenwart, seinen

kenntnisreichen Bemerkungen zu Themen wie Musikentwicklung, Gleichberechtigung, jüdische Identität, Zerfall der europäischen Avantgarden, dem schriftstellerischen Werk von Karl Kraus und vieles mehr, kommt diesem Katalog zur neuzeitlichen europäischen Mentalitätsgeschichte eine besondere Attraktivität zu. Die Schrift erweist sich dadurch als ein Schlüsselwerk, um den Übergang von einer Agrargesellschaft zu einer technisierten Wissensgesellschaft in einer globalisierten Welt präziser zu erfassen. Ihr Ertrag für das Studium der Wirtschafts- und Sozialgeschichte liegt darin, dass sie einen Reflexionsprozess in Gang setzt über die Hintergründe historischer Transformationen, die auch die Rolle des Historikers in seiner Zeit mitbestimmen.

Neben den bislang kurz skizzierten methodischen Möglichkeiten zur Erfassung und Bewertung von Geschichte im allgemeinen und von Wirtschaftsgeschichte im besonderen gibt es eine Reihe weiterer Zugriffe, die neben den makrokosmischen Elementen, mikrokosmische Sichtweisen favorisieren. Es soll hier nur als ein Beispiel die jüngere italienische Mikrohistorie, die eine große Wirkung auf den aktuellen historischen Diskurs durch Hervorhebung der soziokulturellen Komponenten, welche die neuere historische Theoriebildung befördern, der Form halber erwähnt werden.

Aus den bisher dargelegten Forschungsansätzen, historischen Schulen und unterschiedlichen methodischen Zugriffen, welche die Arbeitsweise des Wirtschaftshistorikers leiten können, wird für das

zu bearbeitende Thema “Economía, finanzas y circulación monetaria en el mundo romano: el contexto económico de la Roma antigua como laboratorio conceptual para la economía actual” unter Berücksichtigung der dargelegten Forschungsrichtungen eine integrative Methode in den Mittelpunkt der Studie gestellt. Sie muss einerseits dem gegenwärtigen Forschungsstand zur römischen Wirtschaftsgeschichte Rechnung tragen. Andererseits soll sie aus der Analyse der unterschiedlichen Teilaspekte der im Verlauf der Untersuchung aufgeworfenen Problemstellungen, Schlussfolgerungen für ein vertieftes Verständnis des Stellenwerts der römischen Wirtschaftsgeschichte für die Fragen unserer eigenen Zeit ermöglichen.

3. BREVE PANORAMA DE LA ECONOMÍA ROMANA

3.1 Elementos constitutivos

A lo largo de toda la historia romana, la agricultura constituyó la base del sistema económico y social. Desde los primeros tiempos, campesinos libres asistidos por sus familias cultivaban modestas parcelas, cuyos productos apenas sí cubrían las necesidades propias (economía de subsistencia). La tradición romana tardía menciona en este sentido entre dos y cuatro *iugera* (0, 5-1 hectáreas) como la extensión habitual de los campos de labranza.¹ La considerable expansión del territorio dominado por Roma a partir del siglo IV a.C. produjo un cambio estructural y de orientación. En primer lugar, las familias pudientes acababan en posesión de grandes superficies de cultivo a través de la ocupación de los territorios confiscados (*ager publicus*) a los adversarios vencidos; el creciente número de esclavos (prisioneros de guerra) posibilitaba la explotación de latifundios en grandes unidades de producción. De manera especial, las expediciones militares que se realizaron durante años conllevaron el endeudamiento de las pequeñas empresas familiares, que constituían la base de la organización militar romana. El ascenso de Roma hasta convertirse en el centro

¹ Sobre la agricultura romana en el contexto itálico y su trasfondo económico y social véase: D. Flach, *Römische Agrargeschichte*, Munich 1990, 250-324; G. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte*, Stuttgart 2011, 15-28. Véase ante todo el más reciente y esclarecedor estudio sobre el tema, W. Tietz, *Hirten, Bauern, Götter. Eine Geschichte der römischen Landwirtschaft*, Munich 2015, 39-80.

de gravitación económica de Italia, así como la creciente urbanización de la península itálica, creó grandes mercados de consumo para una producción agrícola excedentaria, que condujo a la expansión de las explotaciones especializadas (aceitunas, vino, hortofrutícolas, criaderos de aves o ganado, etc.) en el entorno de estos centros de consumo.² En las regiones más recónditas, alejadas de los ríos o del mar, se pudo consolidar bajo exiguas condiciones una agricultura libre durante toda la Antigüedad.³ En otros lugares, los agricultores se vieron expulsados de sus parcelas y emigraron hacia Roma, formando el proletariado urbano; aunque también hubo otros que cayeron en una creciente dependencia de los terratenientes. A partir de la época imperial, se impuso de manera creciente el colonato, esto es, la sujeción y fijación del campesino a la gleba.⁴

Al observar el sistema productivo y distributivo reinante, vemos que se trataba de una economía de subsistencia al estilo de la de la Grecia arcaica⁵, marcada por la *stenochoria* o “estrechez del terreno” y la relativamente reducida demanda de bienes y productos. Pero de forma paralela al proceso de expansión territorial del Estado romano se va produciendo gradualmente un cierto despegue económico merced a dos factores básicos: Un

² D. Flach, *Römische Agrargeschichte* 123-153.

³ W. Tietz, *Hirten, Bauern, Götter. Eine Geschichte der römischen Landwirtschaft*, 81-172.

⁴ Sobre la estratigrafía social romana véase G. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte* 36-117.

⁵ En la obra de Hesiodo *Trabajos y Dias* tenemos el testimonio mas significativo del modelo productivo de la economía griega arcaica.

significativo aumento de su potencial demográfico así como su estratégica ubicación en una región fronteriza emplazada en la ruta comercial que comunicaba las ciudades etruscas de la Toscana con las colonias griegas de la Magna Grecia, lo que condicionaría su desarrollo tanto político como económico durante la época republicana.

La posesión y distribución de la tierra fue el problema crucial del sistema económico de la Antigüedad.⁶ En Grecia adquirió unas dimensiones dramáticas que condicionaron la estabilidad de su sistema político y social. Tras la catástrofe de la Guerra del Peloponeso, que deja a media Grecia casi exánime después de treinta años de conflicto. La crisis es general, pero sobre todo afecta a la producción agrícola, que queda desolada después de la guerra, arruinando al campesinado medio, verdadera espina dorsal de la economía de las ciudades estado. La crisis no es solo de un modelo político, el de las *poleis*, sino que se convierte en una transformación estructural que afecta a las unidades medianas y pequeñas de explotación agrícola que conforman el tejido económico y político de la sociedad griega.

Observamos un éxodo del campo a las ciudades por parte de masas empobrecidas que pasan a engrosar las clases más desposeídas de núcleos urbanos como Atenas. Otros pasarán a

⁶ Sobre la importancia de la posesión de la tierra para la economía romana véase: Catón, *de agricultura*; CIL 8, 25902; L. Foxhall, "The dependant tenant: land leasing and labour in Italy and Greece", *The Journal of Roman Studies* 80 (1990) 97-114; M. I. Finley, *The Ancient Economy*, 3rd ed. (Berkeley 1999) 95-122.

servir como mercenarios en los diversos conflictos bélicos de escala regional. En las *poleis* oligárquicas se reproducen las pugnas sociales por el reparto de tierras y se reclutan hombres armados por parte de las diversas facciones enfrentadas entre sí. Estallan revueltas sangrientas como la que acontece en Argos, por ejemplo, cuando nuevos hombres fuertes se erigen en defensores de los desposeídos y reivindican por las armas nuevos repartos de tierras y aboliciones de deudas.⁷ La *stasis* vuelve a primera línea de la política y surge una enorme preocupación por asegurar la paz social mediante nuevas arquitecturas políticas. El reclutamiento de mercenarios y la aparición de tratados sobre poliorcética y defensa de ciudades, como el de Eneas de Estínfalo, son claros indicios de la crisis. Incluso una ciudad tan orgullosamente hoplítica como Atenas pasa a una suerte de profesionalización del ejército. Piénsese en los mercenarios que retrata Jenofonte en su *Anábasis*, por ejemplo, como reflejo de la situación social. Como quiera que fuese, estos rápidos cambios conllevan la ruptura del equilibrio económico y social, acarreando al mismo tiempo la ruina del comercio, como atestigua el propio Jenofonte. En ciudades como Atenas la vida política se resiente por estas dificultades, que afectan

⁷ Las reformas del legislador ateniense Solón son un buen ejemplo de ello. Véase F. J. Gómez Espelosín, F. J.: *Introducción a la Grecia Antigua*, Madrid 1998, 39-42; A. Domínguez Monedero, *Solón de Atenas*, Barcelona, 2001; M. Stahl, *Gesellschaft und Staat bei den Griechen: Archaische Zeit*, vol. 1, Paderborn et al. 2003, 176-220.

muy especialmente a las clases pudientes, gravadas por todo tipo de impuestos y cargas.⁸

Siendo la clave de los desordenes sociales de la época, de nuevo, la cuestión de la distribución de la tierra, no ha de extrañarnos encontrar una serie de propuestas legislativas de variada índole y de algunos autores que proponen una profunda reforma de la propiedad e, incluso, lo que podríamos llamar un cierto comunismo. Tras todos estos intentos, sin duda, subyacía la comparación con el modelo de tenencia de tierras dorio y, por más señas espartano, con su rígido igualitarismo militar entre los *homoioi*, sus *klaroi* inmutablemente repartidos y su clase inferior de ilotas trabajando la tierra. El constitucionalismo comparado surge con fuerza en esta época en los círculos de la teoría política ateniense y los modelos espartanos siempre están en el trasfondo.

En Roma sin embargo, esta problemática tan aguda en Grecia se solventó gracias en primer lugar a la extraordinaria cohesión política del Estado romano, contrapunto de la fragmentación política del mundo de las *poleis* helenas, en segundo lugar merced al proceso de expansión, fruto de sus conquistas en la Península Itálica primero y en toda la cuenca mediterránea después. Al extender su vasto dominio territorial, Roma logrará descongestionar un cúmulo de acuciantes problemas sociales exportando excedentes de población al exterior, y creando así una especie de válvula de

⁸ Sobre las tensiones económicas y sociales en las ciudades griegas véase H.-J. Gehrke, *Stasis. Untersuchungen zu den inneren Kriegen in den griechischen Staaten des 5. und 4. Jahrhunderts v. Chr.*, Munich 1985.

escape para resolver el problema más grave del mundo antiguo: la posesión de la tierra de cultivo.⁹

Desde el siglo V pero especialmente desde el siglo III al I a.C. observamos de forma progresiva, un incremento en la producción y la distribución de productos agrícolas, que constituían el centro de la economía. La subsiguiente acumulación de recursos contribuyó a enriquecer a la *nobilitas* romana, cuyo quehacer económico se basaba en la adquisición de tierras, bienes y cosechas procedentes de las *villae rusticae* que poseían. En época tardorrepública comenzará a despegar también la clase de los *equites* –denominados “caballeros” en la terminología moderna–, que se fundamentaba básicamente en el monopolio del comercio de ultramar, en los talleres artesanales, en las operaciones financieras de recaudación de impuestos y en la concesión de préstamos.¹⁰

El Estado romano se caracterizó, durante la mayor parte de su peripecia histórica, por extender su dominio paulatinamente sobre una incipiente masa territorial, plena de riquezas materiales (excedentes agrícolas, canteras, minas, etc.) y humanas, así como un sinfín de recursos estratégicos, como por ejemplo el control de las vías de comunicación. A pesar del auge expansivo, el foco de sus intereses económicos seguía centrado en la agricultura, aunque el comercio logró alcanzar cotas de desarrollo muy notables, sobre

⁹ R. Buck, *Agriculture and Agricultural Practice in Roman Law*, Wiesbaden, 1983 o más concretamente J. S. Richardson, “The Ownership of Roman Land: Tiberius Gracchus and the Italians”, *The Journal of Roman Studies*, 70 (1980) 1-11.

¹⁰ G. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte* 109-117.

todo a partir de la conquista de toda la cuenca mediterránea en la última fase de la República, e inicios del Principado. La incorporación primero a la República y luego al Imperio de las ricas provincias africanas, como Cartago y Numidia, ante todo las opulentas provincias asiáticas, y posteriormente Egipto, el mayor productor de grano, propiciaron un notable incremento del comercio marítimo a lo largo de todas las zonas bajo el control del Imperio romano, entendido en el contexto que aquí nos ocupa, como la forma de gobierno que se desarrolla desde el siglo II a.C., cuando la urbe latina comienza a dominar grandes partes de Europa y África primero y Asia después, hasta el final del siglo V d.C., en la época conocida como la Antigüedad Tardía o Bajo Imperio.

Observamos a partir de este momento la creación de extensos circuitos comerciales y un notable flujo de intercambios de productos alimenticios, ante todo cereales, aceite de oliva y vino, pero sin olvidar una amplia gama de artículos suntuosos (púrpura, seda, incienso, esencias etc.) procedentes de Oriente.¹¹

En los dos primeros siglos, impregnados de una febril actividad expansiva, el bienestar logrado estuvo basado principalmente en el disfrute de los botines y las prebendas de las conquistas militares. En este contexto hay que resaltar la enorme acumulación de tierras de labor confiscadas a los pueblos sometidos. Fueron básicamente los legionarios (es decir ciudadanos romanos de las clases medias y bajas) pero ante todo, los senadores

¹¹ V. Hansen, *The Silk Road: A New History*, Oxford 2012.

y los *equites* los principales usufructuarios de estas adquisiciones masivas. Por esta razón, podemos hablar de una "Edad de Oro" de la economía romana que se transformará en decadencia con la conclusión de la fase de las grandes guerras de conquista a partir del primer tercio del siglo II. Desde entonces, el Imperio se mostrará incapaz de mantener un sistema económico sostenible, que no dependiera sustancialmente de sus logros militares. Tampoco podrá controlar el incipiente déficit público, pero la verdadera causa de la crisis, que se manifiesta de forma virulenta desde el siglo III, será el súbito incremento de los gastos militares así como la proliferación de un numerosísimo aparato burocrático imposible de mantener con los recursos disponibles.¹² La conjunción de dichos factores agravados por las secuelas de la gran peste que causó gravísimos estragos a partir de la segunda mitad del siglo II, conllevará un sistema fiscal altamente opresivo que contribuirá al colapso del sistema financiero y que perdurará hasta la descomposición de la parte occidental del Imperio en el transcurso del siglo V.

Una cuestión clave para entender la economía romana y su progresivo despegue es el factor demográfico. Según las estimaciones más verosímiles, el total de la población ubicada en un vastísimo territorio que abarcaba desde Britania hasta la cuenca del Éufrates y desde el Sahara hasta la cuenca del Rin y del Danubio,

¹² En estas condiciones no se puede aplicar la teoría del mercado libre según la visión de J. Keynes o A. Smith.

oscilaba entre 60 y 100 millones de personas.¹³ Son cifras que no pudieron ser superadas en muchos países de Occidente hasta los inicios de la industrialización a mediados del siglo XIX, lo que nos da una vaga idea sobre el enorme potencial humano de este Estado multiétnico, heterogéneo y pluricultural.

La población en época republicana se dividía en grupos socialmente delimitados, como la plebe urbana, las clases bajas de los municipios itálicos y en lo que concierne a las capas superiores, la oligarquía senatorial republicana, mientras que en la sociedad imperial se tendió a una mayor apertura y movilidad social, lo que facilitó la aparición de una amplia clase media y profesional, sobre todo debido al incipiente protagonismo de los ya citados *equites*.¹⁴ Mención aparte merece el grupo de los libertos. Algunos de ellos pudieron enriquecerse notablemente¹⁵ constituyéndose en los pilares de la innovación económica o incluso medrar en la burocracia estatal y en la corte imperial.

¹³ W. Scheidel, *Population and Demography*, Princeton/Stanford Working Papers in Classics, Version 1.0 2006, 2-9.

¹⁴ L. Bessone, *Roma imperiale*, (a cura di G. Solfaroli Camillocci): *Civiltà Antiche* 1987, 236; S. Mratschek-Halfmann, *Divites et praepotentes. Reichtum und soziale Stellung in der Literatur der Prinzipatszeit*, *Historia-Einzelschriften* 70, Stuttgart 1993, 140-206; G. Ruffolo, *Quando l'Italia era una superpotenza*, Einaudi 2004, 35; G. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte* 162-168.

¹⁵ El caso más emblemático es el del liberto Trimalco, prototipo de nuevo rico, sobre el que disponemos de un magnífico retrato procedente de la satírica pluma de Petronio, un intelectual de la corte neroniana. Sobre la relevancia económica de los *liberti* en la sociedad imperial, véase G. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte* 175-179.

La población de esta nueva Edad de Oro, siguiendo el leitmotiv propagandístico que acuñara Augusto, coincide con la época de la *pax romana* y se caracteriza ante todo por fuertes desigualdades entre una minoría inmensamente acaudalada que se permitía un ostentoso estilo de vida pleno de lujo y placer y la masa de la pequeña burguesía urbana y los proletarios, que habitaban hacinados en estrechas viviendas (*insulae*), en condiciones precarias cuando no miserables. Hay que recordar que varias terribles plagas de peste asolaron repetidamente la ciudad de Roma, por ejemplo en las décadas de los años 250-270, cobrándose numerosas vidas, preferentemente entre los ciudadanos más humildes, reduciendo de forma drástica el número de población.

En sus líneas generales, la demografía del Bajo Imperio nos presenta a una sociedad profundamente dividida entre la minoría privilegiada y una masa cada vez más grande de gente pobre, con una significativa desaparición de la clase media y un brutal aumento de la brecha social. Ya casi no había notables diferencias entre los trabajadores libres de baja condición y los esclavos. El punto final de este proceso de degradación social se alcanzará con el establecimiento del colonato.¹⁶ Los colonos, ya fueran de procedencia libre o no, estaban irremediabilmente ligados de por vida al acaudalado terrateniente de turno. Esta transformación social contribuyó a la bifurcación de la sociedad en dos clases sociales,

¹⁶ C. Grey, "Contextualizing Colonatus: The Origo of the Late Roman Empire" *The Journal of Roman Studies* 97 (2007); A. H. M. Jones, "The Roman Colonate" *Past and Present* 13.1 (1958) 1-13; A. J. B. Sirks, "The Colonate in Justinian's Reign" *The Journal of Roman Studies* 98 (2008).

marcadas tanto por la distancia económica, así como también por el diferente aval jurídico que les dispensaban los órganos estatales: los *humiliores*, que se reclutaban entre la masa de los colonos y los proletarios de las grandes ciudades (Roma, Cartago, Constantinopla, Alejandría, Antioquía etc.), y los *honestiores*, que pertenecían a la clase de los grandes terratenientes y que provenían igualmente de las cúpulas dirigentes de la administración civil y militar y que merced a su posición social recibían un trato de privilegio ante la ley.¹⁷

Como ocurre en Grecia, la agricultura, como base de la economía, estaba bien vista en la sociedad romana, pero algo así no ocurría con el comercio y con los oficios artesanales. En efecto, hay que recordar que ya en el mundo griego el trabajo manual y el comercio no gozaban de buena prensa en la ideología aristocrática reinante: el ideal de la autosuficiencia (*autarkeia*) del *oikos* llevaba a desconfiar de los productos que uno mismo o su unidad familiar no pudiera fabricar. Ropa, herramientas, incluso carros son preferibles si se han elaborado en el marco del propio *oikos* y el comercio queda como último y extremo recurso desprestigiado y propio de extranjeros y metecos. En sus consejos a su hermano Perses, previene Hesíodo en su aleccionadora obra *Trabajos y Días* contra el comercio, especialmente por alta mar, que aterriza al poeta y en las *Leyes* de Platón se restringe el comercio, como se ve en su

¹⁷ Sobre la temática de los *humiliores* y *honestiores* en el contexto de la división social del Bajo Imperio véase el esclarecedor estudio de R. Rilinger, *Humiliores – Honestiores. Zu einer sozialen Dichotomie im Strafrecht der römischen Kaiserzeit*, Munich 1988.

libro IX, que muestra la poca simpatía que despertaban los comerciantes en el último proyecto político del filósofo. También Aristóteles en su *Política* reniega en parte del comercio y, en general, de todas las ocupaciones *pane lucrando*. Huelga recordar la idealización de los pastores griegos en la poesía bucólica de un Teócrito o en la novela griega.

De la misma forma Roma, que en sus orígenes fue una comunidad de pastores errabundos y de agricultores, magnificó el cultivo de la tierra y la actividad ganadera mientras que, como sus vecinos griegos, condenaba al comercio y la artesanía a un ostracismo cultural. Desde luego que, como reflejan las *Geórgicas* de Virgilio, la labranza de los campos era la actividad que, por tradición, era casi sagrada para el devenir de la patria.¹⁸ En diversos poemas y obras literarias variadas se encomia la dedicación a la agricultura y se explican con fervor las diversas técnicas de barbecho o rotación que estaban en uso y que, en lo esencial, han perdurado hasta nuestros días, al menos en algunas partes del ámbito mediterráneo.¹⁹

¹⁸ Uno de los ejemplos más ilustrativos lo proporciona Tito Livio a través de la figura de Cincinato (precursor del pensamiento económico de la época), el primer estadista de su época que cuando finaliza su mandato político se dedica a arar sus campos y al cultivo de sus tierras. Véase Livio 3, 26, 7-12,

¹⁹ Es de resaltar en este contexto que el primer tratado científico sobre la agricultura lo escribiera el cartaginés Magón en lengua púnica, y no un autor romano, como se pudiera pensar dado el acentuado carácter agrario de la ciudad latina. Fue uno de los pocos objetos que se salvó de la destrucción de Cartago, al ser tomada por Escipión y arrasada hasta los cimientos. Los romanos pronto se percataron de su enorme importancia y se apresuraron a traducirlo al latín y divulgarlo por toda Italia.

El sistema agrícola era autosuficiente y capaz de alimentar a la mayoría de la población.²⁰ Se ha podido comprobar que los romanos mejoraron los cultivos mediante el uso de métodos de irrigación masiva, tales como la construcción de grandes acueductos y obras de ingeniería hidráulica. Por ejemplo, la evidencia arqueológica atestigua en la Galia y también en la campiña romana la existencia de grandes parcelas de labor dotadas de presas y de molinos de agua para convertir el grano en harina, cuyos restos más impresionantes han podido ser documentados en Barbegal, en el sur de Francia, en las inmediaciones de una de las más importantes ciudades de la Galia meridional, Arles.²¹

Pero el trabajo manual en la ciudad, la artesanía y el comercio –el *negotium* en general– tenían (en la teoría, aunque no siempre en la práctica) tan mala consideración para los romanos como la *ascholía* para los griegos, como ejemplifica Aristóteles. El ocio griego (*scholé*) que defiende este filósofo no parece muy alejado del concepto de *otium cum dignitate* que propugna Cicerón como ideal del hombre libre, por ejemplo: una vida alejada en lo posible del trabajo manual y del comercio, tal como recalca Theodor Mommsen en uno de los más emblemáticos capítulos de su *Historia de Roma*. No en vano, este género de tareas se confiaba a

²⁰ J. Haywood, *Historical Atlas of the Classical World, 500 BC-AD 600*, 2000, 27.

²¹ Cf. Philippe Leveau, «La cité romaine d'Arles et le Rhône. La romanisation d'un espace deltaïque», *Revue d'Histoire Comparée de l'Environnement*, Université Laval, 2004; W. Tietz, *Hirten, Bauern, Götter. Eine Geschichte der römischen Landwirtschaft* 286-306.

las clases sociales bajas o a los extranjeros, cuando no a esclavos. Las numerosas cláusulas proteccionistas para los ciudadanos que contemplan las disposiciones del derecho romano, que fomentaban las operaciones comerciales en sus tratos con extranjeros demuestran la atención que dedica la legislación a estos menesteres. La existencia de una copiosa documentación contractual sobre lo que hoy se denominaría derecho mercantil constituye una buena prueba de ello. Tenemos constancia de estipulaciones sobre el arrendamiento de pastos para la ganadería, sobre la compraventa de tierras y personas (*emancipatio*), sobre préstamos con intereses (*nexum*), sobre el tráfico de productos manufacturados, etc. Paralelamente se puede observar toda una serie de acciones judiciales para proteger de forma específica a las partes que participaban en el trato.²² El auge del derecho comercial romano se perfila ya a finales de la República y en la fase inicial del Principado.²³ Especialmente durante la vigencia de la *pax romana* en época del emperador Trajano, la estabilidad reinante facilitó el desarrollo de un comercio en óptimas condiciones que convirtió a Roma en el destino idóneo de productos de todo tipo, desde los de primera necesidad, hasta los de lujo, procedentes de todos los

²² Disponemos de múltiples testimonios relacionados con el tema. Dentro de este macrocosmo, se insertan por ejemplo los famosos tratados romano-cartagineses datables del siglo V y IV a.C respectivamente que nos ha legado el historiador griego Polibio de Megalópolis, donde se estipulan toda una serie de regulaciones concernientes a la apertura de mercados, líneas de navegación, facilidades comerciales etc. Véase Polibio 3, 22, 4-13; 23, 1-6, 24, 4.

²³P. Herz, *Studien zur römischen Wirtschaftsgesetzgebung. Die Lebensmittelversorgung*, Historia-Einzelschriften 55, Stuttgart 1988, 24-105.

puntos cardinales del vastísimo Imperio.²⁴ La casi ausencia de piratería y bandidaje fomentó la seguridad en la tupida red de transporte marítimo y en las múltiples calzadas terrestres, facilitando intercambios comerciales a gran escala.

A ello se suma al gran crecimiento demográfico de esta época, sobre todo en la primera mitad del siglo II, que va ligado al despegue económico que perdurará desde el siglo I a.C. hasta la época de los Antoninos. Si durante el Principado de Augusto la población del Imperio oscilaba en torno a los 60 millones de habitantes, parecer ser que, según el criterio de algunos autores, que esta se duplicó a finales del siglo II. Otro factor que hay que tener en cuenta, es la relativa facilidad de las transacciones financieras gracias a la solidez y estabilidad de la moneda romana, que mantendrá su validez hasta bien entrado el siglo III. Si las primeras acuñaciones de cobre tomaban como referencia de valor el lingote de bronce (*aes*), por lo que adoptaron su nombre y fueron conocidas como “ases”, pronto se multiplicaron las acuñaciones de plata tras el contacto con los griegos de la Magna Grecia, especialmente a través de la colonia helena de Tarento. El resultado fue la introducción de unas reconocidas monedas de plata dotadas de amplia aceptación. Pero será tras la conquista romana de la Magna Grecia durante el siglo III a. C., cuando el Senado decidirá unificar la península itálica monetariamente, propagando un tipo de moneda

²⁴ Acerca los intercambios comerciales entre Hispania y Roma véase, P. Barceló, J. J. Ferrer Maestro, *Historia de la Hispania romana*, Madrid 2007, 383-497.

de plata que tuviera por base la relación existente entre el bronce y el preciado metal: diez ases por una moneda de plata equivalente a la de Tarento, o sea por un denario, la nueva moneda romana. Desde el punto de vista financiero, lo que propició el auge del comercio fue la existencia de varias clases de moneda: un mundo “con calderilla”, como lo ha expresado Bryan Ward-Perkins en contraste con la Antigüedad Tardía, cuando los ases ya no eran aceptados y carecían de validez, motivado por una crisis económica que se perpetuará durante todo un siglo. Si los denarios de plata se usaban para efectuar transacciones medianas, el as de cobre seguía siendo el dinero de mayor circulación, utilizado en innumerables transacciones cotidianas. Otra moneda de plata de tipo intermedio, el sestercio (equivalente a $\frac{1}{4}$ de denario y a 2,5 ases), fue ganando importancia a medida que el as se iba quedando relegado a los intercambios de pequeña monta. Y, paralelamente, se creó en época imperial, para evitar el uso excesivo de los denarios una moneda para las grandes transacciones financieras, operadas a través de los mecanismos estatales. Estamos hablando del áureo o *denarius aureus*, que surge a imitación de las *estateras* griegas que en su día lanzó Filipo II de Macedonia al mercado y que equivalía a 25 denarios de plata o a 100 sestercios de plata.

El Estado romano se nutrió a lo largo de su historia de tributos para mantener el despliegue de su aguerrido y numeroso ejército, en continua movilización, que absorbía la mayor parte de los recursos presupuestarios, junto con el aparato de la corte y

demás gastos que comportaban la administración provincial y central.²⁵ Los fondos depositados en las arcas del erario, o los que administraba el Senado, o la casa imperial provenían de la tributación, a la que se añadían las ganancias que generaban los arrendamientos de tierras, o los bienes conquistados, o los aranceles que se elevaban para gravar transacciones comerciales. Ya desde tiempos arcaicos se recaudaban impuestos y gravámenes como la *moenia*, que obligaba a los ciudadanos a realizar prestaciones sobre las tierras públicas, o el *sacramentum*, que debía satisfacer la parte perdedora en un litigio, cuyo importe iba destinado a los sacerdotes para realizar sacrificios o actos cultuales. La continua adquisición de nuevos territorios por efecto de las conquistas en época republicana generó por un lado notables desigualdades entre los heterogéneos grupos de población, distinguiéndose entre ciudadanos romanos y ciudadanos privados de ciertos derechos, a los que se gravó con un impuesto si residían en Roma (*aerarii*). Pero por otro lado también conllevó la existencia de grandes extensiones de *ager publicus* perteneciente al Estado, que se podían arrendar para cultivar mediante un impuesto llamado *vectigalia* y que era gravado mediante la *scriptura*. La progresiva expansión del dominio romano desplazó la carga de la tributación de Italia hacia las provincias, especialmente después de que las guerras sociales de finales del siglo I a.C. extendieran la ciudadanía a toda la península

²⁵ Acerca del presupuesto del Estado imperial, su financiación y partidas de inversión véase H.-U. von Freyberg, *Kapitalverkehr und Handel im römischen Kaiserreich (27 v. Chr.-235 n. Chr.)*, Friburgo 1989, 97-133.

itálica.²⁶ Se gravó considerablemente a los residentes en las provincias mediante un impuesto general que se cobraba a toda la población y otro por cabeza que gravitaba en torno a las fortunas individuales. El primero, llamado *tributum solii*, lo debían pagar todos los propietarios de bienes raíces, todos los habitantes de las provincias y todos los ciudadanos romanos que vivían fuera de Italia, con excepción hecha de las ciudades que se rigieran por el *ius italicum*, es decir, las comunidades privilegiadas. El segundo, llamado *tributum capitis*, gravaba el capital y los bienes inmuebles. Debían tributarlo los hombres y las mujeres, entre los doce y los sesenta años, y era satisfecho solamente por los habitantes de las provincias, pues se eximía de él a los ciudadanos romanos. Posteriormente, en época del Principado y del Dominado, se pondrán en marcha reformas tributarias muy importantes en cuanto al impuesto denominado *capitatio*, que serán analizadas en su momento por su especial relevancia para el desarrollo de la arquitectura financiera.

Entre los impuestos indirectos sobresalían los derechos de aduana (*portoria*), las tasas de las manumisiones (un 5%), el impuesto sobre la venta de esclavos (un 4%) y las tasas que gravaban el transporte del grano. Además de los impuestos

²⁶ Con la promulgación de la *lex Iulia de civitate amicitis et sociis populi Romani danda* que confería la ciudadanía romana a los habitantes de Italia que residían al sur del Po, se concluye el proceso de pacificación e integración de la península itálica en el ámbito político y económico de Roma. Véase P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma*, Madrid 2004, 122-126.

ordinarios e indirectos hay que mencionar los tributos extraordinarios que, en ocasiones, tenían que ver con la administración militar y que podían abarcar la onerosa obligación de alojar o alimentar a las tropas. Ni que decir tiene que estos gravámenes afectaron mayoritariamente a los habitantes de las provincias, que debían satisfacer estas, especialmente durante el siglo IV, severas exigencias fiscales.

Por último, cabe añadir que los impuestos citados no se pagaban directamente a los funcionarios del fisco, sino que su importe (*stipendia*) era recogido por las diversas ciudades, que lo enviaban a Roma, quedándose un exiguo porcentaje para compensar los gastos de la gestión recaudatoria. Las autoridades romanas, desde la época republicana, recurrieron continuamente a recaudadores procedentes del sector privado, mediante un sistema de subastas públicas que permitían a las compañías o sociedades que pujaban por obtener la concesión, los llamados *publicani*, adjudicarse los altamente rentables contratos de recaudación de impuestos. Dichas sociedades respondían por la cantidad estipulada con el erario, que debían cubrir de antemano, y que recuperaban con creces al completar la recaudación. Se trataba de un negocio, la mayoría de veces, carente de escrúpulos, que otorgaba pingües beneficios a las empresas adjudicatarias. Durante los últimos años de la República a la gravosa presión fiscal a la que estaba sometida la masa de la población en las provincias se añadió la corrupción y las malas artes de ciertas sociedades de publicanos, que no dudaban

en sobornar a los representantes oficiales del Estado, los gobernadores, para culminar sus deshonestas maquinaciones. El estamento senatorial, del que se nutrían los gobernadores de las provincias, vio su honradez a menudo puesta en entredicho.²⁷ En este contexto, la instauración del Principado conllevará una serie de reformas de la administración provincial y ante todo un cierto control de la escandalosa y endémica corrupción, aunque, por otra parte también generará otras desventajas no menos significativas.

Retomando el tema de la agricultura podemos resaltar que si bien predominaron las pequeñas granjas en los primeros tiempos de la República, la situación cambiará sobre todo durante el siglo III a.C., y ya de un modo radical tras la Segunda Guerra Púnica. Como consecuencia de esta larga confrontación bélica que devastará grandes zonas del territorio itálico, muchos campesinos empobrecidos se trasladaron a las ciudades, mientras que sus bienes eran adquiridos a bajo precio por los grandes terratenientes o simplemente usurpados por terceros. En efecto, en los inicios de la era republicana la forma más común del cultivo de las tierras de labor, se basaba en la pequeña propiedad, que el dueño administraba personalmente con la ayuda de esclavos o trabajadores asalariados libres. Sólo una pequeña parte de los excedentes

²⁷ Disponemos de una extensa documentación sobre procesos de corrupción (*de repetundis*) contra múltiples magistrados romanos encargados de la administración de las provincias. El más famoso es sin duda el proceso contra Verres, cuya acusación fue asumida por el preclaro jurista y orador Cicerón que nos ha legado un esclarecedor dossier pleno de información y de detalles sobre el tema.

agrícolas procedentes de la pequeña propiedad terminaba en los mercados locales, siendo preferentemente el trigo, el producto más comercializado. A partir del siglo II a.C. las continuas guerras de conquista mantendrán al agricultor lejos de su tierra durante muchos años, con el resultado de que las pequeñas granjas, en ausencia del propietario serán tarde o temprano absorbidas por los terratenientes locales o por el Estado. Este proceso de concentración de la propiedad, unido a la distribución del creciente *ager publicus*, hizo que el latifundismo se convirtiera en uno de los problemas más acuciantes de la arquitectura económica y social de la República.

3.2 Entre crisis y reorganización

La conquista de la mayoría de los países del Mediterráneo convierte a Roma en la primera potencia militar de su época. Como consecuencia de este proceso de expansión, los magistrados romanos administraban justicia en las provincias, y los comerciantes romanos e itálicos pudieron hacerse paulatinamente con una posición ventajosa allí, donde hasta el momento cartagineses, griegos y orientales habían sido los que marcaban la pauta. Para los clanes de la elite romana, la expansión política del Estado comportó una notable ampliación de su esfera de influencia, esto es, de sus relaciones patronales, lo que a la par conllevó la despersonalización y relajamiento de sus vínculos clientelares. La plebe urbana mostraba una creciente disposición a dar su voto en los comicios a aquel candidato que estuviera dispuesto a garantizar del mejor modo sus intereses materiales. La manipulación de los comicios a través de compras de votos se convertirá a partir de entonces en un método habitual de la política, y a finales del siglo II a.C. una brillante carrera política (*cursus honorum*) no suponía solo ya la pertenencia a la *nobilitas*, sino, sobre todo, grandes recursos materiales. Sin embargo, cuanto más fondos, esclavos y bienes procedentes de los territorios conquistados se acumulaban en la urbe, tanto más se alteraba el equilibrio económico y social en una ciudad que hasta la fecha mantenía fundamentalmente su

carácter agrícola.²⁸ Un importante sector de la elite, los caballeros (*equites*), enriquecidos con los negocios en Oriente, especialmente como componentes de las grandes compañías de arrendatarios (*societates publicanorum*), invirtieron sus capitales en Italia.²⁹ Allí adquirieron enormes explotaciones agrarias trabajadas por esclavos, cuantiosos con motivo de las numerosas guerras de conquista, lo que supuso una competencia demasiado opresiva para las economías agrícolas pequeñas y medianas. Las importaciones de grano a bajo precio confiscado en las provincias conquistadas (Sicilia, África, Asia) aguzaron la competencia y provocaron un desequilibrio económico, que a la larga obligó a muchos pequeños agricultores a abandonar su medio de subsistencia habitual y a emigrar a Roma.³⁰ Estos campesinos desposeídos de sus tierras, y que hasta ese momento habían constituido la base de reclutamiento de las legiones, hicieron tambalear también el sistema castrense. Con lo que a la crisis económica se le añadió una crisis militar. La dimensión de los problemas sociales se puede apreciar a través del constante aumento de las masas proletarias en la ciudad de Roma.³¹

A los desequilibrios sociales se le añaden dificultades políticas. El estamento senatorial encargado de dirigir los asuntos de Estado, fracasa cada vez con más frecuencia en resolver

²⁸ Plutarco, *Tiberio Graco* 8.

²⁹ Polibio, 6. 17.

³⁰ W. Tietz, *Hirten, Bauern, Götter. Eine Geschichte der römischen Landwirtschaft* 227-232.

³¹ Sobre las secuelas de la crisis, véase G. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte* 85-109.

misiones de política exterior, que con tanto éxito había monopolizado hasta la fecha. Las derrotas espectaculares sufridas por las legiones romanas en las guerras celtibéricas (153-133 a.C.) - sólo ante la pequeña ciudad de Numancia capitularon miles de hombres- cortaron de cuajo las carreras políticas de muchos senadores, sobre los que recaía la responsabilidad en su calidad de mandos del ejército. Tales sucesos pusieron de manifiesto el desconcierto, la corrupción o la incapacidad de la aristocracia senatorial.³² Este deterioro de autoridad se vio agravado por una profunda crisis de la agricultura itálica. El año 133 a.C. supuso una experiencia clave para la *nobilitas*. El tribuno Tiberio Sempronio Graco, un *nobilis* procedente de una prestigiosa familia, intentó afrontar de una manera efectiva el abandono del campo y la proletarización de la urbe mediante una reforma agraria (*lex agraria*) de talante moderado.³³ Sin embargo, su fracaso no se debió a la oposición del Senado, sino que fue otro tribuno que valiéndose de su veto tribunicio hizo abortar la aprobación de la ley, por razón de la cual ambos contrincantes habían acudido al Senado.³⁴ Cualquiera de los dos, que hubiera salido favorecido por la decisión senatorial, hubiera podido retirarse de la causa, sin pérdida de crédito, pues la *auctoritas patrum* se lo hubiera permitido. Sin embargo, el Senado se manifiesta incapaz de llegar a un consenso.

³² Plutarco, *Tiberio Graco* 5 s.; Floro 1, 36, 6; Apiano, *Sobre Iberia* 45, 80; P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma* 100-105.

³³ Plutarco, *Tiberio Graco* 8 s. P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma* 106-110.

³⁴ Plutarco, *Tiberio Graco* 10-16.

No se decide ni en favor ni en contra de Tiberio Graco. Tanto éste como su rival habían dado su palabra a sus seguidores. Dar marcha atrás sin que les cubriera las espaldas el Senado hubiera significado para los dos la pérdida de su *dignitas* y el final de su carrera. En esta situación, Tiberio Graco busca una salida hartamente explosiva: obviar el Senado dirigiéndose a los comicios. Los desposeídos, los que probablemente sacarían provecho de la aprobación de esta ley agraria, le estaban obligados, es decir, se encontraban en su *fides*. De este modo, se erige en una especie de patrono de la plebe arrebatando al Senado, aunque sólo temporalmente, su tradicional base de poderío.³⁵ Apoyándose en la asamblea popular Tiberio Graco destituye al tribuno Octavio y consigue que se apruebe su proyecto de ley.³⁶ El Senado había desperdiciado la ocasión de hacer uso de su *auctoritas*, un error que le dejaría a merced del dominio de una sola persona. El secular trauma aristocrático parecía convertirse en realidad: un miembro de la élite dirigente se estaba perfilando como el indiscutible director de la política romana en detrimento del grupo senatorial.

Con Tiberio Graco, la crisis de la República romana alcanza su punto álgido. Su política reformista cambia de signo, tras ser repudiada por un poderoso grupo de presión y abre una tremenda brecha institucional que pone al descubierto la fragilidad del sistema. El desastre que produjo su muerte violenta (tras un tumulto, Tiberio Graco será asesinado por un grupo de senadores en

³⁵ Plutarco, *Tiberio Graco* 16.

³⁶ Plutarco, *Tiberio Graco* 12 ss.

el centro de Roma) sacude los pilares de la convivencia política.³⁷ Qué fines había perseguido verdaderamente Tiberio Graco? Simplemente una repartición de las tierras itálicas que conformaban el *ager publicus* y que habían sido usurpadas por los grandes terratenientes de la zona. Su propuesta de ley pretendía limitar su uso a 125 acres y proponía reasignar los excedentes de tierra a los campesinos arruinados. Cada familia podría obtener hasta 500 acres, más 250 por cada hijo, pero en ningún caso no más de 1.000 acres. La resistencia de los terratenientes apoyados por una parte del Senado fue más fuerte de lo esperado e hizo abortar esta necesaria reforma económica y social.

En el año 124 a.C., el movimiento reformista experimentará un resurgimiento al ser elegido tribuno de la plebe Cayo Sempronio Graco³⁸, hermano menor del malogrado Tiberio. La política social constituía un punto fundamental de la legislación de Cayo Graco. Una *lex agraria*, una *lex frumentaria*, así como una *lex militaris* tenían como objetivo mejorar las condiciones de vida de amplias capas de la población.³⁹ Gran transcendencia política obtendrá su *lex iudiciaria*, que al contar con el apoyo del estamento ecuestre resultará aprobada en contra de la encarnizada resistencia de los senadores. Esta ley traspasaba los tribunales de justicia, hasta entonces en manos del Senado, a los caballeros (*equites*), con lo que consiguió que entre los dos estamentos (*ordines*) superiores surgiera

³⁷ Plutarco, *Tiberio Graco* 18-21.

³⁸ Plutarco, *Cayo Graco* 24; P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma* 112-117.

³⁹ Plutarco, *Cayo Graco* 26.

una rivalidad irreconciliable. Que esta ley encerraba un peligrosísimo potencial político se puede apreciar por la frase atribuida a Cayo Graco: *He arrojado al Foro los cuchillos con los que la ciudadanía se despedazará a sí misma*. Con Cayo Graco, el estamento de caballeros (*ordo equester*), que hasta el momento había mostrado pocas ambiciones políticas, encuentra acceso a los engranajes de la política romana. Especialmente cuando se hicieron cargo de la jurisdicción que les otorgaba la ley *de repetundis* (jurados para sancionar los excesos cometidos por gobernadores de provincias de rango senatorial), los caballeros logran controlar la política romana. Pero los *equites* experimentaron un notable aumento de su prestigio no sólo en el Foro, sino también ante toda la sociedad, pues, por ejemplo, se les concedieron asientos especiales en el teatro, una distinción de la que hasta ese momento sólo disfrutaban los senadores. Como segunda fuerza social en la ciudad, los caballeros con ambiciones políticas -éstos constituían una minoría, que fundamentaban su poder en las sociedades arrendatarias de los *publicani*- reclamaron la participación en la dirección de la *res publica*. El orden ecuestre llegó a convertirse en un factor de peso en la política romana. Pese a su postergación temporal bajo Sila, su ingente protagonismo político será un hecho imparable. Pero mientras que el Senado decidiera los destinos de la República, el estamento ecuestre desempeñará un papel subordinado con respecto del Senado. Su irrupción política real tendrá lugar en época imperial, cuando la antigua *res publica libera*

ya estaba bajo tierra, y con ella el predominio de la aristocracia senatorial.

La comunidad de intereses entre Cayo Graco y los caballeros se quebrará por la cuestión de extender el derecho de ciudadanía a toda Italia. La propuesta de ley, que introdujo en su segundo tribunado con el fin de ampliar la *civitas romana* a los aliados itálicos, marginó políticamente a Cayo Graco y, de este modo, sus adversarios políticos pudieron neutralizarlo.⁴⁰ Ni el Senado ni la plebe, su clientela tradicional, encontraron de su gusto esa iniciativa. Por eso, no fue reelegido al año siguiente, con lo que su programa de reformas políticas y su carrera tocó a su fin.⁴¹ Como ya sucediera con su hermano Tiberio, Cayo encontró una muerte violenta, que dio origen a una era de restauración del régimen senatorial.⁴²

Sin duda alguna, para los pequeños agricultores desposeídos enrolarse en el ejército era una gran oportunidad de empleo y quienes no se acogían a él se convirtieron en jornaleros de los grandes terratenientes o se vieron obligados a engrosar las filas del cada vez más numeroso proletariado urbano. Con la desaparición en la época tardorrepública de la clase de los pequeños propietarios, aquellos campesinos-soldados que habían contribuido durante las guerras de conquista al engrandecimiento de Roma, cambiará radicalmente el panorama político y socioeconómico. Al verse

⁴⁰ Plutarco, *Cayo Graco* 29.

⁴¹ Plutarco, *Cayo Graco* 32 s.

⁴² Plutarco, *Cayo Graco* 32 s.

obligados a abandonar sus fincas tanto por las exigencias del servicio militar como por la incapacidad para competir con las grandes explotaciones agrarias de los terratenientes, la producción agrícola se concentrará cada vez más en los fértiles latifundios de la Campania y en las grandes *villae rusticae* de la Toscana, de Umbría y del valle del Po.

Siguiendo el modelo de producción implantado en Italia, la mayor parte del territorio será organizado a través de grandes propiedades convirtiendo con ello la producción agrícola en una actividad cuyo objetivo no era ya simplemente alimentar a la propia familia, sino enriquecerse a toda costa, consiguiendo excedentes e introduciendo los productos más demandados en los mercados de consumo que prometían una mayor cotización.⁴³

Solo con el advenimiento del Principado y con las reformas agrarias de Augusto se atajó una parte del problema, al redistribuirse los territorios conquistados sobre todo en áreas de ultramar: África, Galia, Hispania, etc. Con todo, la mayor parte de las tierras de labor continuarán siendo explotadas en forma de grandes haciendas estructuradas en torno a villas, cuyos propietarios, que habitaban en las grandes ciudades, ausentes del mundo rural, se valían para ello de un administrador de su confianza (*villicus*) que al frente de un ejército de esclavos y trabajadores contratados temporalmente intentaban sacar el máximo rendimiento de sus tierras. También era frecuente arrendar partes de

⁴³ D. Flach, *Römische Agrargeschichte* 82-122.

las extensas propiedades a *coloni* a cambio de un alquiler que representaba un alto porcentaje de sus cosechas. La duración de los contratos de arrendamiento era normalmente de cinco años.

Desde la era tardorrepublicana se va imponiendo gradualmente una agricultura extensiva que proporcionaba a quienes la explotaban pingües beneficios. El producto más generalizado era el cereal, pero también se cultivaban hortalizas, legumbres, vino y aceite. En cuanto al trigo, los romanos conocían varios tipos de arado. Consiguieron un incremento de la productividad gracias a un tipo de arado técnicamente mejorado, apropiado para cultivo intensivo, y capaz de realizar las labores a mayor profundidad.⁴⁴ La rentabilidad de este cultivo alcanzó en algunas zonas altos niveles, que solo se volverán a superar en la edad moderna.⁴⁵ Aunque es difícil reconstruir con precisión el volumen del tráfico de grano, si que se puede afirmar que comparado con la comercialización de otros productos, era el de mayores dimensiones tanto en tonelaje, como en ingresos pecuniarios.⁴⁶

Después de las reformas militares de Cayo Mario que conllevaron una reestructuración del agro itálico y norteafricano, pero en mayor medida durante la época imperial, se va esparciendo

⁴⁴ M. S. Spurr, *Arable Cultivation in Roman Italy c. 200 BC-c. AD 100*, Londres 1986, 23 ss.

⁴⁵ F. Kolb, *Die Stadt im Altertum*, Munich 1984, 244.

⁴⁶ Sobre la vital importancia del abastecimiento de grano en el sistema económico romano véase P. Herz, *Studien zur römischen Wirtschaftsgesetzgebung. Die Lebensmittelversorgung* 55 ss.

el monocultivo extensivo y el policultivo especulativo.⁴⁷ La producción cerealística será progresivamente sustituida por los grandes propietarios por el cultivo del olivo y la vid, puesto que eran más rentables. Un motivo que aceleró esta transformación fue el precio del grano. Este era objeto de grandes oscilaciones y solía experimentar sensibles bajadas de su cotización, dada la gran oferta que existía. Enormes cantidades de trigo podían ser importadas a través de las relativamente seguras vías marítimas que enlazaban Egipto y del norte de África con los grandes mercados de consumo.⁴⁸ A la crisis que desde la época republicana sufrían especialmente las fincas de tamaño pequeño y mediano, amenazadas por las deudas y la competencia de los grandes productores, se añadió en la época imperial un declive de la producción agrícola en muchas tierras, que fueron abandonadas por los crecientes costos de la mano de obra. El decrecimiento de la esclavitud había hecho el trabajo libre mucho más competitivo, mientras que las condiciones ofrecidas por los patronos eran todavía muy duras, con el resultado de que una significativa masa de la

⁴⁷ La reforma castrense que lleva el nombre de Mario cambió la estructura de las legiones romanas, el instrumento más importante de dominio del Estado (Salustio, *Yugurta* 86, 2 s.; Floro 1, 36, 13; Plutarco, *Mario* 9). Mario reclutó de forma prioritaria durante sus diversos consulados proletarios para sus legiones. Esto trajo como consecuencia que surgiera una estrecha relación entre el general y las tropas que dependían de él. Éste como patrono se preocupaba de asegurarles económicamente el porvenir al asignarles parcelas de cultivo una vez que hubieran cumplido sus obligaciones militares, a través de asentamientos de veteranos (Cicerón, *Pro Balbo* 21, 48); P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma* 117-122.

⁴⁸ E. Lo Cascio, *Forme dell'economia imperiale*, en *Storia di Roma*, vol. II 2, Einaudi, Turín, 1991, 358-365

población rural prefiriera una vida parasitaria e incierta en la ciudad antes que trabajar en los campos en unas condiciones miserables. A pesar de ello, en diferentes zonas del Imperio seguían perdurando explotaciones medianas, de superficie delimitada, donde se cultivaba de forma intensiva a través de regadíos un variado surtido de alimentos. También se empleaba aquí la rotación de los cultivos, de modo que el área disponible pudiera proporcionar una amplia gama de productos durante las diferentes estaciones del año. Al cultivo de la tierra se le añadía la cría de peces, de aves y ganado menor.⁴⁹

El aceite de oliva procedía principalmente de extensas plantaciones, en su mayoría en manos de grandes terratenientes, en Istria, Apulia, Tripolitania, la Tarraconensis y la Bética mientras que el vino, el otro gran producto agrícola que según Catón⁵⁰ y Columela⁵¹ podía reportar notables beneficios, era elaborado en Italia, Hispania, la Galia meridional, Grecia y Siria de donde se importaban los caldos más apreciados y de mejor calidad. Tanto el cultivo de la vid como del olivo reportaban altos costes de producción, pues era necesario contar con prensas, molinos y toda una serie de equipamiento, además de requerir una previsión y una inversión de tiempo considerables.⁵²

⁴⁹ F. Kolb, *Die Stadt im Altertum* 699.

⁵⁰ Catón, *De agricultura* 61, 1. D. Flach, *Römische Agrargeschichte* 184-193.

⁵¹ Columela, *De re rustica* 3, 3. D. Flach, *Römische Agrargeschichte* 198-204.

⁵² Sobre el comercio del aceite de oliva y vino véase: D. J. Mattingly, "Oil for Export? A comparative study of olive-oil production in Libya, Spain, and Tunisia", *JRA* 1 (1988) 33-56; R. B. Hitchner, "Olive production and the

En cuanto al ganado, se criaba por una parte para proveerse de carne y leche y otros productos derivados. Pero su uso primordial era la obtención de materias primas tales como la lana o el cuero, sin descuidar el importante papel que ejercía el ganado mayor, como animales de tiro en el ámbito del transporte, de la construcción y en la logística del ejército y, por supuesto, en las labores del campo, donde continuó siendo la principal herramienta de trabajo hasta que fuera sustituido en nuestros días por el tractor, sinónimo de la agricultura actual.

El futuro declive de la economía bajoimperial tendrá como su principal consecuencia la disminución gradual de la producción agrícola, que irá perdiendo la capacidad de abastecer la demanda, dando con ello paso a un incremento del autoabastecimiento.⁵³ Por otra parte y aunque parezca paradójico, observamos precisamente en estos tiempos de crisis una intensificación del comercio y de la usura. Los poseedores, es decir los grandes terratenientes no se sentían atraídos a invertir sus capitales para mejorar la productividad de sus tierras. Destinaban más bien sus excedentes a aquellos sectores de la economía que prometían una mayor

Roman economy: the case for intensive growth in the Roman Empire”, en M.-C. Amouretti and J.-P. Brun. (Edd.) *La production du vin et de l’huile en Méditerranée*, BCH Supplementary Series 26 (Athens 1993) 499-508; C. Panella, A. Tchernaia, “Agricultural products transported in amphoras: oil and wine” en W. Scheidel, S. von Reden (Edd.), *The Ancient Economy*. (Nueva York 2002) 173-189; N. Purcell, “Wine and wealth in ancient Italy”, *JRS* 75 (1985) 1-19.

⁵³ A. Saltini, *Storia delle scienze agrarie*, vol. I: *Dalle origini al Rinascimento*, Bologna 1984, 47 ss.

rentabilidad como las manufacturas, la minería, el transporte de bienes, o el sector de servicios.

La crisis de la producción agrícola, cuyos primeros síntomas ya se pueden advertir durante el Alto Imperio, se manifiesta claramente durante el siglo III, sumándose a ello la acentuación de la inestabilidad política, con guerras civiles, incursiones periódicas de los pueblos bárbaros, e inestabilidad en las fronteras orientales.⁵⁴ Estas convulsiones desestabilizan la situación coyuntural que se agravará adicionalmente por las consecuencias de unas cargas fiscales cada vez más opresivas. Con la introducción del sistema impositivo de la *iugatio-capitatio* obra del emperador Diocleciano y la institución casi servil del colonato, se llegará a la segmentación de partes de los sobredimensionados latifundios en lotes pequeños, que se conferirán al cuidado de agricultores asalariados o de colonos, que en contrapartida quedarán obligados a ceder una parte

⁵⁴ Todas estas debilidades estructurales internas son inequívocos síntomas de crisis, que será fuertemente agudizada por las guerras civiles causadas por las múltiples usurpaciones que se suceden desde entre los años 235 y 284. Con la situación de permanente guerra civil en el interior deben relacionarse los frecuentes reveses en la política exterior. Cuando en el año 260, en el transcurso de una campaña militar contra el Imperio persa, el emperador Valeriano cayó prisionero de sus enemigos y murió en cautiverio, sufriendo así la mayor humillación que jamás le ocurriera a emperador alguno, se alcanzó el punto más crítico en la historia de Roma (Aurelio Víctor 32, 5). El Imperio parecía estar inevitablemente condenado a sufrir las consecuencias de una previsible descomposición. Acerca del impacto social de la crisis G. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte* 218-272.

sustancial de las cosechas al propietario y se comprometerán a no abandonar las tierras (adscripción a la gleba).⁵⁵

⁵⁵ P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma* 590-593.

3.3 Planteamientos teóricos

Llegados aquí cabe preguntarse sobre la incidencia de la agricultura en el tejido económico del Imperio romano teniendo en cuenta la polémica generada en la investigación por las teorías de Moses Finley y su escuela. Según este punto de vista la agricultura poseía un carácter más bien estático y, en comparación con otras sociedades pre-modernas europeas, mostraba un bajo nivel tecnológico y organizativo. La búsqueda del máximo beneficio así como el empeño de controlar la producción a expensas de los riesgos, y de la volatilidad del mercado, tienen que ver, de acuerdo con este enfoque, con una mentalidad específicamente aristocrática. Según las informaciones de las fuentes literarias, los miembros del estamento senatorial y los caballeros (*equites*) se habrían caracterizado principalmente por su afán de obtener tierras adicionales con el menor esfuerzo posible para llevar a cabo inversiones que les proporcionaran un rápido enriquecimiento. Por lo tanto, se infiere un aumento de la producción, especialmente en el curso del siglo I en las fincas itálicas, donde se da un paulatino incremento de los arrendamientos de parcelas de cultivos orientadas hacia el consumo.⁵⁶ A pesar de esta evolución y debido a la relativamente exigua importancia de los mercados urbanos, la producción agrícola a gran escala podría ser considerada a nivel global como un fenómeno marginal, dicen los minimalistas. La

⁵⁶ W. Tietz, *Hirten, Bauern, Götter. Eine Geschichte der römischen Landwirtschaft* 267-285.

orientación de una mayoría de pequeños agricultores fuertemente endeudados con sus terratenientes/patronos estaría encauzada hacia la autosuficiencia y a una economía de subsistencia, que se valdría de los métodos y técnicas de cultivo tradicionales.

Sin embargo, poniendo el punto de mira en la época imperial, estas opiniones de la escuela de Finley han sido rebatidas por otros estudiosos que hacen hincapié en el mercado componente capitalista y en el racionalismo económico que caracteriza a la producción agrícola en general, sobre todo a partir de mediados del siglo I. A ello se añaden la existencia de relaciones de mercado interdependientes entre aquellas regiones que disponían de excedentes agrícolas, como el sur de Hispania y el Norte de África y los numerosos centros de absorción de dichos productos, tanto militares como civiles, diseminados por toda la geografía imperial, como es el caso de las zonas fronterizas del *limes*⁵⁷ y de las grandes ciudades como Roma, Cartago, Tréveris y las del Oriente helenizado (Alejandría, Antioquía etc.). También hay que insertar en este contexto un considerable tráfico de capitales a lo largo de todo el Imperio, tanto a nivel privado, como a nivel estatal, lo que no deja de ser un síntoma identificativo de una economía flexible y dinámica, dotada de una notable capacidad de adaptación.⁵⁸

Por ejemplo A. Carandini postula la evidencia de significativas mejoras en el sector productivo y en la distribución,

⁵⁷ J. Remesal Rodríguez, *La annona militaris y la exportación de aceite bético a Germania*, Madrid 1986.

⁵⁸ H.-U. Freyberg, *Kapitalverkehr und Handel* 74-97.

que habrían sido logradas merced a la gestión racional de los grandes latifundios tal como describen Varrón y Columela⁵⁹, hecho comparable a la posterior economía colonial europea en sus dominios ultramarinos. Según esta visión, este dinámico sistema productivo se extendería en Italia durante los dos primeros siglos de nuestra era hasta que comenzaría la deterioración de las estructuras económicas, que se agudizará sensiblemente, con la decadencia de las ciudades a partir del siglo III y que perdurará hasta finales del Bajo Imperio. A diferencia de Carandini, otros autores como Pleket centran su atención fuera de Italia, extendiéndola a las provincias occidentales, ponderando la relativamente baja intensidad de los cultivos y la falta de racionalidad económica en su planificación.⁶⁰

En principio, la aparición de numerosos centros de consumo, tanto militares como civiles, durante la época dorada de la economía romana condujo a una mayor especialización en la comercialización de determinados productos agrícolas y a un aumento de la demanda tanto en las zonas productoras, como en las consumidoras. En los siglos I-II la elaboración de alimentos, el control y la organización de los trabajadores y las estructuras de ventas y distribución atestiguan un progreso significativo. Cuando la agricultura en Italia comience a experimentar en esta época una disminución parcial, otras regiones (como es el caso del sur de

⁵⁹ A. Carandini, *Schiavi in Italia: gli strumenti pensanti dei Romani fra tarda Repubblica e medio Impero*, Nuova Italia Scientifica, Roma 1988.

⁶⁰ H.W. Pleket, *Wirtschaft*, en: F. Vittinghoff (Ed.), *Europäische Wirtschafts- und Sozialgeschichte in der römischen Kaiserzeit*. Handbuch der europäischen Wirtschafts- und Sozialgeschichte vol. I, Stuttgart 1990, 25-160.

Hispania, la Bética, o el Norte de África) pasarán a sustituirla, protagonizando con ello un auge indiscutible de los circuitos comerciales de larga distancia. Este fenómeno de una gestión planificada con motivo a obtener excedentes agrícolas, orientada hacia el mercado, puede ser básicamente observado durante los dos primeros siglos de nuestra era. Por lo tanto, cuando autores como Pleket reanudan el debate entre “primitivistas” y “modernistas” minimizando la importancia de la economía agraria romana, obvian su manifiesta flexibilidad, así como su considerable capacidad reactiva.

Como es bien sabido, la tendencia más antigua, la de los “modernistas”, expresada magistralmente por Michael Rostovzeff en su clásico estudio *Historia social y económica del imperio romano* de 1926, sostenía que Roma debía ser considerada como un Imperio avanzado y complejo –semejante a nuestro mundo moderno en muchas facetas– que sufrirá un proceso de debilitación y agonía a partir del siglo III, pero que anteriormente fue capaz de sostener un sistema económico y social envidiable y funcional.

Por el lado contrario, los primitivistas, encabezados por Moses Finley y su influyente estudio *La economía en la antigüedad* de 1973, que hace hincapié en un sistema productivo poco evolucionado, así como en el déficit organizativo de la economía en general, niegan esta evidencia. Se enumera en este contexto el papel primordialmente consumidor de las ciudades en detrimento de otras actividades productivas. También se subraya la vigencia de un agro

orientado hacia la subsistencia y técnicamente poco desarrollado, el poco peso específico de la industria y del comercio, y también se ve el evergetismo como inversión en infraestructuras, realizada por mero prestigio social y personal, y no como contribución a la innovación tecnológica en el plano global de la economía. Desde entonces el debate sigue siendo largo y fecundo.

Si miramos de cerca la economía del Principado, y dejamos aparte sus métodos de generar ingresos, observamos un mundo rural que se desarrolla junto a los mercados urbanos, donde los pequeños productores venden sus excedentes mejorando su posición, como consecuencia del dinero en efectivo del que hacen acopio. Autores como Bryan Ward-Perkins resaltan gracias a los resultados de los avances arqueológicos en casi todas las partes del Imperio, proporcionados por ejemplo por la investigación de las ánforas y demás restos del comercio a gran escala, la magnitud de un complejo sistema de producción, transporte y distribución, perfectamente organizado, y que extiende sus tentáculos a lo largo de todo el ámbito mediterráneo e incluso más allá de él.

Junto a una agricultura especializada, se generan en todas las regiones del Imperio relaciones más o menos intensas entre los agentes económicos, así como regulaciones sociales heterogéneas amparadas por la legislación, especialmente en lo que se refiere a la organización del trabajo, a la producción de bienes y a las modalidades de asignación de las tierras. Por eso no podemos constatar un modelo estático o primitivo al contemplar el quehacer

económico, sino que detectamos más bien un cúmulo de características dinámicas, locales y regionales, de validez global.⁶¹ Se vislumbra, por ejemplo, en Italia una tendencia general hacia la concentración de la propiedad que corre parejas con la intensificación de la producción agrícola, principalmente como resultado de fuertes procesos de urbanización en casi todas las provincias, y de la necesidad de obtener productos alimenticios para el aprovisionamiento de una población en aumento.⁶²

Las tierras fueron pasando en gran medida a manos de las élites locales, que invertían una considerable parte de su hacienda en su propia promoción social. En muchos lugares consiguieron aumentar sus ingresos gracias a cultivos especiales y su exportación directa hacia los núcleos urbanos más cercanos o incluso a otras provincias o a la capital. Un buen ejemplo de ello sería el *garum* procedente de la Bética. Sobre este particular disponemos de una cantidad significativa de testimonios entre los que destacan las ánforas que certifican su traslado a Roma, punto final del circuito comercial. Por último, el desarrollo tecnológico y la organización racional de los cultivos se extenderán a provincias muy diversas, desde Hispania y Galia al norte de África y Siria, con un alcance e intensidad de producción –consecuencia acaso del declive de la agricultura itálica– sin parangón gracias a diversos condicionantes

⁶¹ J. Manning, I. Morris (Edd.), *The ancient economy: evidence and models*, Stanford 2005.

⁶² D. Flach, *Römische Agrargeschichte* 165-183.

positivos tales como la afluencia de capital, una mano de obra barata y una fuerte demanda de bienes de consumo.

Los márgenes de beneficio que proporcionaban los cultivos a gran escala, como el vino y el aceite, disminuirán, sin embargo, a partir del siglo II debido a la creciente competencia de diversos mercados regionales que se introducen en el marco de esta economía global, forzando la reorientación del sistema económico itálico, que pasará a dedicarse a la producción de la lana, la carne, y otros géneros de cultivos intensivos, como por ejemplo las hortalizas y las frutas. En muchas granjas se puede observar, por otra parte, un retorno a aquellos sistemas agrícolas que requerían un menor grado de dedicación. Esta evolución apunta también a una de las consecuencias del latifundismo al ser adaptado a una economía racionalizada, como nos indican algunos comentarios de Plinio sobre la organización de sus vastas propiedades y los primeros capítulos del manual agrícola de Columela. Evidentemente, en esta época se genera un intenso debate entre muchos propietarios itálicos sobre la nueva situación del agro y del mercado en cuanto a los cultivos comerciales y la mejor forma de gestión de sus respectivas explotaciones.

La situación de bonanza económica de la agricultura se desvanecerá a finales del Principado, cuando la paz y la estabilidad queden definitivamente perturbadas. Teniendo en cuenta estos precedentes y la forma tan avanzada de gestión que se había practicado exitosamente durante los tres primeros siglos de nuestra

era, el panorama del siglo III nos muestra que, pese a la tendencia al latifundismo, incluso los pequeños propietarios y los pequeños campesinos no habían desaparecido completamente del mapa laboral. El descenso en la intensidad de la producción, que se atestigua especialmente en algunas provincias del norte, especialmente a partir del siglo III será un resultado directo de las interminables guerras civiles y la continua defensa de las fronteras frente al incesable acoso de los pueblos limítrofes.

Aunque la agricultura siempre continuó siendo la base de la economía, la industria, la explotación del subsuelo, el comercio y la artesanía ocuparon también un lugar importante en la infraestructura económica del Imperio. En lo que a la energía y la industria se refiere, se recurrió al uso de la madera y el carbón para la fundición y forja de metales, así como para calefacción en las zonas frías de la geografía imperial.⁶³ Se explotaban a tal efecto diversos yacimientos, como los existentes en Britania, que propiciaron un activo intercambio de materias primas y manufacturadas entre el litoral del Mar del Norte y la Renania romana. El comercio floreció sobre todo desde los tiempos de Augusto y sus sucesores por causa de la paz interna y externa y la estabilidad demográfica: a estos factores se sumaron una creciente ciudadanía romana y la existencia de un sistema monetario solvente y generalmente aceptado.⁶⁴ Dentro del gremio de los comerciantes existía una gran diversidad de oficios: los que practicaban el

⁶³ B. Cech: *Technik in der Antike*, Darmstadt 2010, 20.

⁶⁴ H.-U. von Freyberg, *Kapitelverkehr und Handel* 39-72.

comercio a pequeña escala, llamados en su mayoría *mercatores* que solían elaborar sus propios productos, como por ejemplo el jabón del *saponarius*, vendiéndoles al por menor de forma ambulante, por las ciudades o aldeas. En muchos de estos lugares se congregaban varias veces al mes mercados y ferias donde se podían establecer los comerciantes previo pago de la cuota o tasa correspondiente. Estos mercados, generalmente al aire libre pero con notables excepciones, como el monumental mercado de Trajano (*basilica Ulpia*), ubicado en el centro de Roma, fueron muy activos a partir del Principado. Por otro lado operaban los comerciantes al por mayor, llamados *negotiatores*, que gestionaban el tráfico de mercancías a gran escala o el transporte de bienes a través de las rutas marítimas y terrestres. Estos *negotiatores* se ocupaban también de habilitar las naves necesarias a tal efecto, que alquilaban o fletaban directamente, creando compañías con otros comerciantes para minimizar los riesgos: hay que añadir que estos mayoristas se asociaban a menudo formando gremios profesionales o *collegia*⁶⁵, dotados todos ellos de un fuerte carácter corporativo.

El objeto principal del comercio a gran escala era el tráfico de productos alimenticios, cereales, aceite, vino o el famoso *garum*, la popular salsa de pescado producida en Hispania. A este respecto

⁶⁵ Las asociaciones de comerciantes o navegantes en *collegia* o *corpora* (al igual que las correspondientes sociedades de artesanos), que aparecen atestiguadas en inscripciones y textos legales, tenían como fin la representación de sus intereses específicos ante la administración romana o servían, por ejemplo, para cuidar de sus necesidades corporativas o sus obligaciones culturales.

resulta particularmente indicativo que para averiguar la gama de productos más demandados para el abastecimiento de las grandes ciudades la investigación se vale del análisis sistemático del material anfórico disponible y, especialmente, su gran yacimiento en la ciudad de Roma, un antiguo vertedero, hoy conocido como monte Testaccio. Más de la mitad de los hallazgos ha demostrado tener origen en la península ibérica, de donde se exportaba a Roma aceite, vino y *garum*, cerca de un 40% del consumo total.⁶⁶ El resto provenía de la Galia, de Italia y el Mediterráneo oriental, de donde también se importaban productos más costosos y exclusivos.⁶⁷ El comercio alimenticio movía un volumen enorme de mercancías y suponía igualmente un gran despliegue de capitales. Según verosímiles estimaciones unas 80.000 toneladas de grano eran exportadas anualmente solo desde Egipto a Roma⁶⁸, lo cual nos puede dar una idea del volumen total del comercio marítimo. El grano se almacenaba al por mayor en Ostia, el puerto de Roma, donde se han excavado un gran número de depósitos (*horrea*), para luego distribuirse a los mercados de las diversas ciudades itálicas. Huelga decir que el transporte marítimo era una presa ambicionada por los piratas, por lo que los cargamentos más importantes iban

⁶⁶ E. Rodríguez Almeida, *Il Monte Testaccio, ambiente, storia, materiale*, Roma 1984; E. Rodríguez Almeida, J. Remesal Rodríguez, *Excavaciones arqueológicas en el Monte Testaccio (Roma)*, Madrid 1994.

⁶⁷ S. Martin-Kilcher, *Die römischen Amphoren aus Augst und Kaiseraugst. Ein Beitrag zu römischen Handels- und Kulturgeschichte. 3. Archäologische und naturwissenschaftliche Tonbestimmungen: Katalog und Tafeln (Gruppen 2-24)*, Augst 1994, 115.

⁶⁸ Habermann, *Ostia, Getreidehandelschafen Roms*. Münsteraner Beiträge zur antiken Handelsgeschichte 1, 1982, 35 ss.

acompañados por unidades de la flota de guerra que, especialmente en la ruta procedente de Alejandría, protegía el abastecimiento de la península itálica.⁶⁹

Dejando de lado la importación de bienes de primera necesidad, como es el caso del cereal, el vino y el aceite, hay que mencionar también la relevancia económica del comercio con artículos suntuosos, de alto prestigio social, tal como vajillas, cerámica, *terra sigillata* y otros enseres y bienes de lujo. Entre estos destacaban los mármoles procedentes de Egipto y del Mediterráneo oriental que servían para decorar edificios de cierta monumentalidad, encargados por acaudaladas personas privadas o por entidades oficiales. Un tema aparte lo constituye la amplia gama de prendas textiles, que eran manufacturadas en las zonas laneras y distribuidas a las regiones fronterizas donde parece haber existido una considerable demanda.⁷⁰

⁶⁹ Sobre el abastecimiento de la ciudad de Roma véase: N. Morley, *Metropolis and hinterland: the city of Rome and the Italian economy*, 200 B.C.-A.D. 200, 1996 Cambridge; G. Aldrete and D. Mattingly, "Feeding the city: the organization, operation, and scale of the supply system for Rome", en: D. Potter and D. Mattingly (Edd.), *Life, Death, and Entertainment in the Roman Empire*, Ann Arbor 1999, 171-204. C. Panella, A. Tchernia, "Agricultural products transported in amphoras: oil and wine," en W. Scheidel and S. von Reden (Edd.) *The Ancient Economy*, Nueva York 2002), 173-189. N. Purcell, "Wine and wealth in ancient Italy," *JRS* 75, 1985 1-19. R. Witcher, "The extended metropolis: urbs, suburbium, and population," *JRA* 19, 2005, 120-38. A. Carandini, "La villa romana e la piantagione schiavistica," en: *Storia di Roma*, 4: Caratteri e morfologie, Turín 1989, 101-200.

⁷⁰ G. Jacobsen: *Primitiver Austausch oder freier Markt? Untersuchungen zum Handel in den gallisch-germanischen Provinzen während der römischen Kaiserzeit*. St. Katharinen 1995.

Las mercancías no sólo circulaban dentro de las fronteras romanas, sino que también se proyectaban hacia mercados exteriores, como la China, la India, el norte de Europa o el sur de la actual Rusia. Hay testimonios abundantes, por ejemplo, del comercio a lo largo del Rin con los germanos y, más allá hacia los países escandinavos donde se han podido registrar múltiples hallazgos monetarios así como una amplia gama de productos importados del Imperio. También se apreciaban otros productos de allende el *limes* como las pieles, el ámbar, la joyería, la platería, diversas clases de armas y prendas textiles.⁷¹

En este contexto debemos apuntar que aparte de los cereales y del ganado, el mercado de esclavos especializados adquirió en época de Tácito una cierta relevancia.⁷² Los esclavos germanos fueron utilizados preferentemente como personal de escolta o como gladiadores. La relevancia económica de los mercados de esclavos está fuera de duda. En su época de máxima actividad, las transacciones efectuadas, en cuanto al número de personas que pasaban de unas manos a otras, y el importe de las ventas, podían alcanzar cantidades astronómicas, como bien atestiguan las cifras que disponemos de Delos⁷³ y especialmente de Rodas.⁷⁴

⁷¹ K. Tausend: "Die Bedeutung des Importes aus Germanien für den römischen Markt." *Tyche* 2, 1987, 220 ss.

⁷² Tácito, *Anales* 4, 72, 2.

⁷³ Sobre el mercado de esclavos de Delos, véase N. K. Rauh, *The sacred bonds of commerce. Religion, economy and trade society at Hellenistic Roman Delos*, Amsterdam 1993.

⁷⁴ La magnitud del tráfico que se desarrollaba en el puerto de Rodas, la plataforma comercial más importante del mundo helenístico, era simplemente excepcional.

Sin embargo el comercio exterior más rentable –por la calidad y el coste de los productos de lujo que se traficaban– se produjo en el intercambio de mercancías entre el Oriente del Imperio con Arabia y el Lejano Oriente. Las especias, el incienso, la seda, el marfil y otros muchos artículos más eran especialmente apreciados en el contexto de las largas y a veces peligrosas expediciones comerciales que se desarrollaban tanto por vías marítimas (Mediterráneo, Mar Rojo, Océano Índico) como por rutas terrestres (ruta de las caravanas) y variaban según el calendario.⁷⁵ El transporte terrestre era el segundo en importancia en el ámbito comercial de largo alcance. Su factor fundamental lo constituía la densa red de calzadas que cubría prácticamente todos los rincones del Imperio. Uno de los circuitos comerciales más rentables gravitaba en torno a la llamada ruta de Oriente, que conducía los productos del interior del continente asiático hasta los países del Mediterráneo oriental y viceversa, y donde las ciudades de Damasco, Antioquía, Gaza y Palmira desempeñaban un papel primordial.

Tras su incorporación al Imperio, Palmira se había convertido en una floreciente ciudad, enriquecida enormemente entre los siglos

Disponemos de una buena documentación al respecto. Tan sólo los ingresos fiscales del puerto ascendían a más de un millón de dracmas. Dado que esta suma representaba el 2% del valor de las mercancías, el volumen total de comercio se calcula en 50 millones de dracmas o 8.300 talentos de plata, cifras que dan una idea del potencial económico de Rodas, comparable con los ingresos de Cartago en sus mejores tiempos. Véase Polibio 30, 31.

⁷⁵ Real Enzyklopädie der Altertumswissenschaft (RE), Supplement-Band 15, 1978, 700-777; Ferguson, *China and Rome. Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, Munich, vol. II 9, 2, 1978, 594 ss.

I y III gracias al ingente comercio entre Oriente y Occidente. La “perla del desierto” como se la conocía, era un punto neurálgico y parada obligada en la ruta de las caravanas que atravesaba los yermos de aquellos parajes. Además del oasis, la ciudad había sido dotada de magníficas edificaciones, como el espectacular templo de Bel o el espléndido teatro, muchas de las cuales han sobrevivido al naufragio de los siglos hasta que la barbarie del islamismo radical de nuestros días ha causado estragos irreparables en la silueta urbanística de la ciudad. Desde allí partían las rutas de caravanas que importaban incienso, especias, sedas, marfil y otros productos, tras un largo y complejo periplo. Los responsables que intervenían en estas arriesgadas peripecias comerciales eran celebrados a su regreso con inscripciones y estatuas honorarias.

Todo el sistema de intercambios a larga distancia reposaba, por supuesto, en la eficiencia del transporte terrestre a través de las múltiples rutas del Imperio, que también rebate un argumento central de la tesis de Finley sobre la naturaleza primitiva de la economía antigua, secundada entre otros por A. H. M. Jones. Se ha de considerar la paradoja económica que supondría, por un lado, el inmenso esfuerzo de crear una enorme y costosa infraestructura mediante la construcción de una densa red viaria si, por otra parte, esta hubiera carecido de eficacia para solventar las exigencias del transporte terrestre. La construcción y el mantenimiento de calzadas, a partir de motivos políticos, militares y, por supuesto, económicos mantiene una relación directa con la praxis del

transporte terrestre. Por eso el estereotipo que habla de la ineficiencia del transporte debería ser desechado y, por supuesto, hay que subrayar que las calzadas romanas beneficiaron la estabilidad del comercio terrestre. La idea de la rentabilidad de las inversiones efectuadas estaba muy presente en la cúpula dirigente del Imperio al momento de trazar nuevas rutas o de mantener y optimizar las ya existentes.

Los diversos estudios pormenorizados sobre las calzadas romanas han dejado bien claro, que todo lo que sucedía en la red viaria estaba relacionado con una serie de estímulos económicos, como ha podido demostrar recientemente R. Laurence. Aunque el transporte de mercancías por tierra firme fuera dificultoso y largo, fue vital para el crecimiento económico del Imperio en sus primeros siglos de existencia. Como ha observado R. Duncan-Jones la relación de costes entre el transporte de mercancías marítimo y fluvial, frente al transporte terrestre, hacía que este último resultara más gravoso, aunque también más seguro. Sin embargo, el hecho de que el transporte marítimo fuera menos costoso que el transporte terrestre no convierte a este último en una herramienta económica ineficiente. Basta recordar que las fuentes literarias, iconográficas y arqueológicas presentan una sorprendente abundancia de tipos de transporte de mercancías terrestres aprovechándose de la fuerza motriz de los animales de tiro. Un ejemplo que documenta una mayor carga útil en los carros de tracción animal lo facilita el edicto de Precios Máximos promulgado por Diocleciano. Aunque el

estereotipo de los carros de bueyes aluda a su lentitud, estos lograron monopolizar una parte sustancial del volumen total de transporte: bueyes, burros, mulas y caballos de carga (o como animales de tiro) o, en Oriente, los camellos. La mayoría de todos los movimientos de mercancías se desarrollaban en espacios reducidos. El transporte de corta distancia de los excedentes agrícolas lo organizaban los propios agricultores, cuya meta era la ciudad más próxima que les servía como mercado. En estos breves círculos comerciales de corta distancia se condensaba la mayor parte de todo el transporte terrestre que se generaba en el mundo romano.

Hay que agregar, además, que la mayoría de los productos manufacturados se distribuían en espacios cerrados y que los servicios ofrecidos se centraban en estos ámbitos, lo que hacía de la corta distancia la forma primordial del desplazamiento de mercancías. La disponibilidad diaria de un mercado permanente para vender una determinada gama de productos y asegurar la demanda estaba, en principio, prácticamente garantizada, incluso en las regiones más periféricas. Disponemos de abundante información sobre la organización de los mercados y los días de feria en Italia, Asia Menor y el norte de África. En este contexto hay que retomar las teorías primitivistas de Finley acerca de la ineficiencia del transporte terrestre, cuando afirma que el edicto de Precios Máximos de Diocleciano conllevaba la duplicación del precio de una carga a una distancia de aproximadamente 500 km. En la

práctica el cálculo resulta ser irreal porque no hay lugar en el todo el Imperio, que quede a más de 500 km de distancia de cualquier río o litoral marítimo, que facilitaría el paso al transporte en barco. Merced a las infraestructuras viarias existentes era más que factible alcanzar en pocos días un río navegable o el mismo mar. Por tanto, también para los comerciantes que tenían la intención de ofrecer una mercancía a los clientes, tanto cercanos como lejanos, era plenamente factible combinar los dos elementos básicos del transporte: la tierra y el mar. Pero la mayoría de los comerciantes, en efecto, actuaban en un radio menor. Por lo que la valoración de Finley sobre la inutilidad de la amplia red de vías principales, por el desproporcionado coste que el transporte terrestre causaba, ha de ser matizada. Se ha dicho también que por estos motivos era harto difícil actuar eficazmente en tiempos de crisis, como por ejemplo, aliviar el hambre que azotaba a algunas regiones desfavorecidas, utilizando excedentes de producción de cereales en otros lugares. Esta circunstancia se debe, sin embargo, a la vulnerabilidad estructural de la agricultura antigua, y al hecho de que el Imperio no estaba concebido como una comunidad solidaria, o de bienestar respecto a la distribución equitativa de la riqueza, o de los alimentos de primera necesidad.⁷⁶

⁷⁶ P. Garnsey, *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World. Responses to Risk and Crisis*, Cambridge 1988, 167-268.

En cuanto al comercio de larga distancia⁷⁷, este se desarrollaba a través de los cauces fluviales y las vías marítimas: los ríos de Hispania, la Galia, Germania Panonia y Dacia (Betis, Ebro, Garona, Ródano, Rin, Danubio y sus respectivos afluentes) – además del Nilo, por supuesto, se convirtieron en arterias privilegiadas para el tráfico de mercancías.⁷⁸ El tamaño de los barcos era variable desde las grandes barcazas del Rin, con una capacidad de hasta 100 toneladas⁷⁹ hasta los variopintos barcos del valle del Nilo, más pequeños y versátiles. Las embarcaciones podían alcanzar un notable tamaño, como atestigua el tipo de carga que llegaron a albergar, entre otros objetos el famoso obelisco del Vaticano.⁸⁰ También hay que mencionar los altos riesgos del comercio marítimo (temporales, piratería etc.), que a menudo estaba en manos de prestamistas que imponían altas tasas de interés.⁸¹

Las redes de distribución presentaban un aspecto muy variado y complejo. La producción y venta al por menor de

⁷⁷ Sobre esta temática se ha generado una copiosa bibliografía: K. Hopkins, “Rome, taxes, rents, trade”, en: W. Scheidel, S. von Reden (Edd.), *The Ancient Economy*, Nueva York 2002, 190-230; G. Aldrete and D. Mattingly, “Feeding the city: the organization, operation, and scale of the supply system for Rome”, en D. S. Potter and D. J. Mattingly (Edd.) *Life, Death, and Entertainment in the Roman Empire*, Ann Arbor 1999, 171-204.

⁷⁸ G. Jacobsen, *Primitiver Austausch oder freier Markt? Untersuchungen zum Handel in den gallisch-germanischen Provinzen während der römischen Kaiserzeit*. St. Katharinen 1995, Genaro Chic Garcia, *La Navegación por el Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla en época romana*, Écija 1990.

⁷⁹ J. Obladen-Kauder, *Ein karolingischer Flußkahn aus Kalkar-Niedermörmter. Archäologie im Rheinland*, 1994.

⁸⁰ H. Schneider, *Einführung in die antike Technikgeschichte*. Darmstadt 1992, 147 s.

⁸¹ Rouge, *Recherches sur l'organisation du commerce maritime en Méditerranée sous l'Empire romain*. Paris 1966, 345–360.

productos manufacturados se efectuaba mediante pequeñas tiendas (*officina*), de carácter casi exclusivamente familiar. Los talleres o *tabernae* se ubicaban en las ciudades, sobre todo en la planta baja de los bloques de pisos (*insulae*), como demuestra la arquitectura urbanística de Pompeya, con más de seiscientos talleres de todo tipo para el tratamiento de textiles, venta de alimentos, procesamiento de metal o cerámica, talleres de reparaciones, etc.⁸² También existía, por supuesto, una producción a gran escala y en grandes cantidades de ciertas mercancías, como cerámicas, tejas, ladrillos y conducciones de agua, que estaban marcadas con el sello de los fabricantes, como muestran los grandes hornos descubiertos en el sur de la Galia para la manufactura de *terra sigillata*⁸³, la cerámica de mesa más apreciada.

La actividad financiera cotidiana del Imperio estaba en manos de las *argentariae tabernae*, casas de cambio, antecedentes de los modernos bancos, que aparecen ya en la más arcaica antigüedad romana. Varios campos de la actividad pecuniaria eran abarcados por prestamistas (*argentarii*), incluyendo el depósito de capitales sin intereses con motivo de garantizar la seguridad y el pago a terceros. Desde el siglo II a.C. comienza a atestigüarse una intensa actividad crediticia, con préstamos concedidos con intereses. El tipo de interés máximo establecido por la legislación

⁸² O. Gassner, *Kaufläden in Pompeji*, Viena 1986, 21–23.

⁸³ B. Pferdehirt, *Die römischen Terra-Sigillata-Töpfereien in Südgallien*. Gesellschaft für Vor- und Frühgeschichte in Württemberg und Hohenzollern, *Kleine Schriften zur Kenntnis der römischen Besetzungsgeschichte Südwestdeutschlands 18*, Stuttgart 1978 16 ss.

fue de 12,5 % y los préstamos iban en su mayoría destinados al consumo, aunque también se acreditan préstamos de negocios para comerciantes y sociedades de publicanos. Además de estos prestamistas, hay que mencionar a un gremio de profesionales de peor fama, los *faeneratores*, auténticos usureros, y el hecho de que las grandes fortunas de Roma, como las de algunos senadores, actuaron en la práctica como prestamistas de grandes sumas, utilizadas muchas veces para conseguir fines políticos.⁸⁴

En cuanto a la fiscalidad, hay que recordar que desde el primer momento, la economía romana se sustentó ante todo en un sistema impositivo que fue reformándose a medida que pasaron los siglos y que tuvo sus dos grandes episodios, tras la época republicana, en las reformas impositivas del inicio del Principado y las del comienzo del Dominado. Su interés para esta tesis es obvio, pues condicionan toda la economía del momento en medio de los cambios políticos y administrativos que caracterizaron cada uno de estos nuevos regímenes que, partiendo de los hábitos desarrollados en época republicana, transformaron radicalmente no solo las formas de la recaudación de los impuestos y las finanzas del Estado sino también toda la vida económica de la población.

La Antigüedad Tardía nos brinda unas condiciones inmejorables para analizar el concepto de crisis y continuidad, sobre

⁸⁴ El caso más sonado es el del senador y estadista Marco Licinio Craso Dives, el hombre más rico de Roma, que aparte de conceder préstamos a medio Senado, financió la carreras de varias promesas políticas, entre ellos César. Véase Plutarco, *Craso* 2-4.

todo en su trasfondo económico y social.⁸⁵ La profunda renovación de todo el sistema impositivo auspiciada por Diocleciano primero y, luego por Constantino modificará los parámetros fiscales vigentes y orientará el centro de gravedad política del Imperio hacia las económicamente más potentes provincias orientales articuladas en torno a la fundación de Constantinopla. Así mismo, cabe consignar que las reformas administrativas iniciadas por dichos emperadores alcanzaron unas repercusiones inéditas hasta entonces: segmentación administrativa del Imperio, transformación del aparato estatal en una estructura política, militar y burocrática jerarquizada desde los dos Augustos y los dos Césares que componían el nuevo organigrama del poder, multiplicación de las magistraturas, prefecturas, diócesis, provincias etc.⁸⁶ El modelo

⁸⁵ S. Williams, *Diocletian and the Roman recovery*, Nueva York 1985; F. Kolb, *Diokletian und die Erste Tetrarchie: Improvisation oder Experiment in der Organisation monarchischer Herrschaft?*, Berlin, Nueva York, 1987.

⁸⁶ Aunque en el pasado la participación de varias personas en la dirección del Imperio ya se había dado en contadas ocasiones (primeramente bajo Marco Aurelio y Lucio Vero), la tetrarquía --pues con este término denominamos la reforma diocleciana de pluralidad monárquica- con su sistema de reparto de parcelas de dominio y competencias de poder, supone una novedad constitucional. En la práctica, se configuraron dos esferas administrativas en Oriente y Occidente respectivamente, reservadas a los augustos regentes (Diocleciano y Máximo), a los que les apoyaban sendos césares (Galerio y Constancio) en las labores de gobierno (Lactancio, *De mortibus persecutorum* 7, 8, 9; Aurelio Víctor 39, 30; Eutropio 10, 1, 1). Mientras que los augustos, como poseedores de la suprema potestad gubernamental e investidos de la máxima autoridad, determinaban conjuntamente las directrices de la política, promulgaban leyes y tomaban decisiones sobre la guerra y la paz, los césares, a los que se les prometía en recompensa a su buena gestión la sucesión como *augustus*, se dedicaban a la administración de las provincias y cumplían ante todo la tarea de proteger las fronteras amenazadas del Imperio y preservarlas de las incursiones de los pueblos vecinos (Panegíricos Latinos 6, 14, 1; Eutropio

político de la Tetrarquía diseñado por Diocleciano, que tenderá a la concentración del poder en respuesta a la anarquía del siglo III, nos es conocido gracias a la *notitia dignitatum* (430), un listado de los altos cargos civiles y militares, con sus respectivas tareas y dotaciones.⁸⁷ A este cúmulo de innovaciones hay que sumar la transformación de la fiscalidad y de la administración dedicada a la recaudación de las partidas presupuestarias (*sacrae largitiones*). Su máximo responsable, una suerte de ministro de finanzas (*comes sacrarum largitionum*), era el encargado de gestionar la hacienda pública y el presupuesto del Estado. Mientras que el *comes rerum privatarum* administraba el patrimonio privado del emperador. La fiscalidad tardoantigua se caracteriza por el notable incremento de la presión fiscal. Ya desde la reforma tributaria de Diocleciano, se implantará un impuesto que gravaba la propiedad, la *annona*, así como un estricto sistema fiscal que combinará la *iugatio*, un gravamen de las rentas de la tierra con la *capitatio*, un impuesto sobre las personas físicas.⁸⁸ Constantino instituyó además nuevas tasas que debían satisfacer los comerciantes, prestamistas, artesanos y personas que recibían honorarios por su trabajo, la *collatio lustralis*, que se aplicaba cada cinco años en ambas partes del Imperio y que en Oriente era conocida como el *chrysargyron* (de

9, 23-25); véase P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma* 435-440.

⁸⁷ C. Neira Faleiro, *La Notitia Dignitatum: nueva edición crítica y comentario histórico*, CSIC, Madrid 2005.

⁸⁸ W. Goffart, *Caput and Colonate: Towards a History of Late Roman Taxation*. Toronto 1974.

chrysos, "oro" y *argyros*, "plata", las dos formas de pago). Cada ciudad recaudaba los impuestos, que luego eran transferidos a las arcas del erario. Sin duda alguna, la severidad de la fiscalidad tardoantigua causó estragos en la población. La sociedad experimentó un aumento en la brecha entre ricos y pobres y ligado a ello observamos una reducción de la movilidad social y geográfica. Ciertos aristócratas (*honestiores*) se enriquecieron de forma impensable en épocas pretéritas, mientras que creció la masa de la población desfavorecida (*humiliores*), forzada al cultivo de la tierra en condiciones durísimas y en una porción de terreno delimitada, a la que quedaba atada de una manera casi servil.⁸⁹

⁸⁹ R. Rilinger, *Humiliores – Honestiores* 1988; W. Tietz, *Hirten, Bauern, Götter. Eine Geschichte der römischen Landwirtschaft* 333-340.

4. PROBLEMAS METODOLÓGICOS PARA UNA APROXIMACIÓN A LA ECONOMÍA ROMANA⁹⁰

4.1 Enfoques interpretativos

Ante todo cabe preguntarse cómo podríamos dar una definición satisfactoria al complejo tema de la economía romana. En el sentido que propone la introducción del *Cambridge Companion to Roman Economy* (2012), se puede aplicar este término a la evolución económica que se produjo en el marco homogéneo del dominio de Roma. El desarrollo de las estructuras y los procesos económicos que corren parejas con la configuración del Imperio es lo que se puede considerar en nuestra tesis como el núcleo de la economía romana y, por ende, como el objeto preferente de nuestro estudio. Las tres obras clásicas del siglo XX sobre este tema son: la aportación de Michael Rostovtzeff (publicada originalmente en 1926), que supone el relato narrativo más radical, Frank (1933-40), que estudia en 5 volúmenes el desarrollo económico en diferentes regiones del mundo antiguo, y la contribución de Moses Finley

⁹⁰ Aparte de las obras citadas a pie de página, la siguiente bibliografía ha sido esencial para la composición del capítulo: M. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, vol. I (Oxford 1926) 125-180; M. I. Finley, *The Ancient Economy*, 3rd ed. (Berkeley 1999) 17-61, 150-176; K. Polanyi “The economy as instituted process” en: K. Polanyi, C. M. Arensberg and H. W. Pearson, *Trade and Market in Early Empires. Economics in History and Theory* (Glencoe, Ill. 1957) 243-270.

1973, autor de tal vez análisis más incisivo de la naturaleza de la economía griega y romana.⁹¹

Merced a sus excepcionales características, que vienen dadas por su gran extensión y por la considerable persistencia de su régimen político, modificado a lo largo de los siglos, el Imperio romano nos ofrece a los historiadores, pero también a los economistas, un campo de estudio de primer orden para considerar su desarrollo económico dentro de un territorio unificado, no solo condicionado por la producción agraria, sino también por las industrias y los servicios que en él se proporcionaban.⁹² También hay que tener igualmente en consideración su manifiesta estabilidad y larga duración, que permite al investigador interesado en la

⁹¹ Cf. también F. De Martino, *Historia económica de la Roma Antigua*, Madrid 1985.

⁹² Un factor determinante en este contexto fue la romanización de gran parte del Imperio. La consolidación de la sociedad romana bajo el extraordinariamente largo gobierno de Augusto (31 a.C.-14 d.C.) cimentó los requisitos necesarios para la integración duradera, que empezaba a implantarse, de los territorios fuera de Italia y sus habitantes (*provinciales*) en el sistema social, político y económico romano. La introducción de una administración única, la construcción de la red viaria, la expansión del latín como lengua administrativa y (en Occidente) coloquial, así como la atracción de los provinciales al servicio militar, hizo que se difundieran cada vez más las ideas romanas dentro del *imperium Romanum*, que ya abarcaba todo el Mediterráneo. Este proceso de romanización, fiel reflejo de la unificación de las condiciones de vida, cultura, etc. está fundamentado en dos elementos constitutivos: la extensión (otorgamiento) del derecho de ciudadanía y la urbanización. La posesión de la ciudadanía romana (*civitas romana*), en sus orígenes un valioso privilegio, se concedía primeramente a los miembros de las élites locales en aquellas provincias que habían permanecido fieles a Roma en situaciones críticas, pero pronto también se hizo extensivo al resto de la población. El edicto del emperador Caracalla (*constitutio Antoniniana* 212 d.C.), que reconocía la ciudadanía a los habitantes libres del Imperio, constituyó el fin de ese proceso de equiparación jurídica de toda la población del Imperio.

economía obtener una perspectiva, como dirían los historiadores de la escuela de Annales, de *longue durée*, a la hora de analizar los grandes ciclos económicos, hambrunas, superproducción, crisis o momentos de transición.

La economía romana, obviamente, se caracteriza en el sector primario por ser una típica economía premoderna que dependía básicamente de la agricultura y de la producción dentro de los hogares, las manufacturas y servicios (ante todo el comercio y el transporte), así como una constante explotación de sus variados recursos mineros, con un intensivo uso de combustibles orgánicos. En términos de desarrollo, se la puede considerar la continuación y culminación de la expansión de las economías de época helenística que se desarrollan a lo largo del Mediterráneo oriental y del Cercano Oriente, en las monarquías sucesoras del Imperio de Alejandro Magno. De hecho la expansión económica de todas estas zonas de tradición helenística en las provincias orientales del Imperio y de forma especial en la provincia de Egipto, desde su sometimiento a Roma en época de Augusto, es muy notable y se convertirá en el verdadero motor económico de todo el Imperio. A la hora de introducir la economía romana cabalmente procede explicar sus orígenes y causas sobre la base de los datos empíricos, evaluar su evolución comparativamente con otros tiempos y lugares, y situarse en el contexto global de la economía

premoderna.⁹³ Los estudios de teoría económica son necesarios para el primer punto, es decir, la causalidad, y para el segundo en cuanto a la comparación explícita.

Sólo un enfoque integrado e interdisciplinario entre las diferentes ciencias de la Antigüedad y la teoría económica propiamente dicha, puede proporcionar un panorama válido para poder estudiar detenidamente sus manifestaciones visibles. En el nivel más básico este menester requiere la recopilación y el análisis de los datos relevantes que nos proporciona la arqueología, como por ejemplo los restos materiales de bienes de consumo, los dispositivos técnicos y envases, los restos de asentamientos, la evidencia de la explotación de la tierra con finalidades económicas, los materiales de construcción, e incluso los rastros de la contaminación del aire preservadas en hielo, como ha hecho la arqueología reciente. Un historiador como Bryan Ward Perkins en su obra *La caída de Roma y el fin de la civilización* se nos antoja un buen modelo metodológico. Además, se debe tener en cuenta la información de las fuentes numismáticas, los textos literarios y jurídicos, y la documentación epigráfica. En general, el principal desafío reside no tanto en la cantidad de la documentación conservada sobre temas económicos, que es abundante y se mantiene en expansión a lo largo del mundo romano, sino

⁹³ Sobre este tema cf. R. W. Goldsmith, 'An Estimate of the Size and Structure of the National Product of the Early Roman Empire', *Review of Income and Wealth* 30 (1984), 263–88; E. L. Jones, *Growth Recurring: Economic Change in World History*. 2nd ed. Ann Arbor 2000; A. Maddison, *Contours of the World Economy, 1-2030 AD*. Oxford 2007.

precisamente en su adecuada utilización e interpretación. Dada además la ausencia de un registro de producción, intercambio, y consumo, los estudiosos ofrecen una amplia variedad de exégesis sobre cada tema, llegando así a diferentes tipos de análisis a menudo contradictorios acerca del alcance y la incidencia de los cambios económicos⁹⁴, que se producen a lo largo de los siglos.

¿Cómo se miden, o mejor dicho, cómo se interpretan los datos disponibles sobre la economía antigua? En la práctica, el significado de los cambios económicos es a menudo ambiguo, como testifican, para valernos de un ejemplo esclarecedor, los indicadores de crecimiento de la población. En principio, cada aumento de la demografía podría ser razonablemente interpretado como un factor del crecimiento económico, pero sólo si no está compensado por una reducción en los niveles per cápita de consumo.⁹⁵ También la urbanización se puede concebir de diferentes maneras, que no son forzosamente excluyentes: como un signo de crecimiento de la población, como indicador del crecimiento económico o de la especialización del trabajo. Los datos sobre el comercio a distancia a menudo se infieren a partir de la frecuencia de hallazgos de piezas de cerámica que sirven como contenedor de productos y que nos orientan sobre la naturaleza de la mercancía y su radio de distribución. El progreso tecnológico se puede medir asimismo mediante el seguimiento de los nuevos

⁹⁴ Goldsmith 1987; Jones 2000; Maddison 2007, Milanovic, Lindert y Williamson 2007; Morris 2010.

⁹⁵ P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma* 307-309.

desarrollos técnicos y la abundancia de instalaciones, como por ejemplo: máquinas de tracción para la minería y construcción, presas, molinos de agua, aunque este tipo de dispositivos sean de rara aparición en el registro material. La monetización también puede interpretarse como un índice de desarrollo económico, pero la moneda no nos dice nada acerca del alcance del crédito y de su evolución con el tiempo. Incluso la contaminación por el plomo, como ha sido usada en el caso de Bryan Ward Perkins, puede reflejar la producción minera, pero no da fe de que el uso de metal esté relacionado con un crecimiento económico generalizado. Por eso, como sugiere Walter Scheidel, es importante ser específico acerca de las limitaciones de la evidencia, en todos estos campos y solo en la medida en que diferentes tipos de datos convergen, se podrá calcular razonablemente la cuota del desarrollo económico, mediante la debida combinación de productos de calidad, su distribución, innovaciones infraestructurales y técnicas, concentración de restos arqueológicos que atestigüen el crecimiento del comercio con determinados productos, etc.

Por tanto, las frecuentes estimaciones del PIB de la economía romana en sus diferentes épocas suelen ser ambiguas y se basan muchas veces en extrapolaciones y expectativas, otras en claros anacronismos que deben ser muy matizados intentado restringir en lo posible las conjeturas de cariz moderno. Incluso aunque pudiéramos determinar en alguna medida el PIB, con eso no quedaría claro a quién beneficiarían las supuestas variaciones. En

este sentido hay que tomar las indicaciones de los niveles de vida de la población con detalle para no perder de vista el enriquecimiento desproporcionado de las elites en determinados momentos, y no extrapolarlos a la población general: el comercio de objetos de lujo y la monumentalización urbana pueden ser usados a este respecto. Aquí entra en juego la cuestión de la relación entre el desarrollo económico y el bienestar de la población, y el historiador ha de tener en cuenta la información disponible sobre los salarios y los hábitos de alimentación. Los datos fisiológicos son buenos indicadores sobre el estado de salud de la población y la proliferación o no de enfermedades nutricionales⁹⁶. Los datos que nos suministra el registro de la cultura material han mejorado notablemente nuestros conocimientos sobre la procedencia de los bienes y las personas, la extracción de minerales y el bienestar humano, de tal forma que se puede hacer una comparación con las estimaciones del PIB.⁹⁷

Otro aspecto metodológico a tener en cuenta a la hora de estudiar la economía romana es la necesidad del comparatismo, pues sus propias características de larga duración y unidad política han creado tradicionalmente la tentación de estudiarla aisladamente. El primer término de comparación ha de ser el precedente más claro

⁹⁶ R.P. Saller, "Household and gender," en Scheidel, W. Morris, I., Saller, R. (Edd.) *The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World*. Cambridge 2007, 87- 112; C. Eppig, Fincher, C. L., and Thornhill, R. "Parasite prevalence and the worldwide distribution of cognitive ability," *Proceedings of the Royal Society B: Biological Sciences* 2010.

⁹⁷ H.-U. Freyberg, *Kapitalverkehr und Handel* 24-30.

de la economía romana que se encuentra, como se ha apuntado ya, en el mundo helenístico. Otros tercios de comparación, en un enfoque global, podrían ser los grandes imperios del oriente asiático, pero también la gran metrópoli norafricana de Cartago, la gran potencia rival de Roma.⁹⁸ Establecer analogías con la historia económica de otros momentos históricos, como ha hecho Willy Pleket con las continuidades funcionales entre la economía romana y las economías europeas posteriores (Edad Media y el Antiguo Régimen), puede arrojar luz sobre la configuración estructural de la economía romana y sus grandes diferencias con respecto a períodos posteriores de la historia occidental. En esta perspectiva precisamente queremos incidir en nuestro trabajo, que quiere ser comparativo con los escenarios de la crisis y el crecimiento global

⁹⁸ De forma similar a como lo habían hecho los romanos en el Lacio o en Campania, Cartago trató de expandir de manera planificada su producción agrícola hacia los terrenos más fértiles del Norte de África, introduciendo nuevas plantas y cultivos y mejorando los métodos tradicionales de producción. Pronto, las tierras situadas en las inmediaciones de Cartago, en torno a la península de Cabo Bon, se transformaron en los terrenos de cultivo más productivos del mundo de su tiempo. Los primeros colonos de Tiro se habían asentaron en un entorno hostil, dominado por tribus libias y númeridas, a las que pagaron tributos por el uso de la tierra. Estos pagos cesaron a partir del siglo V a.C. Seguros de sí mismos, los cartagineses superaron estos estrechos límites y conquistaron nuevos territorios. Esto fue obra de una aristocracia agraria que, de ese modo, ampliaba y consolidaba notablemente su poder. Paralelamente las actividades ultramarinas de Cartago experimentaron un fortalecimiento, que se testimonia en las numerosas colonias fundadas en Malta, Sicilia, Pantelaria, Córcega, Cerdeña, las Baleares y a lo largo de toda la costa norteafricana y del sur de Hispania. La actividad mercantil hizo de Cartago una plataforma económica de primer orden. Su puerto creció hasta convertirse en el centro de intercambio de materias primas del mediterráneo occidental (madera, lana, cereales, minerales, etc.), que eran transformadas en las industrias cartaginesas (muebles, vestidos, cerámica, bienes de lujo, etc.) y después exportadas.

del panorama actual. Cabe decir que esta tendencia es útil en la medida en que desafía las nociones preconcebidas de características supuestamente idiosincráticas del mundo romano, pero ciertamente se incurre en el riesgo de anacronismos o de olvidar diferencias fundamentales entre la economía urbana y rural del mundo antiguo y otros condicionamientos que hay que tener en cuenta para cualquier comparación diacrónica y sistemática.⁹⁹

Otro tipo de comparación histórico-económica de gran interés permite el acercamiento a la economía romana centrándose en sus características institucionales y organigramas organizativos frente a la de otros grandes imperios agrarios, como hace Peter Bang con la India.¹⁰⁰ Saltan a la vista las similitudes y contrastes que pueden ser clave a la hora de establecer la significación causal de las variables específicas de cada proceso económico y los mecanismos de desarrollo económico en cada sistema político. Todos estos

⁹⁹ Contra el criterio de autores como Finley o Pleket que propugnan un bajo nivel tecnológico respecto a los procesos de producción existe una copiosa bibliografía que desdice esta opinión: M. I. Finley, "Technical Innovation and Economic Progress in the Ancient World," *Economic History Review* 18, 1965, 29-45; K. Greene, "Technological innovation and economic progress in the ancient world: M. I. Finley reconsidered," *Economic History Review* 53.1, 2000, 29-59; A. Wilson, "Machines, power and the ancient economy," *Journal of Roman Studies* 92, 2002, 1-32. Curtis, R. I., "Food processing and preparation," en J. P. Oleson (Ed.) *Oxford handbook of engineering and technology in the Classical world*, Oxford 2008, 369-92. K. Greene, "Evolutionary Metaphors and the Roman Economy," en: E. Lo Cascio (Ed.) *Innovazione tecnica e progresso economico nel mondo romano: atti degli incontri capresi di storia dell'economia antica* (Capri 13- 16 aprile 2003). *Pragmateiai* 10 (Bari) 2005, 271-302. P. Temin, "A Market Economy in the Early Roman Empire," *The Journal of Roman Studies* 91, 2001, 169-81.

¹⁰⁰ P.F. Bang, "Trade and empire – in search of organizing principles for the Roman economy," *Past and Present* 195 (2007) 3-54.

enfoques metodológicos y científicos que recoge, por ejemplo, la introducción al mencionado *Companion* de Cambridge son de interés para el estudioso, aunque ninguno sea absolutamente válido, o intrínsecamente superior a los demás: la comparación temporal y espacial no ha de ser gratuita en ningún caso, sobre todo si sirve para mejorar nuestra comprensión de la causalidad en la economía romana.

Un ejemplo claro lo proporciona la relación entre la economía y los escenarios de violencia política o religiosa como los que se dan en la fase expansiva de la conquistas romanas o en la fase contractiva de la Antigüedad Tardía. Los modelos de estudio de estas dinámicas sea desde la perspectiva malthusiana, centrada en el papel de la demografía, sea según la perspectiva marxista, enfocada en la lucha de clases¹⁰¹, tratan de explicar los procesos históricos y económicos en términos exclusivamente conflictivos. También se emplean dispositivos de encuadre analíticos en los que el debate sigue estando dominado por el contraste entre las perspectivas de los primitivistas o sustantivistas, por un lado, y los formalistas, por otro.¹⁰² Su diferencia tiene que ver con cuestiones de escala que postulan el mayor o menor desarrollo económico y con la estructura preindustrial de la economía antigua.

Los formalistas subrayan las similitudes entre las economías antiguas y modernas mientras que los sustantivistas enfatizan

¹⁰¹ G. Ste Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World: From the Archaic Age to the Arab Conquests*. Londres 1981.

¹⁰² J. Hatcher, M. Bailey, *Modelling the Middle Ages: The History and Theory of England's Economic Development*, vol. II Oxford 2001.

precisamente las discontinuidades. Ambas perspectivas comparten el interés por el grado de integración económica, que es considerado como un buen mecanismo para medir el desarrollo económico en general, tomando en consideración la naturaleza, la escala y la sostenibilidad del crecimiento de la producción. Las actividades económicas más allá de la economía doméstica se constituyen por dos tipos de relaciones, las de mercado y las relaciones de dominio. Según la perspectiva centrada en el mercado, las conquistas romanas crean condiciones favorables para la producción y el comercio, facilitando el flujo de información y la estandarización de los medios de intercambio, al mismo tiempo que facilitan la expansión de la producción y la respectiva comercialización de materias primas agrícolas o mineras.

En este escenario, el Estado imperial desempeñaba un papel importante, proporcionando condiciones favorables de encuadre, regulando el mercado monetario o invirtiendo en infraestructura. Asimismo, también se puede cuestionar la necesidad del Estado de procesar los ingresos y las oportunidades, que esta actividad confería a las élites políticas para poder encumbrarse. Desde esta perspectiva, la integración fue impulsada por el sistema impositivo y por el cobro de arrendamientos sobre la tierra por parte de los grandes latifundistas. La más reciente actualización de este enfoque procede de la obra de Peter Bang, que analiza el capitalismo expansivo de las elites de poder y de sus actividades económicas estableciendo analogías con otras situaciones similares.

Sea cual sea el modelo de estudio económico a seguir, sus coordinadas gravitan en torno a la relación directa entre el crecimiento o contracción de la economía y el poderío del Estado. Sin embargo, esto no quiere decir que el desarrollo económico dependiera totalmente de los mecanismos fiscales o redistributivos oficiales. Es necesario un enfoque complementario para la comprensión de la dinámica del desarrollo económico y, en especial, en sus momentos de crisis. El debate sobre la comparación, la teorización y la construcción de modelos económicos para entender el mundo romano no es baladí. Será altamente influyente en los estudios de épocas posteriores y de otros estados imperialistas la relación directa entre aproximaciones formalistas y neoclásicas o más bien sustantivistas y fiscalistas, en la línea de la Nueva Economía Institucional y de la Sociología Económica.¹⁰³ Pero, en definitiva, independientemente de si se destacan el poder de los mercados, la ventaja comparativa o la integración tributaria, en la actualidad las perspectivas dominantes hacen hincapié en la importancia del factor humano.

Aparte de los aspectos institucionales o personales, otras aproximaciones teóricas dan cuenta de la relevancia de la ecología para el desarrollo económico. Las transformaciones del medio ambiente por acción del hombre, como la rotación de los cultivos,

¹⁰³ Cf. T. Eggertsson, *Economic Behavior and Institutions*. Cambridge 1990; F. Dobbin, "Comparative and Historical Perspectives in Economic Sociology" en: *The Handbook of Economic Sociology*, Second Edition, edited by Neil Smelser and Richard Swedberg. Princeton, NJ 2005, 26-48.

la ganadería intensiva, el impacto de la erosión del suelo y la deforestación, tienen especial incidencia en la economía.

De la importancia de la demografía ya se ha hablado, y conviene tener en cuenta los bajos niveles de esperanza de vida, las altas tasas de natalidad y la participación laboral femenina e infantil en una economía hogareña, así como las estructuras familiares y domésticas como la familia nuclear o extendida como factores para analizar el comportamiento del desarrollo económico. Como ya se ha mencionado anteriormente, cuantificar el crecimiento de la población del Imperio es altamente problemático. Ni siquiera hay acuerdo en la investigación sobre el volumen de la población de la Italia romana, con lo que la incertidumbre a nivel del desarrollo demográfico del Imperio es aún mayor.¹⁰⁴ En todo caso, el aumento de la producción supone también un aumento del número de consumidores aunque al mismo tiempo la presión de la población habría sido un incentivo para desarrollar adaptaciones que pudieran sostener el crecimiento, en términos de progreso tecnológico. Los efectos de la aproximación malthusiana a la economía están bien documentados en la Europa moderna, donde se observa una recuperación demográfica desde la Alta Edad Media, pero es cuestionable si la presión demográfica en época imperial romana ya

¹⁰⁴ Scheidel, W. "Roman population size: the logic of the debate," in De Ligt, L. and Northwood, S. J. (eds.) (2008) *People, Land, and Politics: Demographic Developments and the Transformation of Roman Italy, 300 BC – AD 14*. Leiden 2008: 17-70, Lo Cascio, E. and Malanima, P. "Cycles and stability: Italian population before the demographic transition," *Rivista di Storia Economica* 21 (2005) 5-40.

iba en aumento antes de que la estructura de poder imperial comenzara a desmoronarse o si las epidemias de los siglos II y III empeoraron las cosas. Los datos empíricos son consistentes con algunos mecanismos utilizados por Malthus: por ejemplo, los salarios reales aumentaron a raíz de las epidemias pero, a largo plazo, la economía romana fue incapaz de superar las limitaciones demográficas impuestas por un crecimiento económico intensivo.¹⁰⁵

En cuanto al medio ambiente, podemos afirmar que la evolución demográfica también fue ciertamente influida por las condiciones climáticas como muestra el hecho de que el crecimiento poblacional corre parejo con un aumento general de las temperaturas en términos de cambio climático. Parece muy probable, en efecto, que el Imperio viviera su etapa de desarrollo económico más brillante durante un cambio generalizado de las temperaturas, que se hicieron más cálidas en torno al siglo II a.C. en un período comparable al llamado período cálido medieval, que coincidió también con un crecimiento exponencial de la población europea.¹⁰⁶ El cuadro general es ciertamente más complejo que esta generalización, pese a los efectos positivos del calentamiento en el crecimiento de la población en la Europa continental, pues hay que

¹⁰⁵ W. Scheidel, "A model of demographic and economic change in Roman Egypt after the Antonine Plague," *Journal of Roman Archaeology* 15, 2002, 97-111 y "Real wages in early economies: evidence for living standards from 1800 BCE to 1300 CE," *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 53, 2010, 425-62.

¹⁰⁶ F.C. Ljungqvist, "Temperature proxy records covering the last two millennia: a tabular and visual overview," *Geografiska Annaler* 91 (2009) 11-29.

recordar las condiciones diversas en el norte de África y el Próximo Oriente. Las pruebas que las ciencias naturales han puesto a disposición de la historia antigua son variadas e incluyen el estudio de los movimientos del glaciar, el análisis de los isótopos estables así como los del polen, algas y moluscos recuperados de las muestras de hielo. Todo parece indicar que este ciclo cálido se extendió hasta el siglo III de nuestra era, no por casualidad coincidiendo con la crisis económica generalizada que empieza a afectar al Imperio en esta época. En todo caso, la inestabilidad climática que se hizo más generalizada en la Antigüedad Tardía apunta a otro ciclo de enfriamiento progresivo que alcanzó su punto máximo en los siglos VI y VII de nuestra era, marcando otra interesante cesura que coincide, por ejemplo, con el advenimiento del Islam.

Históricamente la expansión económica se origina con el Imperio creado en época republicana y las entradas de capital, esclavos, y nuevas oportunidades para el intercambio comercial que llevaron al enriquecimiento de la élite, en primer lugar y que a la larga también fue beneficiosa para la población en general. A partir de la época imperial la paz redujo los costos de transacción al convertirse el Mediterráneo en un "mar interior"¹⁰⁷, creándose una

¹⁰⁷ El artífice de esta política de integrar el mar en el dominio de Roma es Cneo Pompeyo Magno. Ante la amenaza que suponía la piratería que actuaba desde un sinfín de guaridas ubicadas mayoritariamente en el Mediterráneo oriental y que retaba directamente a Roma, Pompeyo obtiene en el año 67 a.C. mediante la aprobación de la *lex Gabinia* un comando marítimo prácticamente ilimitado. Resaltan las dimensiones de los recursos, así como las amplias competencias

suerte de mercado unificado que a la par fomentó las importaciones procedentes de fuera del Imperio. Todo ello coincidió con un óptimo clima para el crecimiento de la productividad y, al menos por un tiempo, con la ausencia de pandemias e invasiones externas. Esta situación de idilio económico hace ver que era difícil que no se hubiera producido en tales circunstancias una expansión económica sustancial.¹⁰⁸ El crecimiento se vio favorecido por numerosos

que se le confieren: decenas de miles de soldados y marinos acatan sus órdenes, centenares de embarcaciones y puertos están bajo su control, así como una enorme cantidad de recursos materiales. Como la magnitud de los datos sugiere, no se pretendía efectuar una simple operación de limpieza en un ámbito regional delimitado; se trataba más bien de obtener definitivamente el control sobre la totalidad del espacio más neurálgico del ingente Imperio romano. De forma paralela a la configuración de la masa territorial concéntrica que gravitaba alrededor de Italia y que se extendía por los continentes europeo, africano y asiático, Roma se lanza a la conquista del mar, indispensable eslabón para mantener intacta la cohesión con sus vastos dominios. Sin embargo, lo interesante de este caso es el procedimiento adoptado por Pompeyo para lograr su cometido. Divide toda el área mediterránea en trece parcelas, dotando a cada legado, encargado de dirigir las operaciones en un determinado sector, de un lote de recursos marinos y terrestres. Asistimos a la primera repartición del mar a semejanza de las reparticiones provinciales terrestres. De la misma forma como si fuera una superficie firme, el mar es objeto de una parcelación. Al aplicar criterios terrestres a una masa líquida, no sólo se fomenta la mutua integración entre ambos elementos (tierra y mar), produciéndose así un nuevo diseño espacial, sino que se efectúa una apropiación definitiva del mar que pasará, a partir de ahora, a formar parte del repertorio tradicional de las adquisiciones de la *res publica populi Romani*, como si de un territorio más se tratara.

¹⁰⁸ Esta temática se puede rastrear a través de una serie de ejemplos locales, tal como el de Leptimius, en el norte de África sobre el que disponemos de una abundante bibliografía: D. Mattingly, D. Stone, L. Stirling, and N. Ben Lazreg, "Leptiminus (Tunisia): a producer city?" en: D. Mattingly and J. Salmon (Edd.) *Economies beyond agriculture in the ancient world*, Londres 2000, 66-89. D. Mattingly, D. Stone, L. Stirling, J. Moore, A. Wilson, J. Dore, N. Ben Lazreg, Forthcoming 2010. "The Economy of Leptiminus," en: D. Stone, D. Mattingly, N. Ben Lazreg (Edd.), *Leptiminus (Lamta): a Roman Port City in Tunisia. The Field Survey*. JRA Supp. Series (Portsmouth, RI). D. Stone and D. Mattingly.

factores convergentes que interactúan y se refuerzan unos a otros. Igualmente cabe decir de los tiempos de crisis, por lo que es preciso un análisis de conjunto e interdisciplinario. Si situamos el crecimiento económico desde el siglo II a.C. al II d.C., el declive a partir del ciclo iniciado en el siglo III de nuestra era, también se ha de deber a un cúmulo de circunstancias adversas: un aumento demográfico que podría haber planteado presiones malthusianas y frenado el potencial de crecimiento económico intensivo, los nuevos desafíos para el dominio imperial desde las fronteras exteriores y en las impugnaciones de los usurpadores y facciones concurrentes, la climatología y la producción agrícola o factores de salud como las epidemias. La cuestión historiográfica clásica de la

Forthcoming 2010. "Leptiminus: Economic Growth in a Producer City," *FACTA: A Journal of Roman Material Culture Studies* 4; M. Bonifay, "La céramique africaine, un indice du développement économique?" *Antiquité Tardive* 11, 2003, 113-28. R. B. Hitchner, "The advantages of wealth and luxury': The case for economic growth in the Roman empire," en: J. Manning, I. Morris (Edd.) *The ancient economy: evidence and models*, Stanford 2005, 207-22. R. Saller, "Framing the Debate Over Growth in the Ancient Economy," en: J. Manning, I. Morris (Edd.) *The ancient economy: evidence and models*, Stanford 2005, 223-38. D. Stone. Forthcoming 2010. "Supplying Rome and the Empire: Stamped Amphoras from Byzacena," en: J. H. Humphrey (Ed.) *Pottery of the Tunisian Maghreb in the Roman Economy. Huit Contributions Sous L'Inspiration de Michel Bonifay*. *JRA Supp. Series* (Portsmouth, RI). D. J. Mattingly. 1988. "Oil for Export? A comparative study of olive-oil production in Libya, Spain, and Tunisia," *JRA* 1, 33-56. R. B. Hitchner. 1993. "Olive production and the Roman economy: the case for intensive growth in the Roman Empire", in M.-C. Amouretti and J.-P. Brun. (Edd.) *La production du vin et de l'huile en Méditerranée*. *BCH Supp.* 26 (Athens) 499-508.

caída de la parte occidental del imperio romano ha sido tratada a menudo y con muy diversas causas propuestas.¹⁰⁹

Como apunta Walter Scheidel, la decisión del investigador a la hora de seleccionar los factores concurrentes que explican que la causalidad económica es clave para entender tanto la expansión como la reducción de la economía romana. La elección es clave y ha de ser realizada sobre la base de los datos empíricos y tendiendo puentes con las analogías históricas y teorías de las ciencias sociales que sean de aplicación. No todas son validas, naturalmente, ni las evidencias ni las teorías, y se ha de exigir una coherencia exquisita en las explicaciones del desarrollo económico romano, como hacen síntesis recientes como el citado *Companion*, entre otros textos claves de autores como Karl Strobel, de quien somos deudores en muchas de estas páginas.

Un reto importante para en la economía romana es reparar en que su estudio per se no revela demasiado sobre su impacto en los súbditos del Imperio, pues ha quedado claro que no podemos equiparar bienestar humano con la renta media o el presunto PIB romano. Los índices que miden el desarrollo humano en el mundo actual son cada vez más complejos y, dan cuenta de diversas variables que los historiadores del mundo antiguo deben tener en consideración, no solo para captar la dinámica general de la economía romana, sino también para comprender su relación con

¹⁰⁹ Véase la reciente aportación de M. Romero (coord.), *La caída de Roma. Cuestiones historiográficas*, Potsdamer Altertumswissenschaftliche Beiträge 53, Stuttgart 2016.

otras formas de desarrollo humano. De ahí la riqueza conceptual y a la par la complejidad de intentar trazar una historia económica romana que dé cuenta de tantos factores, desde los de la historia política y militar, hasta los de la cultura material. El clima de violencia de las conquistas y las guerras intestinas, la desigualdad social y la esclavitud pueden ser entendidas a la par por el historiador de la economía como un riesgo y una oportunidad. Dos caras de la misma moneda: si el fracaso de la República se suele considerar un tiempo de crisis hay que dar cuenta de la paradoja de su coincidencia con un desarrollo económico sin precedentes. Si la Antigüedad Tardía se ve atenazada por una presión fiscal insostenible y un clima de violencia e inseguridad, no hay que olvidar que la clase dominante fue la principal beneficiaria de estos procesos. Incluso la *pax romana*, que generalmente es considerada como un período de prosperidad generalizada, facilitó también el aumento de la desigualdad social, al permitir que las élites acumularan de manera segura inmensos activos y gestionaran el capital. No hay *contradictio in terminis* en los procesos económicos, sino simplemente dinámicas complejas inherentes a los procesos históricos, cuyo conocimiento y análisis ha de dar lugar a un mejor conocimiento de la realidad de la economía romana.

Nos queda un factor a resaltar al que no le hemos dedicado la atención que merece: el gasto militar como punto cardinal de la arquitectura económica de cualquier Estado, tanto en épocas

pretéritas, como en nuestros días. A través de la comparación de un caso acontecido en la Antigüedad, en la Cartago púnica, comparándolo con la evolución de un Estado moderno, la República Federal Alemana podemos extraer enseñanzas útiles al respecto. Veamos los hechos:

Al contemplar los vaivenes de la política interior de Cartago después de su derrota en la Segunda Guerra Púnica nos percatamos de una situación sumamente paradójica. El dictado de paz impuesto por Roma a Cartago cuyo principal objetivo es limitar radicalmente el campo de acción de la gran metrópoli norteafricana, obligándola a abstenerse de la política expansionista, también genera efectos positivos. Estos son mayores de lo que a primera vista pueda parecer. La respetable cantidad de recursos y fondos que en el pasado tenían que ser invertidos en la flota de guerra para garantizar su disponibilidad y eficacia así como para pagar la soldada de los mercenarios al servicio de la política ultramarina de Cartago, pueden ser ahora utilizados exclusivamente para realizar proyectos civiles, para ser reinvertidos en obras públicas y en medidas estructurales de mejora. Cartago derrotada por Roma, no queda paralizada por el golpe psicológico que supone la pérdida de su imperio colonial, tampoco se sume a la desesperación y a la inactividad. Al contrario, observamos una pronta recuperación económica, basada en la potenciación de una agricultura modélica en las privilegiadas zonas de cultivo norteafricanas pertenecientes a Cartago, así como también constatamos un auge de la actividad

artesanal, comercial y urbanística.¹¹⁰ El plano urbanístico de Cartago datable en la época posterior a la Segunda Guerra Púnica, perceptible a través de las últimas excavaciones (Niemeyer), acredita la modernidad y el lujo de sus zonas oficiales y residenciales al igual que la magnificencia del recinto portuario. Todas estas obras de mejora empiezan a ser materializadas en los primeros decenios del siglo II a. C.

Todo esto nos recuerda a modo de analogía lo sucedido en Alemania tras la derrota sufrida en la Segunda Guerra Mundial. También aquí constatamos una pérdida de autonomía en política exterior. De manera semejante a la tutela que Roma ejercía sobre Cartago, los aliados vencedores de la guerra ejercerán un férreo control de la soberanía alemana. Como sucedió en Cartago, también el territorio de Alemania sufrirá un sensible recorte. Al igual que Cartago, exenta de cargas militares, dedica su presupuesto a medidas de infraestructura, la República Federal, sin ejército, ni gastos bélicos, se concentra en la reconstrucción del país, invirtiendo todo su PIB en medidas de infraestructura. Pronto se generará lo que ha sido denominado el milagro económico alemán, que si se mira de cerca, es en gran parte perfectamente explicable a través de esta clase de razonamientos.¹¹¹

La historia de la economía del mundo antiguo en general, y la del Imperio romano en especial, se han convertido en los foros

¹¹⁰ P. Barceló, *Hannibal. Stratege und Staatsmann*, Stuttgart 2004, 219-221.

¹¹¹ M. Görtemaker, *Gesichte von der Bundesrepublik Deutschland. Von der Gründung bis zur Gegenwart*, München 1999, 152-172.

académicos en un campo para los teóricos de la economía moderna, que han fomentado la investigación en esta área, como una suerte de laboratorio conceptual para el debate y la polémica que se origina en libros como los de M.I. Rostovtzeff y W.L. Westermann, en el esquema más clásico de la interpretación moderna, hasta el cambio de paradigma que supone la influyente obra de M.I. Finley¹¹², que se hizo eco de nuevas aproximaciones y escuelas de pensamiento. Las partes contrarias defienden ora un modelo moderno para la economía romana, ora un modelo primitivista, que

¹¹² Su emblemático libro sobre la economía de la Grecia arcaica (*The World of Ulysses*) es un modelo de sus teorías primitivistas. M. Finley ve en el mundo de Ulises, plasmado en la *Odisea*, un fiel reflejo de las condiciones de vida de la Edad Oscura. Para fundamentar su teoría aduce varios elementos que durante los siglos VIII y VII a.C. desempeñaban un papel determinante en la vida cotidiana y que no aparecen en el inventario de ambos poemas: no se menciona ni a los jonios ni a los dorios, falta cualquier evidencia relacionada con la escritura, no se habla de armas de hierro en uso, tampoco explícitamente de la colonización griega, así como tampoco se hace referencia a aquellas comunidades políticas que por aquel entonces se habían desembarazado de la monarquía. La opinión común de la investigación actual enfatiza, con potentes argumentos a su favor, a los que nos adherimos plenamente, que son ante todo los parámetros conceptuales de los siglos VIII y VII a.C., es decir, el momento de la fijación de la *Ilíada* y de la *Odisea*, los que se encuentran plasmados en el plan general así como en las múltiples segmentaciones de la obra homérica. Todos los aspectos esenciales que mencionan los poemas, sean estos políticos, económicos, sociales o religiosos, tales como la evidencia de la *polis*, el consejo de ancianos, la asamblea del pueblo, los lazos familiares, la guerra, el comercio, el *oikos*, la agricultura así como la vigencia de un complejo sistema de valores éticos, de relaciones personales y de realidades económicas, reflejan estructuras y situaciones extraídas directamente de la época en la que se confeccionan los poemas homéricos, fácilmente detectables en numerosas regiones del mundo griego y en las colindantes culturas del Asia Menor. Véase F. Gschnitzer, “Zur homerischen Staats- und Gesellschaftsordnung: Grundcharakter und geschichtliche Stellung”, en: J. Latacz (Ed.): *Zweihundert Jahre Homerkforschung, Colloquium Rauricum* vol. 2, Stuttgart, Leipzig 1991, 182-204; F. J. Gómez Espelosín, *Introducción a la Grecia Antigua*, Madrid 1998, 33-45.

lejos de anclarse en los orígenes de las interpretaciones romanas está muy presente también en el renacimiento, a partir de los últimos cuarenta años, de una postura que compara la economía romana con las de otras sociedades pre-industriales.

Los eruditos Hans-Joachim Drexhage, Heinrich Konen y Kai Ruffing, a quien seguimos en este punto¹¹³, han detallado cómo los estudios renovados sobre economía de la antigua Roma tienen un punto de partida en la obra de T. Frank, que pretendía recoger las fuentes disponibles sobre el tema en la tradición literaria clásica, acrecida con la documentación epigráfica, papirológica y los avances arqueológicos de su época. Con la mirada puesta hacia las fuentes para describir la historia económica del Imperio, en vez de centrarse en manifestaciones diversas, las obras de Wilcken y Meyer pretenden abrir nuevas perspectivas a través de la gran masa de material informativo que proviene del estudio de los papiros de Egipto. El debate actual, tal y como lo presentan los mencionados investigadores sigue versando en torno a la modernidad o el primitivismo de la economía antigua, aunque esta parece una escisión que hay que superar. Sea como fuere, es tentador proyectar circunstancias modernas sobre la Roma antigua, como se hace

¹¹³ H.-J. Drexhage, H. Konen, K. Ruffing, “Die Wirtschaft der römischen Kaiserzeit in der modernen Deutung: Einige Überlegungen”, en: K. Strobel (Ed.), *Die Ökonomie des Imperium Romanum. Strukturen, Modelle und Wertungen im Spannungsfeld von Modernismus und Neoprimitivismus*. Akten des 3. Trierer Symposiums zur Antiken Wirtschaftsgeschichte, St. Katharinen 2002 (Pharos XVII), 1-66.

desde el trabajo de Rostovtzeff, o destacar los contrastes, al modo de Finley, en un péndulo entre modernismo y primitivismo.

Ciertamente la historia económica de la Roma antigua, como sucede con otras realidades históricas, tiene características propias, pero somos de la opinión de que se puede estudiar y teorizar acerca de la economía antigua también con construcciones teóricas acerca del desarrollo económico, administración y fiscalidad de eras posteriores. Estudiosos de las ciencias sociales y grandes pensadores como Karl Marx o Max Weber utilizaron la ciudad antigua, en el caso de Grecia, o el estado antiguo precapitalista, en el caso de Roma, para trazar interesantes paralelos con el mundo posterior, notablemente con la sociedad feudal, que ya se esboza en el Bajo Imperio, como ha estudiado Banaji.¹¹⁴ Es arriesgado establecer anacronismos que, desde la perspectiva comparatista, son fáciles de incurrir, siendo siempre necesario centrar el debate en lo que nos dicen las fuentes antiguas en cuanto a la economía antigua, tanto para el estudio de casos puntuales, como para el estudio de sus características generales. La base material proviene sobre todo del campo de la epigrafía, papirología, numismática y arqueología, disciplinas que generan una ingente cantidad de documentación que se va poniendo a disposición de la comunidad científica.¹¹⁵

¹¹⁴ J. Banaji, *Agrarian Change in Late Antiquity. Gold, Labour, and Aristocratic Dominance*. Oxford, 2001.

¹¹⁵ Sobre el potencial económico de Pompeya, por aducir un ejemplo concreto, véase: W. Moeller. 1976. *The wool trade of ancient Pompeii* (Leiden) 1-109. W. Jongman. 1988. *The economy and society of Pompeii* (Amsterdam) 155-86. M. Bradley. 2002. "It all comes out in the wash': Looking harder at the Roman

Como es sabido, en el campo de la historia antigua solo se puede avanzar en las investigaciones a partir del hallazgo de nuevos materiales, nuevas fuentes que permitan ahondar en conocimientos del pasado –nuevos textos, inscripciones, papiros, arqueología, etc.-, y tener nuevas perspectivas sobre el proceso histórico, o bien una relectura de las fuentes literarias, con las que ya contamos desde otro punto de vista o, una reconsideración de las teorías que las han interpretado hacia el momento. En el caso de la historia económica tenemos la posibilidad de combinar ambas formas. Por ejemplo, disponemos de una notable cantidad de papiros que, sobre todo para el Egipto romano, como ha estudiado Roger Bagnall (1992), crece con los años, según se producen nuevos hallazgos arqueológicos que contribuyen a ampliar nuestros conocimientos sobre temas económicos y sociales. Téngase en cuenta que el grueso de la documentación papirologica son textos de índole privado, que por regla general nos transmiten episodios de la vida cotidiana, como por ejemplo contratos, libros de cuentas, registros mercantiles,

fullonica,” JRA 15, 20-44. M. Flohr. 2002. “Fullones and Roman society: a reconsideration,” JRA 16, 447-50. A. Wilson 2002. “The archaeology of the Roman fullonica,” JRA 16, 442-6. W. Jongman. 2007. “The Loss of Innocence: Pompeian Economy and Society Between Past and Present,” in J. Dobbins and P. Foss (eds.) *The World of Pompeii* (London) 499-517. S. De Caro, 1994. *La villa rustica in località Villa Regina a Boscoreale*. Pubblicazioni scientifiche del Centro di studi della Magna Grecia dell'Università degli studi di Napoli Federico II., vol. 1 (Rome). J. T. Peña and M. McCallum. 2009. “The Production and Distribution of Pottery at Pompeii: A Review of the Evidence; Part 1, Production,” AJA 113.1, 57–79. J. T. Peña and M. McCallum. 2009. “The Production and Distribution of Pottery at Pompeii: A Review of the Evidence; Part 2, The Material Basis for Production and Distribution,” AJA 113.2, 57–79.

herencias, que nos proporcionan una imagen muy plástica de lo que pudo ser una arteria vital de la economía local.

Por otro lado, existe un debate sobre el trasfondo teórico de la economía, que contribuye grandemente al mejor entendimiento de la cuestión. Por esto, en este trabajo entendemos la economía romana como laboratorio conceptual, como campo de pruebas teórico, al modo del derecho romano, que permite realizar ejercicios de abstracción y darse cuenta de las claves económicas, no solo del pasado sino también del presente. Así, en los últimos años ha crecido exponencialmente el interés y el número de las investigaciones específicas sobre este tema combinando ambas perspectivas, arrojando nueva luz en el modelo que se puede ver comparativamente en relación con otras épocas. Sin embargo, y ante todo, hay que destacar investigaciones concretas acerca de los fenómenos parciales (tales como la demografía, el volumen comercial, la producción agraria, la explotación del subsuelo, etc.) que permiten ver el cuadro general del desarrollo económico del Imperio durante un período prolongado. Esta clase de aproximación al tema ha puesto en el punto de mira las comparaciones estadísticas más variadas que se han puesto a disposición de los investigadores de la historia económica.

En el plano general cabe formular ante todo la hipótesis en torno a la existencia en el mundo romano de una política económica, en el sentido actual. Desde luego, la variedad de medidas adoptadas por diferentes emperadores en materia

económica y fiscal y el apoyo administrativo del funcionariado de alto nivel (pensamos especialmente en los *comites sacrorum largitiorum et rei privatae* de la tardoantigüedad, que gestionaban el patrimonio del erario público y de las fortunas privadas de los emperadores respectivamente), documentan claramente la preocupación por la economía en un período tan extenso como el que va del Principado al Dominado.¹¹⁶

Buena prueba de la existencia de una política económica orquestada a través de las instituciones estatales son los diversos funcionarios empleados en la administración de la hacienda pública, la preocupación por la fiscalidad y las reformas monetarias a nivel global y el apoyo administrativo de la corte de los emperadores, ya fuera en Roma o en donde estuvieran, y su reproducción a escala en las provincias, a partir de directrices vinculantes para las decisiones relacionadas con la economía. La continua preocupación del Estado por hacer un balance de los ingresos y los gastos para poder cubrirlos, fue una evidencia, por más que la mayor parte de las veces fracasara, de que se intentaba controlar el déficit público logrando un equilibrio, como línea maestra de la política económica.

Otra cosa es el hecho de que, algunos emperadores no se hubieran implicado de forma intensa en temas fiscales y económicos o, en mantener el equilibrio presupuestario, sino que por el contrario hubieran realizado gastos desmesurados que

¹¹⁶ H.-U. Freyberg, *Kapitalverkehr und Handel* 110-131.

alteraban el orden de las finanzas públicas, haciendo crecer el déficit y llevando al erario al borde de la ruina. En casos como los de Calígula o Nerón, semejantes dispendios excesivos conllevaron revueltas de los estamentos cercanos al Senado, alarmados por la excesiva liberalidad del emperador. Los informes negativos de la actividad política y económica de los denominados “perniciosos emperadores” en la literatura de inspiración senatorial y su tradición negativa no son ninguna casualidad. Se cargaban las tintas en su maldad para justificar su eliminación ante todo por los intereses de la élite económica a la que estaban perjudicando, en una tradición literaria que aparece marcada con todas las señales características de la justificación de los tiranicidios.

Por todo ello conviene tener en cuenta el trasfondo de las construcciones literarias a ese respecto, que suele estar marcado por la oscilación de las políticas monetarias y fiscales de diversos emperadores, es decir, por su puesta en práctica a favor o en detrimento de determinados grupos de la población. La política económica seguía unos modelos orientados hacia los intereses de los diferentes grupos sociales teniendo en cuenta motivaciones religiosas, tendencias regionales, restricciones impositivas, regulaciones corporativas o culturales según las necesidades de cada lugar. Esto se puede ver, entre otras cosas, en la fiscalidad a lo largo del Principado y del Dominado y en el complejo procedimiento de la recaudación de impuestos. La interacción de políticas locales respecto a la adquisición de tierras y su gestión con

las estructuras de poder de cada región y respecto al mantenimiento del ejército, también solían ser atendidas debidamente en este contexto.

La proyección económica, así, era resultante de una compleja correlación de fuerzas y una fusión de las estructuras políticas y fiscales básicas que se corresponde con la pirámide social y de poder, como ha demostrado M. Finley. No hay que engañarse en cuanto a la comparación con el mundo griego, donde prima la indistinguible unión de sociedad y Estado. Sin embargo, en Roma no se puede imaginar una estructura económica sin el concurso del Estado, pues es obvio que el nivel de programación y organización global depende en gran parte de unas directrices, que emanan del poder imperial y, que tienen que ver con la fiscalidad centralizada, o el sistema monetario vigente, entre otras signos indicadores de una economía bien organizada.

En sentido contrario cabe recordar la interpretación minimalista de la economía imperial romana que propone H. W. Pleket, que considera que no hubo una política económica por parte del Estado, que solo se preocupaba en recaudar tributos para financiar las necesidades más apremiantes, partiendo de sus recursos económicos procedentes del territorio, las conquistas, etc. Pero si esto no es ejemplo de una política y organización económica por parte del poder central nos preguntamos qué podría ser sino. Obviamente, desde el gobierno romano, en la corte y en la cúpula del funcionariado, se tomaron decisiones y medidas que podían

generar un profundo impacto económico, y que concernían a todo el Imperio: los dos ejemplos mencionados, la financiación mediante tributos o la planificación de las conquistas, son solo algunos de los ejemplos más notorios.

Sin duda existió un evidente dirigismo estatal que promovió la creación de infraestructuras estratégicas de interés económico, como la construcción de los puertos, el trazado de las calzadas, el mantenimiento de los edificios públicos, la creación de emporios comerciales, la organización de mercados, las reformas monetarias, y un largo etc. Todo ello hace obvia la inexistencia de ideas dirigistas en materia económica por parte del gobierno central, a pesar de quienes pretenden ahondar en la teoría de una economía primitivista, y muestran que más allá de la existencia de esta política económica hay líneas claras de una orientación consciente de la misma con finalidades a medio y largo plazo.

La recopilación de diversas teorías y definiciones que se han puesto aquí a colación, no son sino una pequeña parte de lo que los especialistas en historia antigua han pensado al respecto. Pero para nuestro interés es relevante tener en cuenta cómo la organización de la política económica romana reflejaba a la vez la estructura económica del vasto territorio que estaba bajo el control del *princeps*, con todas sus variaciones y particularidades y jerarquías conceptuales en el nivel local, y creaba una pirámide de toma de decisiones del gobierno central con estamentos intermedios, dando lugar también a una interesante y riquísima interacción con grupos

de interés y presión –lo que hoy llamaríamos *lobbies*– de comerciantes o agricultores, partidos locales o tendencias políticas de las capitales de provincia o de la capital imperial que podían llegar a alcanzar una muy notable y duradera influencia en la política económica global.

4.2 Constantes antropológicas

Una de las constantes, tanto antropológicas como económicas, más persistentes e influyentes en el organigrama estatal tiene que ver con la función de los conflictos bélicos, sus motivos, finalidades, consecuencias y repercusiones para la arquitectura política, económica y social de cualquier Estado. En el devenir de Roma constatamos múltiples ejemplos de lo que se podría denominar la economía de la guerra. Roma se hace grande por sus armas, a través de conquistas que le confieren recursos y amplias cuotas de poderío. Desde un principio una parte sustancial de su economía aparece ligada a la guerra, es más, dependía de ella para consumir proyectos sociales de interés vital para su sistema político. El montaje económico que subyacía detrás de su extraordinario aparato bélico, era considerable y detentaba un alto grado de capacidad organizativa. La financiación de las campañas, el avituallamiento del ejército, el transporte y la comercialización de los botines requerían una logística de primer orden, que como muy bien ha explicado Juan José Ferrer Maestro estaba mayoritariamente en manos privadas. Así se entiende el título de su libro “La República participada” que hace alusión a la fuerte interacción económica y social entre la *res publica* y la *res privata* de sus ciudadanos más notables, cuyo peso económico se hacía fuertemente sentir en las directrices políticas del Estado.

Pero aparte de este crucial aspecto, básico para entender buena parte de la complejidad de la política romana, podemos vislumbrar, igualmente, una consciente actuación de las clases dirigentes del Estado para conseguir una serie de objetivos a través del despliegue de sus imponentes estructuras militares. Expediciones con una fuerte motivación económica, campañas disuasorias frente a potenciales enemigos y operaciones de rapiña estaban al orden del día. A continuación vamos a mencionar dos ejemplos que ilustran de manera paradigmática el fondo de la cuestión. El primero se refiere a la campaña gálica de Cayo Julio César, el modelo de enriquecimiento personal, a cuenta de la población gala sometida, más espectacular del que tenemos constancia. Durante su transcurso se produce una sorprendente metamorfosis. El hasta entonces mayor deudor de Roma, se transforma gracias al saqueo de las Galias en el mayor acreedor de la *nobilitas* romana.¹¹⁷ A partir del final de la década de los años 50 del I siglo a.C., César desempeñará un papel similar al que antaño había desempeñado su antiguo valedor Marco Licinio Craso Dives, muerto en la guerra contra los partos (53 a.C.). Si la conquista de las Galias obedecía a motivos personales, es decir, la insaciable ambición de un miembro de la élite senatorial dirigente, el segundo ejemplo que vamos a comentar, se ubica en un contexto más amplio generado por la crisis del erario imperial romano durante el gobierno de Nerón. Se trata de una de las más sonadas expediciones

¹¹⁷ J. M. Roldán Hervás, *Césares: Julio César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón: los primeros emperadores de Roma*. Madrid, 2008, 74.

bélicas, en cuanto a su magnitud y perfidia, dedicada a acaparar las riquezas del Templo de Jerusalén: la llamada Guerra Judaica, cuya motivación no podía camuflar el interés económico de su proyección. Iniciada por Nerón con la intención de resarcirse de la enorme deuda pública que comportó, entre otros factores, el funesto incendio de Roma del año 64, las operaciones militares encomendadas a Vespasiano, serán concluidas por su hijo Tito con la destrucción del Templo y la devastación de Jerusalén en el año 70, fecha clave para la historia del pueblo judío.¹¹⁸

El estudioso que pretenda comparar la política económica romana, en su localización, sus objetivos y sus medios, con lo que ocurrió posteriormente a lo largo de la historia occidental y con lo que hoy en día significa la planificación de una política económica de un estado moderno, deberá ante todo dilucidar sus objetivos. En primer lugar se impone el estudio de las fuentes primarias que nos narran las condiciones de vida, los métodos de producción, la relevancia de los mercados y el impacto económico y social de las transformaciones políticas que se van produciendo desde la era republicana hasta la tardorromana. No debe el estudioso caer en el anacronismo que una comparación demasiado liviana con la economía moderna, sobre todo en relación a la influencia que ejercen las organizaciones supranacionales y los partidos políticos

¹¹⁸ Véase A. Giovannini, *Die Zerstörung Jerusalems durch Titus: Eine Strafe Gottes oder eine historische Notwendigkeit*, en: P. Barceló (Ed.), *Contra quis ferat arma deos? Vier Augsburger Vorträge zur Religionsgeschichte der römischen Kaiserzeit*, Schriften der Philosophischen Fakultäten der Universität Augsburg 55, Munich 1996, 11-34, que constata el enorme botín expoliado.

en nuestros días. Hay ciertamente un cúmulo de cuestiones que bien pueden marcar la diferencia en ese sentido. De ellas solo apuntaremos un par, la que se refieren a esos mencionados *lobbies* de influencia en la política económica, es decir, grupos que representaban los intereses económicos de ciertas facciones senatoriales o locales, en los procesos de toma de decisión.

La historia romana está plagada de convulsiones sociales y de crisis políticas con diversos trasfondos económicos, muchas veces auspiciados por determinados grupos de presión (siendo un buen ejemplo la llamada “Conjuración de Catilina”, según el reciente estudio de Juan José Ferrer Maestro¹¹⁹). Y hay que preguntarse a ese respecto si los procesos de toma de decisión en materia económica constaban de una ronda de consultas a nivel local o provincial previa que sirvieran para hacer un análisis empírico y de objetivos y en la que pudiera también notarse el influjo de estos grupos. Obviamente, este no es el lugar para realizar un examen detallado de estas cuestiones, pero a estas alturas resulta evidente que existió una política económica diseñada por la cancillería imperial, que procuró crear un marco legal que facilitara el desarrollo de diversas actividades económicas, como la explotación de la tierra y del subsuelo, el comercio a gran escala, el abastecimiento de las

¹¹⁹ J. J. Ferrer Maestro, *Catilina: desigualdad y revolución*, Madrid 2015.

grandes ciudades, el mantenimiento de los acueductos,¹²⁰ el avituallamiento del ejército, la circulación monetaria, etc.

Desde luego que no se pueden buscar paralelismos modernos respecto a una política económica centrada en la figura del emperador romano, pero sí que hay que considerar todo lo que refieren las fuentes acerca de su comportamiento en temas referentes a la economía, como por ejemplo: cómo se asesoraba, qué cargos de la corte tenían competencias decisorias, cómo funcionaban los canales de transmisión. Cada regente observaba con sumo interés los procesos económicos y, de hecho, algunos se veían obligados a intervenir drásticamente en una u otra región en épocas de crisis cuando acontecían hechos inesperados, como por ejemplo catástrofes naturales.¹²¹ Pensemos en los estragos que causó la gran peste que azotó al Imperio en durante el reinado de Marco Aurelio. Para otros regentes, que gobernaron en tiempos relativamente menos convulsivos, como los Flavios, no era tan sencillo diseñar estrategias para las distintas regiones, si no se producía una razón concreta para tomar las medidas concretas con respecto a las infraestructuras, al funcionamiento de los mercados, o a la fiscalidad.

¹²⁰ F. M. Ausbüttel, *Die Verwaltung des römischen Kaiserreiches. Von der Herrschaft des Augustus bis zum Untergang des weströmischen Reiches*, Darmstadt 1998, 115-122.

¹²¹ Sobre las medidas tomadas por la administración central en casos de catástrofes naturales, véase P. Barceló, „Die Darstellung von Naturkatastrophen in der spätantiken Literatur“, *Geographica Historica* vol. 9, Stuttgarter Kolloquium zur Historischen Geographie des Altertums 6, E. Olshausen, H. Sonnabend (Edd.), Stuttgart 1998, 99-105.

Tal vez detrás del comportamiento de cada emperador, se puedan detectar a veces incluso determinadas formas de proceder en materia económica, como la regulación del gasto público, la incentivación de obras públicas o la dinamización del tráfico comercial. En todo caso, hay que desconfiar sobremanera del tono negativo que acerca del manejo de los recursos económicos del Imperio se atribuye a los llamados “emperadores perniciosos”, acusación que persiste en las invectivas de algunos autores antiguos. Las más de las veces, estos puntos de vista interesados pueden ser explicados por los mencionados grupos de presión: un ejemplo son las reformas de Nerón del año 58 concebidas para incrementar la imposición directa, según lo que refiere Tácito, ante la pérdida de ingresos del Estado. Si uno repara en el aumento considerable de la carga fiscal que recayó sobre las ricas familias senatoriales, beneficiando especialmente a la población provincial, se puede comprender también la actitud de un nostálgico republicano como Tácito en defensa de las tradicionales prerrogativas de su estamento senatorial privilegiado, así como la resistencia de los senadores que se oponían a tal medida.

A la larga, la mala fama de Nerón es claramente achacable a medidas como esta, que le indispusieron con los que a la postre habrían de dominar el discurso histórico en la consignación de la memoria de su reinado. Piénsese también si no iría en la misma dirección la reforma monetaria de Nerón en el año 64, que ha atraído más interés científico. Las magníficas aproximaciones

biográficas de José Manuel Roldán Hervás sobre emperadores como Calígula y Nerón o la de Pilar Fernández Uriel sobre Domiciano¹²² han puesto recientemente el acento en la reconsideración de estas *damnationes memoriae* de unos presuntos tiranos que podrían haber sido unos reformistas. Posiblemente Nerón se había visto obligado a intervenir y tomar medidas drásticas en el campo de las finanzas públicas con el objetivo de poner remedio a la mala administración anterior o de solventar una situación insostenible. Quizá lo único que hizo fue planear el beneficio a largo plazo, mediante la introducción de un principio de reparto tributario y gravamen que guardara proporción con las rentas –uno de los principios fiscales, por cierto, de los modernos estados de derecho– para tratar de redefinir el contexto del beneficio de las élites y procurar el bien del futuro presupuesto del Estado.

Sin duda alguna desarrollaron los emperadores una serie de medidas en interés propio, pero más aun en vista al interés general, para la mejora de la condición económica del Imperio y para paliar el endémico déficit presupuestario. Sin embargo, lo que tenemos que asumir es que solo contamos con la información relevante de una sola parte interesada en este conflicto de intereses. Gracias al

¹²² J. M. Roldán Hervás, *Calígula: el autócrata inmaduro*. Madrid 2012; ídem, *Césares: Julio César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón: los primeros emperadores de Roma*. Madrid, 2008; P. Fernández Uriel, “Domiciano: el administrador eficiente”, en G. Bravo y R. González Salinero (Edd.), *Poder central y poder local: Dos realidades paralelas en la órbita política romana* (Monografías de Antigüedad Griega y Romana 45), Madrid, 2015, 189-201.

gran volumen de las actas depositadas en los archivos. o la intensa documentación acerca de la agenda de los jefes de Estado y gobernantes en general, tenemos constancia de su implicación en las medidas económicas que marcan nuestra época. En contraposición, el estado fragmentario de nuestras fuentes antiguas, al haber transcurrido tantas generaciones, raramente nos suministran un balance completo o fidedigno de los hechos. En esta circunstancia reside el principal reto de la investigación actual: reconstruir lo que se ha perdido y que no detallan las fuentes y al mismo tiempo no dejarse influenciar por sus frecuentes tergiversaciones, o simplemente cumplir el postulado metodológico de los maestros de la historia antigua alemana: toda investigación empieza con la crítica de las fuentes (*Quellenkritik*).

Si los hallazgos documentales en papiros revelan operaciones de gestión locales –sobre todo en Egipto– y la tradición epigráfica nos muestra una información densa pero muy parcial, la inexistencia de archivos de las cancillerías imperiales de las épocas controvertidas contrasta con la superabundancia de documentación económica de las comunidades rurales. Desearíamos, claro está, tener más información sobre los procesos de toma de decisión de las autoridades imperiales, y no tanto de los archivos del gobernador provincial de turno, o de las autoridades de tal o cual ciudad. En todo caso, hay que dar por cierto que a través del Imperio circuló entre las diversas administraciones un cúmulo de información económica y fiscal (tablas de contabilidad, listados de

contribuyentes, cantidades adeudadas al fisco, expectativas de recaudación, etc.) que al final desembocaba en la propia Roma, donde era procesada y archivada. La cantidad de información debe haber sido inmensa e inabarcable, pero hoy por desgracia solo encontramos restos del naufragio de las fuentes antiguas. Solo ha perdurado una descripción literaria de la esfera de la actividad y gestión financiera del Estado en la obra del poeta Estacio, testigo clave, de que la información de esta índole podía estar en cualquier momento a disposición del fisco y de la cancillería imperial.¹²³

Para obtener una visión general de la situación financiera de todo el Imperio, sin duda alguna, el emperador podría disponer de informes concisos realizados por su cancillería económica, y es bastante concebible que la convergencia de la información en Roma desencadenase discusiones entre las élites financieras de la capital, así como rumores e información privilegiada para realizar inversiones. Como los *agentes in rebus* de la Antigüedad Tardía, verdaderos espías del Estado en materia política, pero también fiscal, cabe suponer una densa red de informantes en la época del Principado que se ocuparan de la rápida difusión de noticias y, lo más interesante, de rumores interesados que pudieran hacer oscilar la política económica en una u otra dirección.¹²⁴

Roma era *caput mundi*, el enclave central de una tupida red de comunicación, que contaba con una infraestructura para el rápido envío y recepción de mensajes. La velocidad de esta vía de

¹²³ B. R. Nagle, *The Silvae of Statius*, Indiana University Press, 2004 19-20.

¹²⁴ A. Giardina, *Aspetti della burocrazia nel basso impero*, Urbino 1977, 13-72.

información y del tráfico de noticias podía ser sorprendente, llegando a recorrerse por tierra en un solo día más de cien km.¹²⁵ Las noticias de los lugares más lejanos, como Oriente o Egipto, podían llegar a Roma en pocas semanas, lo que producían reacciones o directivas por parte de la corte imperial, y sobre la base de esta información, en un plazo relativamente corto, que podrían llegar a la periferia del Imperio en el mismo tiempo. Así, era posible que el regente de turno estuviera bien enterado de lo que ocurría en esos lugares no solo por medio de su gobernador, como muestra la el ejemplo de la correspondencia entre Plinio y Trajano, sino por enviados especiales y mensajeros que transmitían sus reacciones y órdenes a cada región con sorprendente celeridad.¹²⁶

También hay que tener en cuenta que los archivos relacionados con las provincias estaban disponibles para la consulta de los representantes del emperador. Por lo tanto, si, por ejemplo, una provincia anhelaba una determinada construcción pública, vías, puentes o puertos, se podía procesar la información sobre el terreno en cuestión por expertos militares y civiles que emitían sus dictámenes. Así, se puede suponer con cierta justificación que el emperador tuvo la oportunidad de proyectar una política económica basada en informaciones fidedignas, acompañadas por los dictámenes de los expertos en la materia, gracias a sus conocimientos previos. El hecho de que no tengamos ninguna

¹²⁵ A. Kolb, *Transport und Nachrichtentransfer im Römischen Reich* (Klio - Beiträge zur Alten Geschichte. Beihefte. Neue Folge Band 2), Berlin 2000.

¹²⁶ Sobre el sistema de comunicaciones y el tráfico postal en el Imperio véase F. M. Ausbüttel, *Die Verwaltung des römischen Kaiserreiches* 104-114.

declaración de política económica imperial no es relevante, ante la cantidad de pruebas en las fuentes literarias y en la retórica imperial. De hecho, las proclamas de los panegíricos y los comunicados imperiales pueden ser tenidos en cuenta como argumento adicional que ratifica el trasfondo de la política económica proyectada. En cuanto a la creación y desarrollo de infraestructuras, como la red viaria, pese a que algunos autores, como Finley, las consideran exclusivamente de carácter militar y político, debemos reparar en las enormes consecuencias económicas que tuvieron y que por supuesto también beneficiaron al comercio regional y global.

Por otra parte percibimos una visión opuesta que mantiene que las calzadas romanas se erigieron por razones de índole económica, como una suerte de infraestructura desarrollista de la zona, que contribuía a estructurar el área en cuestión, la provincia, de manera que hiciera fácil el cobro de impuestos y la explotación económica de la misma. Cuando existían infraestructuras en una provincia o parte de una provincia, las medidas de conservación y mejora de su calidad durante largos períodos, también pueden ser considerados desde un punto de vista económico: véase si no la motivación económica de otras supuestas obras evergéticas o incluso de las concesiones de ciudadanía, de índole tributaria. La ampliación y el mantenimiento de la mayoría de la red viaria durante los dos primeros siglos de nuestra era, se gestó por motivos políticos y económicos a la par, dos impulsos que no deben ser

vistos como posicionamientos antagónicos o en mutua jerarquía. Incluso si una calzada podría haber sido creada a partir de una motivación puramente económica, su construcción constituía también un acto político y propagandístico al mismo tiempo.¹²⁷

La amplia red de *viae publicae*, junto con las redes marítimas y portuarias, los ríos navegables, los puentes y los canales han de ser considerados desde el punto de vista del desarrollo económico de determinados espacios, con vistas a la dominación duradera del territorio. Esto conlleva a la par una voluntad política de ejercer el control y un ánimo de explotación de los recursos de los territorios conquistados. En ese sentido, ya en las primeras fases de la dominación romana de un determinado territorio, las consideraciones económicas siempre desempeñaron un papel importante, subrayadas por el estacionamiento de destacamentos militares en los puntos más neurálgicos. Esto sólo se podría conseguir mediante planteamientos coordinados entre la administración central, el aparato militar y los agentes económicos, que tuvieran en cuenta las necesidades de abastecimiento y logística, en las que ciertamente las conexiones viarias, sin duda, tenían una importancia central. De ahí el interés del gobierno imperial en el mantenimiento y la seguridad del transporte a través de medidas infraestructurales.¹²⁸

¹²⁷ Las fronteras del norte de Britania el *limes* adriano y el *limes* antoniniano pueden ser interpretadas no sólo como baluartes frente a las incursiones de los pueblos de la actual Escocia, sino también como monumentos testimoniales del poder imperial.

¹²⁸ F. M. Ausbüttel, *Die Verwaltung des römischen Kaiserreiches* 95-103.

Tenemos conocimientos sobre las inversiones del fisco imperial destinadas a estos menesteres, por ejemplo, para la creación de una red viaria en la provincia de Licia en tiempos del emperador Claudio con el punto de referencia en la ciudad portuaria de Patara, o para la expansión y el mantenimiento de la red de transporte en las regiones alpinas. El control del transporte constituyó una vía de ascenso social y económico para permitir que algunas familias locales pudieran alcanzar el orden ecuestre o incluso senatorial, después de verse enriquecidas mediante su participación en el comercio, lo que habría sido de otra manera imposible sin una infraestructura de transporte adecuada. Por supuesto, gran parte del compromiso y de la continua preocupación del emperador por la construcción de carreteras, puertos y canales para la comunicación fluvial siguió una motivación principalmente económica, como se puede ver, en otro ejemplo de ello, en la construcción de la vía Adriana en la provincia de Egipto, que conectaba el fértil valle del Nilo con el Mar Rojo.

No cabe obviar aquí los beneficios económicos del comercio entre el sur y este, especialmente en la ruta entre Berenice y Coptos, para comprender que Adriano confirió privilegios a Antinópolis como testimonio de una política consciente del emperador para crear mejores condiciones de partida desde el punto de vista económico. Otro ejemplo es el del proyecto de canal para el suministro de agua en Antioquía de Siria en el año 73/74, bajo la dirección del legado Marco Ulpio Trajano, empresa que, en última

instancia, contó con la expresa aprobación imperial para promover una zona comercial y de producción económica especializada. Así, vemos que la creación de emporios o el otorgamiento de privilegios para ciertos mercados urbanos¹²⁹ y rurales por parte del emperador, el Senado y los gobernadores siguen una línea general que va de lo local a lo global. Podemos incluir en este contexto, por ejemplo, el decreto del gobernador Quinto Sicinnio Claro para favorecer el establecimiento del emporio de Pizus, en Tracia, a partir del año 202.

La administración imperial sabía claramente cómo y dónde invertir los impuestos para mejorar la infraestructura, mediante aumento o reducción, abolición o suspensión temporal, gravamen de pasivos o adopción de privilegios e inmunidades para los individuos, los residentes de las ciudades o provincias enteras, a fin de promocionar la economía en general.¹³⁰ El manejo de estas herramientas para aumentar el beneficio era una cuestión clave, pero el objetivo central era garantizar las rentas obtenidas por parte del Estado y, también, estabilizar el orden social y las relaciones de poder en el complejo entramado político, social y administrativo del Imperio. Otros temas que podrían añadirse en la consideración de la política económica y su aplicación en el mundo romano indican que

¹²⁹ Sobre la relevancia del comercio en los medios urbanos véase: D. Mattingly, D. Stone, L. Stirling, N. Ben Lazreg, “Leptiminus (Tunisia): a producer city?” en D. Mattingly, J. Salmon (Edd.), *Economies beyond agriculture in the ancient world*, Londres 2000, 66-89; D. Engels, *Roman Corinth: an Alternative Model for the Classical City*, Chicago 1990.

¹³⁰ Acerca de la eficacia de la administración imperial véase F. M. Ausbüttel, *Die Verwaltung des römischen Kaiserreiches* 159-197.

los emperadores poseían información, experiencia y conocimientos suficientes para operar económicamente. Aunque no se vieran en la necesidad de programar esta política personalmente, sí cabe argüir que su máxima prioridad en el gobierno al menos debería haber sido tratar de crear prosperidad, no solo durante su reinado sino más allá, con vistas al futuro.

Valga esto también para establecer las bases de lo que constituye la mentalidad económica en el Imperio romano. Como ya hemos apuntado anteriormente en el mundo antiguo, como el griego, existía un cierto estigma en la ocupación manual, así como, en particular, con respecto a la actividad del comerciante. Hesíodo o Platón, por poner dos ejemplos literarios, dan la clave de la visión negativa que los antiguos tenían del comercio en general. Esto ha sido subrayado por aquellos que defienden una idea de la economía antigua basada en el “primitivismo”. Sin embargo, el mundo romano constituye una excepción a esa generalización excesiva. Los comerciantes representaban un tipo de liderazgo de la clase media que pretendía medrar y llegar a convertirse en clase alta a través de sus pingües ganancias con el comercio u otras actividades económicas. La predisposición empresarial de un estamento clave, como era el senatorial, permite considerar su enorme importancia, como ha revelado la reciente investigación de Jean-Paul Morel acerca de la mentalidad económica de la clase dirigente que se atestigua en las fuentes literarias griegas y latinas de la época

imperial, comparada con la nobleza de Francia y Gran Bretaña en el siglo XVIII.

Aquí surge la cuestión de si se puede constatar una mentalidad económica de las clases altas y medias a través de nuestras fuentes. Un ejemplo sería Seneca que entona en su obra estoica el elogio de la pobreza, pero en realidad es uno de los hombres más ricos de su tiempo.¹³¹ Las expectativas y la realidad corren caminos diversos, entre la filosofía griega y el pragmatismo romano. Además, bajo el Imperio se observa la tendencia a trabajar por la expectativa de recompensa, incluso en las artes liberales. La idea de *otium cum dignitate* de Cicerón va en ese sentido: filosofía como ideal pero negocios y realidad en la otra mano. También se constata una implicación de los *nobiles* en el comercio y que este no representa un problema como para los griegos. En este contexto, el estudio de la prosopografía de aquellos romanos que actúan como comerciantes y artesanos en el Mediterráneo oriental arroja resultados esclarecedores sobre la importancia e implicación de las redes familiares y clientelares de las clases altas en el este del Imperio, que era mantenido económicamente bajo un control férreo del estamento senatorial.¹³²

Hay que subrayar una vez más que los juicios de valor pueden haber representado un doble juego entre los modelos

¹³¹ J. Alvar, F. Lozano, „Un tonto entre los dioses: Vilipendio del monarca“, *Potestas* 1, 2008, 35-56.

¹³² Sobre las actitudes generalizadas en el mundo romano respecto al comercio: J. D'Arms, *Commerce and Social Standing in Ancient Rome*, Cambridge (MA) 1981, 1-71.

literarios idealizados y la realidad social. Parece reconocerse así una clara mentalidad mercantil en las elites romanas en la vertiente más práctica, ya que también debe hacerse hincapié, por otra parte, en que se podían colmar grandes ambiciones a través de la adquisición de riqueza personal: incluso acceder a la cima de la pirámide social. Conocemos muchos ejemplos sorprendentes de carreras de los llamados *homines novi*, de libertos y de militares de media escala.¹³³ En particular, predomina en las clases que regían el comercio una clara presencia del ordo equestre, siendo este el depósito natural de reclutamiento para el orden senatorial. La masa de los caballeros, que corresponden al tipo de arribista, veía en la riqueza una manera de progresar en el censo; para este fin desempeñaban su actividad como proveedores, empresarios y banqueros. Esto significa que las mismas personas que poseían un marcado sentido mercantil eran capaces de penetrar en las clases superiores de la sociedad y del

¹³³ En la sociedad de Imperio observamos sustanciales modificaciones. El proceder de familias aristocráticas continuaba proporcionando a los agraciados ventajas, pero a su lado se constata un mayor aprecio que en el pasado de las facultades personales de aquellos individuos aspirantes a ocupar la cima de la pirámide social, tales como destreza militar, formación jurídica o lealtad política. El senador Casio Dión subrayaba amargamente que, en su tiempo, antiguos bailadores podían acceder a puestos clave, y que los centuriones o hijos de médicos alcanzaban el generalato (Casio Dión 78, 21, 2; 80, 7,1). Sin embargo, la formación de nuevas fortunas era más bien la excepción, ya que en caso de producirse ganancias las acaparaba la hacienda pública en calidad de impuestos extraordinarios. Paralelamente las posibilidades de empeorar socialmente aumentaron considerablemente debido a las interminables guerras civiles, la inseguridad económica y la represión del Estado. Como el historiador contemporáneo Herodiano apunta al comentar el gobierno de Maximino Tracio, uno podía encontrarse todos los días con hombres arruinados que el día anterior aún vivían en la abundancia. Véase Herodiano 7, 3, 3.

gobierno.¹³⁴ Por lo tanto, no sería exagerado presuponer que entre los miembros de la cúpula imperial y los altos estamentos habría existido un ambiente competitivo respecto al monopolio del comercio y las finanzas. Un claro ejemplo de este tipo de ascensos sociales lo pueden proporcionar algunas familias senatoriales de la región alpina, una de las cuales, descendía probablemente de esclavos públicos originarios de Capua. A los artesanos y los comerciantes no se les negaba el ascenso al estamento municipal de los decuriones (*ordo decurionum*). Pese a su desprestigio en la literatura filosófica, no faltan testimonios que ensalzan el orgullo de los comerciantes y artesanos en inscripciones fúnebres u otra clase de monumentos honorarios. Un buen ejemplo de ello es la exclamación *Salve lucrum!*, como reza un grafito de Pompeya. Bien podría constituir esta exclamación una de las más expresivas divisas del quehacer económico de la sociedad romana.

¹³⁴ Véase la ilustrativa prosopografía de la riqueza concentrada en un núcleo reducido de la clase dirigente en la obra de S. Mratschek-Halfmann, *Divites et praepotentes* 258-395, que nos detalla 363 personajes que pueden ser considerados como *dives et potentes*.

5. APUNTES SOBRE LA NATURALEZA DE LA FISCALIDAD ROMANA¹³⁵

5.1 Estructuras y objetivos

Desde los primeros tiempos de la República romana, los impuestos consistieron en evaluaciones moderadas sobre la riqueza y los bienes raíces. En circunstancias normales las tasas apenas superaban el 1% que en ocasiones podían subir hasta un 3% con motivo de guerras, o graves crisis, o situaciones límite. Los relativamente leves requerimientos por parte del Estado eran elevados por la posesión de tierras, viviendas, bienes inmuebles, esclavos, animales, objetos personales o riqueza monetaria.¹³⁶ Los impuestos se recaudaban de forma directa y, algunas veces, los pagos podían ser reembolsados por el erario, en caso de producirse un exceso de imposición. Dada la relativa imprecisión de los datos

¹³⁵ A parte de las obras citadas *ad loc.* la siguiente bibliografía ha sido esencial para la composición del capítulo: K. Hopkins. 1980. "Taxes and trade in the Roman empire," *Journal of Roman Studies* 70, 101-25. P. Temin. 2005. "Estimating GDP in the Early Roman Empire," en E. Lo Cascio (Ed.) *Innovazione tecnica e progresso economico nel mondo romano: atti degli incontri capresi di storia dell'economia antica* (Capri 13- 16 aprile 2003). *Pragmateiai* 10 (Bari) 31-54. W. Scheidel. 2007. "Demography," in W. Scheidel, I. Morris and R. Saller (Edd.) *The Cambridge economic history of the Greco-Roman world* (Cambridge) 38-86. E. Lo Cascio. 2007. "The Early Roman Empire: The State and The Economy," in W. Scheidel, I. Morris and R. Saller (eds.) *The Cambridge economic history of the Greco-Roman world* (Cambridge) 619-47. W. Jongman. 2007. "The Early Roman Empire: Consumption," in W. Scheidel, I. Morris and R. Saller (eds.) *The Cambridge economic history of the Greco-Roman world* (Cambridge) 592-618.

¹³⁶ K. Hopkins. 2002. "Rome, taxes, rents, trade", en W. Scheidel, S. von Reden (Edd.) *The Ancient Economy*, Nueva York, 190-230.

del censo, la recaudación de impuestos sobre las personas físicas que estaban obligadas a tributar, debía ser en la práctica una tarea ardua y difícil, en el mejor de los casos.

Hasta la primera mitad del siglo II a.C. la República se había ido enriqueciendo en gran medida a través de los botines de guerra, fruto de las conquistas territoriales en todo el ámbito mediterráneo. Ingentes cantidades de metales preciosos, que procedían por ejemplo de Asia, del norte de África, de Macedonia y especialmente de las minas de plata y oro de las provincias hispanas crearon una excelente fuente de ingresos para el Estado. A ello se añadían los tributos que debían satisfacer los habitantes de las provincias sometidas al dominio de Roma. Dada la afluencia de capitales a la urbe, las autoridades romanas dispensaron a los ciudadanos romanos residentes en la península itálica de la obligación de tributar al erario (167 a.C.).¹³⁷ Las cargas fiscales se centraron a partir de entonces básicamente en las provincias, verdaderas áreas de explotación tributaria.

Sobre la contribución de Hispania al enriquecimiento de Roma a través de una explotación intensiva del subsuelo, para la que se precisaba una masa de gente esclavizada procedente de las correrías realizadas en territorios enemigos, poseemos un explícito relato confeccionado por Plinio el Viejo acerca de la considerable rentabilidad de la mina de Baebelo, en las inmediaciones de Cástulo, que ya en época de Aníbal proporcionaba diariamente la

¹³⁷ A. Bowman, P. Garnsey, A. Cameron (Edd.), *The Cambridge Ancient History*, vol. 12, *The Crisis of Empire*, AD 193-337, Cambridge 2005, 363.

fabulosa cantidad de más de 300 libras de plata, equivalente a unos 100 kilogramos del precioso metal.¹³⁸ Si colacionamos estas informaciones procedentes de la explotación de una sola mina con los rendimientos de los yacimientos mineros de Rio Tinto (Huelva), Sierra Morena y la región de Cartagena obtenemos una imagen bastante más completa, que certifica la enorme cantidad de metales preciosos que proporcionaba la minería hispana al erario romano.¹³⁹

Los múltiples recursos naturales del valle del Guadalquivir son enumerados minuciosamente por el erudito griego Estrabón que escribe en el siglo I de nuestra era utilizando fuentes mucho más antiguas, tales como Polibio o Posidonio para elaborar su compendio geográfico dedicado a la península ibérica; veamos a continuación algunas de sus observaciones que retratan la estructura económica del sur de Hispania: *En las comarcas de Ilipa y Sisapo, tanto la antigua como la moderna, existe gran cantidad de plata. Cerca de las llamadas Kotinai abunda el cobre y también el oro. Cuando se sube por la corriente del río, estas montañas se extienden a la izquierda, mientras que a la derecha se dilata una grande y elevada llanura, fértil, cubierta de grandes arboledas y*

¹³⁸ Plinio, *Historia Natural* 33, 96.

¹³⁹ Para obtener una idea aproximada sobre el importe de la aportación hispana al erario romano, podemos establecer una comparación con las cantidades que los cartagineses, los predecesores de los romanos, extraían del subsuelo peninsular. Basta constatar que durante la II Guerra Púnica la soldada del ejército cartaginés, unos 60.000 hombres en total, se satisfacía a través de la producción minera hispana. Según cálculos verosímiles, el coste anual del aparato militar se elevaba a unos 9 millones y medio de denarios. Dicho de otra manera las minas hispanas podían suministrar anualmente unas 44 toneladas de plata para la monetación de las enormes cantidades del efectivo.

*buena para pastos... La Turdetania es maravillosamente fértil; tiene toda clase de frutos y muy abundantes; la exportación duplica estos bienes, porque los frutos sobrantes se venden con facilidad a los diferentes barcos de comercio... De Turdetania se exporta trigo, mucho vino y aceite; éste, además, no sólo en cantidad sino en calidad insuperable. También se exporta cera, miel, pez, mucha cochinilla y minio. Sus navíos los construyen allí mismo con maderas del país. Tiene sal fósil y muchas corrientes de ríos salados, gracias a lo cual, abundan las factorías de salazón de pescados.*¹⁴⁰

Con motivo de las consecuencias fiscales de la expansión, los censores (eran estos dos reconocidos estadistas que tenían bajo su responsabilidad la confección del censo, un listado de los contribuyentes, donde se consignaban sus bienes y las cantidades que estos debían aportar al erario, lo que les confería la supervisión sobre la política tributaria) extendieron el instrumento del censo a las provincias, hecho que aumentó sensiblemente el control sobre la hacienda provincial. Para aliviar la tensión a nivel individual, los impuestos se elevaban en forma de diezmos¹⁴¹ a las comunidades obligadas a tributar, que luego se encargaban de recaudar el correspondiente importe de sus propios ciudadanos. Los actos de infracción de las normas tributarias caían bajo la jurisdicción de los gobernadores provinciales y de los magistrados locales.

¹⁴⁰ Estrabón 3, 3, 4-6.

¹⁴¹ P. Fernández Uriel, "Algunas precisiones sobre el sistema fiscal romano", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, vol. 8, 1995, 159-181.

Pero la extracción de los impuestos estaba en manos de sociedades especializadas al respecto (*societates publicani*). Al dispensar Roma a sus propios ciudadanos de la carga impositiva, se agudizó la necesidad de disponer de cantidades en efectivo para afrontar los gastos ordinarios del presupuesto. Por este motivo se ponía la recaudación de impuestos a subasta.¹⁴² Las sociedades de publicanos hacían ofertas por el derecho de poder cobrar las cantidades adeudadas por los contribuyentes de una determinada provincia. A quien le fuera adjudicada la recaudación, debía satisfacer al Estado la suma estipulada, antes de iniciar su gestión. Estos pagos suponían, en realidad, préstamos al erario público. A modo de compensación, los publicanos obtenían la titularidad sobre las propiedades y los bienes recogidos en la exacción. Visto desde un plano general, la recaudación de impuestos resultó ser una empresa altamente rentable. Por una parte sirvió para incrementar el tesoro público, pero por otra parte para llenar los bolsillos de los *publicani*. Sin embargo, el proceso de recaudación estaba la mayoría de veces plagado de disonancias, corrupción, intrigas y negocios de dudoso cariz. Por ejemplo, con los beneficios recogidos, los publicanos podrían actuar en connivencia con las autoridades provinciales y con los propietarios de latifundios locales para comprar grandes excedentes de grano a precios bajos y mantenerlos en reserva hasta que llegaran tiempos de escasez. También actuaban los *publicani* como prestamistas o, si se quiere,

¹⁴² J. A. Arias Bonet, “Societas publicanorum”, *Anuario de historia del derecho español*, nr. 19, 1948-1949, 218-303.

como banqueros. Concedían créditos a los contribuyentes de las provincias que estaban en apuros, llegando a exigir en algunos casos la exorbitante tasa del 4% de intereses mensuales.

A finales del siglo I a.C., y como consecuencia de la saturación territorial que había acarreado la expansión, Augusto puso fin a este sistema de recaudación de impuestos, instaurando una imposición de tasa única. Las quejas de los habitantes de las provincias por las exacciones excesivas y las deudas acumuladas que se habían convertido muchas veces en impagables, marcaron el comienzo de los últimos días de un lucrativo negocio, que había devastado a las provincias, beneficiándose muy pocos del sufrimiento de la mayoría. No obstante la figura del *publicanus* continuó existiendo como prestamista y empresario, pero su fácil acceso al enriquecimiento desmesurado y la usura a través de los impuestos se había esfumado. El impuesto con el que hasta entonces se había gravado la producción, básicamente, agrícola fue reemplazado por la introducción de impuestos directos. Se exigió a cada provincia el pago de una tasa sobre el patrimonio del orden del 1% de su valor total, y además se elevó un impuesto individual que debía cotizar cada persona adulta. Este nuevo procedimiento suponía, por consiguiente, la existencia de un censo legal a fin de evaluar el número gravable de las personas, sus ingresos y su patrimonio. La novedad de esta regulación consistió básicamente en cambiar el sistema de aplicación, que pasará de ser un gravamen a los bienes de propiedad y a la riqueza, a convertirse en un impuesto

sobre la renta. Como resultado, el rendimiento gravable varió en gran medida las condiciones económicas de su trasfondo, pero en realidad, la nueva normativa se reveló ser más justa, menos abierta a la corrupción que el anterior sistema.¹⁴³

En lo que concierne a los *publicani*, estos tuvieron que concentrar sus esfuerzos en la activación de otras fuentes de ingresos, principalmente en la conversión de dinero en efectivo a partir de las propiedades fundiarias. Por otra parte, el importe de la masa tributaria provincial seguía pasando, como antaño, por las arcas de las sociedades de recaudación. Los publicanos tenían la posibilidad de hacer una oferta contra la recaudación de los impuestos anteriores, con lo que continuaban acumulando ganancias, pero con el tiempo será el Estado, el que cosechará, desplazando a los publicanos, los beneficios del incremento de las imposiciones.

El sistema impositivo de tasa única instituido por Augusto modificó el sistema fiscal, reduciendo las baremos de progresividad. En la República el importe de la base impositiva de las provincias se había incrementado con la gestión de los *publicani*, lo que conllevó una mayor recaudación de la que no siempre se beneficiaba el erario, mientras que en el Principado la estipulación de pagos fijos redujeron por una parte este potencial, pero aseguraron por otra parte unos ingresos calculables a las arcas del Estado. En este contexto hay que resaltar que los impuestos que

¹⁴³ K. Loewenstein, "The Augustan Reform Legislation", en *The Governance of Rome*, La Haya 1973, 301-308.

pagaban los contribuyentes guardaban relación con las cantidades que se exigían para satisfacer la renta y, si se producía un superávit este pertenecía a las comunidades que actuaban como agentes fiscales intermedios. Mientras que, obviamente, el sistema podía ser objeto de revisión que equiparara la base imponible a las necesidades, la materialización de tales ajustes constituía un proceso lento, que en algunos casos podía generar márgenes para la obtención de ingresos libres de impuestos. Aunque el nuevo ordenamiento fiscal del Principado fuera aparentemente, en lo que respecta a la acaparación de ingresos, menos eficaz que el sistema de extracción de los *publicani*, las nuevas prácticas permitieron merced a su mayor equidad, como consecuencia de la erradicación de la corrupción, y su proyección de futuro un considerable crecimiento económico a nivel general.

La mayor partida del gasto público que debía afrontar el gobierno imperial lo constituían los crecientes costes de la administración y ante todo la financiación del enorme aparato militar, utilizado tanto para la defensa de las fronteras, como para mantener la cohesión interior.¹⁴⁴ Esta constante presupuestaria condicionó gran parte de la actuación económica del poder central. En este sentido cuando se produce una revisión de los esquemas de la estructura tributaria, las modificaciones adoptadas aparecen ligadas a los vaivenes de la política, fruto de convulsiones,

¹⁴⁴ F. M. Ausbüttel, *Die Verwaltung des römischen Kaiserreiches* 69-94.

catástrofes naturales, crisis de autoridad, decrecimiento económico, guerras civiles, impugnación de las fronteras del Imperio, etc.

Las tasas de inflación, la degradación de las monedas acuñadas así como la disminución del volumen del efectivo en circulación durante el gobierno de Diocleciano son responsables de uno de los cambios más drásticos en la historia del Imperio. Las autoridades reaccionaron ante esta situación de crisis económica con una serie de medidas dirigistas, como el congelamiento universal de los precios y una limitación de los precios de las mercancía y bienes, imponiendo tarifas máximas (con el edicto *de pretiis*), mientras que al mismo tiempo se restableció el gravamen a los propietarios de tierras itálicas (*iugatio*), hasta entonces exentas de tributación. También se impusieron peajes especiales sobre los agentes de cambio y sobre las empresas para ayudar a aumentar la recaudación de impuestos.

El programa reformista de Diocleciano, en teoría, debería haber ayudado a aliviar la carga de las distintas clases de contribuyentes, pero en la práctica no funcionó de la manera esperada. A modo de ejemplo: los impuestos adicionales acabaron recayendo sobre los propietarios de bienes fundiarios después de que el gravamen de sus tierras hubiera sido ya satisfecho. Dado que la nueva tasa era cobrada por separado, sin que su importe se descontara de la suma de los impuestos que ya habían sido recaudados, los afectados los pagaban dos veces.¹⁴⁵ Este sistema de

145

doble imposición se gravará a las comunidades y sus habitantes. Dentro de las ciudades la responsabilidad jurídica de satisfacer los impuestos al Estado recayó sobre la clase dirigente local, los decuriones, que respondía con todos sus bienes y fortuna privada ante el fisco acerca del cumplimiento de los pagos, una carga altamente onerosa, que llevó a no pocos miembros del *ordo decurionum* a la más completa ruina económica.

Si resumimos los parámetros interpretatorios, que nos suministran los agentes económicos que hemos ido poniendo a colación en las páginas anteriores, podemos consignar el siguiente panorama global: La característica más evidente de la depresión económica, que alcanzó su punto álgido a finales del siglo III, fue la depreciación del dinero y, con ella, el consecuente retroceso a una economía de trueque y autoabastecimiento.¹⁴⁶ En una relación muy estrecha con este proceso de reconversión financiera, se inserta la disminución de los ingresos por impuestos, lo que a su vez es un signo del descenso de la productividad en muchas esferas económicas. Todo ello no dejó de afectar profundamente a la estructura social del Imperio. El precio de la crisis económica había sido pagado hasta el momento por los pequeños y medianos agricultores, que estaban siendo exprimidos al máximo por la maquinaria impositiva. Muchos de ellos buscan de forma desesperada la protección de terratenientes poderosos, que en manera muy similar a los señores feudales de la Edad Media,

¹⁴⁶ Eutropio 9, 14; Aurelio Victor 35, 6.

dejaban explotar sus terrenos a arrendatarios. Vemos emerger aquí a una nueva capa social: el *colonato*.¹⁴⁷ También las ciudades sufrieron visiblemente las consecuencias de la crisis. Debido a la disminución del volumen comercial, como consecuencia de la escasez de dinero y de la inseguridad política, la ciudadanía urbana fue privada de su base económica más importante. El ocaso del artesanado estaba ya anunciado.¹⁴⁸ La conjunción de todos estos factores de crisis infligió graves daños al desarrollo urbano. El servicio a la comunidad como miembro de la corporación municipal (*decurión*), que desde siempre había sido considerado como una alta distinción política y social, se convierte, debido a las opresivas cargas financieras que el representante de la curia local debía asumir, en un molesto deber que a ser posible se rehuía.¹⁴⁹

Tras las medidas económicas y fiscales adoptadas por Diocleciano, Constantino y sus sucesores agravaron estas cargas al acentuar la estratificación de las clases sociales, dictaminando la heredabilidad no sólo de los oficios artesanales y de los colonos, sino también del estamento senatorial.¹⁵⁰ De este modo, todas las deudas y gravámenes económicos contraídos, se transmitían dentro del *ordo senatorius* de una generación a la siguiente, arruinando familias enteras y sin permitir una recuperación que podría beneficiar a toda la comunidad de contribuyentes. A esta “espada de

¹⁴⁷ Codex Teodosiano 5, 17, 1.

¹⁴⁸ Libanio, *Oración* 25, 36 s.

¹⁴⁹ Libanio, *Oración* 18, 288 s.; sobre la crisis del *ordo decurionum* en el Bajo Imperio véase G. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte* 293-297.

¹⁵⁰ G. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte* 284-293.

Damocles” se añadió una nueva carga impositiva que gravaba cualquier actividad mercantil, la *collatio lustralis*, pagadera en oro y plata, los metales más apreciados del mundo antiguo. En suma, los impuestos exigidos en el Imperio Romano, en comparación con las cargas fiscales de los tiempos modernos, no eran sin duda excesivos. Sin embargo, la tensión producida por la forma de recaudarlos así como la proliferación de tasas fiscales en pleno proceso de expansión impositiva influyó de forma negativa el quehacer de una economía en crisis, desequilibrada por un sinnúmero de factores internos y externos, donde cada vez menos contribuyentes tenían que asumir más cargas. A la larga, la incapacidad de los responsables en dar soluciones prácticas de las que se beneficiaran gran parte de la población, generará consecuencias nefastas para el devenir del Imperio. Los incesantes conflictos económicos y sociales que afectaron al sistema tardoantiguo, junto con la insoportable presión fiscal y el gran cambio demográfico como consecuencia de las invasiones bárbaras, desempeñaron un protagonismo decisivo en el declive del Imperio.¹⁵¹

¹⁵¹ Puestos a analizar el panorama de la península ibérica, los autores antiguos que narran los hechos (Orosio, Salviano de Marsella, Hidacio, Isidoro de Sevilla, Jordanes) que convulsionan grandes zonas del país durante el siglo V nos informan sobre hambres, pestes, destrucciones generalizadas y de un progresivo deterioro de la autoridad del gobierno imperial, caído en descrédito por su pasividad al no afrontar los problemas. Por ello en algunas regiones los invasores bárbaros reciben apoyo de la población hispanorromana que cooperaba tanto con ellos, como con los campesinos sublevados contra el Estado por la inhumana presión fiscal. Los autores contemporáneos Orosio y de forma más tajante Salviano de Marsella (*de gubernatione Dei* 5, 23 ss.) afirman que gran parte de la población local se asociaba con los bárbaros y los baguadas, pues no querían seguir siendo romanos.

5.2 Praxis fiscal en época imperial

Siguiendo el método de trabajo que hemos ido aplicando hasta el momento, vamos a proseguir nuestras indagaciones con el análisis de la fiscalidad del Principado y del Dominado. Empezando con la primera (la segunda la detallaremos en el capítulo 4.4), y como ha señalado Juan José Ferrer Maestro¹⁵², hay que reparar ante todo en los cambios políticos y administrativos que caracterizaron al nuevo régimen en cuanto a la recaudación de los impuestos. Los *vectigalia* que habitualmente venían siendo utilizados como método de arriendo por las *societates publicanorum* durante el periodo republicano, pasarán ahora a ser adjudicados a individuos privados. Junto a la personalidad del arrendatario como sujeto jurídico en materia de contrataciones, en época imperial se establecerá la descentralización de las contrataciones públicas¹⁵³, de suerte que las ciudades pudieron llevar a cabo auténticas subastas, originando así su propia fuente de ingresos.¹⁵⁴ Las subastas locales de impuestos, o de obras públicas eran realizadas por los *duumviri*, que estaban obligados a cumplir la normativa que marcaba la *lex locationis*. Estos debían anunciar públicamente (*propositio*) las cláusulas del contrato estipulado, así como las garantías personales y reales

¹⁵² J. J. Ferrer Maestro “De la *societas* al individuo: datos hispanos sobre la nueva fiscalidad del principado”, *Scripta antiqua: in honorem A. Montenegro Duque et J. M. Blázquez Martínez* / coord. por A. Alonso Avila, S. Crespo Ortiz de Zárate, 2002, 303-307.

¹⁵³ La recomendación legal es clara al respecto: *Digesto* 50, 5, 8, 1.

¹⁵⁴ *Lex Ursoniensis* 65.

(*praedes, praedia*) recibidas del arrendatario. Mientras no se cancelara el contrato y con él las *praedia*, estas quedaban pignoradas a su buen fin. Junto a estas garantías hipotecarias se publicaban los nombres de los *praediorum cognitores*, que daban fe de la calidad de aquellas.¹⁵⁵

Por otra parte el Estado siguió administrando sus *vectigalia* y dándolas en arriendo. La creación de tres nuevos impuestos por Augusto: *vicesima hereditatium* que constituye -a modo sustitutivo de lo que fue el *tributum* durante la República- un gravamen sobre el capital aplicado en un 5% a toda herencia o legado; el *XXV venalium mancipiorum*, que repercutía un 4% sobre las ventas de esclavos y la *centesima rerum venalium*, cuyo importe era el 1% sobre toda venta; todos ellos junto a la *vicesima libertatis* y el *portorium* -el más importante- estaban sujetos a la *locatio*. Particularmente el impuesto sobre las sucesiones fue otorgado por Augusto en arriendo a los publicanos. En un principio el Estado sólo intervenía de forma indirecta, como una suerte de inspector de hacienda, a través de prefectos y procuradores, hasta que Adriano introdujo la recaudación directa.¹⁵⁶

Las contrataciones públicas se ampliaron en la medida en que el sector público incrementaba sus áreas de actuación en materias que hasta entonces habían pertenecido exclusivamente al ámbito de

¹⁵⁵ *Lex Malicitana* 63.

¹⁵⁶ M. R. Cagnat, *Étude historique sur les impôts indirects chez les Romains jusqu'aux invasions des barbares*, París, 1882, 192; M. Rostovtzeff, "Geschichte der Staatspacht in der römischen Kaiserzeit", *Philologus*, Suppl., IX, 1902, 383 ss. y 498 ss.

las compañías privadas, como, por citar un ejemplo, el servicio postal inaugurado por Augusto.¹⁵⁷ De esta manera el Estado se libraba paulatinamente de la dependencia respecto a las grandes sociedades privadas de publicanos, incrementando así su capacidad de actuación.¹⁵⁸ Las minas, las canteras y las posesiones públicas en general, serán, a partir de ahora, administradas por el emperador - función que tradicionalmente era considerada propia del censor- que se ayudará de funcionarios imperiales en las provincias para asumir esta clase de menesteres.¹⁵⁹ Este afán de la administración en monopolizar los recursos públicos va ligado a un proceso de concentración de propiedades en manos del poder central. En la práctica se realizó por diferentes medios, como demuestran las confiscaciones de minas que se llevaron a cabo en la época de Tiberio.¹⁶⁰

Disponemos de una respetable cantidad de testimonios epigráficos que certifican el alcance territorial de las aduanas imperiales, el elevado número de operaciones comerciales y el tránsito mercantil que generaban¹⁶¹, no es de extrañar que el

¹⁵⁷ Suetonio, *Augusto* 49.

¹⁵⁸ M. Rostovtzeff, *Historia Social y Económica del Imperio Romano*, vol. 2, Madrid, 1972 (Oxford, 1957), 216 y 239 n. 38, sitúa la organización estatal del envío de la correspondencia en tiempos de Nerva.

¹⁵⁹ A. Dworakowska, "Quarries in Roman Provinces", *Academia Scientiarum Poloniensis, Bibliotheca Antiqua*, XVI, Wrocław-Warszawa-Kraków-Gdansk-Zódz, 1983, 28.

¹⁶⁰ Suetonio, *Tiberio* 49; Tácito, *Annales* 6, 19.

¹⁶¹ M. Rostovtzeff, *Historia Social y Económica* 360-362, n. 23, presenta un repertorio de inscripciones de diversas procedencias con su bibliografía específica; S. J. De Laet, *Portorium. Étudie sur l'organisation douanière chez*

portorium se convirtiese en la más importante fuente de ingresos del fisco imperial. Su origen aparece ya documentado en época republicana, concretamente en el año 199 a.C., en el que siendo censores Escipión el Africano y Elio Peto, se adjudicaron las aduanas de las importantes ciudades itálicas de Capua y Puteoli.¹⁶² La adjudicación del *portorium* a las *societates publicanorum* se regulaba de provincia a provincia¹⁶³ hasta que posteriormente la gestión de las tasas que debían satisfacer los habitantes de las provincias pasará de la cuestura republicana a los *procuratores* imperiales, funcionarios reclutados preferentemente entre los libertos.¹⁶⁴

Acerca del momento exacto en el que se produce la sustitución de las *societates publicanorum* por los *conductores* individuales en la recaudación del *portorium*, no existe unanimidad de criterio entre los diversos especialistas que se ocupan de la materia.¹⁶⁵ Lo mismo se puede decir sobre la fecha cuando se

les Romains, surtout à l'époque du Haut Empire, Brujas, 1949, 16-17 y 89-90; M. Rostovtzeff, "Geschichte der Staatspacht in der römischen Kaiserzeit" 390.

¹⁶² S. J. De Laet, *Portorium. Étude sur l'organisation douanière chez les Romains, surtout à l'époque du Haut Empire* 55.

¹⁶³ O. Hirschfeld, *Die kaiserlichen Verwaltungsbeamten bis auf Diocletian*, Berlín, 1905, 81; S. J. De Laet, *Portorium. Étude sur l'organisation douanière chez les Romains, surtout à l'époque du Haut Empire* 99.

¹⁶⁴ Ese es el caso conocido en Ostia, cf. J. Rougé, *Recherches sur l'organisation du commerce maritime en Méditerranée sous l'Empire Romain*, París, 1966, 202.

¹⁶⁵ F. Vittinghoff, *Real Enzyklopaedie der klassischen Altertumswissenschaft (RE)*, XXII, 1, s.v. *Portorium*, col. 385, apunta el periodo de finales del siglo I d.C.; M. Rostovtzeff, *Historia Social y Económica* 218-219, apunta el inicio de la reforma con Vespasiano; De Laet, *Portorium. Étude sur l'organisation douanière chez les Romains, surtout à l'époque du Haut Empire* 384 ss. cree

produce el cambio de sistema de arrendamiento para la recaudación de dicho impuesto, aunque se supone que esto sucedió a finales del siglo II.¹⁶⁶

La introducción del *conductor*, si se acepta la afirmación de Michael Rostovtzeff cuando lo sitúa en una posición intermedia entre arrendatario de impuestos y agente estatal¹⁶⁷, conlleva la creación del cuerpo de los *procuratores* imperiales. Éstos responderían a los criterios reformistas de la nueva administración imperial y más concretamente al "intervencionismo" estatal en asuntos de su propia competencia. El *procurator* como funcionario encargado del control y correcta aplicación de la legislación vigente en los arrendamientos de bienes pertenecientes al Estado, ejercía igualmente como instancia judicial en los litigios entre comerciantes y arrendatarios¹⁶⁸, actuando en ocasiones como *procurator* y *conductor* simultáneamente.¹⁶⁹

que es obra de Trajano, y O. Hirschfeld, *Die kaiserlichen Verwaltungsbeamten bis auf Diocletian* 100, se inclina por la época de Adriano.

¹⁶⁶ Se acepta el periodo imperial regido por Marco Aurelio y Cómodo como el que provoca el cambio de arrendamiento a los *conductores* por la recaudación directa, cf. G. Boulvert, *Esclaves et affranchis imperiaux sous le Haut-Empire romain. Rôle politique et administratif*, Nápoles, 1970, pp. 308 ss.; F. De Martino, *Storia della costituzione romana*, vol. IV 2, Nápoles, 1973, p. 928; O. Hirschfeld, *Die kaiserlichen Verwaltungsbeamten bis auf Diocletian* 87; F. Vittinghoff, s.v. *Portorium* col. 392 ss. En contra M. R. Cagnat, *Étude historique sur les impôts indirects chez les Romains jusqu'aux invasions des barbares* 90 y 96 ss.

¹⁶⁷ M. Rostovtzeff, *Historia Social y Económica* 219.

¹⁶⁸ Corpus Inscriptionum Latinarum (CIL) VIII 11813: *C. Sestio...[proc(uratori)] Aug(usti) inter. mancip(es quadragesimae) galliarum et negotiantis*; cf. M. Rostovtzeff, "Geschichte der Staatspacht in der römischen Kaiserzeit" 400; S. J. De Laet, *Portorium. Étude sur l'organisation douanière chez les Romains, surtout à l'époque du Haut Empire* 400-401, n. 1; en contra,

Durante el gobierno de Nerón, cuando todavía continuaban operando algunas *societates publicanorum*, los conflictos que surgían con los publicanos seguían siendo dirimidos a través de la jurisdicción de los magistrados ordinarios¹⁷⁰, lo cual parece indicar que la figura del *conductor* o *procurator* fue introducida posteriormente. Según el criterio de Michael Rostovtzeff este cuerpo de funcionarios se consolida durante el reinado de Adriano.¹⁷¹ Algo parecido podría deducirse de la consideración de "reforma adrianea a un régimen antiguo de carácter consuetudinario" que hacen ciertos autores respecto a la *lex metallis dicta* de Vipasca II, en la que interviene la figura del *procurator qui metallis praeerit*¹⁷², bajo cuya responsabilidad se hallaría el correspondiente distrito minero.¹⁷³

Hirschfeld, *Die kaiserlichen Verwaltungsbeamten bis auf Diocletian* 85, cree que se trata del *manceps* de una compañía de publicanos.

¹⁶⁹ CIL V 820; CIL III 5117.

¹⁷⁰ Tácito, *Annales* 13, 50; *RE*, Suppl. XI, s.v. *publicani*, 1202-1203.

¹⁷¹ M. Rostovtzeff, *Historia Social y Económica*, 219, 240-241 n. 41.

¹⁷² *Vipasca*, II, 4.

¹⁷³ Véanse las opiniones recogidas en Alvaro d'Ors, *Epigrafía Jurídica de la España Romana*, Madrid, 1953, 113.

5.3 Tasación de la tierra

Volviendo al tema de los préstamos de las propiedades fundiarias, parece ser que en tiempos del Principado, sin que podamos precisar cuándo, se genera una suerte de revalorización de la tierra como materia de inversión a la que debemos prestar atención pues constituye un indicador altamente sugestivo acerca de la mentalidad económica de las clases dirigentes romanas.

La exaltación de la proverbial seguridad y benevolencia que confería el medio agrícola a quien se ocupaba de él, es un tema referencial en la literatura romana, como se puede observar muy bien en la obra poética de Virgilio. Anteriormente ya Cicerón escribía acerca de la aceptación social de la agricultura que “entre todas las cosas de las que se obtiene algún provecho, nada hay mejor, nada más rico, nada más agradable, nada más digno del hombre de bien que la agricultura”.¹⁷⁴ En la economía antigua, sin embargo, la inversión en tierras no conoció “un concepto claro de la distinción entre costes de capital y costes de trabajo, no había reinversión de las ganancias, no había préstamos a largo plazo con fines productivos”, como asevera Finley.¹⁷⁵ Esta circunstancia se pone de manifiesto en el tratado sobre la agricultura de Catón, pleno de simbolismo y tradicionalismo a la vez, donde se enumeran los

¹⁷⁴ Cicerón, *De officiis* 1, 151. Sobre agricultura, economía y fiscalidad, seguimos en estas líneas a J. J. Ferrer Maestro en su trabajo “Un apunte de fiscalidad romana: datos sobre el arrendamiento del *ager publicus* en Hispania”.

¹⁷⁵ M. Finley, *La economía en la Antigüedad*, México 1975, 163-164.

productos de mayor importancia, sin tener en cuenta los diversos factores que requieren un estudio de la rentabilidad del trabajo y la producción. En este contexto cuando Varrón, especialista en temas agrarios, se inclina por la ganadería¹⁷⁶, está confirmando que una mejor utilización de los pastos compensaba la incertidumbre de cualquier cosecha y la calidad de sus productos, sin tener en cuenta si las condiciones climáticas y topográficas eran apropiadas o no para optimizar las labores del campo.

Una de las cartas de Plinio el Joven nos pone en antecedentes sobre la preocupación de los grandes terratenientes acerca de la idoneidad de sus inversiones agrarias. Plinio pide consejo a Calvisio Rufo, el destinatario de la epístola, acerca de la conveniencia de comprar unas parcelas de labor que estaban en venta en Umbría, ubicadas justamente al lado de otra propiedad del mismo Plinio. En su escrito Plinio pondera las ventajas de tal inversión, todas ellas no exentas de sentido práctico: la adquisición le permitiría supervisar en un mismo viaje toda la nueva hacienda y situar al frente de ella a un sólo administrador (*villicus*), o disponer de casa única para las dos propiedades. En contra de la inversión se subrayan por otra parte los peligros que comportaba la compra: poseer tierras expuestas al mismo riesgo común frente a una presunta adversidad climatológica. No se plantea la conveniencia de reorganizar la producción, ni en cuanto a los cultivos, ni respecto a la

¹⁷⁶ Varrón, *de re rustica* 1, 7.

racionalización del trabajo.¹⁷⁷ Como reconoce Finley, en el citado texto no aparece ninguna alusión al tema de la productividad, y no sólo en este pasaje, tampoco se observa tal preocupación en otros autores contemporáneos especializados en la materia.¹⁷⁸

Existía, sin duda alguna otra actividad más rentable que la agricultura para invertir capitales inactivos: la usura. Sin embargo, la facilidad con la que se amasaban las grandes fortunas en los dos últimos siglos republicanos —incluidos los beneficios obtenidos con el préstamo— y la rapidez con que se dilapidaban, sólo encontraba una plataforma de inversión permanente en la propiedad de tierras.¹⁷⁹ Y para ello no era necesario elaborar un análisis económico acerca de las ventajas derivadas de su situación, producción y rentabilidad, lo importante era el prestigio social obtenido con su posesión y la sensación de seguridad que de ella emanaba.¹⁸⁰

El primer gran enfrentamiento entre latifundistas y campesinos, entre la acción privada de explotación agrícola y las iniciativas reformistas gubernamentales, se produjo justo a propósito del aprovechamiento de las tierras patrimoniales del Estado con la política de los hermanos Gracos de la que ya hemos

¹⁷⁷ Plinio el Joven, *Cartas* 3, 19.

¹⁷⁸ M. Finley, *La economía en la Antigüedad* 156-157.

¹⁷⁹ D.P. Kehoe, *Law and the Rural Economy in the Roman Empire*, University of Michigan Press, 2007, 47.

¹⁸⁰ P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma* 580-589.

hablado extensamente.¹⁸¹ Acordémonos que éstos, en ningún caso proyectaron su reforma agraria mediante la desamortización de la propiedad privada. Fue simplemente la limitación impuesta a la tenencia de tierras públicas, lo que provocó la violenta reacción de los latifundistas. Todo ello conduce a considerar a la tierra como la inversión más preciada, entendida como un bien natural y no como un componente del capital. De ahí el sentimiento patrimonialista romano que se cimentaba en la propiedad agraria, en sus deseos de seguridad y en sus ansias de prestigio social. Un patrimonialismo confirmado por Catón, cuando exclama que “un *paterfamilias* debe ser siempre vendedor, no comprador” (de los artículos de consumo); es decir, debe procurar por su hacienda, sin que ésta requiera de nadie más. En este sentido se impone la norma, de que cualquier necesidad tiene que ser satisfecha mediante un comportamiento autárquico. Además se postula que la riqueza material se acrecentará con la venta de todo aquello, que en calidad de excedente no sea indispensable para el autoconsumo.

Junto a la tenencia, el *ager publicus* conoció también la explotación mediante el procedimiento de arriendo, el de la cesión a sus antiguos propietarios por la acción de *possessio*, y la concesión a otras instituciones, principalmente a los municipios. La explotación indirecta se basaba en los *coloni*, como agricultores no propietarios, que mantenían dos tipos de relación con el dueño de las tierras: *partiarum* (aparceros que trabajan el predio a cambio de

¹⁸¹ Véase capítulo 3.2.

un acuerdo de disposición y pago en especie sobre partes de la cosecha) y *conductores* (así llamados por su relación contractual creada mediante la *locatio conductio*, que debían satisfacer su *pensio* en dinero). Si bien dichos *coloni* en un principio eran, por lo general, libres¹⁸², los esclavos también pudieron llegar a formalizar acuerdos de idéntica condición que los aparceros o los arrendatarios libres.¹⁸³ En cuanto a las tierras no cultivadas (*ager arcifinalis*), sabemos gracias a una notica de Apiano que podían ser simplemente ocupadas (*occupatio*) por cualquier interesado en trabajarlas, pagando a cambio un canon consistente en la décima parte de las cosechas (*decuma*) o 1/5 de los frutos.¹⁸⁴

La transformación de estas tierras no inscritas en el catastro del *ager occupatorius*, generó un trasvase incontrolado desde parte del dominio público hacia manos privadas, causa final de la “cuestión agraria” y las dramáticas consecuencias que su intento de resolución conllevó, como ya hemos descrito. Sobre la parte de tierras ofertadas en arrendamiento público, se distinguen diferentes modalidades. La más frecuente durante la época republicana era el arriendo durante un *lustrum*, adjudicado por el censor. En época imperial se amplió el arriendo a cien o más años, con lo que se fueron consolidando grandes extensiones de terreno en manos de un reducido número de arrendatarios. En la era del Dominado (a pesar de la *locatio* periódica que, para los dominios imperiales, otorgaron

¹⁸² Columela, *De re rustica*, 1, 7.

¹⁸³ Digesto 15, 3, 16.

¹⁸⁴ Apiano, *Guerras Civiles* 1, 7.

los gobernadores provinciales bajo mandato de los *palatini*) los arrendamientos se fueron convirtiendo en hereditarios, a través de la formas del *ius perpetuum* (evolución del arriendo por cien o más años), el *ius privatus salvo canone* y la *emphyteusis* genuina, que vino a consolidarse con los usos como *locatio perpetua*.

Las modificaciones introducidas durante la República por la *lex agraria* de 111 a.C., asignaron a la categoría de *ager publicus populi Romani* la gran parte de tierras hispanas. Más adelante, parte de este suelo acabaría siendo transmitido por el Estado a los municipios, colonias y ciudades aliadas, como asignación corporativa frente al grupo de tierras calificado como propias del *senatus populusque Romani*, y sometido a *locatio censoria*.¹⁸⁵

Este *ager assignatus* podía ser arrendado a cambio de un impuesto que lo convertía en adjudicación a perpetuidad (*ager vectigalis*), y en su transmisión a las ciudades perdía el carácter de “bien público” debido a la consideración privada de las comunidades locales en el derecho romano. La determinación del plazo de cinco años y la prohibición impuesta a la enajenación del *ager coloniarum* dificultaron la concentración de tierras municipales en unas pocas manos; aunque unas notas en las obras de Higinio¹⁸⁶ y de Frontino¹⁸⁷ sobre la centuriación de *Emerita*, así como los mojones augustales conservados, sugieren una excepción,

¹⁸⁵ R. P. Duncan-Jones, «Some configurations of landholding in the Roman Empire», en M. I. Finley (Ed), *Studies in Roman Property*, Cambridge 1976, 10-11.

¹⁸⁶ Higinio, *de limit. const.* 1, 71.

¹⁸⁷ Frontino, *de contr. agr.* 2, 51, 52.

en este caso al menos, debido a la gran extensión de territorio asignado a esta colonia lusitana.¹⁸⁸

La existencia en Hispania de *ager stipendiarius* se correspondía con el carácter tributario de las comunidades hispanas que no fueran aliadas o al menos inmunes. Este tipo de tierras fueron incorporadas al patrimonio público por derecho de conquista y, al igual que el *ager publicus* en Italia, acabaron generalmente cedidas en usufructo a sus antiguos propietarios¹⁸⁹ para ser trabajadas a cambio de una tasa fija (*stipendium*). Los fundos provinciales, no estatales, no constituían tierras del patrimonio público en el estricto sentido de la palabra, ni tampoco territorios pertenecientes a comunidades aliadas y protegidas por medio de un *foedus*, se trataba, pues, de tierras sometidas a la soberanía de Roma, sobre las que no se aplicaron las fórmulas de utilización habitual del *ager publicus*.

En cuanto al carácter fiscal, y partiendo de la tipificación aplicada por Cicerón a los territorios conquistados, Max Weber rechazó la habitual referencia a comunidades estipendiarias, pues según el texto de la *lex agraria* (línea 77) el *ager stipendiarius* consistía en la posesión de tierras por parte de personas que, a cambio, se hallaban sujetas a aquella contribución o tasa fija. La misma ley no pone en duda el valor jurídico de la propiedad del pueblo romano sobre esas tierras, mientras permite que el Estado

¹⁸⁸ J. M. Blázquez Martínez, *Historia económica de la Hispania romana*, Madrid, Cristiandad, 1978, 105.

¹⁸⁹ T. Arnold, *The Roman System of Provincial Administration to the accession of Constantine the Great*, Oxford, 1968, 196-197.

pueda disponer parcialmente de ellas para ventas o asignaciones. Esta característica difiere notablemente de la situación posesoria del *ager privatus vectigalisque*, pues el predio privado sometido a impuesto no era revocable ni confiscable.¹⁹⁰

La consecuencia del complejo estatus jurídico reinante acerca de la tenencia de la tierra pudo implicar la aparición de una categoría de grandes terratenientes sustituyendo a las comunidades, hipótesis que en el caso hispano ya fue discutida en su día por José María Blázquez Martínez.¹⁹¹ Sin embargo, Max Weber ya había insistido anteriormente sobre la similitud entre los *stipendiarii* y los grandes enfiteutas poseedores del *ager privatus vectigalisque*, sólo diferenciados por el grado de protección jurídica consistente en la revocabilidad o no de las concesiones. La situación variaría con la organización imperial en comunidades urbanas y colonias.¹⁹²

¹⁹⁰ M. Weber, *Historia agraria romana*, Madrid (Stuttgart, 1891) 1982, 136.

¹⁹¹ J. M. Blázquez Martínez, *Historia económica de la hispana romana*, 1978, 47.

¹⁹² M. Weber, *Historia agraria romana* 1982, 138.

5.4 La fiscalidad del Bajo Imperio

La fiscalidad tardoantigua tiene la fama de haber sido la más severa de las reformas auspiciadas por Diocleciano, tras su ascenso al trono en el año 284, con la finalidad de solventar una de las crisis más graves de la historia romana.¹⁹³ No lo ponemos en duda, aunque sí que hay que matizar sus consecuencias. Durante el Principado la carga fiscal se distribuía de acuerdo con la capacidad financiera de los estamentos de la sociedad: los miembros más hacendados de una comunidad asumían la responsabilidad de pagar una parte sustancial de los requerimientos impositivos. De esta manera, los pudientes también podían promocionarse ante sus conciudadanos como benefactores, por ejemplo, cuando satisfacían una determinada carga fiscal en nombre y a favor de toda la comunidad. Sin embargo, los tiempos habían cambiado; no sólo con motivo de la crisis política que había hecho desfilar a una treintena de emperadores, provocado una permanente guerra civil y pérdida de autoridad, así como la amenaza de desmembración del Imperio en Galia y Palmira, y la permanente sombra de los germanos y persas en las fronteras del norte y del este. No menos grave fueron las consecuencias de una galopante crisis económica que causó una tremenda inflación y el colapso del sistema monetario. La conjunción de todos estos factores evidenció la enorme fragilidad

¹⁹³ Sobre las estructuras administrativas, la legislación, la política de precios y la fiscalidad tardoantigua véase P. Herz, *Studien zur römischen Wirtschaftsgesetzgebung*, 208-358; P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma* 495-505.

de la política financiera del Imperio, sobre todo en tiempos de crisis. Con ello se perfilaba también que el sistema impositivo del Principado sólo había funcionado eficazmente en tiempos de paz y de relativa estabilidad. En este contexto hay que ubicar las medidas adoptadas por Diocleciano que no pretendían otra cosa, sino que adaptar el presupuesto del Estado a las necesidades asumibles por un sistema económico sensiblemente mermado, como consecuencia de una crisis política, económica y social.

De acuerdo con Goffart, casi no era posible realizar una evaluación objetiva de la riqueza individual, porque la depreciación de la moneda y la eruptiva oscilación de los precios lo hacía en la práctica imposible. Por eso las reformas de Diocleciano intentaron crear nuevos baremos para indagar el potencial impositivo de los contribuyentes a efectos de sanear la hacienda pública. Dada la fuerte inflación reinante con lo que la posesión de dinero no confería la seguridad deseada, solo quedaba la producción, especialmente el cultivo de la tierra, las personas físicas y el volumen del comercio para poder ser objeto de imposiciones tributarias.

Diocleciano trató de poner orden al deteriorado sistema a través de reformas fiscales, administrativas y militares. El nuevo aparato burocrático que separó la administración civil de la militar, se ocupó de dar respuestas a los principales retos. Se le encargó la ejecución de las obras públicas más necesarias y, especialmente, la recaudación de los ingresos para el funcionamiento del Estado, obra

que acometió con una implacable eficiencia. El nuevo sistema fiscal pretendía que las cargas estuvieran más o menos equitativamente repartidas, como apuntan las fuentes tardoantiguas como por ejemplo Lactancio, a pesar de ser muy crítico con Diocleciano. Pero el crecimiento exponencial de funcionarios de la administración pública y sobre todo el exorbitante incremento del gasto militar resultó ser una carga demasiado pesada para los contribuyentes que se veían desbordados por las necesidades del presupuesto.

Diocleciano intentó racionalizar los diversos tributos al Estado, en metálico o especie. Ya desde el gobierno de Septimio Severo se realizaron exacciones en especie destinadas al mantenimiento del ejército (la *annona militaris*). En el año 287 se puso en marcha el nuevo sistema de fiscal, que consistía básicamente en la reintroducción de un impuesto regular, y de un nuevo procedimiento para calcular el impuesto sobre los individuos, las ciudades, las provincias o cualquier otra subdivisión administrativa. Este procedimiento se conoce en la literatura como la *capitatio-iugatio*, un término se deriva de *capitatio* o *iugatio* (por *iugum* o *caput* como unidad de exacción). De estas dos unidades de medida, ni la primera hacía alusión a un determinado número de personas, ni la segunda se correspondía con una determinada superficie de tierra. Ambos baremos representaban unos parámetros ficticios, ingeniosos para calcular el diferente potencial de tasación tanto de la tierra, como de las personas y de los animales de labor. Ello permitía la elaboración de un procedimiento relativamente

universal, pero que no se aplicaba de manera uniforme a todas las partes del imperio, y seguimos aquí a Boek¹⁹⁴: en algunas provincias se operaba con un sistema combinado de la tierra y sus habitantes (humanos y animales), mientras que en otras provincias –como Egipto– los pagos se calculaban sobre la base exclusiva de la tierra. Ejemplos comparativos en época de Valente y Valentiniano entre Tracia y Egipto arrojan este resultado. Aunque según palabras de A.H.M. Jones, “la virtud del nuevo sistema residía en su simplicidad”¹⁹⁵, este no era tan sencillo como parecía. Lo que las autoridades fiscales habían puesto en vigor era simplemente dividir toda la superficie del Imperio en unidades fiscales, calcular las necesidades del presupuesto, y hacer responsable a cada unidad fiscal basada en la tierra de una participación determinada en la carga impositiva. Que este nuevo diseño fiscal no era sólo en teoría simple y directo lo muestran algunos problemas modernos al querer acercarse a la interpretación del sistema. En primer lugar y más importante, debemos indagar lo que en realidad significaban *iugum* y *caput* y cómo funcionaba su tributación. La idea de Goffart de que el *iugum* y *caput* servían como una suerte de parámetros ficticios para restaurar la medida de objetividad perdida por la devaluación de la moneda, es sin duda altamente sugestiva.

Iugum significa literalmente, “la yunta de bueyes”, aunque la semántica del término pronto fue transferida metafóricamente al

¹⁹⁴ J. A. Boek, *Taxation in the later Roman Empire*, Leiden 2008.

¹⁹⁵ A. H. M. Jones, “Capitatio and iugatio”, *The Journal of Roman Studies* 47, 1957, 88–94.

área que un sólo par de bueyes podría cultivar. Tal era el nombre común para el impuesto-unidad de tierra en el nuevo sistema fiscal. Este se concebía como una medida abstracta para adecuar los baremos tradicionales a las demandas fiscales del gobierno, al tiempo que confería la posibilidad de hacer una distinción acerca de la calidad de la tierra: por ejemplo, 40 *iugera* de segunda clase componían un *iugum*, mientras que 20 *iugera* de primera clase, es decir, tierra de mejor calidad, también formaban un *iugum*, cuya extensión real podría así diferir sustancialmente. Por eso es difícil acertar en cuanto al tamaño promedio de un *iugum*, según lugares y momentos históricos, teniendo además en cuenta las diferentes posturas interpretativas de los historiadores en este debate.¹⁹⁶

Sin embargo, el *iugum* era sólo una cara de la moneda, una parte del sistema de tributación tardoantiguo. La otra parte la constituía el *caput* que resulta ser todavía más objeto de polémica y discusión, como ya viera W. Goffart en su clásica obra *Caput and colonate towards history of late Roman taxation* (1974), entre los comentaristas modernos. Goffart distingue tres acepciones semánticas del término, diferentes pero compatibles entre sí: el primer matiz de *caput* aludía a la entrada de registro de una tasación, es decir, la declaración de propiedad individual gravable.

¹⁹⁶ A.H.M. Jones, J.-M. Carrié, «L'Égypte au IVe siècle: fiscalité, économie, société», *Proceedings of the Sixteenth Intern. Congress of Papyrology* (Nueva York, 24-31 July 1980), Chico, 1981, p. 431-446 y «Observations sur la fiscalité du IVe siècle pour servir à l'histoire monétaire», *L' "inflazione" nel quarto secolo D. C., Atti dell'incontro di studio Roma 1988*, (Istituto Italiano di Numismatica), Roma 1993, 115-154.

En segundo lugar, podría tratarse también de una cuota garantizada de cómputo fiscal que daba cuenta de alguien sin recursos suficientes para contribuir en solitario, por no poseer bastantes bienes inmuebles, y que por eso tributaba junto a otras personas. Objetos muebles, incluso prendas de vestir, eran tenidos en cuenta para generar un *caput* en el caso de los pobres, mientras que los ricos terratenientes posiblemente debían hacer frente al pago de más de un *caput*. En ese segundo caso esta suma actuaba como un consorcio de pequeños propietarios cuya participación individual probablemente se denominaba *caput*. En tercer lugar, y en la interpretación más común, *caput* era un componente humano o animal en la fórmula de cómputo como unidad fiscal. Así, la *capitatio* se relacionaba con seres humanos, incluidos los colonos y los esclavos, y bienes como por ejemplo los animales de una granja, funcionando, por tanto, como un impuesto sobre una unidad personal, en contraste con el impuesto sobre una unidad de tierra representado por el *iugum*. Es decir, la *capitatio* se aplicaba a las personas físicas.

A partir del gobierno de Diocleciano, la capitación sobre seres humanos y animales en concepto de tasación resultó pronto ser poco útil, vista en solitario, ya que el valor de la moneda se depreciaba continuamente, por lo que se complementó mediante una imposición que combinaba el valor de la tierra y la labor de las personas. De esta manera, la evaluación fiscal de una finca debía estar formada por el conjunto de los correspondientes *iuga* de la

tierra y los *capita* de las personas, incluyendo a los animales, asentados allí. Así se obtuvo la base impositiva para la recaudación de impuestos en época del Dominado.

6. ECONOMIA, FINANZAS E INVERSIONES¹⁹⁷

6.1 Monetización

La viabilidad del modelo económico romano no habría sido posible sin el desarrollo de un complejo entramado financiero que incluyera los sectores públicos y privados a la vez. La emisión de monedas alcanzó un fuerte grado de intensidad y fue de la mano de las conquistas militares, primero en Italia y después a lo largo de todo el Mediterráneo, generándose una estrecha relación entre la expansión y la monetización.¹⁹⁸ La acuñación de denarios y sestercios era el medio con el que se financiaron los ejércitos romanos. Igualmente se precisaban las monedas para extraer tributos en metálico de las provincias, mientras que la apropiación de los bienes confiscados a los enemigos aseguraba el control sobre un número cada vez mayor de minas de oro y plata así como la ampliación del radio geográfico de las relaciones económicas. Como ha estudiado certeramente Sitta von Reden, cuyas propuestas

¹⁹⁷ A parte de las obras citadas a pie de página, la siguiente bibliografía ha sido esencial para la composición del capítulo: Pliny, *Letters*, 3.19, 7.30, 8.2, 9.36, 9.37; D. P. Kehoe, "Approaches to economic problems in the 'Letters' of Pliny the Younger: the question of risk in agriculture", *ANRW* 33.1 (1989) 555-90. R. Osborne. 1987. *Classical landscape with figures. The ancient Greek city and its countryside* (London) 27-74. P. Garnsey, *Famine and Food Supply in the Greco-Roman World*, Cambridge 1988, 43-86. CIL 8.10570, 8.14464, 8.25902. Pliny, *Letters*, 3.19, 7.30, 8.2, 9.36, 9.37. L. Foxhall. "The dependant tenant: land leasing and labour in Italy and Greece," *The Journal of Roman Studies* 80, 1990, 97-114.

¹⁹⁸ M.H. Crawford, *Coinage and money under the Roman Republic: Italy and the Mediterranean economy*, Londres 1985.

en el *Companion* de Cambridge seguimos aquí, la introducción de la moneda en Roma sigue en gran medida el modelo griego del período helenístico, con un gran énfasis en la idea de la moneda como dinero fiduciario, es decir, no respaldado por un valor material absoluto. También es de origen griego la utilización de los bancos su función como lugares de cambio, depósitos, gestión de pagos, préstamos y operaciones de crédito sin efectivo. La terminología romana para designar el vocabulario relacionado con los bancos (desde la propia palabra *mensa*, calco semántico del griego) está impregnada de helenismos.

Parece que el cambio de modelo, o por mejor decir la invención de un nuevo modelo idiosincráticamente romano, se implantará más tarde cuando, desde mediados del siglo II a.C., las conquistas romanas empiecen a plantear una serie de problemas que rebasaban con mucho las concepciones económicas y monetarias griegas. Ante todo hay que tomar en consideración el tema de la globalización que suscito las conquistas romanas, que iban más allá del nivel regional del mundo helenístico. A través de ellas se introducen nuevas tecnologías, tales como la producción masiva de bienes de consumo, que rebasó lo imaginable en comparación con los siglos pasados. El impacto que genera la formación del Imperio romano rebasa los precedentes del imperio naval ateniense, o incluso las conquistas de Alejandro Magno, con su concepción más rígida y oriental de una moneda imperial atesorada en los palacios reales de Susa y Persepolis, con un escaso nivel de circulación. Los

reinos helenísticos más notables, el de los Ptolomeos en Egipto y el de los Seléucidas en Siria, Anatolia y Oriente, acuñaban moneda sólo como parte de sus sistemas de economía agrícola, que funcionaban sobre la base de los pagos en grano y en lingotes de metal precioso. La riqueza monetaria griega, en fin, seguía dependiendo de las estructuras sociales agrarias mientras que el mundo romano, a partir del siglo II a.C., dio un salto cualitativo en cuanto a la dinamización del sistema monetario y financiero parangonable en cierto modo a lo que hoy día sucede con la globalización de los capitales a través de las bolsas internacionales (Londres, Frankfurt, Nueva York, Hong Kong, etc.).

En la época más arcaica de la historia de Roma, cuando se promulgó la Ley de las XII Tablas y otra serie de disposiciones que regulaban los intercambios de géneros, ya se alude a las primeras monedas romanas de bronce, que serían un primitivo medio de trueque basado en barras o *aes signatum*. Los primeros dracmas de plata al estilo griego confeccionados por los romanos en Campania son datables desde mediados del siglo III a.C. Ello implica que antes de producirse estas acuñaciones imperaba un sistema económico basado en el intercambio de productos agrarios o ganaderos (la voz romana para designar el dinero *pecunia* se deriva de *pecus*, el ganado) como método de pago. Un momento de inflexión en la monetarización de la República, lo constituyeron las Guerras Púnicas, cuando entró en Roma una inyección monetaria en forma de las indemnizaciones que Cartago debía satisfacer al erario

romano después de la Primera Guerra Púnica. Después de la Segunda Guerra Púnica se detecta en Roma un incremento masivo de la circulación de monedas de plata y a finales del siglo III a.C., se pone en marcha una reforma monetaria, generándose un nuevo sistema, en el que aparece por primera vez el denario en sustitución del didracma de plata. Se pasa así de un sistema de acuñación de influencia helenística, heredado directamente de la Magna Grecia, a la adopción de un círculo monetario propio, en el que la moneda constituye la base de toda actividad comercial. Esta innovación mantenía una estrecha relación con el espectacular aumento en los ingresos y gastos derivados de las guerras, en forma de tributos a las ciudades y pueblos sometidos, ventas de esclavos, botines de guerra, confiscaciones, indemnizaciones, etc. Por otra parte, y lejos de suponer una contrariedad, la masiva carga militar que generaba el incipiente imperialismo romano en forma de soldadas y gastos en infraestructuras bélicas (equipamiento, logística, avituallamiento, etc.) fueron un acicate para un imparable crecimiento económico. Aquí inciden también los considerables recursos naturales de los que se enseñoreó la República, en forma de grandes complejos mineros –por ejemplo en Hispania o en Macedonia desde el siglo III y II a.C.– que permitieron la obtención masiva de metales preciosos (especialmente oro y plata) en un flujo constante, lo que derivó en el fortalecimiento de la nueva moneda, el denario. Entre mediados y finales del siglo II a.C. la producción de monedas se cuadruplicó o incluso pudo crecer mucho más, según las

apreciaciones de Hopkins.¹⁹⁹ Algunos autores antiguos, como Suetonio, ven el incremento del poder adquisitivo como resultado de la conquista y lo correlacionan con el aumento de los precios de las propiedades en Roma. Pero también debemos relacionar la expansión imperial con la explosión urbanística que se genera en Roma, y, probablemente, con el aumento de la población en el Imperio en su conjunto, lo que conllevaría un mayor número de personas utilizando el dinero romano en sus transacciones tanto a gran escala, así como en la vida cotidiana.

Analizando todos los factores determinantes de la expansión económica fue básicamente el ejército romano el más importante estímulo para la monetarización de la economía. No olvidemos que el importe de las soldadas y los costes de las infraestructuras militares constituían un dispendio vital para garantizar la estabilidad del sistema, por lo que se requería un flujo continuo de monedas para satisfacer estos menesteres. Los soldados romanos extendían, a la par, su uso y su validez por doquier, incluso en las provincias más lejanas. A parte de los sueldos de la tropa, cada campaña militar generaba una notable circulación de monedas como producto de los saqueos y la comercialización de los bienes conquistados. La acumulación de capital o de botines en manos de los soldados, que una vez concluido el largo servicio militar se asentaban como colonos (esta era su pensión de vejez), es un fenómeno económico de gran interés y complejidad. Desde luego

¹⁹⁹ K. Hopkins, "Taxes and Trade in the Roman Empire (200 B.C.–A.D. 400)", *The Journal of Roman Studies* 70 (1980) 101–125, 107s.

que el servicio militar afectó al desarrollo económico y a la movilidad social, por cuanto despobló algunas zonas rurales, provocando con ello el crecimiento de las ciudades y una transformación de la economía rural.

A ese respecto, la progresiva urbanización del paisaje romano favoreció la multiplicación de la moneda, ya fuera en ciudades o pueblos, en el rico conglomerado de manifestaciones urbanas a lo largo del Imperio, desde las *poleis* del mundo griego, a las colonias de nuevo cuño, desde las grandes urbes de Oriente a las ciudades del Occidente galo e hispano.²⁰⁰ Las élites romanizadas residían en estos núcleos urbanos y comerciaban y recaudaban en la moneda romana, convirtiendo producciones agrícolas y mineras, arriendos y alquileres en dinero efectivo. Las intensas actividades comerciales y transferencias monetarias que se generaron entre las provincias y la capital dieron lugar a un sistema económico y político que interconectaba las elites del Imperio entre sí, a través de una tupida red de comunicación urbana de gran transcendencia económica, tanto en el Occidente hispano o galo, como en el Oriente pos helenístico.

La época tardorrepública resultó ser un momento clave para la monetarización gracias al florecimiento de la productividad agrícola en las grandes villas rurales, latifundios de los grandes propietarios de tierras que vivían en las ciudades y de las que tenemos una copiosa documentación gracias a las obras de autores

²⁰⁰ G. Woolf, *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul*. Cambridge 1998.

como Varrón, Columela y Plinio. Sobre una base productiva de aceite, vino y otros productos básicos como el grano, los propietarios diversificaban económicamente sus rendimientos, alquilando partes de los terrenos de sus extensas explotaciones a inquilinos en arrendamientos a diverso plazo.²⁰¹ Como dichos arrendamientos estaban sujetos a las rentas monetarias, el intercambio monetario a pequeña y gran escala dentro del medio rural se intensificó, beneficiándose con ello el sistema de producción de las villas rústicas especialmente en Italia, en África, en las Galias y en Egipto.²⁰² A través de la significativa acumulación de efectivo crece la relevancia del medio rural de los grandes poseedores, lo que se traduce en una suerte de fragua de carreras políticas de sus más eminentes representantes. Sobre la función idealizada de la agricultura como fundamento del Estado en la ideología aristocrática, ya hemos hablado de ello repetidamente en las páginas anteriores.

Pero fue sin duda la conquista de territorios ricos en recursos metalíferos lo que más influyó en la dinamización de la economía y de la monetarización. Sin embargo, el auge económico y la creciente demanda de moneda por parte del sector militar para afrontar los pagos de las soldadas y el mantenimiento del aparato militar (no olvidemos que Roma a partir de la época del Principado se vio con la necesidad de mantener un ejército profesional

²⁰¹ D. P. Kehoe, *Investment, Profit and Tenancy: the Jurists and the Roman Agrarian Economy*. Ann Arbor 1997.

²⁰² Jongman, W. M. "Slavery and the growth of Rome" en Edwards, C., Woolf, G. (Edd.), *Rome the Cosmopolis*, Cambridge 2003, 100 – 122.

permanente) también tuvo consecuencias nefastas, que se manifiestan periódicamente a través del envilecimiento de la moneda, cosa que sucedió puntualmente durante el gobierno de Nerón y regularmente desde mediados del siglo II en adelante.

El estudio de la numismática permite calibrar en qué medida el denario fue siendo degradado en su relación con la plata y, a la vez, evidencia la circulación conjunta de monedas de cecas provinciales y de cecas estatales, lo que pone de manifiesto la necesidad de moneda pequeña para el comercio local y a pequeña escala y para las necesidades de la vida cotidiana en general.

Ante todo el denario gozó de amplia aceptación en todo el Imperio por una larguísima etapa de tiempo.²⁰³ Esta estimación se basaba principalmente en el prestigio de la propia administración y del Estado romano, primera potencia política, económica y militar de la Antigüedad. En todas las provincias, ciudades y territorios sucesivamente conquistados, la moneda de plata se convirtió pronto en la única moneda de metal noble, especialmente entre el siglo II y I a.C., destacando su expansión progresiva en Italia, África, Galia, Grecia y Asia Menor, con el desplazamiento de las anteriores monedas griegas o de procedencia local. Por regla general los denarios fueron y siguieron siendo la moneda dominante pero coexistieron con un complejo panorama regional, como ocurrió en Hispania con los denarios ibéricos o en Macedonia, Galia y Britania de donde procede una rica gama de emisiones locales. Las

²⁰³ B. Oberbeck, “Die Währung Roms. Erstes gemeinsames Zahlungsmittel Europas”, *Numismatische Studien* 15, Hamburgo 2002, 59-86.

acuñaciones locales eran necesarias debido a la gran demanda de moneda que existía. Sin embargo, el denario romano se había convertido con el tiempo en lo que los economistas llaman una moneda de referencia, que se impuso en el mercado gracias a la influencia del ejército y la administración, la creciente urbanización, la fiscalidad y el control imperial sobre la producción de materias primas metalíferas.

En total Sitta von Reden calcula que no pudo haber menos de 450 millones de denarios en circulación en el siglo I a.C., frente a 40 millones en el siglo II a.C. Esta progresión arroja un increíble promedio de acuñación y puesta en circulación de aproximadamente 50 millones de unidades por año, lo que también confirma la impresión del desarrollo masivo de la economía romana asociada a la riqueza generada por las conquistas en el Mediterráneo occidental y oriental. Para convivir con las tradiciones monetarias locales se mantuvieron tipos de cambio oficial con el fin de integrar sistemas de acuñaciones periféricas en el nuevo sistema monetario institucional. Desde luego que, para los pagos que se efectuaban en el marco de la economía del Estado, el denario era la norma contable oficial, aun cuando las transacciones se calcularan en base de otras monedas o bienes. En algunos casos, se hacía una contramarca en las monedas locales para que fueran válidas para el pago en el ámbito global del Imperio.

Como sucedió en cierta medida con el sincretismo religioso caracterizado por un proceso de integración de los cultos

extranjeros en el entramado de la *religio romana*, también aconteció algo parecido en el terreno de la economía monetaria. Las autoridades romanas incorporaron los sistemas monetarios preexistentes y locales en su gran sistema general. No se quiso poner fin abrupto a lo que existía, para no crear problemas económicos y de liquidez. De hecho, en lugares como Egipto se mantuvo un circuito cerrado de moneda local, en la tradición creada por los Ptolomeos, basado en el tetradracma, que pervivió más allá de la muerte de la última reina soberana, Cleopatra VII. Si bien se fue degradando su contenido en plata en época de Tiberio y Nerón, continuó siendo un tipo de cambio aceptado y con vigencia dentro del marco suprarregional. Lo mismo se puede decir, insistimos, con respecto al legado de las antiguas tradiciones religiosas y culturales del Egipto helenístico, que fueron gustosamente incorporadas por los romanos a partir de la conquista del país por Augusto tras la batalla de Accio (31 a.C.) que marcará el inicio de la era del Principado.

El grado de consolidación monetaria que se logró bajo el Imperio romano y los niveles alcanzados en cuanto a circulación de moneda, impresionan en comparación con el mundo actual. Casi se podría pensar en la existencia de una economía integrada y dirigista en términos de mercado común. Una comparación con la Unión Europea, que de hecho se inspira lejanamente en la integración política que supuso el mundo romano, es sin duda interesante, pero arroja muchos interrogantes al momento de escenificar un amplio

debate comparativo. Desde luego, resumiendo los puntos básicos y siguiendo de nuevo a Sitta von Reden, no se puede hablar de una unidad de precios y mercado de bienes, ni de mercado laboral, o de crédito sobre todo, teniendo en cuenta la escasa base documental que poseemos al respecto.²⁰⁴

Era ciertamente imposible que las autoridades romanas, con los mecanismos que disponían, pudieran ejercer una vigilancia y un control económico efectivo sobre toda moneda válida en toda la geografía del Imperio. Sin duda alguna, la moneda única facilitaba la recaudación de impuestos y la configuración de un mercado global, pero en la práctica la financiación del Imperio estaba bastante fragmentada y descentralizada. La mayor parte de los impuestos se gastaban allí donde eran recaudados. Es difícil estudiar los datos generales de la circulación monetaria, pero se supone que, en base a las cecas y los hallazgos monetarios de los que tenemos conocimiento, esta fue predominantemente local o regional. El debate es complejo y sigue abierto, pero no se deben extrapolar conceptos actuales del espacio único o del mercado común y la moneda única a la antigua economía romana, ni hay que dar por cierto que hubiera existido una economía de mercado común con precios unificados que afectaban a los patrones locales de producción y consumo.

²⁰⁴ R. Duncan-Jones, *Money and Government in the Roman Empire*, Cambridge 1994.

6.2 Sistemas crediticios

La crisis política del siglo III trajo consigo un serio revés para la continuidad del sistema económico y comercial del Imperio cuyas grandes líneas hemos intentado esbozar en los capítulos precedentes. La Antigüedad Tardía, como detallamos en el epígrafe dedicado a los precios y la inflación, tuvo que solventar los problemas de la espiral inflacionista mediante una revalorización monetaria que se fundamentó a través de la implantación del *solidus*, en la era diocleciana-constantiniana un nuevo tipo de moneda de oro, ajustándose el cambio a un patrón áureo.²⁰⁵ Pese a una serie de logros parciales la economía tardoantigua dio muestras de inestabilidad y en los años más convulsos de la época, pese a las sucesivas reformas, observamos incluso un retroceso a una fase premonetaria.

Donde la economía romana aporta rasgos de gran modernidad en relación con el mundo actual es en todo lo concerniente a las finanzas y a los créditos, a los préstamos bancarios y a las operaciones sin moneda que, a diferencia de los que se materializaban en el mundo griego, revisten una sorprendente actualidad.²⁰⁶ La forma más común era probablemente el uso de crédito o de obligaciones, que funcionaban como préstamos bancarios. El desarrollo de este sistema financiero

²⁰⁵ *Real Enzyklopädie der Altertumswissenschaft* vol. V 2, 1927, 920-926; *Roman Imperial Coinage*, vol. 6, 1967, 1-112; vol. 7, 1966, 1-75.

²⁰⁶ W. V. Harris (Ed.) *Rethinking the Mediterranean*, Oxford 2005.

encuentra sus orígenes en la República, pero se volverá común en la época imperial, transformando una economía monetaria basada en el efectivo, en otra que se fundamentará a través de los instrumentos de crédito.

Se tramitaban grandes operaciones de permuta y transferencia de capitales para gestionar desembolsos importantes, como compras de villas o para grandes transferencias de fondos públicos, como en el caso de los recaudadores de impuestos o publicanos. La llamada *permutatio* requería una red de relaciones y obligaciones crediticias constituida a lo largo del tiempo y de la geografía territorial. También existían los contratos de préstamo llamados *chirographae* o *sungraphae*, palabras de obvio origen griego que señalan el origen de la primera banca romana, inspirada en el mundo helenístico: pero las *mensae* romanas pronto aventajarían a las *trapezai* griegas. A medida que el ámbito geográfico del poder imperial romano rebasará la esfera de actuación de sus precedentes helenísticos, se consolidarán y ampliarán los modelos de circulación de capitales sin necesidad de efectivo, a través de diversas formas de pólizas crediticias y con una mayor flexibilidad en cuanto a las transferencias de dinero y los contratos de préstamo, así como una amplia gama de transacciones financieras a nivel local, regional y estatal.

Las consecuencias económicas del modelo crediticio romano y la intermediación financiera a través de la banca alteraron la vida económica, tanto del Estado como de los particulares, dándole una

multiplicidad de matices sin parangón, tanto en el mundo de la economía antigua como en la historia económica, que no se alcanzaría de nuevo hasta las repúblicas italianas del Renacimiento. Las operaciones financieras se llevaron a cabo en todos los niveles de la sociedad romana y para una amplia gama de propósitos, llegando a existir un volumen considerable de endeudamiento y préstamos para el consumo, desde casas, villas y terrenos hasta objetos de lujo o gastos de viaje, las deudas privadas presentaban una increíble variedad que puede ser comparada con nuestros días. Con el tiempo a merced a la intensificación de los préstamos un reducido círculo de personas acumularon grandes cantidades de dinero que necesitaba ser empleado para generar rentabilidad, por ello la difusión de la economía monetaria se basaba significativamente en los negocios crediticios.

Una parte importante de la élite romana estaba compuesta por prestamistas que se enriquecían a través de la diversidad de créditos y activos monetarios prestados a interés. Hay que recordar que los préstamos se concedían de varias maneras: de forma interpersonal, a través de intermediarios, o directamente por medio de banqueros. Aparte de los ricos prestamistas, libertos en muchas ocasiones, existían diferentes tipos de empresarios que obtenían ganancias a través de la mediación de préstamos por una cuota de interés. El Foro romano era el lugar donde se concentraba el mayor volumen de negocios crediticios. En fin, los préstamos formaban parte de una

amplia cartera de actividades monetarias, y también de la gestión política de las elites financieras romanas.

Un caso aparte era la banca que se encontraba en manos del gremio de los *argentarii*. Estos pueden ser documentados desde principios del siglo II a.C., pero ya aparecen en las comedias de Plauto donde son objeto de valoraciones de todo tipo. Comienzan a proliferar en relación con las subastas públicas, facilitando créditos a los compradores. Ya entonces existían diversas categorías de banqueros que, en torno al siglo I, estabilizan una cartera de servicios muy similar a la que existe hoy día en las oficinas bancarias. Frente a los prestamistas privados y a los intermediarios profesionales, los banqueros aceptaban también fondos en depósito pagando intereses por los capitales que negociaban. Estos constituían la base de liquidez para realizar préstamos a terceros. También ofrecían múltiples productos financieros para efectuar transacciones y transferencias a distancia, además de créditos semejantes a los hipotecarios o a las pignoraciones contra dinero en efectivo o bienes en especie. Con el Imperio, la reputación de los banqueros aumentó frente a las otras categorías de los profesionales del crédito. Pero a diferencia de los grandes prestamistas individuales de la élite, su poder e influencia política, así como su estatus social, era más limitado y las sumas que prestaban eran sin duda más modestas. Parece que los grandes negocios internacionales, como por ejemplo los préstamos para el comercio marítimo, no estaban entre sus competencias primarias, sino que

este negocio, altamente rentable pero asimismo arriesgado, estaba bajo el control de los más solventes prestamistas privados. Sin embargo, el impacto de los bancos en la economía romana se centraba más bien en su gestión ordinaria de bienes ajenos, que precisaban de una flexibilidad monetaria notable en un mundo que se regía por patrones productivos preindustriales. Por orden verbal o escrita un agente podía recibir competencias ilimitadas o limitadas sobre las transacciones, y para recuperar los depósitos y los préstamos se podría acudir a cualquiera de los socios de un banco establecido. Esto le confirió a la banca una extraordinaria flexibilidad en las relaciones monetarias dentro del variopinto universo romano.

La monetización y las finanzas romanas constituían ciertamente un entramado de fenómenos complejos, como han mostrado los trabajos de Sitta von Reden, Rathbone o Temin. Desde el siglo II a.C. en adelante tenemos evidencia de un enorme volumen de actividades de crédito y operaciones bancarias hasta su declive en el siglo III. Hitos fundamentales como la conquista de Hispania, Macedonia o Egipto incrementaron enormemente el caudal de la riqueza monetaria necesario para operar a gran escala. Puede resumirse que la expansión monetaria fue de la mano de la expansión territorial, con la explotación provincial de los impuestos, la urbanización y la expansión de la monetarización romana, en combinación con las economías locales.

Otro punto que se cita a menudo como un indicador del primitivismo de la economía antigua, siguiendo la tesis de Finley, es la ausencia de dinero fiduciario e instrumentos negociables para los préstamos con fines fiscales; excepto, por supuesto, los préstamos marítimos, que constituían, como en la antigua Atenas, una especie de póliza de seguro. Tal vez se podría ir más lejos, como para considerar estas transacciones como capital de riesgo, aunque la documentación que podemos traer a colación es escasa al respecto. En uno de los pocos testimonios disponibles, procedente de la Teadelfia egipcia del año 149, dos residentes en Egipto, ciudadanos romanos, cierran un pacto con cuatro propietarios de un buque costero que faenaba entre Alejandría y Ascalón. El segundo documento de préstamo marítimo se refiere a una singladura en un puerto del Mar Rojo y a la ruta hasta el interior de Egipto, en Coptos. Hay que considerar en qué medida tales préstamos marítimos se realizaron con la intención de invertir capital, y si se puede llamar a esta forma de préstamo un crédito de inversión.

Aunque dicha valoración genera dudas, hay que aducir que los juristas romanos se pronunciaron repetidamente sobre la naturaleza de estos contratos. Dado que las personas implicadas en ellos no pertenecían por regla general a la aristocracia, podemos deducir una cierta intensidad en esta clase de negocios. Testimonios para este tipo de créditos los hallamos no solo en la esfera del tráfico marítimo sino que, como acredita una inscripción del siglo III en Palmira que sugiere la evidencia de un préstamo para

caravanas con una tasa de interés de alrededor del 30%. La existencia de inversión de capital en el comercio con el objetivo de generar altas tasas de interés es, pues, más que evidente a tenor de las fuentes. En este contexto, la afirmación de Plinio el Joven, de que invirtió parte de su hacienda en préstamos de esta índole, se puede leer como una prueba más.

7. EL COMPORTAMIENTO DE LOS PRECIOS EN EL MUNDO ROMANO²⁰⁷

7.1 Inflación y precios

A pesar de la escasez de datos sobre la problemática de los precios en el Imperio romano, todo parece indicar que se mantuvieron en grandes líneas estables, creciendo a tan sólo el dos por ciento al año, desde finales de la República hasta el siglo II. De hecho, la aparición de la inflación después de esta época supondrá uno de los indicadores económicos de la transición a la Antigüedad Tardía. Tradicionalmente se ha sostenido que la inflación fue el resultado de la degradación de la moneda, pero investigaciones recientes nos obligan a ser más cautelosos acerca de las teorías que presuponen una relación simple y directa entre el valor de la moneda y los precios.²⁰⁸ Seguramente la realidad oscilara en torno a un punto medio, como ha indicado sagazmente Peter Temin en *The Roman market economy* (2013), del que somos deudores en este capítulo. También hay que plantearse la interacción entre los índices de inflación y la estabilidad política en la era imperial a la hora de

²⁰⁷ Aparte de las obras citadas a pie de página, la siguiente bibliografía ha sido esencial para la composición del capítulo: J. D'Arms, *Commerce and Social Standing in Ancient Rome*, Cambridge (MA) 1981, 1-71; K. Hopkins, "Rome, taxes, rents, trade", en: W. Scheidel and S. von Reden (Edd.), *The Ancient Economy*, Nueva York 2002, 190-230; G. Aldrete and D. Mattingly, "Feeding the city: the organization, operation, and scale of the supply system for Rome", en: D. S. Potter, D. J. Mattingly (Edd.), *Life, Death, and Entertainment in the Roman Empire*, Ann Arbor 1999, 171-204.

²⁰⁸ C. Howgego, *Ancient History from Coins*, Londres 1995.

abordar la cuestión de la causalidad de acontecimientos históricos tan complejos como los que inciden en el desarrollo de la economía romana.

El comercio romano pudo haber sido estimulado, según una célebre teoría²⁰⁹, a través del dinero recaudado por los impuestos, que se valoran junto al número de las monedas en circulación como acicate económico para explicar la evolución de los precios. Hay que distinguir seguramente entre dos elementos constitutivos con respecto a los precios: el primero sería su relativa estabilidad, es decir, una variación anual menor del 2 por ciento, que podría ser considerada como una suerte de índice de estabilidad. El segundo sería la inflación, es decir, una rápida evolución de los precios hacia el encarecimiento que, se experimenta de forma sensible a partir del siglo III. Como previa reserva mental de carácter metodológico acerca de la evolución de los precios, se impone matizar, como hace Temin, la distinción clásica entre los precios del mercado -los resultados de las compraventas en los diferentes circuitos comerciales, que pueden variar libremente con el tiempo, siendo impredecibles y en cierto modo aleatorios- y los precios administrados que, por el contrario, son precios de aquellos bienes y servicios que no son fruto del libre juego de la ley de la oferta y la demanda, sino que los fija la administración pública, modificándolos en muy raras ocasiones. Por desgracia, no existe una documentación suficiente que nos permita evidenciar el

²⁰⁹ K. Hopkins "Taxes and trade in the Roman empire (200 B.C.-A.D. 400)," *The Journal of Roman Studies* 70, 1980, 101-25.

carácter interno de los precios, para poder establecer una clara distinción entre los dos tipos mencionados, aunque Temin (2002) ha demostrado que los precios de mercado llegaron a generalizarse en el mundo antiguo. Los precios impuestos por la administración, como por ejemplo los de la escala salarial del ejército, no experimentaron variaciones debido simplemente al azar, sino que fueron congelados durante largos períodos de tiempo, modificándose en todo caso como respuesta a la inflación anterior de los precios de mercado, cuando estos habían cambiado tanto, como para crear serias disfuncionalidades con respecto a los precios administrados por el Estado.

Rickman (1980) estudió los precios del trigo, encuadrándolos en un patrón de estabilidad vigente en todo el Mediterráneo, concluyendo que se mantuvieron estables al final de la República y durante el Principado. Los precios de mercado de la capital se vieron complicados por la introducción del sistema de la *annona*. En este contexto el precio del trigo osciló entre tres y cuatro sestercios por modio alrededor del año 150 a.C., y entre cinco y seis sestercios dos siglos más tarde en pleno Imperio. Semejante aumento de casi el 50 por ciento en dos siglos refleja una tasa de inflación muy significativa. Otras regiones del área mediterránea, alejadas de Roma, presentan precios mucho más estables. Los precios más altos se cotizaban en los alrededores de la capital, manteniéndose el citado patrón de estabilidad durante estos siglos. Se ha propuesto la hipótesis de una inflación del orden del 1 por

ciento anual, lo que, a nuestro parecer, no deja de ser una estimación a lo bajo.²¹⁰ Según la opinión comúnmente aceptada por los estudiosos, este largo período de estabilidad de los precios llegó a su fin a finales del siglo II, cuando la degradación del sistema monetario había empezado a dejarse sentir, considerándose esta circunstancia como el principal motivo de la inflación.

En general, se conocen bien algunos precios del mercado egipcio así como varios precios administrados ubicables en otras zonas del Imperio. Se puede fechar el inicio de la inflación en Egipto a partir de mediados del siglo II, con una duplicación de los precios como un fiel reflejo de la perturbación económica causada por la gran peste que sacudió a amplias regiones del Imperio durante el gobierno de Marco Aurelio. Roger Bagnall en su libro *Currency and Inflation in Fourth Century Egypt* (1985) ha podido certificar una continua y galopante inflación en los primeros dos tercios del siglo IV con un dramático aumento del coste del trigo de menos de 2.000 dracmas por artaba²¹¹ a principios de siglo hasta casi 1.400 talentos (el equivalente a 8.400.000 dracmas). Este enorme incremento plantea interrogantes sobre la naturaleza de la inflación, pues no parece posible que la gente pudiera llevar más de ocho millones de dracmas consigo para adquirir un producto de primera necesidad como el trigo. Es probable que las transacciones

²¹⁰ D. Rathbone, P. Temin, "Financial intermediation in 1st-century AD Rome and 18th-century England," en: *Bankers, Loans and Archives in the Ancient World*, Ed. K. Verboven, Lovaina 2008, 371-419.

²¹¹ Medida de capacidad para cereales, procedente de Persia y utilizada en el Egipto romano. Equivalía a poco más de 27 l.

se realizaran en base al oro, pues estamos en la época de Diocleciano y Constantino en que fue introducido el *solidus*, moneda de oro de alta aceptación²¹², creando con ello serios problemas a los poseedores de monedas de plata que comparadas con la nueva unidad de pago, aparentaban estar envilecidas. En todo caso, se puede contrastar una estabilidad de los precios del oro frente a la inestabilidad de la valoración de la plata u otros metales menos nobles. Suponemos que cierto volumen de adquisiciones pudo haber sido gestionado mediante actividades crediticias. No cabe duda de que el *solidus* contribuyó decisivamente a estabilizar el sistema monetario del Bajo Imperio gracias a su difusión progresiva.²¹³ No creemos que fuera la única forma de materializar las compras, pues existen pocas muestras de precios de bienes o mercancías contabilizados en oro a lo largo del siglo IV. Lo que si está fuera de duda es que la soldada de las tropas se pagaba en oro.²¹⁴

²¹² A. H. M. Jones, *The Roman Economy: Studies in Ancient Economic and Administrative History*, Oxford 1974.

²¹³ J. Banaji, *Agrarian Change in Late Antiquity. Gold, Labour and Aristocratic Dominance*. Oxford, 2001, 45.

²¹⁴ Sobre la estructura y composición de los ejércitos del siglo IV véase P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma 528-540*.

7.2 El precio de la guerra

En efecto, el sueldo que ingresaban los componentes del ejército romano fue uno de los raros precios administrativos que lograron sobrevivir durante una dilatada trayectoria, aunque no existe acuerdo entre los estudiosos a la hora de calcular el nivel de la remuneración básica.²¹⁵ El salario base fue establecido por Augusto e incrementado por vez primera en época de Domiciano en el año 84, y posteriormente por Septimio Severo (197), Caracalla (212) y Maximino Tracio (235). Los emperadores se vieron obligados a realizar ajustes cuando los precios de mercado aumentaron tanto que la retribución de los legionarios ya no permitía comprar bienes y servicios, con lo que se arriesgaba desincentivar el interés por el servicio militar, convirtiéndolo en poco atractivo. La remuneración de la tropa no es un buen indicador de la inflación general, frente al índice del precio trigo, cuya calidad no varía mucho con el tiempo y constituye siempre la parte fundamental de la dieta cotidiana.

Con la crisis del siglo III proliferaron los conflictos bélicos, lo que conllevó un aumento del tamaño del aparato militar, que desde la era del emperador Galieno se transforma de una tropa de milicias a un ejército profesional. Parece obvio que los emperadores incrementaron la soldada con el fin de atraer a más reclutas, antes que para hacer frente a la inflación. El aumento salarial del ejército

²¹⁵ M. A. Speidel 'Roman Army Pay Scales', *The Journal of Roman Studies* 82, (1992) 87–106 y R. Alston "Roman. Military Pay from Caesar to Diocletian", *The Journal of Roman Studies*, 84 (1994) 113-123.

en la era de Domiciano se explica, según la opinión de Temin, por problemas inflacionarios ya constatables durante el gobierno de Nerón, cuyo inicio se puede fechar seguramente con el colosal incendio de Roma en el año 64 y la gran necesidad de recursos para reconstruir la demolida capital del Imperio. La subsiguiente degradación de la moneda hace pensar que la reforma tenía por objeto lograr más rendimiento a través de las fuentes económicas disponibles. La reducción del contenido de plata del denario de 3,65 gramos a 3,0 en época de Nerón fue mantenida por sus sucesores. Gran parte de la población no se daría cuenta de inmediato, pero sí que habrían sido conscientes, más pronto o más tarde, de que el gobierno estaba gastando más de lo usual. Veinte años después, Domiciano tiene que solventar sus problemas de reclutamiento subiendo la soldada.

La rápida inflación se convirtió en endémica hacia el final del siglo II y pasó a ser un problema importante en el siglo III, como se puede observar a través el edicto de 301 de Diocleciano, con un precio del trigo de cien denarios.²¹⁶ Si seguimos a Rathbone podemos afirmar que los precios comenzaron a subir en el siglo segundo y que alcanzaron cotas altísimas en época de Diocleciano aunque el incremento está muy lejos de una hiperinflación tal y como la definió Cagan (1956), calculando un porcentaje de más del 50 por ciento de inflación mensual. Una evolución análoga se podría postular también para el siglo IV, siguiendo los datos de

²¹⁶ P. Herz, *Studien zur römischen Wirtschaftsgesetzgebung* 208-218, 355-358.

Bagnall. Al igual que con el índice de inflación, los conflictos derivados de la sucesión al trono imperial fueron en aumento progresivo. La multiplicación del número de pretendientes, las disidencias dinásticas, las usurpaciones, etc. son indudables índices de inestabilidad, más allá de necesidades económicas. Sin embargo, a partir de finales del siglo III se genera una pluralidad de emperadores en Oriente y Occidente que a pesar de su número (4 durante la Tetrarquía, 3 durante la dinastía constantiniana, 2 durante la dinastía valentiniana) gobernarán conjuntamente y lograrán en líneas generales elevar la estabilidad del Imperio que había estado puesta en entredicho durante la crisis de autoridad desencadenada en la segunda mitad del siglo III.²¹⁷

²¹⁷ P. López Barja de Quiroga, F. J. Lomas Salmonte, *Historia de Roma* 414-416, 435-458.

7.3 Dirigismo gubernamental

Todo los indicadores disponibles apuntan a que los precios se mantuvieron desde el final de la República hasta que se acentuaran las consecuencias de la crisis del siglo III más o menos estables, lo que contrasta notablemente con nuestros propios tiempos, que se han caracterizado por marcadas tendencias inflacionarias, desde hace ya un siglo. Este largo periodo de estabilidad de los precios empezó a deteriorarse a finales del siglo II y las variables no son exclusivamente políticas sino, como apuntábamos más arriba, también ecológicas y circunstanciales.

El Estado romano fue un gran promotor de la estabilidad financiera para contrarrestar los efectos negativos de las oscilaciones en el valor de las monedas, especialmente cuando disminuía el peso específico de los metales nobles. En tiempos de crisis, desde finales del siglo II y sobre todo en el siglo III, la falta de liquidez provocó un fuerte aumento de la tasa de interés y una caída de los precios.²¹⁸ La respuesta gubernamental fue inundar simplemente el mercado con liquidez, mediante una reforma monetaria. La similitud de los métodos aplicados, tanto en las crisis antiguas como en las modernas, así como las políticas, para solventarlas es sorprendente. Por eso es aleccionador aplicar herramientas modernas para el análisis de los problemas antiguos y,

²¹⁸ E. Lo Cascio, "State and Coinage in the Late Republic and Early Empire", *The Journal of Roman Studies*, 71 (1981) 76-86, 85.

sobre todo, en lo referente al tema de la estabilidad monetaria, para poder profundizar en la complejidad del fenómeno.

Según la ley de Gresham, se deduce que cuando en un país circulan simultáneamente dos tipos de monedas de curso legal, y una de ellas es considerada por los usuarios como "buena" y la otra como "mala", la moneda mala siempre acaba expulsando del mercado a la moneda buena. Los vaivenes en el campo de la monetarización romana pueden ser interpretados desde esta perspectiva. El denario de plata creció en valor oficial en relación con el bronce y a medida que el precio relativo de la plata subió, el denario se convirtió en una moneda buena. En la época de crisis se fundió para obtener el metal que contenía, y se usaron las "monedas malas" en su lugar. La pregunta clave es si el gobierno intervino para mantener el valor del dinero, es decir, el precio relativo de la plata o, por ejemplo, para poder estabilizar así la cotización del trigo. Todo indica que las autoridades romanas en vista de satisfacer sus propias necesidades de efectivo, acuñaron simplemente más denarios de los usual o, reacuñaron denarios existentes, pero degradados. El caso de Nerón es paradigmático al respecto. Acuciado por la demanda de dinero para financiar el enorme programa de obras públicas que se inicio tras el incendio de Roma, se acordó devaluar el denario. Pero si la economía entraba en una fase de recesión, como sucedería años más tarde, el dinero disponible puesto en circulación no abarcaría para compensar la cantidad de mercancías y bienes necesarios, produciéndose una

inflación de los precios de consumo. Por eso en momentos críticos de la economía, en concreto desde el siglo II, se generan esta clase de reacciones frente a la devaluación de la moneda, explicándose así la inestabilidad de los precios.

La causalidad de esta contracción económica y de la inflación puede que estuviera relacionada, como hemos dicho, con la inestabilidad política, aunque no es raro que a veces la propia inflación genere inestabilidad política, o que la inflación y la inestabilidad política sean causadas por un tercer factor.²¹⁹ El tema de la inestabilidad política es el mantra más repetido como causa de la inflación. Se infiere que la conflictividad y, por tanto, la creciente necesidad de tropas a mantener y de recursos a acaparar aceleraban el desequilibrio entre bienes y precios. Los endémicos problemas de las sucesiones al trono, al producirse en periodos cada vez más cortos cambios eruptivos de gobierno, causaron consecuencias económicas nefastas. Los emperadores de turno devaluaron las monedas existentes en lugar de acuñar nuevas emisiones, aumentando así adicionalmente las tendencias inflacionarias.

No conocemos suficientemente bien las tasas de inflación en determinados momentos como para argüir una posible influencia directa de estos condicionantes económicos en la gestación de un clima de inestabilidad en general. Pero si cabe pensar en otro tipo de causalidad mutua entre inflación e inestabilidad política. Un posible caso de estudio podría ser la gran peste que en tiempos de

²¹⁹ Cf. en general A. H. M. Jones, "Inflation under the Roman Empire", *The Economic History Review. New Series*, Vol. 5, Nr. 3, 1953, 293-318.

Marco Aurelio arrasó partes del Imperio y que, como todas las pandemias, pudo haber sido el efecto colateral de los cambios en el volumen del comercio y de los movimientos de población que se produjeron a raíz de esta convulsión natural. Es posible que esta peste –que bien puede ser considerada como un agente exógeno en la crisis económica del Imperio– hubiera eliminado a cerca de un tercio de la población, al menos en algunas áreas, a ello se sumaría la inflación y la inestabilidad política, que son variables endógenas en la jerga de los economistas. La gran peste, que llegó a Egipto en el año 166/7, causaría un desastre de tal magnitud, como en el siglo VI la llamada peste de Justiniano. Duncan-Jones (1996) y Scheidel (2002) que analizaron el efecto de la gran peste en los precios de los bienes y mercancías, constataron una subida de los precios de los alimentos y de la tierra debido, entre otros factores, a la disminución del número de productores. La lógica exige que tomemos en consideración los estragos que causó la gran peste, como una variable exógena decisiva, para entender el inicio de la crisis del mundo romano.²²⁰

La perturbación económica causada por una gran catástrofe natural conllevó sin duda una subida de los precios y salarios en general, lo cual, combinado con el escenario de luchas internas y el incesante acoso que sufrían las fronteras, pudo haber sido el motivo del escenario inflacionista. La ratio entre el número de trabajadores

²²⁰ Cf. R. Duncan-Jones, *Money and Government in the Roman Empire*, Cambridge 1994; W. Scheidel, “A Model of Demographic and Economic Change in Roman Egypt after the Antonine Plague”, *JRA*, 15, 2002, 97-114.

y la cantidad de tierra disponible afectó al cálculo de los precios, mientras se reducía el número de productores y de consumidores en relación con la oferta monetaria. Con menos gente empleada en el campo, tanto los cereales como otros productos agrícolas descendieron en nivel de producción y aunque los consumidores, en teoría, tenían más dinero que antes, por la disminución del número de población, la utilización del dinero disponible hizo subir los precios de los bienes y mercancías. Si ponemos ahora el punto de mira en las finanzas públicas, constatamos que la plaga redujo drásticamente la base productiva de la que el Estado extraía sus recursos financieros mediante tributos. El descenso de los ingresos fiscales pusieron a los gobiernos de turno en serios apuros. No se podía simplemente poner en circulación más dinero o degradar la moneda existente, pues el problema era global, es decir, un aumento del caudal monetario en detrimento de la reducción de la oferta, hubiera generado un mayor desequilibrio tanto económico como fiscal. La gran plaga vista como causa exógena, contribuyó sin duda a la subida de los precios y a una mayor inestabilidad²²¹, pero como se puede observar en Egipto, donde se constata una degradación de la moneda, no hay que pensar que ello certifica forzosamente una relación causal entre la gran peste y el desarrollo de los precios.

²²¹ W. Scheidel, "A model of demographic and economic change in Roman Egypt after the Antonine Plague," *Journal of Roman Archaeology* 15, 2002, 97-114; W. Scheidel, "Roman wellbeing and the economic consequences of the Antonine Plague," en *L'impatto della "peste antonina,"* Ed. E. Lo Cascio. Bari, en prensa.

En todo caso, a lo largo de la historia de Roma, la inflación se manifiesta de distintas maneras que nos pueden indicar causas específicas para cada una de ellas. La ola inflacionista nunca avanza de forma uniforme y a la misma velocidad y de hecho se detuvo entre los años 190 y 270, entre el fin de la peste y el comienzo de la gran inestabilidad que marca la cesura del comienzo de la edad tardoantigua. Los precios se mantuvieron constantes mientras la degradación de la moneda continuó prosperando, lo que tuvo consecuencias a largo plazo, pero poco impacto a corto plazo. Es decir, que el envilecimiento de los tetradracmas desencadenó una inflación lenta en lugar de una fuerte subida de los precios. La pausa en la inflación después del año 190 es difícil de explicar a través de los parámetros interpretativos comúnmente aceptados.

Por otro lado, las pagas concedidas a la tropa, se incrementaron dos veces a principios del siglo III, lo que implica que no hubo inflación o que esta fue más bien leve. Con ello se plantea la posibilidad de que los precios en Egipto y el resto del Imperio -nuestros datos de precios provienen principalmente de Egipto, mientras que nuestro índice de inestabilidad política se centra en las regiones europeas- no se correlacionaron muy de cerca durante décadas enteras, a pesar del peso específico del país del Nilo en el marco económico global del Imperio.

La estabilidad de precios en el siglo II puede deberse a que el valor nominal de la moneda se mantuvo constante hasta el gobierno de Aureliano (270), mientras que el contenido de plata del denario

disminuía constantemente. La brecha entre el valor oficial y el valor de la plata en las monedas se redujo, lo que redujo el valor del dinero y aumentó el precio de los productos.

7.4 Reformas monetarias: la clave del pulso económico

A lo que parece, la economía romana se caracterizó durante mucho tiempo por sus precios estables. No sabemos muy bien de qué manera y por qué causas afectó la inflación a la vida cotidiana de la población. En cierto momento, por un aglutinamiento de causas, los precios subieron a pasos discontinuos, más aceleradamente y frecuentemente en la Antigüedad Tardía y, cada vez más a medida que la parte occidental del Imperio se iba sumiendo en un proceso de desintegración (siglos IV y V). Esta época denostada por las repentinas caídas del valor del dinero marcó los tiempos más difíciles de la economía romana. En todo caso es curioso observar cómo diversos mecanismos y eventos interactuaban en el quehacer de la economía, aunque hay que tener cautela al enjuiciarlos, debido a la escasez de información que proporcionan las fuentes, circunstancia que sigue dejando un amplio margen para la especulación. La perspectiva de las ciencias económicas de hoy día nos permite entender mejor el mundo romano y establecer conexiones que lleven a una causalidad compleja de los fenómenos analizados en cuanto al comportamiento de precios, hipótesis más verosímil para señalar las causas de la crisis económica romana de la Antigüedad Tardía.²²²

²²² Véase la creciente bibliografía sobre el tema: P. Horden and N. Purcell. 2000. *The corrupting sea* (Londres) 123-172. K. Greene. 2008. "Learning to Consume: Consumption and Consumerism in the Roman Empire," *JRA* 21, 64-82. B. W. Frier and D. P. Kehoe. 2007. "Law and economic institutions," in W. Scheidel, I. Morris and R. Saller (Edd.) *The Cambridge economic history of*

Es interesante reparar ahora en un momento clave para la historia económica romana, como es el siglo III, y estudiar el comportamiento de la moneda durante esta época. Este campo de trabajo rebasa las líneas de investigación de la numismática tradicional, cuyo interés está ajustado a los criterios cualitativos de las monedas y al estudio sistemático de la acuñación y el valor de la moneda como contenido de metal. El material documental de los papiros de Egipto aportan quizá la perspectiva histórica complementaria a la numismática a modo de una suerte de historia del dinero en la era imperial. Especial interés reviste la trayectoria entre los siglos II y III, para constatar el grado de la sobrevaloración de las monedas respecto de los precios del metal y examinar la aceptación del sistema de valor nominal fiduciario. Además la arqueología ha aportado a la historia de la cultura económica el hallazgo de los tesorillos de monedas, que tienen que ser vistos a menudo no como un escondite para situaciones de peligro y de pánico, sino como auténticas cajas fuertes y depósitos que servían a finalidades especulativas. Finalmente, se trata también de contemplar el desarrollo demográfico en las regiones del Imperio desde la perspectiva económica, con especial atención en Egipto.

the Greco-Roman world (Cambridge) 113-43. P. F. Bang. 2006. "Imperial bazaar: towards a comparative understanding of markets in the Roman Empire," in P. F. Bang, M. Ikeguchi and H. G. Ziche (Edd.) *Ancient economies, modern methodologies: archaeology, comparative history, models and institutions* (Bari) 51-88. P. F. Bang. 2007. "Trade and Empire - In Search of Organizing Concepts for the Roman Economy," *Past and Present* 195, 3-54. Mattingly, D. J. 2007. "Supplying Rome and the empire: some conclusions," en E. Papi (Ed.) *Supplying Rome and the empire*. *JRA Supp.* 69 (Portsmouth, R.I.) 219-27.

En este contexto hay que destacar la figura del emperador Aureliano, uno de los grandes regentes en medio de una crisis que amenazaba, tras la rebelión de las Galias y de Palmira, fragmentar la unidad del Imperio. Su política religiosa, militar y económica sentará las bases para acometer el proyecto de regeneración de la sociedad tardoantigua.²²³ Su reforma monetaria puede valorarse, como se ha hecho tradicionalmente, como el intento de controlar una inflación galopante anterior a las famosas reformas monetarias tardoantiguas de la era de Diocleciano. La iniciativa de Aureliano pretendía acotar el desmoronamiento de valor metal que se produjo durante el gobierno de Galieno y Claudio II. Su reforma monetaria incluyó la introducción de una nueva moneda, el antoniniano que contenía un 5% de plata, intentado incrementar la cantidad de metal precioso. Este tipo de moneda de mayor calidad hizo recuperar en cierta medida la confianza de los ciudadanos en el sistema monetario. Los antoninianos llevaban la marca XXI (o su forma en

²²³Los esfuerzos de renovación desarrollados por Galieno serán proseguidos por el emperador Aureliano (270-275), aunque, al contrario que Galieno, éste no pretendía fundar una cosmovisión que conciliara el espíritu con la política, sino que sus reformas apuntaban a la remodelación religiosa del Imperio romano. La plataforma sobre la que asentaría este intento la constituirá el extendido culto al dios Sol. Aureliano, que había conseguido aplastar las tendencias separatistas regionales (secesión de Galia, reino independiente de Palmira) y que llegó a consolidar la restauración de un Imperio romano fragmentado, buscó la unidad religiosa de Roma por una vía que da la sensación de ser la suma de los esfuerzos del pasado y que, si se piensa en Constantino, debería señalar el camino futuro. Se debe hacer notar un paralelo muy ilustrativo entre Aureliano y Constantino. Antes de la batalla de Emesa, el emperador Aureliano tuvo una visión: el dios Sol se apareció al emperador y le concedió la victoria sobre sus enemigos. Véase *Scriptores Historiae Augustae, Aureliano* 25, 4).

numerales griegos KA), que significa que 20 unidades de tales monedas contenían la misma cantidad de plata que el antiguo denario. Hoy, sin embargo, se suele considerar que la introducción de los antoninianos tuvo un efecto contraproducente y que probablemente incluso fue responsable de la inflación de los años 270-280. Desde luego que suponer que el antoniniano significaba una mejora en relación con la situación precedente nos da una buena idea de la difícil situación económica a la que se enfrentaba el Imperio y de la constante devaluación que había sufrido la moneda en relación al valor del metal con la que estaba fabricada. Aureliano quiso propagar una nueva moneda «buena» retirando todas las antiguas monedas «malas» anteriores a su introducción. Para ello se aprovechó del dinero recaudado en las provincias recuperadas (es decir Galia y Arabia que tras su intento separatista, fueron reintegradas por Aureliano al Imperio) que fluía a las arcas estatales. Las emisiones masivas de las nuevas monedas implicaron, necesariamente, la desmonetización del viejo circulante y ello se ve confirmado por el testimonio del historiador Zósimo.²²⁴ El objetivo de la medida era lograr nuevamente la unidad monetaria del Imperio, remplazando las monedas locales acuñadas en las Galias y Palmira. El remplazo en un período relativamente breve de tiempo de todo el circulante trajo consigo un enorme aumento de la producción a gran velocidad de decenas de millones de los nuevos antoninianos. Esto fue posible gracias a una previa reorganización

²²⁴ Zósimo, *Historia nueva* 1, 61, 3.

de las cecas imperiales, imponiendo criterios y procedimientos de producción estandarizados, reconocibles en el uso más regular que comienza a hacerse a partir de este momento de las marcas de ceca y oficina.

A lo largo la historia económica romana se pusieron en vigor varias reformas en ese sentido, pero el cambio de paradigma que se inicia en el siglo III en cuanto a la importancia del flujo monetario y de la inflación es innegable. No puede existir hoy ninguna duda de lo que en la antigua Roma hubo una profunda comprensión del flujo del dinero y política monetaria comparable a la de la economía premoderna contemporánea. La política de acuñaciones refleja la circulación monetaria y la oferta de dinero lo que generará un cambio social relevante. El hecho es tan incontestable que solo hay que pensar que la moneda introducida por Augusto estuvo ligada al registro fiscal de la población de todo el Imperio, es decir, que la monetarización global y la fiscalidad implicaron la necesidad del censo y del control económico de todas las regiones del Imperio. Existían, ciertamente, entre los grupos sociales diferencias claras en el acceso y en la disponibilidad de las diversas categorías de monedas diferentes, de oro, plata y bronce. Era un típico privilegio de los oficiales del ejército el hecho de ser pagados en oro, por ejemplo, junto a algunos *collegia* de magistrados. Tradicionalmente el valor nominal de las monedas quedaba atado directamente en relación a la proporción de metal. Los niveles funcionales económicos diferentes del dinero así como las definiciones del

dinero por parte de los expertos en economía esbozan la imagen de un sistema de moneda romano fuertemente ligado al metal. El valor de las monedas de bronce estaba cubierto por las garantías de las de metal precioso en los tipos de cambio establecidos en el sistema nominal, mientras que las monedas de oro y de plata funcionaban como monedas de valor, es decir como dinero de valor real. Pero con la pérdida de valor real de las monedas de plata, empezando con las reducciones de la reforma de Nerón, hubo cada vez más problemas en la relación nominal respecto al metal utilizado. Cada cambio de la base de valor de metal de las monedas influyó directamente en el poder adquisitivo de las mismas –por no hablar de la confianza en todo el sistema– y fue llevando a su desvalorización y a aumentos de precio. Como consecuencia, la plata y el oro se iban convirtiendo en los únicos medios de pago seguros, según se daba una disminución de la parte de metal precioso en el peso bruto de las monedas, con la finalidad de amparar los gastos de Estado: la situación, que es incipiente en las primeras reformas, alcanza su mayor incidencia en el siglo III, con una reutilización *ad libitum* de plata que procedía en esencia del refundido cada vez más frecuente para hacer más acuñaciones devaluadas. Por lo tanto la introducción de antoninianos por Aureliano, como más tarde la del *solidus* en el siglo IV, intentó reorganizar el sistema sin perjudicar la confianza en la garantía de valor del dinero que ya circulaba. Pero era inevitable que la nueva moneda, en este caso el antoniniano, desplazara a la antigua, el

denario, en la preferencia como medio de pago en circulación. Esto no fue automático y encontramos, por ejemplo, en Oriente una convivencia de tetradracmas acuñados en el año 252/53 en Antioquía para hacer frente a la logística de la gran guerra contra los persas que permanecerán activos y en circulación entre la población de Siria junto al antoniniano, a pesar de las diferencias de valor reales, hasta la reforma de Diocleciano en el año 292, con la introducción del *solidus*. Había una reutilización de la vieja moneda como “calderilla”, pues en la época los ases romanos de los años 253-261 eran marcados en Antioquía para el fin de garantizar el flujo monetario como piezas de poco valor.

Otras reformas que redujeron la parte de plata en el denario, por ejemplo en época de Trajano (107) no deben ser entendidas como una reacción al cambio de la relación recíproca por el precio de oro y plata, sino como compensación por la nueva relación de valor de las mercancías. Con esto no se producía ni una mala fama de las monedas más viejas ni una creación de nuevo valor por la reacuñación aumentada. Esto debe ser lo que ocurrió más atrás con la reforma de Nerón, que estaba ligada a una entrada masiva de monedas más viejas, a excepción de los famosos denarios de los legionarios de Antonio, y con una acuñación moderada que aumentó en número para solventar los problemas de finanzas estatales, sin llevar a ninguna convulsión ni pérdida de la confianza en el sistema de moneda y a ninguna subida acelerada de precios.

En todo caso, las monedas mostraban vacilaciones de peso muy considerables. Como ejemplo destacado puede ser citado aquí el hecho de que las emisiones de moneda del gobierno de Antonino Pío mostraban esta fluctuación en una época en la que nadie habla de una crisis financiera o de una crisis de inflación. Incluso bajo un gobierno estable y próspero como el de Antonino Pío existía esta considerable vacilación en la cantidad de metal precioso de las monedas. El áureo se devaluó en ese sentido bajo Cómodo entre 6, 69 y 7, 4 gramos (el peso de promedio es 7, 225 gr.) y bajo Septimio Severo el promedio de vacilación será de de 6, 27-7, 65 gramos. Claro que las relaciones de valor dentro del sistema de moneda de estos tres metales permanecían constantes y la relación de cambio había seguido siendo estable. La moneda principal, el denario, estaba extremadamente sobrevalorada.

Es interesante el fenómeno de la tesaurización de monedas en los llamados tesorillos. Esto sucede sobre todo en épocas de devaluación de monedas más antiguas y mejores en la percepción de los usuarios. Se pueden entender como cajas fuertes o depósitos de seguridad y es claro que estas existencias de dinero antiguo en concepto de ahorros tenían sentido porque se podían poner en circulación en cualquier momento. Hay que tener en cuenta que los tesorillos formados por moneda de circulación actual parecen disminuir en tres etapas en aproximadamente 45% (antes de 238), en 15 % (238-253) y luego en 5 % (253-268). Se hace evidente que la confianza en la moneda de curso corriente a partir de los años 30

del siglo III cae en picado, pues no se considera digna de tesaurización. Los tesorillos formados después del año 238 muestran una preferencia por acuñaciones de denarios y antoninianos antiguos. Estos conocimientos son de suma importancia, naturalmente, según la datación de los hallazgos, pero también implican problemas considerables. Seguramente en este desarrollo se reconoce un valor real en las monedas y en el interés de la población de atesorar bienes patrimoniales para asegurar el futuro. Este comportamiento se habría dado sin duda por causa de la pérdida de poder adquisitivo creciente del dinero fiduciario en circulación. Las monedas de bronce más antiguas, con su peso de metal a menudo superior a las actuales, de ninguna manera desaparecieron de la circulación. En el espacio mediterráneo la presencia del *aes* suelto y las emisiones locales seguían haciéndose notar en el día a día.

Como puede verse, la monetarización, básica para el funcionamiento las estructuras económicas en el marco de una economía y sociedad premoderna como la romana, se estaba transformando definitivamente en el siglo III. Abundaban las regiones con poca moneda y, más tarde, empezó a haberlas, en Occidente, totalmente desmonetarizadas. Se ha postulado una y otra vez la desmonetarización del Imperio a causa del desmoronamiento de valor de metal de las monedas, pero esta postura no es sostenible. Un aumento de las transmisiones en bienes, pago en especie o trueque, no se ha constatado en Egipto, donde disponemos

de una documentación abundante. Aunque no es significativo, porque el Oriente en general se mantuvo en otro ámbito de monetarización. La pregunta acerca de las posibilidades concretas que disponía la población para no usar las monedas en el día a día es anacrónica. Parece más bien que su utilización era un asunto de confianza general en el sistema. El flujo del dinero en las necesidades de la vida cotidiana continuaba. En la aceptación del dinero las vacilaciones no tenían ninguna influencia; eran cambios sólo perceptibles e inconstantes en el peso y tamaño. Las monedas eran examinadas constantemente para ver si se trataba de dinero válido o no, es decir, según los criterios de legitimidad o falsedad.

Otro indicio acerca de las tendencias inflacionistas y de los problemas monetarios lo proporciona el desarrollo de la soldada del ejército romano. Después de un primer aumento de casi un tercio de la retribución concedida por Domiciano en año 83 seguirían más aumentos de casi 100% en el año 197, casi 50% a instancias de Caracalla en año 212 y 100% a instancias de Maximino Tracio.²²⁵ La difícil situación política de Caracalla, por ejemplo, al que se le achacaba el asesinato de un corregente, así como el conflicto abierto por el liderazgo dentro de la propia familia, aconsejaban un gesto de liberalidad para ganarse la lealtad de los soldados.²²⁶ Todos estos incrementos de las pagas al ejército guardan una estrecha

²²⁵ Herodiano 6, 8, 8.

²²⁶ La exigencia de anteponer los soldados a todos los demás súbditos ya había sido un lema del gobierno de Septimio Severo, padre de Caracalla. El estamento militar constituía, en efecto, la garantía más fiable del poder de una dinastía. Véase al respecto Casio Dión 77, 15, 2.

relación con situaciones de crisis. En el fondo se trataba de simples medidas adoptadas para estabilizar el poderío de un determinado regente y de ningún modo reflejaban un desarrollo inflacionista de los precios.

Una interpretación del coste orientada solamente en el valor de metal –y con ella el análisis del peso y contenido–, forma parte de una imagen determinada por una visión moderna, y por tanto anacrónica de la economía romana. Albergamos serias dudas frente al concepto de una historia de dinero que se centra exclusivamente en el valor del metal. Por eso es necesario reabrir de nuevo el debate del modelo "primitivista" con respecto a la economía romana, iniciado por Finley y la escuela de Cambridge. Hoy por hoy esta visión tradicional ha sido contestada por otra línea de investigación que ha logrado desprenderse de los prejuicios del primitivismo con argumentos incontestables. Para la comprensión de la economía antigua se ha polarizado la investigación con un peso cambiante entre ambas posiciones teóricas. La postura primitivista ve la moneda como el peso y estándar normativo, donde la pieza estaba garantizada por el metal. La teoría modernista prefiere hablar de la sustancia para afianzar el valor de la moneda, según su posición en el sistema de valores nominales. La aceptación de un acuerdo amplio acerca del metal y el valor nominal separa así a los "primitivistas" de los "modernistas".

Como se ve, una vez las posibilidades poco realistas fueron abandonadas se constataron por parte de la población del imperio

los cambios en las aleaciones de las monedas individuales. El declive del contenido valioso se ve incluso en el aspecto exterior aunque incluso los métodos de análisis de hoy no llegan a ofrecer resultados realmente concluyentes. En todo caso, se intentaba por diversos métodos mejorar del color de la apariencia exterior para lograr una cierta equivalencia con las acuñaciones anteriores. Lo que, en cambio, podía ser percibido fácilmente, eran las diferencias en el tamaño y peso de las monedas. El *solidus* del siglo IV, que viene a solucionar la situación respondiendo a una realidad clara, es decir, que en ciertos ámbitos, por ejemplo, en el sueldo del ejército y en el pago de donativos, no debía haber duda alguna acerca de la calidad del dinero, dado que en estos asuntos el emperador no podía permitirse un descontento político.²²⁷ Esto conllevó soluciones generales como el pago en piezas de oro y de plata, que eran juzgadas así según su valor nominal, por lo que se esperaba que pudieran conservar su valor y su poder adquisitivo. Sobre todo y especialmente esto era válido para el oro, el metal precioso de referencia tanto en lo antiguo como en lo moderno. El grado alto de la sobrevaloración de la moneda frente al valor real de la acuñación de metal respondía solamente a razones de política interna del Imperio y llevaron ocasionalmente a mejoras justificadas del estándar de metal precioso: así sucedió, por ejemplo, bajo Domiciano, en las emisiones de 82 y 85, con un aumento del peso

²²⁷ J. Porteous, "The Imperial Foundations". *Coins in history : a survey of coinage from the reform of Diocletian to the Latin Monetary Union*, 1969, 14–33.

del *aureus* y del contenido fino del denario frente a los estándares anteriores. Lo mismo es válido para la pasajera revalorización de los estándares del denario al principio de la época antonina, con un aumento del 72% al 87% de contenido fino, por parte de Pertinax, que quería expresar con estas medidas su restauración de las condiciones políticas y económicas de los viejos tiempos, significando con ello un retorno de la edad de oro. Igualmente, hay que mencionar el aumento del estándar de metal en la moneda romana en tiempos de Gordiano y hasta la edad de los emperadores senatoriales Balbino y Pupieno (aprox. 45%-20/25% de contenido fino bajo Maximino Tracio, frente a un término medio de aprox. 60%). Esta interpretación política resulta también válida para explicar el aumento del estándar por Macrino en un momento en que la acuñación de denarios mostraba importantísimas vacilaciones en el contenido fino, entre el 29 y el 90 por ciento.²²⁸ Después de la disminución del peso del *aureus* en casi 0,24 gr. como término medio, Macrino dejaba esta moneda de nuevo con el estándar de 7,2 gr, como había permanecido en gran parte desde Nerón. Son solo algunos ejemplos al respecto, pero es que además había razones para una sobrevaloración fundamental, sobre todo para proteger las monedas de la refundición, para la que naturalmente había una prohibición general. Y esto es válido particularmente para los denarios más viejos después de los recortes de su parte de plata desde el año 148 de nuestra era, pero también

²²⁸ K. Butcher, M. Ponting, *The Metallurgy of Roman Silver Coinage: From the Reform of Nero to the Reform of Trajan*, Cambridge 2015, 447 ss.

para la situación del siglo III. Durante el primer tercio del siglo III había denarios que tenían aproximadamente 2,85 gr de plata circulando junto a otros más recientes con sólo 1,5 gr aprox. de plata, sin que los más viejos fueran refundidos por el valor de metal. Howgego ha definido la moneda romana, por un lado, como un símbolo (*token*) dinerario y, demostrativamente, desde el punto de vista romano, la moneda era válida siempre como *pretium*, como medida de valor determinada, y no como mercancía (*merx*)²²⁹. El estado había establecido el valor nominal de la moneda, exigiendo su aceptación como medio de pago de valor integral y no se temía un trato arbitrario de los valores nominales

Un panorama decisivo para la comprensión del sistema monetario romano de época imperial lo ofrecen las regulaciones legales y los comentarios que los juristas romanos nos ofrecen. En un pasaje a menudo citado (Dig. 18, 1, 1) el jurisconsulto Paulo dice que el dinero pone las cosas en el transcurso de la compraventa en un valor mensurable y comparable, es decir, que su *publica ac perpetua aestimatio* facilita un criterio psicológico del uso del dinero que sirve para ofrecer una medida estable de valor, expresar precio y hacer estimable su conservación. Con esto la utilización estimada determina la fuerza del dinero no por la sustancia, sino por la *quantitas* fijada para su precio. Con el proceso de la acuñación, en la sustancia formada se produce un cambio fundamental para Paulo en su forma pública, pues ya no es la mercancía, sino el

²²⁹ C. Howgego, *Ancient History from Coins*, Londres 1995, 112 ss.

precio (*pretium*), es decir, el acuerdo público sobre el valor establecido de la cosa, lo que más relevante resulta. Es una manera convencional de realizar la estimación de la materia y el acuerdo acerca de su valor (*electa materia*). El valor real retrocede así frente al valor nominal. Otro jurista, Gayo indica que en la época más arcaica las monedas no eran contadas para la disposición de su valor a la hora de la compraventa, sino que más bien eran pesadas (Inst. 1, 122). Sin embargo, desde la época clásica, el dinero es por excelencia una materia que se debe contar, y que no resulta determinada por medidas de su valor. Más allá de la moneda de plata, cuyo valor se hace seguro, también las monedas de cobre (*aes*) deben ser tenidas en cuenta, no habiendo ninguna restricción de la obligación de aceptación. Para Volusio Meciano la moneda extranjera se mide por el valor de las mercancías que se adquieren con ella, mientras que la moneda romana es *pecunia numerata*, es decir, que resulta contada por piezas, siendo este un tema clave en el derecho.²³⁰ La divisa extranjera, es decir, todo aquello que no es dinero romano de curso oficial, no tenía, como era natural, la misma cualidad de representación e intercambio recíproco y tampoco había obligación de aceptarla. Para las monedas romanas oficiales – *aurum signatum* o *argentum signatum*– regía una obligación ilimitada y prescrita para su aceptación, sin que en esto desempeñara ningún papel el peso o contenido fino de la moneda

²³⁰ F. Fernández Fernández, "Pecunia numerata" en función de precio en la "emptio-venditio" romana. *Estudios jurídicos en homenaje al profesor Ursicino Alvarez Suárez*, Madrid, UCM, 1978, 127-136.

individual, sin referencia entre lo que valían nominalmente y realmente. El tratamiento legal del metal precioso no marcado está definido como el de otra mercancía (*merx*), que debe ser pesada y medida y su valor respectivo es establecido sobre un precio básicamente inmutable. Existirá de hecho un pago alternativo de sumas de dinero en forma de barras de metal precioso, que representará para los juristas romanos otra posibilidad.

Otra cosa será la opinión sobre el valor nominal del dinero en la época imperial y notablemente en el convulso siglo III. La consideración exclusiva del valor nominal de la moneda aseguraba la pervivencia del sistema por la equivalencia legal y el reconocimiento general del intercambio recíproco. Si bien la moneda es contemplada como *res certa*, pero al mismo tiempo, por su carácter como medio funcional, también es definida como *res incorporalis* por lo que, jurídicamente, el dinero ocupa una posición especial entre el derecho real y el derecho de obligaciones. El valor y la validez de la moneda son determinados para el derecho romano por parte de los poderes públicos, siempre que el dinero haya sido convenientemente marcado. La aprobación de *Lex Cornelia de falsis* del año 81 a. C. regula la acuñación de moneda y somete a los falsificadores, es decir, a aquellos que no tengan el reconocimiento público debido para acuñar, a multas severas, prohibiendo refundir o manipular las monedas.²³¹ Un punto importante, que es esgrimido

²³¹ O. Marlasca Martínez, “La regulación de la falsificación de moneda en el Derecho romano y en la ley de los visigodos”, *Anuario de historia del derecho español*, Nr. 70, 2000, 405-423.

como característica por el postulado del primitivismo de la economía antigua, es la ausencia de dinero ficticio o no materialmente disponible, es decir, la no existencia de créditos comerciales aceptables, de papeles moneda y de medios de pago y garantía más allá de las monedas que circulaban. Hoy día, muy por el contrario, tanto la banca como el sistema de créditos comerciales y de consumo, están bien atestiguados en el Egipto romano merced a la documentación de los papiros, y puede suponerse en igual medida para las otras partes del imperio. El ejemplo egipcio –sin duda extrapolable a otros lugares– señala de manera clara que junto a la moneda corriente existió un dinero de crédito, con la formación de capital correspondiente.

La base de la vida económica del Imperio romano era, en todo caso, el dinero en forma monetaria que, junto al crédito, formaba la masa dineraria disponible de hecho. Era la confianza en el estado lo que hacía funcionar todo el sistema. Cabe ahora preguntarse qué pasó cuando la confianza en el sistema y en el propio estado romano se empezó a poner en cuestión a partir del siglo III. El valor nominal del dinero daba garantías como *pretium*, es decir, una unidad de valor definida que al mismo tiempo se utilizaba en general. Por otro lado, el dinero fiduciario, en forma de préstamos distribuidos, era el que permitía, en su gestión, margen de considerables ganancias. Con el desarrollo que llevó a la adulteración de la moneda desde el siglo III y la creciente dependencia de la economía de la moneda, que acarreó la pérdida

de confianza generalizada en un sistema en crisis política, por las diversas revueltas e intentos de usurpación, y económica, por las carestías y las consecuencias de la anterior peste Antonina²³², se produjo una decadencia del dinero crediticio y una mayor dependencia del dinero acuñado regional y localmente. Las acuñaciones de imitación, reconocidas por medios oficiales y aceptadas para compensar carencia de medios de pago monetarios, crecieron exponencialmente en esta época, desde la Antonina hasta el comienzo del dominio de Aureliano, en la circulación global. La economía del imperio Romano fue afectada por esta cercanía del mecanismo de generación del dinero y por la disminución de las interdependencias económicas. La época de finales del siglo III, sin duda alguna, puede ser considerada la fase de la disolución del viejo sistema nominal de la moneda en el imperio, que sólo durante el siglo IV vendría a ser sustituido por un nuevo orden: en este *turning-point* el reinado de Aureliano, con sus muchas reformas económicas, se nos antoja fundamental.²³³ La pregunta sobre las causas de este proceso en este siglo crucial es clave, por lo que ya se ha convertido en un tópico historiográfico hablar de la crisis del siglo III. Seguramente las acuñaciones más antiguas eran sustituidas desde mediados del siglo III en una extensión considerable y siempre más rápidamente por nuevas acuñaciones cuyo peso de

²³² W. Scheidel “A model of demographic and economic change in Roman Egypt after the Antonine Plague,” *Journal of Roman Archaeology* 15, 2002, 97-114.

²³³ A. Watson, *Aurelian and the Third Century*, 2004; J.F. White, *Restorer of the World: The Roman Emperor Aurelian*, Spellmount, 2004.

metal precioso disminuía cada vez más. Hoy no hay duda de que la sacudida del sistema de pago anterior, relativamente estable, que entrañaba el denario tradicional desde Augusto, a tipos de cambio establecidos de la moneda, tuvo lugar en torno de los años 260 con una subida de precios acelerada e inflacionista en los diez años siguientes. La subida de precios comenzó, en todo caso, sólo considerablemente después del cambio de la política monetaria y fiduciaria que se experimentó en época Antoniniana, acompañada de varias crisis sucesivas, y después de las reducciones drásticas de los estándares monetarios así como del aumento de la producción de moneda y la circulación acelerada. La confianza en la garantía de la función de dinero y el valor fiduciario de la moneda en circulación se había conservado, peor o mejor, a pesar de estos desarrollos típicos de una espiral de crisis económica. Esto remite la potencia económica conservada por el imperio y a la costumbre de las masas, anclada en la mentalidad desde hacía tanto tiempo, de la aceptación del dinero oficial, *pecunia numerata*, con su valor nominal, como factores importantes a pesar de las turbulencias políticas del siglo III. El empleo general de la moneda en circulación es una evidencia incluso en los periodos más convulsos.

Ahora bien el factor de la pérdida de confianza como causa del desarrollo inflacionista es innegable, pues las convulsiones políticas ponían en duda la confianza en la garantía de valor futuro del dinero e incluso en la continuidad del sistema. Esta confianza estaba garantizada si se veía una continuidad del valor nominal por

parte del Estado, que daba garantías a la población para su aceptación y confianza, lo que no ocurría en caso de manipulaciones graves de la moneda. Un factor decisivo para la pérdida de confianza fue la reacuñación del *aureus* y la evidencia de que no eran comparables con las monedas de oro que ya estaban circulando. Con eso los tipos de cambio oficiales se alteraban ante la tendencia de considerar las monedas de oro según su valor de metal individual. La causa del derrumbamiento del sistema monetario puede estar, según Wolters²³⁴, en la reducción acelerada del valor de los *aurei* en tiempos de Galieno frente a la comparación con las piezas de oro más viejas existentes en circulación. Con eso el tipo de cambio fijado tiene que haber contribuido también al derrumbe de los otros tipos nominales. Puede que este desarrollo comience ya bajo Alejandro Severo, con las vacilaciones de peso en los *aurei*, como quiere Bland²³⁵. Las monedas oscilaban entonces entre 5,38 gr y 7,25 gr con un promedio de aprox. 6,4 gr. En 235-238 d. C. la vacilación de peso de las acuñaciones de oro, relativamente raras, se sitúa en 5,27-7,74 gr²³⁶. Bajo Gordiano III habrá una disminución drástica del peso

²³⁴ R. Wolters, *Nummi Signati. Untersuchungen zur römischen Münzprägung und Geldwirtschaft* (= Vestigia. Beiträge zur Alten Geschichte. Bd. 49), Munich 1999, Cf. también K. Butcher, M. Ponting, *The Metallurgy of Roman Silver Coinage: From the Reform of Nero to the Reform of Trajan*, Cambridge 2015, 231.

²³⁵ R. Bland, "The development of gold and silver coin denominations, AD 193-253", en: C. E. King, D Wigg-Wolf (Edd.), *Coins Finds and Coin Use in the Roman World*, Berlin, 1996.

²³⁶ Cf. En general para las cifras W.E. Metcalf (Ed.), *The Oxford Handbook of Greek and Roman Coinage*, Oxford 2012, 522 ss.

medio de los *aurei* en 4,84 gr y, finalmente, en 243-244 d. C. se llegará a un 4,51 gr de media. El promedio caerá incluso, en los de 251-253 d. C., a 5,60-2,61 gr (la mayoría de las veces 4,1-2,8 gr, con un promedio de 3,58 gr y 3,26 gr bajo Emiliano). Además, los precios se quedaban establemente en el estándar de oro entre el siglo II y el IV. El contenido fino de la acuñación en oro vaciló entre Valeriano y Galieno entre 99,3 y 65,6%, lo que podría igualmente responder a los ingresos muy oscilantes de oro frente a una acuciante necesidad de monedas en el contexto militar. Sin embargo se no puede hablar del un descenso general del contenido fino entre estos dos soberanos. Finalmente, bajo Claudio II, el contenido fino se había estabilizado de nuevo en 87,6-96,8% y conseguía repuntar, gracias a la reforma monetaria de Aureliano, en un 98%. Es lamentable que no conozcamos totalmente el sistema nominal bajo Aureliano, especialmente después de su reforma de moneda del año 274, que a la postre resultó un fracaso.

Hoy se ve cada vez más claro que Diocleciano recurrió en su fundamental reforma de la moneda, que fue introducida supuestamente como preparación para el establecimiento del sistema de la tetrarquía en la primavera de 293 d. C., al ejemplo de la reforma de Aureliano. Por eso se pueden evaluar las diferencias entre la reforma de Aureliano y las medidas de Diocleciano para una comprensión de la importancia de fijar la política monetaria. Diocleciano formaba el *argenteus* con 1/96 libras romanas de plata y el *aureus* (*solidus*, según la denominación de su época) con 1/72

libras romanas de oro. Las marcas de valor (XCVI para la plata y LXXII para el oro) indicaban el estándar de peso en la moneda, que no podía ser exacto, sin embargo, para la marca XXI que aparece en las nuevas monedas de curso corriente, los *nummi*. El sistema nominal fiduciario creado por Diocleciano valoraba el *argenteus* con 50 denarios hasta septiembre de 301 y, en adelante con 100 denarios. En ese mes se decretó el famoso edicto de precios máximos, con un precio del *aureus* de 1.200 denarios, que representaba una revalorización de la moneda de oro para ser oficialmente fijado el tipo de cambio que debía ser pagado en las obligaciones establecidas en oro. Este valor era el establecido en el edicto como precio máximo para el *aureus*, pues antes de septiembre de 301 era posible, al menos teórica y jurídicamente, cambiarlo por 20 *argentei* y 80 *nummi*. También aquí la supervaloración de la moneda de plata como base de la circulación de dinero y de los servicio de pago era el objetivo de la medida. Podemos suponer que Diocleciano tenía en mente el viejo sistema Antoniniano y las nuevas fijaciones de Aureliano a la hora de hacer su reforma, según la insistencia en la importancia de la moneda de plata. El sistema de Aureliano era completado con sestercios y dobles sestercios y todos los cambios nominales tenían que suceder en relaciones que se pudieran seguir fácilmente, según cálculos de duplicación. Después de la reforma de Aureliano y hasta 275/6 las intervenciones no sólo hicieron inconstante el desarrollo inflacionista de los precios, por la sobrevaloración de las monedas

de curso común de valor más bajo. En el área del dinero de crédito, la supresión de deudas también dio lugar una inseguridad completa que fue especialmente de notar en Egipto, escenario de conquistas en la época, y donde las monedas eran consideradas mejores o peores según el año de acuñación. El precedente de la reforma de Aureliano señalaba en todo caso que un valor nominal decretado arbitrariamente que fuera muy diferente del sistema anterior estaba ligado con una sobrevaloración drástica de las monedas que estaban circulando, lo que podía perjudicar la confianza en el sistema nominal fiduciario y, con él, la llamada “ilusión de dinero”, es decir, la expectativa del coste futuro, por lo hablar del peligro de una espiral inflacionista. Hoy no puede existir ninguna duda sobre las consecuencias desoladoras para la confianza en la moneda que tuvo la reforma de Aureliano y que esta no fue la reacción a un desarrollo inflacionista en diversas regiones del imperio.²³⁷ El objetivo de Aureliano era más bien controlar los gastos estatales a través de un aumento de los valores nominales de las monedas. Sin embargo, un sistema monetario basado en valores nominales arbitrariamente inmutables no podía ser sostenido durante mucho tiempo, pues le faltaba la aceptación necesaria. Así, la intervención en el sistema de tipo de cambio nominal conllevaba un fracaso casi sin paliativos.²³⁸

²³⁷ R. A. G. Carson, “The reform of Aurelian”, *Revue numismatique* 1965 vol. 6, nr. 7, 225-235.

²³⁸ M. Haklai-Rotenberg, “Aurelian's Monetary Reform: Between Debasement and Public Trust”, *Chiron*, 41, 2011, 1–39.

No podemos finalizar este epígrafe sin referirnos aunque sólo sea brevemente a la reforma monetaria más espectacular de la época: la introducción y divulgación masiva del *solidus* a partir de la era diocleciana- constantiniana. Este nuevo tipo de moneda de oro, que como ya mencionamos más arriba, se distinguía por su contenido de metal precioso estable, se convertirá en el punto de referencia monetario en la fase final del Imperio, de tal manera que algunos investigadores no han dudado en considerarlo como el dólar de la Antigüedad Tardía. A pesar de las dificultades que planteaba su alta calidad y su limitada disponibilidad en vistas a una fluida circulación masiva, el *solidus* se llegará a convertir en uno de los pocos sinónimos de estabilidad económica del agonizante mundo antiguo. Su popularidad desbordó las fronteras imperiales transformándose en la unidad de pago más apreciada en los países limítrofes y más allá aun. También se consolidó como el soporte monetario de la economía bizantina y de múltiples regiones mediterráneas en general, en medio de la tempestad que generaron las invasiones bárbaras y el cambio del mapa político en Oriente y Occidente. Incluso tras las incursiones islámicas en el cono sur del Mediterráneo, el *solidus* perdurará en estas regiones por largo tiempo manteniendo su vigencia. Igualmente seguirá siendo utilizado en los incipientes estados romano-germánicos de la Europa occidental hasta bien entrada la Edad Media.

8. ECONOMÍA EN EL TRASFONDO DE LA RELACIÓN ENTRE ECONOMÍA ANTIGUA Y MODERNA

Una de las cuestiones clave a las que hay que hacer referencia obligada en cualquier trabajo que gire en torno a la economía antigua es la dinámica entre macroeconomía y microeconomía en el mundo romano, que refleja una dicotomía bien estudiada en lo moderno y que permite desarrollar nuevas perspectivas sobre el hecho económico en el mundo antiguo.²³⁹ Muy a propósito se recogen aquí estas reflexiones, teniendo en cuenta el capítulo final dedicado a la economía griega. Cuando Ulrich Wilcken trabajó sobre los ostraca griegos (1899) en una importante contribución a la historia económica de la Antigüedad, hizo referencia a la diferencia entre los dos niveles, macroeconomía y microeconomía, a la hora de reparar en los ingresos fiscales, facturas y notas informales que sabía cómo aprovechar en un comentario con pretensiones globales. A ese respecto, el trabajo comparativo con la economía griega es bastante ilustrativo. Sólo la evaluación precisa de los hechos particulares permite la reconstrucción de contextos más amplios, como Wilcken hizo unos años más tarde en referencia a su trabajo introductorio sobre la documentación papirológica (1912). No es casualidad que estos resultados, en plena corriente del historicismo,

²³⁹ Seguimos para ello de cerca las tesis de H. Kloft en “Makroökonomik, Mikroökonomik und Alte Geschichte”, en: K. Strobel (Ed.), *Die Ökonomie des Imperium Romanum. Strukturen, Modelle und Wertungen im Spannungsfeld von Modernismus und Neoprimitivismus. Akten des 3. Trierer Symposiums zur Antiken Wirtschaftsgeschichte*, St. Katharinen 2002 (Pharos XVII), 67-85.

permitieran el acceso en el siglo XIX y principios del XX a grandes colecciones de fuentes documentales que son básicas para el trabajo de investigación del historiador de la economía antigua.

En el epílogo a la segunda edición de su muy influyente libro *The Ancient Economy* Moses Finley aprovechó la ocasión para poner a prueba sus propias teorías y principios metodológicos frente a los ataques que había recibido y para defender su enfoque frente a los colegas que se habían mostrado más críticos con su “primitivismo”. Cualquier análisis de la economía antigua, según Finley, que pretenda ser más que una mera enumeración de datos debe apoyarse necesariamente en modelos o tipos ideales, por seguir la terminología de Max Weber. Lo que este autor entiende por modelos son misiones idealizadas en diferentes ámbitos de la vida, a los que llamamos economía, sociedad, política y religión, que tienen un gran potencial para explicar la realidad histórica en virtud de su conexión en red. Finley proporciona a continuación dos facetas altamente ilustrativas de este tipo de implementaciones ejemplares: una es el modelo de la economía de la ciudad y otra la estructura del comercio de lujo en la Antigüedad. Sólo este modelo de comercio deja claro el enfoque y las condiciones previstas en que se basa, es decir, en una creación de redes sociales (de consumidores), en la técnica (el transporte de mercancías) y el tamaño del mercado (la economía monetaria), con unas condiciones económico-fiscales dadas, que se convierte en una simplificación merced a la extrapolación de sus resultados individuales en una

impresión general por un método inductivo que debe ser puesto en cuestión para desmontar su pretensión de objetividad.

En otras palabras, los resultados individuales no pueden extrapolarse a un panorama general de la economía romana, es decir, que la correspondencia entre microeconomía y macroeconomía ha de encontrar su discusión en el contexto de las muchas variables que explican las diferencias y la dinámica existentes entre ambas visiones, ciertamente interdependientes pero muy alejadas. La perspectiva metódica de la crítica historicista y positivista como la de Wilcken, basada en las disciplinas auxiliares y básicas de la historia, fueron de manera similar fundamentales para intentar ofrecer una perspectiva global, que es seguramente lo que le fallaba a Finley en su interpretación inductiva.²⁴⁰

En todo caso, la idea de complementar las consideraciones en economía mediante la oportuna distinción entre macroeconomía y microeconomía puede ser desarrollada más allá de la economía actual para analizar diferentes modelos históricamente utilizados que, según las variables empleadas, pueden ser explicados desde los diversos niveles de operación²⁴¹. Con las debidas precauciones se puede acudir a la idea de Finley de trabajar sobre el estudio de las estructuras generales de la producción económica examinando las

²⁴⁰ I. Morris, "Introduction," en: J. Manning and I. Morris (Edd.), *The ancient economy: evidence and models*, Stanford 2005, 1-44.

²⁴¹ W. V. Harris, "Between archaic and modern: some current problems in the history of the Roman economy", en: W. V. Harris (Ed.), *The Inscribed Economy: Production and Distribution in the Roman Empire in the Light of instrumentum domesticum*, JRA Supp. 6, Ann Arbor 1993, 11-29.

formas de trabajo, comercio, economía monetaria y consumo en una tentativa de asignación de modelos. Pero si se está orientado al otro extremo, es decir, en cada caso individual, podemos caer en el riesgo de considerar general lo que podía ser un caso aislado.

Pensemos, por ejemplo, en el sistema egipcio de impuestos, heredado directamente del mundo helenístico y extremadamente bien documentado en la documentación papirológica, o, para no quedarnos siempre con el mismo ejemplo, podemos reparar en qué pasaría si extrapolamos los resultados de investigación que arrojan las prolijas regulaciones aduaneras de las minas de hierro romanas en el Asia Menor, las plantas de producción de terra sigillata en la Galia o la estructura económica de una ciudad provincial del sur de Hispania, con su floreciente comercio de garum. Micro y macroeconomía se deben combinar con la debida perspectiva pero teniendo siempre en cuenta las especificidades y especializaciones de las áreas separadas del Imperio. El postulado más perspicaz para tender un puente sobre esta dinámica no es nueva en términos de la economía de la Antigüedad y se ha intentado ya desde el siglo XIX, como demuestra la controversia entre K. Bücher (1847-1930), representante de la escuela de economía no comercial, por un lado, y E. Meyer (1855-1930), célebre historiador de la Antigüedad, que no versaba solo sobre la cuestión de cómo podemos imaginar las condiciones económicas del mundo antiguo, si en términos primitivistas o modernistas, sino especialmente sobre la

admisibilidad de la simplificación como estrategia para identificar la secuencia de los procesos económicos a largo plazo.

Desde luego, no hay que olvidar que la ciudad antigua había sido un campo conceptual de teorización económica y social ya en los casos célebres de Karl Marx o Max Weber. Aquí, de nuevo, se distinguía entre una economía de *oikoi* griegos de la edad oscura, autosuficiente y autónoma, un nivel local de economía de ciudad estado como podría ser la de la Grecia clásica, una economía nacional con destino a un Estado solamente, como podía ser la de las monarquías helenísticas²⁴², o una economía mundial con destino a un Estado centralizado, como podría definirse a la economía romana clásica. Cada estado de agregación de las relaciones económicas debía así contar con el criterio decisivo de los desarrollos realizados por cada sistema. Por lo tanto, la alternativa simple queda obsoleta y vale la pena considerar aun hoy los esfuerzos metodológicos del positivismo de finales del siglo XIX para capturar mayores matices en las relaciones económicas. Esto demuestra la diferencia conceptual con respecto a los niveles económicos, estilos, modelos o tipos, que se ha llevado a cabo con vigor en la economía teórica desde entonces y que hablan de la diversificación, la localización o la globalización.

No abundaremos en la evolución doctrinal de las diversas corrientes de la economía a ese respecto, como hace Hans Kloft en nuestro texto de referencia, que seguimos en estas páginas. Hay que

²⁴² P. Cartledge, "The economy (economies) of Greece", *Dialogos* 5, 1998, 4-24.

mencionar, en todo caso, a pensadores económicos como B. Hildebrand (1812-1878) que vinculó los problemas de la economía antigua a los de su época con referencia a la industria bancaria y monetaria o W. Roscher (1817-1894), otro de los fundadores de la escuela histórica alemana de economía, que habló de las expresiones de la economía del estado en la interdependencia de gobierno y las empresas, hablando también de autores antiguos como Tucídides, Jenofonte, Platón o Aristóteles. Otros ejemplos son G. Schmoller (1838-1917) o L. Brentano (1844-1931), que también se ocuparon de los problemas económicos de la antigüedad, o de otros economistas de la época como W. Sombart, A. Spiethoff, E. Salin o W. Eucken como ejemplo. Lo que se debe hacer es sin duda partir de la lectura de estos economistas clásicos, que tuvieron la suficiente sensibilidad cultural para aprender de la historia antigua: el punto de vista de los procesos a largo plazo, la *longue durée* de la escuela de historia económica y social, evidencia la integración de la economía en un horizonte político y cultural determinado, que es apropiado no sólo para trazar una historia de la economía sino para proyectar la trama de relaciones económicas y evaluar la trayectoria económica de forma correcta.

Este es uno de los logros fundamentales de autores clásicos de la economía y la sociología como K. Bücher y Max Weber, que tiene honda repercusión en varios economistas que han estudiado con predilección la historia económica del mundo antiguo como R. von Pohlmann, W. Roscher, F. M. Heichelheim (1901-1968).

Lo que han mostrado las diferentes aproximaciones mencionadas es que se debe empezar por el estudio de la microeconomía con la ayuda de las diversas ciencias auxiliares de la historia antigua, como la epigrafía, la paleografía, la paleografía o la numismática. Así, recordamos a August Boeckh (1785-1867), que estudió la economía de Atenas sobre las fuentes epigráficas, o a Karl Julius Beloch (1854-1929), que partió de la geografía histórica y el estudio de las poblaciones para la dimensión económica. Los papiros como fondo central para la investigación de las condiciones económicas han centrado los trabajos de Wilcken, W. Otto, F. Oertel y H. Braunert. Es especialmente aquí donde se ha puesto en evidencia el riesgo de descompensación en los resultados de investigación en el campo de la microeconomía y la necesidad de integrar las investigaciones individuales en un horizonte más amplio de comprensión y tratar de conectar los niveles de micro y macroeconomía.

Esta conexión es un objeto anhelado por la investigación de todos los tiempos, por lo difícil de conseguir que es.²⁴³ Sólo rara vez tiene éxito en el análisis de las fuentes individuales. Las explicaciones holísticas y a menudo simplificadoras de los sistemas macroeconómicos, como por ejemplo los del modelo de la historiografía marxista-leninista y cuantitativa, que perfilaban una sociedad esclavista con las variaciones regionales eran admitidas

²⁴³ I. Morris, R. Saller, W. Scheidel, "Introduction," en: W. Scheidel, I. Morris and R. Saller (Edd.) *The Cambridge economic history of the Greco-Roman world*, Cambridge 2007, 1-12.

muy bien en la antigua RDA. Otro es el caso de la aproximación weberiana, que se basa en la distinción entre consumidores y productores en la ciudad, una clasificación de tipo ideal y con un alto nivel de abstracción del que, en último término, es deudora la visión de Moses Finley. La decisión fundamental es partir inicialmente de una dimensión antropológica de la economía antigua que interrelaciona los conceptos de la economía, el mercado y la población de una manera eficiente pero algo vaga.

En última instancia hay que diferenciar los intereses sociales generales de los intereses corporativos del Estado, que se manifiestan en las medidas fiscales y la acuñación de monedas, o los mecanismos de explotación de los territorios conquistados. Y ello pese a la dificultad que entraña en el mundo antiguo distinguir en ocasiones –sobre todo en el mundo griego– entre sociedad y comunidad política. El análisis weberiano y el de Finley tiene el inmenso mérito de poner sobre el tapete la cartografía de complejas relaciones entre los actores de la actividad económica en una estructura global. La finalidad, si se quiere, es poner de manifiesto la diferencia entre la Antigüedad y la civilización moderna y su economía.

Con la idea de mercado está ligada inextricablemente la economía antigua, especialmente en la época del Imperio Romano, y su delimitación es una tarea que incumbe a la macroeconomía y a la microeconomía por igual. El tratamiento del mercado y el comercio en el primer imperio se refiere sobre todo a la distinción

convertida de intercambio recíproco, redistributivo y orientado al mercado²⁴⁴. Helmuth Schneider, por ejemplo, se ha dedicado recientemente a esta compleja situación y su análisis concluye que la economía romana no puede ser entendida como una economía de mercado ante la producción de subsistencia, el aislamiento generalizado de los mercados locales y la función de vigilancia del mercado del estado romano.²⁴⁵ Por el contrario, W.V. Harris mantiene, en la última edición de la *Cambridge Ancient History*, que el Imperio Romano puede contarse entre los grandes mercados de productos alimenticios, textiles, metales y muchas otras materias primas.²⁴⁶ Sin embargo, parece difícil atender a un número de criterios y hechos imparciales que faciliten una evaluación del tema.

El mercado era uno de los lugares clásicos y característicos de los griegos, el centro de la ciudad donde, según una célebre cita de Ciro el grande en un pasaje de Herodoto, los griegos se juntan para hacerse trampas unos a otros y jurar en falso. El establecimiento del ágora como mercado y punto central de la polis griega y el del *emporion* como lugar de colonización comercial preferente conlleva un desarrollo del mercado y del transporte de mercancías totalmente típico del mundo griego que, por ejemplo, se desconocía entre los persas. El caso de la diferenciación entre los

²⁴⁴ Cf. en general N. Morley, *Trade in classical antiquity*, Cambridge 2005.

²⁴⁵ H. Schneider, "Das Imperium Romanum: Subsistenzproduktion, Redistribution, Markt" in *Imperium Romanum: Studien zu Geschichte und Rezeption*; Festschrift für Karl Christ zum 75. Geburtstag. W. Kneissl (Ed.), Stuttgart 1998, 654-673.

²⁴⁶ W. V. Harris, "Trade". en: Alan K. Bowman et al. (Edd.) *The Cambridge Ancient History*, Cambridge 2000 710-740.

mercados locales simples y los mercados complejos para los bienes comerciales de larga distancia ha generado un amplio debate conceptual²⁴⁷ acerca de la reciprocidad, la redistribución y el intercambio de bienes. Se trata de una serie de criterios que han de cumplirse para un mercado complejo, como el hecho de que exista una actividad institucionalizada de mercado, edificios especiales (basílicas, *macella*, *horrea*, etc.) que hablen de una diferenciación de la oferta de productos, que tengan personal según el tipo de mercancía y la dimensión del comercio y regional, entre otras variables. Así, en el complejo caso romano²⁴⁸, se puede establecer una tipología de mercados en orden de importancia, desde los de Roma o Antioquía hasta las ciudades provinciales como la muy estudiada Pompeya. Es complicado determinar el régimen de abastecimiento, la distribución y la actividad del mercado, pero el sistema de mercados interdependientes del mundo romano habla bien de este como un sistema económico de perfil ciertamente moderno

Pero nuestro conocimiento del mercado romano ha cambiado significativamente gracias a los puntos de vista de nuestro mundo globalizado, que ha superado la idea de intercambio puramente económico de los bienes en esta economía mundial interdependiente, aunque siga desempeñando en el mundo antiguo

²⁴⁷ K. Polanyi “The economy as instituted process” en: K. Polanyi, C. M. Arensberg and H. W. Pearson, *Trade and Market in Early Empires. Economics in History and Theory* (Glencoe, Ill. 1957) 243-270.

²⁴⁸ D. J. Mattingly, “The imperial economy,” en: D. S. Potter (Ed.) *A companion to the Roman Empire*, Malden (MA) 2006, 283-97.

un papel central. Sin embargo, hay otros criterios que tomar en consideración, como por ejemplo la importancia de su organización en diversos niveles, haciendo hincapié en los recursos del Estado y la acción del mismo y de los varios grupos de presión de la sociedad, lo que dice mucho de las implicaciones sociales. Hay que trazar en ese sentido una comparación con el perfil de otros mercados antiguos, especialmente los *emporia* o *agorai* griegos, que ayuda a ilustrar el mercado romano, sus instituciones, además de los recursos del Estado y los efectos de las normas aduaneras y portuarias o fijación de precios. Este es el sentido en el que estudia el mercado la etnografía y la antropología como, por ejemplo, en el caso de Marcel Mauss: esto procura la comprensión de que los mercados son estructuras sociales muy complicadas, que implican no sólo la participación de las personas que trabajan en el mercado, los productores, distribuidores, vendedores y compradores, sino que también existen unas poderosas redes sociales de intercambio, expectativa de retribución, intenciones, actitudes, etc.²⁴⁹

Se puede acudir también a una explicación del trasfondo del propio hecho comercial, regresando al concepto de la dimensión religioso-psicológica del intercambio, según la cual el comercio funciona como una especie de racionalización económica del rito del sacrificio. Se puede aducir a tal efecto el viejo mito de Prometeo que transmite Hesíodo en *Los trabajos y los días* acerca de cómo

²⁴⁹ M. Mauss, *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques* (1925), Introduction de Florence Weber, Quadrige/Presses universitaires de France, 2007.

este titán instituyó el sacrificio como una especie de relación de reciprocidad comercial y religiosa con los dioses al realizar el reparto –engañoso, por otra parte– del buey con Zeus. En ese sentido, y aunque se trata de una teoría un tanto antigua y desprestigiada, se puede pensar que el dinero sería un sustituto específico del bien del intercambio religioso, que tiene sus orígenes en los compromisos adquiridos con los dioses, como estudió Bernhard Laum en *Holy Money* (1924). En todo caso, la discusión sobre estos conceptos se pone sobre la mesa cuando se rebasa – como ciertamente debe hacerse– el nivel puramente económico al hablar del mercado y dinero en sus formas más variadas en el mundo romano. Los intentos teóricos más importantes sobre el particular han tratado de poner de manifiesto que los negocios en la antigüedad están integrados en una vida cultural integral, incluyendo la religión, la política y la sociedad.

9. CONCLUSIONES

A modo de conclusión, vemos que en la reflexión sobre el hecho económico van mano a mano las dimensiones microeconómicas – por ejemplo, lo que ocurre en los mercados, en cada uno de ellos, el rastro de una mercancía, etc.– con el ímpetu macroeconómico que nos anima para comprender y analizar, desde un horizonte más amplio de comprensión, conceptos generales que atañen a esos mercados o actividades económicas y permiten esbozar los modelos que nos han de facilitar una clasificación adecuada para su estudio.

En primer lugar, se ha tratado de hacer una presentación y justificación metodológica que permita comprender las motivaciones que nos han llevado a esbozar este trabajo, con esta intención de hacer un ejercicio de análisis y de síntesis a la vez y guiado siempre por la idea de que podemos encontrar modelos que sean comparables a otros momentos históricos, como el actual, y que puedan explicar el desarrollo de la economía romana.

Para ello, hemos querido, en el capítulo tercero, trazar un breve panorama de la economía romana que diera fe de sus elementos constitutivos y fundamentales, desde la agricultura al comercio, y permitiera reparar en las dinámicas que han informado su desarrollo histórico desde la República al Bajo imperio, entre crisis y reorganización, y que han seguido unos ciclos que pueden analizarse cabalmente desde los planteamientos teóricos de los

historiadores modernos que han tratado el hecho económico en la Roma antigua.

Pero también, y precisamente en este sentido, ha sido necesario para ello, ahondar en la perspectiva teórica, tan importante para evaluar la dimensión de la economía antigua. Los problemas metodológicos son claves, según los planteamientos clásicos de Rostovzeff y Finley, que encabezan las escuelas de los modernistas y los primitivistas, respectivamente, para una aproximación cabal a la economía romana. Se han expuesto y trabajado los diversos enfoques interpretativos de estas escuelas y de sus epígonos modernos, por una parte, y luego se han realizado las pertinentes reflexiones de conjunto, superando cada escuela interpretativa, en búsqueda de modelos, patrones y constantes antropológicas que permitan una explicación pragmática y global de los problemas teóricos planteados.

En el quinto capítulo, se ha tratado por extenso uno de los temas más apasionantes del mundo antiguo, en su vertiente económica, por la importante dimensión de la estatalidad romana: la fiscalidad. El sistema fiscal romano se analiza a través de cuatro facetas atendiendo, primeramente, a las estructuras y objetivos en los que se basa la recaudación de impuestos, que tan diferente es del actual. A continuación nos centramos en los aspectos más importantes del sistema fiscal en época imperial temprana, pues la reforma del Principado es muy significativa en la evolución histórico-económica del sistema fiscal romano, para luego examinar

el problema de la tierra y su tasación como base impositiva. Finalmente, se analiza la última gran reforma de la fiscalidad romana, la que tiene lugar en el Dominado bajo Diocleciano y Constantino, pues la estructura impositiva del Bajo Imperio cambia el panorama del mundo antiguo para siempre, en respuesta a la crisis económica que lo azota en esta época.

A continuación se estudia una cuestión que, por su interés en relación con el mundo moderno, ha despertado una gran discusión en la literatura especializada. Se trata de la moneda, los tipos de dinero, los sistemas de crédito e inversión y la dimensión financiera del mundo romano. Así, se ha tratado en dos capítulos consecutivos, por su gran importancia, el tema de la monetarización y los sistemas crediticios, por un lado, y por otro, el tema del comportamiento de los precios en el mundo romano, que es crucial para entender el funcionamiento del dinero en la antigua Roma y las causas de las grandes crisis y desarrollos inflacionistas de la edad tardía. El control de los precios fue uno de los grandes problemas desde el siglo III y al que los emperadores tardoantiguos tuvieron que hacer frente, además de pagar las cada vez más costosas sumas del mantenimiento de los ejércitos para guardar las lealtades en una época de usurpaciones y amenazas externas y en la que los pueblos germánicos penetraron en las instituciones civiles y militares. Así, en un primer epígrafe se trata el control de precios para luego tratar el precio de la guerra y, en tercer lugar, los proyectos de dirigismo gubernamental para afrontar los problemas de la economía. En un

cuarto y último epígrafe de este capítulo sexto de la tesis se han examinado en detalle los desarrollos de las diversas reformas monetarias, entendiendo que en ellos se encuentra la clave del pulso económico del mundo romano a lo largo de los siglos.

En el último capítulo, y a modo de comparación con el mundo romano, se esbozan los fundamentos de la legislación económica y social de la Grecia antigua que aparecerán en el epílogo comparativo. Esto sirve, como hemos justificado más arriba, para arrojar luz sobre el mundo posterior, tanto helenístico como romano. Siguiendo las huellas de Max Weber o de Moses Finley, que estudiaron el mundo griego y romano desde una misma perspectiva y de forma comparada, esta digresión final, y preparatoria para las presentes conclusiones globales de este trabajo doctoral, permite dar un nuevo sentido a todo el estudio en el marco de la historia económica y social de la antigüedad.

La lección fundamental que se puede extraer de este estudio es, en definitiva, la necesidad de aunar enfoques como los propuestos, tanto en la teoría como en el análisis de las fuentes, desde la macroeconomía y la filosofía económica hasta la microeconomía y el detalle de la documentación. Siguiendo el método histórico-crítico y la combinación entre hermenéutica superior y inferior, creemos que son indisolubles ambas perspectivas, y en esta tesis, que quizá ha tenido esa ambición, hemos pretendido aunarlas de una manera global que dé cuenta del dinero, el comercio, la fiscalidad, el mercado, la agricultura y los

eventos diversos que influyen en el mundo de la economía romana. Pero, junto a ese afán por ahondar en ciertos detalles, el ímpetu global y epistemológico de nuestro trabajo ha consistido en buscar y tratar de establecer modelos y patrones conceptuales para describir a grandes rasgos –y desde la privilegiada atalaya que supone la economía moderna– las tendencias generales de la economía romana como una suerte de modelo que nos permitan comprender mejor el hecho económico en sí. En esta tesis doctoral tiene mucho sentido tratar de recrear, como hemos hecho constantemente, la antigua oposición entre primitivistas y modernistas citando los argumentos de ambas escuelas y, a la par, poner de relieve los nuevos enfoques teóricos y materiales con comparaciones novedosas, como se ha tratado de hacer con el mundo griego. La búsqueda de modelos estructurales es uno de los anhelos de todo historiador económico de la antigüedad y no hemos podido sustraernos a ella. Esperamos haber conseguido al menos poner sobre la mesa los problemas principales de esta búsqueda.

10. ZUSAMMENFASSUNG

Wie wir mehrfach nachweisen konnten, ist die Betrachtung des antiken Wirtschaftskreislaufs von seinen mikroökonomischen Voraussetzungen nicht zu trennen. All das, was sich in den Märkten abspielte, was mit dem Warenumtausch geschah, spiegelt seinerseits die davon abhängigen makroökonomischen Parameter wider, die uns erlauben, zu einem tieferen Verständnis der ökonomischen Aktivitäten zu gelangen und die für die Fragen, die wir im Verlauf unserer Untersuchung gestellt haben, von zentraler Bedeutung sind.

Zunächst einmal erfuhren die methodischen und inhaltlichen Vorgaben, die für die Erstellung dieser Studie von Bedeutung waren, eine kritische Würdigung. Darauf aufbauend wurde dann der Versuch unternommen, durch den Vergleich von Entwicklungsmodellen, die jeder ökonomischen Tätigkeit in Antike und Neuzeit innewohnen, das Wesen der römischen Wirtschaft angemessen einzuordnen und zu verstehen.

Aus diesem Grund ist das dritte Kapitel den konstitutiven Merkmalen der römischen Ökonomie gewidmet. Ausgehend von der Analyse des Stellenwerts der Landwirtschaft und des Handels wurde eine panoramische Sicht der von diesen Faktoren geprägten wirtschaftsgeschichtlichen Entwicklung gezeichnet, die von der späten römischen Republik bis zur Spätantike reicht. Sie erlaubte, Wachstumsphasen und Krisen differenziert zu betrachten, ihre Ursachen und Abläufe zu erkennen, sowie die Gültigkeit der

modernen Deutungsmodelle zu erproben, die sich in der Forschung entwickelt haben, um die antiken Wirtschaftsformen angemessen zu erfassen.

Um diesem letzten Aspekt gerecht zu werden, war es notwendig, sich mit den neuzeitlichen Theorien zur römischen Wirtschaft auseinanderzusetzen. Nach wie vor gibt es unterschiedliche Schulen und Betrachtungsweisen, um den Charakter und die Wirkkraft der römischen Wirtschaft zu bestimmen. Ausgehend von den Aussagen der Modernisten und Primitivisten, wie dies in den Werken von Rostovzeff und Finley einprägnant formuliert wird, haben wir uns mit den ihnen zugrunde liegenden Anschauungen, ebenso mit den Epigonen und mit den sich daraus entwickelten Kontroversen beschäftigt. Angesichts der Unmöglichkeit, zu einer Synthese der konträren Meinungen zu gelangen, wurden die aus der Beobachtung ausgewählter Beispiele erbrachten Forschungsergebnisse punktuell genutzt, um partielle Erklärungsversuche zu erbringen.

Im fünften Kapitel haben wir uns mit einer der schwierigsten, aber auch aufregendsten Facetten der römischen Wirtschaft beschäftigt: Dem Fiskalsystem und seiner Bedeutung für den als Globalraum konstituierten römischen Staat. Wir haben die römische Fiskalordnung unter folgenden Aspekten untersucht: Die Zielsetzung und Funktionalität der Steuerpraxis. Dann die im Übergang von der Republik zur Kaiserherrschaft sich verändernden Bedingungen des Abgabensystems. Ferner die Bedeutung von

Grund und Boden als Basis für die Steuererhebungsmodalitäten. Schließlich wurden die in der Regierungszeit des Diocletian und Constantin eingeleiteten Reformen der römischen Fiskalpraxis genauer betrachtet und die Folgewirkung des staatlichen Dirigismus für den gesamten Wirtschaftskreislauf in dieser Zeit der Krise untersucht.

Eng damit zusammenhängend steht dann der nächste Themenkreis, der angegangen werden musste und der in der modernen Literatur eine besonders starke Aufmerksamkeit gefunden hat. Die Rede ist vom Geld, genauer vom Münzwesen, von der monetären Politik, vom Banken- und Kreditsystem und allgemein von der Finanzpolitik des römischen Staates. Aus diesem Grunde wurden einerseits die Thematiken der Monetarisierung und des Kreditwesens und andererseits die Fragen nach der Gestaltung der Preise sowie ihrer Stabilität und Entwicklung einer, so weit es die antiken Quellen erlaubten, genauen Überprüfung unterzogen. Gerade dieser letzte Gesichtspunkt ist wesentlich für das Verständnis der Geldpolitik, denn aus der Beobachtung der zyklischen Geldentwertungsmaßnahmen und Inflationswellen lassen sich begründete Aussagen zur römischen Wirtschaftskraft treffen. Der Versuch, die Preise zu kontrollieren, war eine der großen finanzpolitischen Herausforderungen des III. Jahrhunderts. Angesichts des gestiegenen Kostenbedarfs als Konsequenz einer aus dem Ruder laufenden Außenpolitik musste die römische Regierung gewaltige Anstrengungen unternehmen, um den

Militärapparat zu finanzieren und die innere Stabilität zu gewährleisten. Die Versuche der Regierung über die Gestaltung der Preise die Kriegskosten zu kontrollieren, dürfen als Ausdruck eines sich ausbreitenden staatlichen Dirigismus aufgefasst werden. Im Zusammenhang damit standen die durchgeführten Münzreformen, die den Puls der Geldpolitik und damit die Funktionalität der Wirtschaft steuern sollten.

Im Abschlusskapitel wird die Wirtschafts -und Sozialverfassung Griechenlands kurz angerissen unter Berücksichtigung der ökonomischen Theorien von Max Weber und Moses Finley, um auf diese Art eine Vergleichsgrundlage zum römischen Wirtschaftswesen zu erhalten und so die erzielten Ergebnisse zum römischen Wirtschaftskreislauf in einem breiteren Zusammenhang zu stellen.

Eine der wichtigsten Einsichten der vorliegenden Studie ist die Notwendigkeit, unterschiedliche Vorgehensweisen einzuschlagen bei der theoretischen und analytischen Bewältigung des Quellenmaterials unter Einbeziehung der Multiperspektivität der makro- und mikroökonomischen Ansätze. Hinzu kommt, dass jede wirtschaftspolitische Aussage von Tragweite nur auf dem Boden der historisch-kritische Methode möglich ist unter Berücksichtigung aller wesentlichen Tätigkeitsfelder der römischen Wirtschaft: Der Landwirtschaft, des Handels, der Märkte, des Steuerwesens und der Geldwertpolitik. Aber über die Darstellung und Beurteilung einzener Phänomene des römischen

Wirtschaftskreislaufs hinaus, war eine der Hauptabsichten dieser Arbeit die Anwendung von theoretischen Zugriffen, die aus dem unerschöpflichen Fundus der modernen Wirtschaftswirklichkeit stammen, um nachzuweisen, dass mit ihrer Hilfe die Grundzüge der antiken Wirtschaft besser begreifbar zu machen sind.

11. ZU DEN GRUNDLAGEN DER GRIECHISCHEN WIRTSCHAFTS-UND SOZIALVERFASSUNG

Die nachfolgenden Bemerkungen stellen im strengen Sinne keine eigenständige Forschungsleistung dar, sondern wollen vielmehr eine aus der einschlägigen Forschungsliteratur geschöpfte Darstellung der Grundzüge des griechischen Wirtschaftslebens vermitteln, die naturgemäß fragmentarisch bleiben muss, angesichts der Komplexität der Fragestellung.²⁵⁰ Angestrebt ist eine Übersicht über deren wichtigsten Themenfelder, um einen Vergleich mit den sozialen und ökonomischen Strukturen des römischen Staates zu ermöglichen. Im Blickpunkt steht die wirtschaftliche Entwicklung der sozialen und ökonomischen Lebensverhältnisse, die sich von der archaischen Zeit bis zu den entwickelten Polisgesellschaften der klassischen Epoche erstrecken unter Beachtung des

²⁵⁰ Es wurden vor allem die folgenden Werke: M. Austin, P. Vidal-Naquet, *Gesellschaft und Wirtschaft im alten Griechenland*, München 1984; M. I. Finley, *Die antike Wirtschaft*, München 1980; derselbe, *Die Sklaverei in der Antike. Geschichte und Probleme der Forschung*, München 1981; F. Gschnitzer, *Griechische Sozialgeschichte. Von der mykenischen bis zum Ausgang der klassischen Zeit*, Wiesbaden 1981; I. Hahn, *Königsland und königliche Besteuerung im hellenistischen Osten*, *Klio* 60 (1978) 11-34; J. Hasebroek, *Staat und Handel im alten Griechenland. Untersuchungen zur antiken Wirtschaftsgeschichte*, Tübingen 1928; H. Heinen, *Zur Sklaverei in der hellenistischen Welt*, *AncSoc.* 7 (1976) 127-149; 8 (1977) 121-154; A.H.M. Jones, *The Economic Basis of Athenian Democracy*, *P&P* 1 (1952), 13-31; S. Lauffer, *Die Bergwerkssklaven von Laureion*, Wiesbaden 1979; A. Mele, *Società e lavoro nei poemi omerici*, Neapel 1968; M. Rostovtzeff, *Gesellschafts- und Wirtschaftsgeschichte der hellenistischen Welt*, 3 Bde., Stuttgart 1955/1956; P. Spahn, *Mittelschicht und Polisbildung*, Frankfurt-Bern-Las Vegas 1977; M. Stahl, *Gesellschaft und Staat bei den Griechen (archaische Zeit, klassische Zeit)*, 2. Bde., Paderborn, München, Wien, Zürich 2004.

Strukturwandels, der sich im hellenistischen Zeitalter vollzog. Sie soll mit den Augen des Historikers rekonstruiert und untersucht werden.

Nach dem Zusammenbruch der mykenischen Kultur mit ihrer beachtlichen wirtschaftlichen und administrativen Differenzierung verschwinden die sozialen, politischen und materiellen Verhältnisse im ägäisch-griechischen Raum für Jahrhunderte (*Dark Ages*) praktisch aus dem Blickfeld der Geschichte. Erst mit dem 8. Jahrhundert läßt sich in Umrissen eine extrem viel- und kleinteilige griechische Welt von hunderten bescheidener, zunächst oft isolierter dörflicher Siedlungszentren erkennen. Deren rasante Entwicklung - Bevölkerungswachstum, materielle Prosperität - führt schließlich zur ökonomisch wie sozial differenzierten Poliswelt der archaischen (ca. 700-500 v. Chr.) und klassischen (ca. 500-330 v. Chr.) Zeit. Die entscheidenden Grundlagen für die Einheit dieser Kultur und der parallel dazu sich vollziehende Wirtschaftsentwicklung wurden im 8. Jahrhundert v. Chr. gelegt. Die Einführung der leicht erlernbaren griechischen Schrift als Folge der Kontakte mit den Phönikern - eine wichtige Voraussetzung für die Abwicklung von Handelstätigkeiten - und die Epen Homers bestimmten ebenso eine gemeinsame griechische Identität wie die Aufnahme der Olympischen Spiele (seit 776 v. Chr.). Diese Identität bestand tatsächlich, trotz der ökonomischen und dauerhaften politischen Zersplitterung, wie sie durch die naturräumlichen Gegebenheiten Griechenlands (überwiegend

Berglandschaften, wenig Kulturland in kleinräumigen Tälern und Küstenstrichen, unzureichende Kommunikationslinien, kaum Bodenschätze) vorgegeben wurde. Von Anfang an war die griechische Wirtschaft auf das Land und das Meer ausgerichtet gewesen. Der Oikos (wovon unser Wort für Ökonomie herrührt) steht für das erste, der Seehandel für das zweite Element. Die wirtschaftlichen Aktivitäten sind nicht von der gesellschaftlichen Ordnung der Poleis und Stammensstaaten zu trennen. Weil sich der Adel im Wirtschaftsleben weitgehend zurückhielt, übernahm das städtische Bürgertum die Initiative. Auf seinen Unternehmungsgeist und seine Dynamik ist der wirtschaftliche Aufschwung Griechenlands im 5. Jahrhundert v. Chr. zurückzuführen. Eine soziale Begleiterscheinung dieses Wirtschaftssystems war die Sklaverei. Von Anfang an zerfiel die griechische Gesellschaft in Freie und Unfreie. Daran wird sich in den Bürgergesellschaften der Poliswelt nichts ändern.

Jenseits der Adelswelt mit ihrem ständigen Ringen um die Behauptung und dem Erwerb von Macht, Einfluß und Ruhm existierte eine wesentlich stummere bäuerliche Welt voller Mühen, Entbehrungen, harter Arbeit und Überlebenskampf, die bereits in Hesiods Gedichten (Anfang des 7. Jahrhunderts v. Chr.) ihre Stimme erhob. Wir kennen ihn als Verfasser einer Göttergenealogie, doch daneben hat er einer aus persönlicher Betroffenheit bestimmte Schrift verfasst, die den Titel "Werke und Tage" trägt und einige brennenden Fragen seiner wirtschaftlichen Existenz anspricht. Die

hier dargebotenen persönlichen Erfahrungen sind auf die allgemein vorherrschenden Verhältnisse seiner Umwelt extrapolierbar. Wegen ihrer Einzigartigkeit und Relevanz für das Wirtschaftsleben einer Bevölkerungsmehrheit verdient die hesiodische Schrift eine ausführlichere Würdigung. Bereits die in feierlicher Gebetssprache abgefaßten ersten Verse vermitteln im Lobgesang auf den Göttervater Zeus einen Einblick in die Bedingtheit menschlichen Tuns. Nichts ist auf Dauer angelegt. Die Wechselbeziehung zwischen Glück und Verderben offenbart die Labilität der Gesellschaft und kündigt von deren Unvollkommenheit. Wenn Hesiod eine private Angelegenheit, nämlich die Erbstreitigkeiten, in die er mit seinem Bruder Perses verwickelt war, zum Thema seiner Dichtung macht, so wird gleichsam eine bisher unbekannte Perspektive der Reflexion über die gesellschaftlichen Verhältnisse dargeboten. Der unmittelbare Bezug von Hesiods Aussagen zur vorherrschenden Realität macht aus ihnen eine hochrangige Geschichtsquelle. Trotz der epischen Sprachform kommt hier das Alltagsleben im früharchaischen Griechenland erstmalig direkt zu Wort. Er schreibt aus dem Blickwinkel eines mittleren böotischen Landbesitzers und berichtet über die religiösen, wirtschaftlichen, sozialen und politischen Lebensbedingungen seiner Umgebung. Einen besonderen Stellenwert nimmt die Auflistung der landwirtschaftlichen Tätigkeiten samt den Ratschlägen, die Hesiod bereitwillig erteilt, ein: Pflügen und säen sollte man zu Beginn der Regenzeit. Dies war auch die beschwerlichste Arbeit im ganzen

Jahreszyklus, denn die benutzten Holzpflüge, die lediglich an der Schar mit Eisen verkleidet waren, konnten das Erdreich nur leicht umwenden. Im Spätherbst und Winter sollte man sich befleißigen, Holz für die landwirtschaftlichen Geräte zu schlagen, anstatt die Zeit nutzlos in der Taverne zu verbringen, ermahnt Hesiod sein Publikum. Im Frühjahr begann erneut die Feldarbeit. Die Weinstöcke mußten beschnitten werden und schließlich war im Sommer die Getreideernte einzubringen. Ein Sklave mußte genügen, denn bei Arbeitsunfähigkeit mußte er ernährt werden, und Nahrungsmittelüberfluß war ein Fremdwort in dieser auf Subsistenzwirtschaft beruhenden Gesellschaft. Von den "geschenkeverzehrenden Königen" ist die Rede, die bei Streitigkeiten als Richter fungierten und als bestechlich abgetan werden. Die dargestellte Situation zeigt aber auch, daß Hesiod und Perses, zwei freie Landbesitzer, zur Schlichtung ihrer Rechtshändel der Mitwirkung der *basileis* nicht bedurften. Und so zeugt die unfreundliche Tonart, die gegen die Adligen zu vernehmen ist, auch vom Selbstbewußtsein der mittleren und kleineren Grundbesitzer, die als Bürger der Polis sowohl auf dem Schlachtfeld als auch in der Agora deren Geschicke mitgestalteten. In der bäuerlichen Welt Hesiods sind die Adligen keine strahlenden Helden homerischen Zuschnitts, sondern raffgierige örtliche Notabeln, die sich die Nöte der ärmeren Bevölkerungsschichten zunutze machten. Um sich gegen deren Willkür bei der Rechtsprechung zu schützen, wird im Verlauf des 7. Jahrhunderts v. Chr. eine Kodifizierung des Rechts

gefordert, was jedoch nur selten erfüllt wurde. Die schlechte Überlieferungslage vermerkt lediglich die Gesetzeswerke des Zaleukos von Lokroi, Charondas von Katane und des Atheners Drakon (um 620 v. Chr.). Letztere sahen eine Reihe von Sanktionen für Gesetzesübertretungen vor, die wegen ihrer überaus großen Härte eine zweifelhafte Berühmtheit erlangten (Drakonische Strafen).

Jedoch muss man sich vor einem allzu idealisierten Bild der Adelskreise hüten, wie man es anhand der pindarischen Oden gewinnen könnte. Die Realität sah oft genug anders aus. Überall, wo eine schroff aristokratische Herrschaft sich ungehemmt ausleben konnte, waren die Folgen für die Allgemeinheit bedrückend, wie es die vorsolonischen Verhältnisse in Athen belegen (Ende des 7., Anfang des 6. Jahrhunderts v. Chr.). Denn dort spitzte sich ein Problem besonders zu: der Landbesitz, der in den Händen weniger konzentriert war. Die sozialen Mißverhältnisse führten dazu, daß diejenigen, die ihre Schulden nicht zurückzahlen konnten, in die Abhängigkeit der Landbesitzer gerieten (*hektemoroi*: zur Abgabe von 1/6 des Ertrages verpflichtet). Wie Aristoteles berichtet, dauerten die durch die Schuldknechtschaft verursachten Konflikte lange Zeit an.²⁵¹ Das Archontat des Solon (594 v. Chr.) vermochte zwar diese Probleme nicht vollständig zu lösen, doch leitete es eine Wende ein.²⁵² Die Schuldknechtschaft

²⁵¹ Aristoteles, *Staat der Athener* 2, 2.

²⁵² F. J. Gómez Espelosín, F. J.: *Introducción a la Grecia Antigua*, Madrid 1998, 39-42; A. Domínguez Monedero, *Solón de Atenas*, Barcelona, 2001; M.

wurde gesetzlich abgeschafft, indem der rechtliche Status eines *hektemoros* beseitigt und das Wegführen (*agein*) von athenischen Bürgern in die Sklaverei verboten wurde. Da aber die Schuldsteine nur symbolisch entfernt wurden und somit der ungleiche Landbesitz fortbestand, war die Schuldenabschüttelung (*seisachtheia*) nur ein Teilerfolg. Solons Absichten verfolgten die Wiederherstellung des sozialen und politischen Gleichgewichtes. Als anerkannter Schiedsrichter leitete er einen Prozeß ein, der zur Festigung der Bürgergemeinschaft und zur Beschneidung der adligen Willkürherrschaft führen sollte. Dazu war es nötig, den radikalen Ausuferungen entgegenzutreten, was sich in der Praxis als Linderung eklatanter Mißstände manifestierte. Die Vornehmen sollten nach wie vor regieren, aber nicht über eine geknechtete Volksmasse herrschen. Solon war adliger Herkunft (er zählte zu den Eupatriden), und seine politischen Optionen waren aristokratisch bestimmt. Nur wollte er im Unterschied zu vielen seiner Standesgenossen keine selbstherrliche Adelsherrschaft, da er darin eine Lähmung der Energien der gesamten Polis erblickte. Der Aufruf zum Kampf um Salamis ließ sich nur als gemeinsame Aufgabe aller Politen verkünden.²⁵³ Daher galt sein Bemühen der Zerschlagung jener Knebel, die den wirtschaftlichen und sozialen Gesundungsprozeß Athens erstickten. Ausführlich beschrieben wird die von Solon angestrebte Ordnung der politischen Verhältnisse in

Stahl, *Gesellschaft und Staat bei den Griechen: Archaische Zeit*, vol. 1, Paderborn et al. 2003, 176-220.

²⁵³ Solon. Fragment 2 d.

dem Gedicht, das den beziehungsreichen Titel *Eunomia* (gute Ordnung) trägt: *Die Bürger selbst und ihre verworfenen Führer bringen die große Stadt (Athen) in Not. Denn die Schändlichen lockt die Gier nach großem Gewinn. Weder des Tempels Besitz, noch das Vermögen des Staats schonen sie, stehlen und rauben, wo immer die Beute sich bietet und wahren der Dike heilige Satzungen nicht. Traurige Knechtschaft bricht rasch über alle herein. Mir gibt das Herz den Befehl, die Athener so zu belehren: Gilt kein Gesetz, wird viel Übel dem Staate erwachsen. Gilt das Gesetz, es fügt zu schöner Ordnung das Ganze.*²⁵⁴

Das Wohl der Polis hängt von der Beachtung der Gesetze und von der Ausübung der Gerechtigkeit ab, so könnte man das solonische Reformprogramm charakterisieren. Aus Erfahrung wußte Solon, daß sich dieses nur verwirklichen ließ, wenn eklatante soziale Schieflagen, die politische Spannungen verursachten, beseitigt wurden. Unüberhörbar schwingen hier Hesiods Beschwörungen der Gerechtigkeit mit. Doch Solons Äußerungen sind politischer. Hesiods Appelle richteten sich an die Führungsschicht, Solon dagegen sprach alle Politen an. Während bei Hesiod die Bande zwischen Rechtsuchenden und Rechtsprechenden lediglich Individualbeziehungen mit bedingter Rückwirkung auf das Gemeinwesen widerspiegeln, hängt bei Solon die Wiederherstellung der Gerechtigkeit (*dike*) von der Mitarbeit aller Bürger ab. Solon prangerte die Habsucht an, weil sie

²⁵⁴ Solon, Fragment 3.

Übermut erzeuge. Allerdings sah er im Gegensatz zu Alkaios von Mytilene oder Theognis von Megara im Kontrast von Tugend und Reichtum nicht einen prinzipiellen Antagonismus zwischen vornehmer Abstammung und Besitz. Vielmehr deutete er die aus dieser Spannung resultierende Konfrontation als die Differenz zwischen einem ehrenhaften Standpunkt eines für das Gemeinwohl tätigen Bürgers gegenüber der Polis und der egoistischen Sucht eines allein seinen ureigenen Bedürfnissen gehorchenden Individualisten. Die Befolgung ethischer und sozialer Grundsätze wog aus seiner Sicht mehr als das Festhalten an überholten Standesunterschieden.

Solon wollte Mißstände durch Reformen beseitigen, ohne eine völlig neue Umgestaltung der Polis herbeizuführen. Das solonische Erneuerungsprojekt mündete in die Etablierung einer timokratischen (da heisst nach Vermögensklassen gegliederten) Verfassung ein. Die soziale Abstufung der Politen und deren Beteiligung an den Institutionen des Staates (Rat, Magistraturen, Richteramt) sollte an ihren Besitz gebunden sein. Namen und Herkunft genügten nicht mehr. Nun bekamen Bürger, die zu Wohlstand gelangt waren, sei es dank ihrer Handelstätigkeit im Rahmen der Kolonisation oder infolge der Ausbeutung der Silberminen von Laureion, die Gelegenheit, die höchsten Ämter der Stadt zu bekleiden. Mit seinen Reformen wird Solon ein Wegbereiter der Demokratie.

Die homerischen Epen spiegeln teilweise die sozioökonomischen Verhältnisse ihrer Entstehungszeit, der zweiten Hälfte des 8. Jahrhunderts v. Chr., wieder. Grundeinheit des sozialen Lebens ebenso wie der Produktion der homerischen Gesellschaft war der *oikos*: die Familie samt Sklaven, mobilem und immobilem Besitz - im Falle eines Aristokraten auch Gefolgsleute. Als Wirtschaftseinheit stand der Oikos unter dem Leitgedanken der Autarkie, dem Bemühen um Eigendeckung jeglichen Bedarfs. Kaum ein Produkt (meist Metallwaren) mußte außerhalb eingetauscht werden, wirklicher Handel existierte kaum. Materieller Reichtum beruhte vornehmlich auf Landeigentum und auf Viehbesitz (Rinderherden) sowie auf der Hortung von Vorräten und prestigeträchtigen wertvollen Gütern (Metalle, Waffen, kostbare Stoffe), die sich zum standesgemäßen Gabentausch eigneten. Der Austausch von Geschenken, den die Vornehmen im Umgang mit ihresgleichen pflegten, war kein Handel, sondern Ausdruck der gegenseitigen Wertschätzung im Rahmen der Gastfreundschaft. Die Adelsethik der homerischen Gesellschaft kannte darüber hinaus vor allem eine standesgemäße Erwerbsweise: den Krieg und das Beutemachen. Diese boten zugleich Spielräume für den ausgeprägten aristokratischen Wettbewerb um Besitz, Ruhm und Prestige. Klar formuliert findet sich in den Epen die Verachtung anderer Erwerbsweisen wie zum Beispiel Handel und Handwerk.²⁵⁵Die Auffassung, daß abhängige Erwerbstätigkeit wie eigentlich

²⁵⁵ M. Austin, P. Vidal Naquet, *Gesellschaft und Wirtschaft im alten*

überhaupt jede Arbeit (außer als freier Bauer) zur Bestreitung des Lebensunterhaltes abzulehnen sei, da sie dem aristokratischen Lebensideal der Kriegerethik oder der Muße zuwiderlaufe, wirkte weit über die homerische Gesellschaft hinaus und bestimmte so auch später die Werteskala der Polisgesellschaft. Mit Blick auf einen in älterer Zeit abgelaufenen Kulturtransfer zwischen Ägypten beziehungsweise Völkern des Vorderen Orients und den Hellenen steuerte Herodot für seine eigene Zeit (5. Jahrhundert) eine aufschlußreiche Bemerkung zum Thema bei: *Wer von körperlicher Arbeit frei ist, gilt für edel, besonders wer sich der Kriegskunst widmet. Das haben sämtliche Griechenstämme übernommen, besonders die Spartaner. Am wenigsten verachten die Korinther die Handwerker.*²⁵⁶

Weniger die auf die Lebenswelt der Helden (Aristokraten) fixierten homerischen Epen als das große Gedicht "Werke und Tage" des böotischen Bauern Hesiod gestattet Einblicke in die Wirtschafts- und Lebensweise der großen Mehrheit der Bevölkerung der archaischen Zeit: Mühseliger Ackerbau (keine Großviehzucht) als prekäre Grundlage für die Erarbeitung eines Existenzminimums (Subsistenzwirtschaft) durch den Anbau von Weizen und Gerste, aber auch Wein und Oliven, kennzeichnen die Verhältnisse ebenso wie die Bedrückung der Landbewohner durch adlige Herren.

Griechenland, München 1984, 32-38.

²⁵⁶ Herodot, *Historien* 2, 167.

Handel und Schifffahrt bildeten die Klammer, die das griechische Mutterland mit seinen weit zerstreuten Interessensphären verband. Aus der Beobachtung ihrer Entwicklung vom 8. bis zum 4. Jahrhundert v. Chr. ergeben sich wichtige Kriterien für die Beurteilung der sozialen und ökonomischen Verhältnisse Griechenlands. So stellte die durch die literarischen Quellen bezeugte Fahrt des Samiers Kolaïos nach Tartessos (um 630 v. Chr.) das klassische Beispiel eines Händler-Abenteurers dar. Daneben gab es weniger spektakuläre, geradezu archaische Formen von Handelsbeziehungen, über die ein anschaulicher Bericht bei Herodot vorliegt: *Wenn die Karthager nach Westafrika segeln, laden sie ihre Waren ab und legen sie am Strand nebeneinander aus. Dann steigen sie in ihre Schiffe und geben ein Rauchsignal. Sobald die Einheimischen den Rauch sehen, kommen sie ans Meer; dann legen sie Gold als Preis für die Waren hin und ziehen sich zurück. Daraufhin erscheinen die Karthager und sehen nach. Entspricht das Gold ihrer Meinung nach dem Wert der Waren, so nehmen sie es und fahren ab; andernfalls gehen sie wieder auf die Schiffe und warten dort. Jene aber nähern sich dann wieder den Waren und legen Gold hinzu, bis sie sie zufriedenstellen.*²⁵⁷

Doch gewöhnlich ging der Weg der Erschließung eines Absatzmarktes über die Gewinnung der Oberschichten der Zielregion. Die griechischen Seefahrer tauschten mit ihnen Geschenke, schlossen Freundschaft und Abkommen und ebneten so

²⁵⁷ Herodot, *Historien* 4, 196, 1 s.

den Weg für weitere kommerzielle Vorhaben. Das Interesse galt hauptsächlich Rohstoffen unterschiedlichster Art (Felle, Holz etc), Nahrungsmitteln (Getreide, Fleisch), Menschen (Sklaven) vor allem aber Metallen (Silber, Blei, Zinn etc). Wer waren diese Seefarer, die sich auf die langen und gefährlichen Routen des Nordens und Westens aufmachten? Die soziologische Einordnung der Händler-Abenteurer bereitet einige Schwierigkeiten. So lassen sich bei Homer sowohl Belege dafür beibringen, daß der Handel als eine für einen vornehmen Mann unziemliche Beschäftigung galt, als auch für das Gegenteil. Zwar taucht bei Homer keine Bezeichnung für Händler auf, dafür werden aber die Phöniker als für die Abwicklung des Fernhandels Zuständige erwähnt. Daß sie negativ gezeichnet werden, scheint mit ihrer Tätigkeit (wobei Piraterie und Angst vor Fremden auch eine Rolle spielten) zusammenzuhängen. Andererseits sprach Herodot mit Hochachtung von den Leuten, die sich auf die großen Seerouten aufmachten. Der bereits erwähnte Kolaios von Samos war ein Aristokrat. Nur wer ein Schiff, samt Ausrüstung und Warenlager besaß, war in der Lage sich am Fernhandel zu beteiligen. Eine lange Seefahrt war mit beträchtlicher Unsicherheit verbunden; daher mußten die Gewinne entsprechend hoch sein, um die eingegangenen Risiken zu kompensieren.

Die Fortschritte im Schiffsbau und in der Navigation sowie die Konstituierung fester Routen und Absatzmärkte führten zu einer Intensivierung des Seehandels und zur Herausbildung eines Berufsstandes. Diesbezüglich vermerkte Thukydides: *Das*

*Seemannshandwerk ist eine Kunst (techne), die man nicht nur so gelegentlich nebenher treiben kann, sondern auf die man sich mit ganzer Kraft verlegen muß.*²⁵⁸ Parallel dazu läßt sich eine Differenzierung der mit dem Fernhandel zusammenhängenden Tätigkeiten beobachten. Dazu zählte auch das Aufkommen von Handelsgesellschaften, nicht selten mit multiethnischem Charakter. Griechen, Karthager und Italiker fanden sich zusammen, um maritime Geschäftsabschlüsse zu tätigen. Demosthenes liefert ein Beispiel für polisübergreifende Geschäftsverbindungen, das sich verallgemeinern läßt.²⁵⁹ Es handelt sich um einen um 340 abgeschlossenen Darlehensvertrag für eine Seefracht bei dem Kreditgeber und Kreditnehmer aus verschiedenen griechischen Staaten stammen: Athen, Phaselis (Kleinasien) und Karystos (Euböa).

Die Gesellschaft, von der Institution des auf Unabhängigkeit hin ausgerichteten Oikos charakterisiert, gliederte sich in Adlige und Nichtadlige mit ihren unterschiedlich großen Besitztümern und Familien. Die dabei wirksamen Abhängigkeits- oder Gewaltverhältnisse traten vornehmlich im Krieg und bei Rechtsstreitigkeiten (Hesiod klagte hier über "geschenkefressende Könige") hervor, waren aber nicht feudaler Natur. Weitergehende gesellschaftliche Strukturen wurden, ungeachtet der Existenz erster spezialisierter Berufe (*Demiourgoi* - Handwerker: etwa

²⁵⁸ Tukydidēs, *Historien* 1, 142, 8.

²⁵⁹ Demosthenes, *Gegen Lakritos* 10-13.

Zimmerleute, Schmiede, Töpfer aber auch Sänger, Ärzte, Seher u.a.), noch nicht ausgebildet.

In homerischer, ebenso aber auch in späterer Zeit ragten in den verschiedenen lokalen und regionalen Gesellschaften Griechenlands die Aristokraten (*hoi aristoi*: die Besten) in wirtschaftlicher wie in sozialer Hinsicht heraus. Die Konzentration von Landbesitz, materiellem Reichtum und Anhängerschaft war Grundlage auch der politischen Dominanz dieser Oberschicht. Exklusivität leiteten die Adelsfamilien und -geschlechter (Eupatriden: Wohlgeborene) aber ebenso aus ihren Familientraditionen mit oft mythischen Ahnen und, damit zusammenhängend, uralten Familienkulten ab. Überhaupt verwalteten aristokratische Sippen zugleich die für die Gemeinschaft relevanten Kulte ihrer Lokalgesellschaft; das einfache Volk blieb so religiös von ihnen abhängig. Kult, Tradition, Reichtum, Prestige und in Krieg wie Gemeinschaftsleben erbrachte Leistungen begründeten zugleich die politischen Herrschaftsansprüche dieses Geburtsadels gegenüber der Masse der einfachen Bevölkerung. Sehr plastisch brachte (Ende 6. Jahrhundert v. Chr.) ein kretischer Aristokrat sein Standesbewußtsein folgendermaßen zu Wort: *Großen Reichtum besitze ich: einen Speer und ein Schwert und den schönen Schild, den Schutz des Körpers. Denn dadurch pflüge ich, dadurch mähe ich, dadurch keltere ich den süßen Wein aus der Traube, dadurch nenne ich mich Herr der Geknechteten. Sie aber, die es nicht wagen, einen Speer und ein*

*Schwert und den schönen Schild, den Schutz des Körpers zu haben, kauern alle nieder und beugen vor mir das Knie, nennen mich Herrn und großer König.*²⁶⁰

Konstitutiv für das Selbstverständnis dieses Adels, der sonst keine grundsätzlichen formalen Zugehörigkeits- oder Gliederungskriterien kennt, war ein Selbstbild mit festumrissenen Wesensmerkmalen und Leistungsattributen: stark, tüchtig, tapfer, reich, gut und schön zu sein. Die Pflege entsprechender spezifischer Lebensformen erlaubte im lokalen Raum und übergreifenden gesellschaftlichen Rahmen die Zurschaustellung dieser Eigenschaften und zugleich die Abgrenzung gegenüber Nichtadligen: Sportliche Wettkämpfe (Agone – am berühmtesten waren die Olympischen Wettbewerbe) dienten diesem Zweck ebenso wie Symposien, repräsentative Gelage unter Gleichgestellten, und waren damit Bestandteile einer Adelskultur, an der Aristokraten in der gesamten griechischen Welt partizipierten. Weitreichende Heiratsbeziehungen, Gastfreundschaften und persönliche Netzwerke sorgten für ein grenzüberschreitendes Zusammengehörigkeitsgefühl dieser führenden Familien. Zugleich dienten sie wirtschaftlichen und politischen Interessen der jeweiligen Heimatorte. Aufgrund dieser Voraussetzungen bildeten die Adelsfamilien auch das natürliche Reservoir für die Rekrutierung der Entscheidungs- und Amtsträger in den sich in archaischer Zeit formierenden Polisgesellschaften.

²⁶⁰ Athenaios, *Deipnosophistai* 15, 695f-696 a.

Auch in der Zeit der politischen, auf die Gleichstellung aller Bürger zielenden Reformen stammten die maßgeblichen Politiker (so in Athen im 5. Jahrhundert v. Chr. Miltiades, Kimon, Perikles oder Alkibiades) immer aus alten Adelsfamilien. Dies spiegelt den anhaltenden Einfluß dieser Oberschicht wieder. Aristokratische Mentalität, Kultur und Wertvorstellungen wirkten gleichfalls nachhaltig in der Bürgergesellschaft der Polis: Im Zuge des wirtschaftlichen und militärischen Aufstieges weiterer Bevölkerungskreise (Hoplitenklasse) wurden jene adligen Maßstäbe und Lebensformen vielfältig imitiert bzw. adaptiert. Elitäres und egalitäres Selbstbewußtsein wurde nicht zuletzt in die Städtegründungen in Übersee (Sizilien, Süditalien, Thrakien, Schwarzes Meer) exportiert.

Bereits in der Odyssee zeichnete sich ein grundlegender Wandel der ökonomischen Bedingungen und eine neue Wirtschaftsmentalität ab. Das auch archäologisch zu fassende enorme Bevölkerungswachstum des 8./6. Jahrhunderts, die Intensivierung der Landwirtschaft, vor allem aber der Aufschwung des Seehandels und der Außenbeziehungen Griechenlands in der Mittelmeerwelt bedingten eine atemberaubende Dynamik der wirtschaftlichen, sozialen und politischen Entwicklungen in der griechischen Welt. Die große Kolonisationsbewegung seit dem ausgehenden 8. Jahrhundert v. Chr. gewann neues Ackerland und erschloß neue Handelsmärkte, erlaubte zugleich aber auch einen

Abbau des Bevölkerungsdruckes und wachsender sozialer Spannungen im Mutterland.

Die Erfindung des Münzgeldes in der zweiten Hälfte des 7. Jahrhunderts v. Chr. in Lydien und der rasche Übergang zur Geldwirtschaft im griechischen Raum dynamisierte das Wirtschafts- und Handelsleben, drängte die in sich geschlossene Oikowirtschaft zurück und führte zur offenen, stärker arbeitsteilig geprägten Poliswirtschaft. Die Mobilisierung des Kapitals und die sprunghafte Zunahme des Verkehrs schafften neue Wirtschaftsmöglichkeiten und Machtsphären und beeinflussten zutiefst die Voraussetzungen der traditionellen Gesellschaftsgliederung. Die Ablösung des Geblütsadels durch den Geld- und Besitzadel ging auch einher mit einer zunehmenden sozialen Differenzierung in den anderen Gesellschaftsschichten. Profitorientierte Nutzung des Grundbesitzes führte zur Ausbeutung der Theten (landlose Tagelöhner), Pächter und abhängigen Kleinbauern und zum Aufkauf der Ländereien kleinerer Bauern. Die Verarmung und Verschuldung dieser Bevölkerungsgruppen, ihr Absinken in den Status von Hörigen bis hin zur Schuldklaverei erzeugte wachsende soziale Spannungen. Umgekehrt gelang es anderen Gruppen, von der Intensivierung des überregionalen Handels und der neuen Wirtschaftsweise in den aufblühenden Poleis mit ihrem Prinzip von Angebot und Nachfrage und der Differenzierung und Verbesserung der Herstellungsmethoden erheblich zu profitieren. Auf diese Lage reagierten die Athener indem sie den Piräus als Zentralmarkt

einrichteten, wie aus einer Textpassage des Isokrates hervorgeht: *Weil die meisten Länder Mangel leiden an bestimmten Waren und daraus große Verlegenheit entstehen kann, denn es ist schwierig bestimmte Güter abzusetzen und sich andere Güter zu beschaffen, half Athen diesen Mißständen ab. Es richtete mitten in Griechenland als Markt den Piräus ein, der so viel Außerordentliches hat, daß von ihm das alles zusammen leicht herbeizuschaffen ist, was bei den Übrigen schwer einzeln von Jedem zu bekommen ist.*²⁶¹

Die wachsende Wirtschaftskraft der Poleis blieb militärisch wie politisch nicht ohne Auswirkung: Das Vordringen der neuen Kampftechnik, der schwerbewaffneten Phalanx, die sich aus allen zur kostenaufwendigen Selbstausrüstung fähigen Mitgliedern der Gemeinschaft rekrutierte, ließ jene wirtschaftlichen Aufsteiger auch politisches Selbstbewußtsein gewinnen. Die Einführung timokratischer Verfassungen, die politische Partizipationsrechte von der Höhe des Vermögens bzw. der Einkünfte abhängig machten, trug diesen neuen Verhältnissen Rechnung: In Athen etwa führte Solon 594/93 v. Chr. im Rahmen seiner weitreichenden Reformen einen (in eher anachronistischer Weise noch an Agrarerträgen orientierten) Zensus ein, der vier Bürgerklassen festlegte: Fünfhundertscheffler (*Pentakosiomedimnoi*), Ritter (*Hippeis*) mit mindestens 300 Medimnen, *Zeugiten* von über 200 Scheffel und schließlich die große Masse der besitzlosen Theten.

²⁶¹ Isokrates, *Panegyrikos* 42.

Die Ungleichheit von Menschen, ja selbst ihre völlige Rechtlosigkeit, empfanden die Griechen nicht als prinzipielles Problem einer Gemeinschaft. Ganz im Gegenteil war eine - im Einzelfall sehr verschiedene - strukturelle und abgestufte Ungleichheit der in einer Polis- oder Stammesgesellschaft lebenden Mitglieder für sie ein natürlicher Zustand, tatsächlich sogar eine völlig selbstverständliche Voraussetzung aller Formen menschlichen Zusammenlebens. Bereits der homerische Oikos mit seiner patriarchalischen Struktur umfaßte ein Spektrum unterschiedlicher Abhängigkeitsverhältnisse (Familienoberhaupt zu Ehefrau, zu Söhnen und Töchtern, zu Gesinde, Hörigen bis hin zu Sklaven), die Aristoteles später als fundamentale soziale Ausdrucksformen des Verhältnisses zwischen Herrschern und Beherrschten überhaupt deutete.²⁶²

Insbesondere war auch die Sklaverei eine bereits der homerischen Gesellschaft vertraute Institution. Als widernatürlich oder unmenschlich wurde sie ebensowenig wie die Versklavung von Kriegsgefangenen oder der Menschenraub zu irgendeinem Zeitpunkt empfunden. Allenfalls die Frage ihrer Naturgegebenheit (so Aristoteles, der auch eine ‚Sklavennatur‘ diagnostizierte) galt zuweilen als fragwürdig. Angesichts der Ablehnung von Handarbeit wurde Sklavenarbeit sogar als notwendige Vorbedingung zivilisierten Lebens verstanden. Das Bewußtsein des grundlegenden Gegensatzes zwischen Sklaven und Freien war deutlich ausgeprägt.

²⁶² Aristoteles, *Über den Staat* 1251 a, b.

Der Status eines Sklaven - uneingeschränktes Eigentum seines Herrn und wertvoller Bestandteil von dessen Vermögen - bestimmte sich in der Realität allerdings durchaus unterschiedlich: Seine Lebensumstände mochten je nach Tätigkeit und persönlicher Stellung im Oikos im Einzelfall leichter gewesen sein als diejenigen eines freien Mannes, der unter schwierigen Existenzbedingungen lebte, etwa als von Mißernten bedrohter, an der Subsistenzgrenze wirtschaftender Kleinbauer oder als unter ausbeuterischen Bedingungen vegetierender Tagelöhner.

Zahlenmäßig gewann die Sklaverei aber erst in der Polisgesellschaft erheblich an Gewicht. Der Einsatz von nichtgriechischen Sklaven, die meist über Sklavenmärkte aus dem Ausland bezogen wurden, in Landwirtschaft, Handwerk, Manufakturen (*ergasteria*) oder Bergbau (übrigens oft an der Seite von Freien), war für das Wirtschaftsleben hochentwickelter, exportorientierter Poleis - wie vor allem für Athen, Korinth oder Milet - von außerordentlicher Bedeutung. Gerade in diesen Staaten waren auch in archaischer Zeit andere Ausbeutungsformen durch soziale Reformen wie etwa die Solons in Athen unterbunden und so ein erheblicher Ersatzbedarf an fremden Arbeitskräften geschaffen worden. Denn die von Großgrundbesitzern zuvor als Landarbeiter ausgebeuteten, nach Verschuldung in Abhängigkeit oder in Schuldknechtschaft geratenen Kleinbauern waren durch die solonische Schuldenabschüttelung entlastet, aus der Sklaverei zurückgekauft und dauerhaft von jeder Form von persönlicher

Abhängigkeit befreit worden. Mancherorts wurde dieser Entwicklung auch, ähnlich wie im Zuge der Kolonisation, durch Neuverteilung des Bodens entgegengewirkt. Die Zahl der Sklaven mag in manchen Städten und Regionen, wie vielleicht in Attika, die der Freien erreicht oder sogar übertroffen haben. Keine große Rolle spielte hingegen die Freilassung von Sklaven im Gesellschaftsleben; diese erhielten zudem mit der Freiheit nicht zugleich (wie in Rom) das Bürgerrecht der entsprechenden Gemeinde.

Die Unterscheidung von Freiheit und Sklaverei blieb im griechischen Raum - anders als später in Rom - in mancher Hinsicht unscharf. Neben den erwähnten verschiedenen Formen von Abhängigkeiten gab es, insbesondere in archaischer Zeit, zudem noch in einzelnen Poleis (etwa Sparta, Syrakus) und Landschaften (Thessalien, Kreta) die nach ihrer Genese und ihren sozialen Implikationen nicht mit der Sklaverei zu verwechselnde Unterwerfung der einheimischen Bevölkerung. Nach der historischen Landnahme (Sparta) oder der Kolonisation wurde die im gewonnenen Gebiet angetroffene Vorbevölkerung (in Sparta/Messenien: die Heloten) kollektiv in ein sklavenähnliches Abhängigkeitsverhältnis gepreßt und zur Bearbeitung des Landes für die neuen Herren gezwungen.²⁶³ Gerade im Zeitalter der Kolonisation scheint ein solches Vorgehen gegen die

²⁶³ K.-W. Welwei, Sparta. Aufstieg und Niedergang einer antiken Großmacht, Stuttgart 2004.

nichtgriechische einheimische Bevölkerung häufig gewesen zu sein. Diese blieb an den Boden gebunden, war aber nicht wie die Sklaven persönliches Eigentum einzelner Herren.

Schon immer hatte sich die griechische Gesellschaft in freie und abhängige Individuen geteilt. Die homerische Welt entwickelte keinen Begriff für Freiheit, weil sie eine unabdingbare Prämisse darstellte. Es bestand auch keine Notwendigkeit, darüber zu reflektieren, weil die politischen Machttäger weitgehend unabhängig waren. Allerdings konnte das Frei-Sein, wenn auch nur in Extremsituationen, bedroht sein. Jedoch betraf der Freiheitsverlust weniger das Individuum als vielmehr die Gemeinschaft, in der es beheimatet war. Wenn eine Stadt erobert wurde, gerieten die Unterlegenen in die Sklaverei. Anstöße, die eine Änderung des herrschenden Status bewirken konnten, kamen von außen im Gefolge von Kriegen, Beutezügen oder Wanderbewegungen. Im Zuge der Polisbildung wandelte sich dieser Zustand als Ergebnis der militärischen, wirtschaftlichen und sozialen Verschiebungen innerhalb eines Gemeinwesens. Vor allem aber bedeutete der Besitz persönlicher Freiheit noch keineswegs den Besitz politischer Rechte. Diese waren in vielen griechischen Staaten, vor allem in Sparta und in traditionell verfaßten Gesellschaften, an Landbesitz geknüpft. Der Verlust des väterlichen *kleros* (Landlos) nach Verschuldung war somit in der Regel gleichbedeutend mit dem Verlust der Bürgerrechte. Die Krise der agrarischen Gesellschaftsordnung in archaischer Zeit aufgrund von

Bevölkerungswachstum und Realteilung des Bodens war deshalb zugleich eine ökonomische, soziale und politische Krise. Daher implizierten die Forderungen nach Neuverteilung des Bodens (Athen, Sparta und andere) zugleich die Wiedererlangung der verlorenen politischen Rechte. Die Kolonisation mit ihrer Verteilung von gleichen Landlosen an die beteiligten Siedler spiegelt ihrerseits diese Verknüpfung von Land- und Bürgerrechtsbesitz wider.

Selbst in klassischer Zeit, als das Vorbild der athenischen Demokratie weithin wirkte, zählte tatsächlich immer nur ein Bruchteil der tatsächlichen Wohnbevölkerung zur vollberechtigten Bürgerschaft einer Polis - in Athen vielleicht 15-20% der Bewohner. Waren freie Bürgerfrauen und -kinder von jeglicher politischen Partizipation ausgeschlossen und nur über männliche Vormünder rechtsfähig, so gab es weitere große Gruppen von Freien, die ganz oder teilweise ohne Rechte waren. Ortsansässige, registrierte Fremde (in Athen: Metöken, das heisst Mitbewohner) waren im Unterschied zu Bürgern mitsamt ihren Familien kopfsteuerpflichtig, durften aber bezeichnenderweise kein Land erwerben. Ungeachtet ihrer Verpflichtung zum Militärdienst (außer gegen ihre alte Heimatstadt) und zur Übernahme kostenintensiver öffentlicher Aufgaben besaßen sie keinerlei politische Partizipationsrechte. Wiewohl dieser Personenkreis in Handelsstätten wie Athen oder Korinth zahlenmäßig erheblich ins Gewicht fiel (Athen: ca. 1/6 bis 1/4 der Bürgerbevölkerung), teils

generationenlang dort lebte und beachtliche Leistungen für das Gemeinwohl erbrachte, erhielten Mitbewohner - anders als später in Rom - nur in äußerst seltenen Ausnahmen das Bürgerrecht. Dabei stammten in den prosperierenden Städten der klassischen Poliswelt gerade die aktivsten Unternehmer aus dieser Bevölkerungsgruppe zweiter Klasse. Die wirtschaftliche Blüte der klassischen Polis war - ebenso wie viele kulturelle Leistungen - wesentlich dem Engagement von ortsansässigen Fremden in allen Bereichen der nichtagrarischen Produktion, in Handwerk, Gewerbe und Handelsleben zu verdanken.²⁶⁴

Grundsätzlich galt die Vorstellung, so zumindest in den demokratisch verfaßten Gemeinwesen, daß Armut kein Hindernis für eine politische Betätigung sei. Daher wurden erhebliche Finanzmittel zur Aufrechterhaltung der Bürgerbeteiligung an den öffentlichen Angelegenheiten benötigt. Ihre Beschaffung war eines der großen Herausforderungen der Bürgergesellschaften. Ein nicht geringeres Problem, das vor allem die größeren Poleis betraf, war die Arbeitsbeschaffung, da nicht die ganze Bevölkerung von der Landwirtschaft, Handwerk und Handel leben konnte. Einige Staaten scheuten sich nicht, ungewöhnliche und strittige Wege zu gehen. So ließ Athen, um die Masse seiner Bevölkerung am Erwerbsleben zu beteiligen, von den Bundesgenossen finanzierten, öffentliche Beschäftigungsprogramme auflegen. Sie kamen sowohl der sozialen Stabilisierung als auch der Wirtschaftspolitik zugute.

²⁶⁴ M. Austin, P. Vidal Naquet, *Gesellschaft und Wirtschaft im alten Griechenland* 91-106.

Anhand der großangelegten Perikleischen Baupolitik läßt sich das Ausmaß aber auch die Problematik dieser Maßnahmen erkennen: *Perikles wünschte, daß auch die vielen Bürger, die nicht im Heer dienten und sich mit ihrer Hände Arbeit ernähren mußten, von diesem Verdienst nicht ausgeschlossen seien. Da er ihnen aber auch nicht unverdient und ohne Arbeit in den Schoß fallen sollte, legte er dem Volk großartige Pläne für Unternehmungen und Bauten vor, die zahllose Handwerker für lange Zeit beschäftigen konnten. Auf diese Weise wollte er den Bürgern, die zu Hause blieben, genau so wie den Schiffsmannschaften, den Besatzungen und den Truppen im Felde die Möglichkeit bieten, aus dem Bundesschatz (der von den Bundesgenossen gefüllt wurde) Nutzen und Vorteil zu ziehen. Vielerlei Materialien wurden benötigt, Steine, Erz, Elfenbein, Gold, Eben- und Zypressenholz, und zu ihrer Bearbeitung brauchte man Zimmerleute, Bildhauer, Kupferschmiede, Steinmetzen, Färber, Goldarbeiter, Elfenbeinschnitzer, Maler, Sticker, Graveure. Die Transporte zur See brachten den Reedern, den Matrosen und Steuerleuten Beschäftigung, diejenigen zu Lande den Wagenbauern, Pferdehaltern, und Fuhrleuten, den Seilern, Leinewebern, Sattlern, Straßenbauern und Bergknappen. Jedes Handwerk verfügte, wie der Feldherr über seine Armee, über eine Masse von ungelernten Hilfsarbeitern, die als Handlanger dienten, kurz, die Vielfalt der Arbeiten machte es möglich, daß jedem Alter und jedem Stand reicher Gewinn zuströmte.*²⁶⁵

²⁶⁵ Plutarch, *Leben des Perikles* 12.

Das auf Athen gemünzte Beispiel einer dynamischen Bürgerschaft auf dem Höhepunkt ihrer Selbstverwirklichung stellte einen Sonderfall dar. Ebenso wie das nicht minder koloritreiche Phänomen der für Sparta typischen gemeinsamen Mahlzeiten der Politen, wo sich die um einen Tisch versammelte Bürgerschaft als Sozialkörper erlebte. Aufschlußreich war das unterschiedliche Polisverständnis beider Situationen. Während der mittellose Athener vor der Gemeinschaft aufgefangen wurde, stieß Sparta den verarmten Bürger, der sich den Beitrag zur Tischgemeinschaft nicht mehr leisten konnte, aus ihrer Mitte aus. Die Polis als Bürgerverband übte eine (im positiven wie im negativen) gemeinschaftsbildende Wirkung auf ihre Mitglieder aus, bei der sich öffentliche und private Interessenlagen vermengen konnten. Sehr deutlich kam dies zum Ausdruck bei den wiederholt belegten Verteilungen von Staatsvermögen an die Bürger. Der historisch relevanteste Fall dafür war der von Herodot überlieferte Antrag des Themistokles vor Ausbruch des großen Perserkrieges. Der athenische Staatsmann schlug vor, die vorhandenen Geldreserven nicht wie üblich auf die Bürger auszuschütten, sondern sie für Gemeinschaftsaufgaben, genauer für den Bau einer Flotte, auszugeben: *Die Athener hatten viel Geld im Staatsschatz, das ihnen aus den Bergwerken von Laureion einging. Dieses Geld sollte unter die Bürger verteilt werden, zehn Drachmen auf den Mann. Doch Themistokles überredete die Athener mit dieser Verteilung aufzuhören und von dem Geld zweihundert Schiffe für den Krieg zu*

*bauen, und zwar, wie er sagte, gegen Ägina. Dieser Krieg, der damals ausbrach, rettete ganz Griechenland; denn er zwang die Athener ein Seevolk zu werden.*²⁶⁶

Die Folgen der Machtkämpfe der Diadochen nach Alexanders Tod (323 v. Chr.) waren nicht nur für die Konstituierung des künftigen Herrschaftsgebietes weitreichend, sondern auch für die nachträgliche politische und ökonomische Ausrichtung; denn das Schwergewicht verschob sich von den orientalischen Residenzstädten Babylon, Susa, Persepolis und Ekbatana nach Westen. Die Ägäis verwandelte sich in der Diadochenzeit zum Gravitationszentrum der hellenistischen Wirtschaft und Politik: Pella, Ephesos, Pergamon, Rhodos, Seleukia, Antiochia am Orontes oder Alexandria am Nil werden die Zentren der hellenistischen Welt.²⁶⁷ Gegenüber der politischen und ökonomischen Kleingliedrigkeit der griechischen Poliswelt im 4. Jahrhundert v. Chr. bietet die Ära Alexanders insofern ein verändertes Bild, als die Einheit des tradierten Wirtschafts- und Handelsraums um den Orient erweitert und somit eine Intensivierung der absatzorientierten Produktion und des Austausches möglich wurde. Gefördert wurde dies zudem durch ein gut funktionierendes Währungssystem und Bankwesen. Ein Innovationsschub im Bereich der Agrartechnik – Züchtung ertragreicherer Pflanzen- und Nutztierarten, technologische Fortschritte bei Bewässerungs- und

²⁶⁶ Herodot, *Historien* 7, 144.

²⁶⁷ F. Schachermeyr, *Alexander der Große. Das Problem seiner Persönlichkeit und seines Wirkens*, Wien 1973, 574 ff.

Kanalisationsanlagen –, aber auch im Schiffbau, verbunden mit der Gewinnung neuer Rohstoffvorkommen und Handelswege bis nach Zentralasien, Afrika und Europa, erschloss wirtschaftlich ergiebige Absatzmärkte, vor allem an den Höfen, in den königlichen Residenzen und in den neu gegründeten Städten. Die griechischen Poleis des Mutterlandes, ökonomisch durch Kriege zunehmend zerrüttet, rückten unter diesen Bedingungen nach einer kurzen Erholung an den Rand des Wirtschaftsgeschehens. Günstiger gelegene Handelsplätze, vor allem Rhodos, gewannen an Bedeutung und politischer Macht. In Ägypten spielte staatswirtschaftlicher Dirigismus eine wichtige Rolle. Vielerorts vertiefte sich die Kluft zwischen reich und arm. Eine neuerliche soziale Polarisierung wird erkennbar, gegenüber der das Schwinden der politischen Einflussmöglichkeiten für breite Bevölkerungskreise im Umfeld der monarchischen Herrschaftssysteme an Bedeutung verliert. Gleichwohl zog der politische Abstieg wichtiger traditioneller griechischer Mächte wie Athen, Sparta oder Theben im Verlauf des 4. Jahrhunderts v. Chr. keine Auslöschung der Polis nach sich. Die Stadt blieb die Keimzelle von Politik, Religion, Wirtschaft und Kultur, und so ging die Ausbreitung der hellenistischen Zivilisation mit der Gründung neuer Städte einher und mit der Belebung alter urbaner Zentren, die erst jetzt zur vollen Entfaltung gelangten. Die hellenistische Epoche erlebte die Entstehung großer Metropolen: Alexandria wurde ihr Exponent. Die königliche Residenz an der Nilmündung unterschied sich deutlich

von einer Polis klassischer Prägung. Obwohl eine Volksversammlung und ein Rat ihre politischen Geschicke mitbestimmten, wurde hier der jeweils regierende König maßgeblich. Diese Verlagerung der Macht wurde optisch durch die riesige Fläche, die innerhalb der Stadt für die königlichen Bauten reserviert war, hervorgehoben. Die Häuser einer typischen Polis waren gemessen an den Wohneinheiten hellenistischer Städte wesentlich kleiner, was einen Wandel in der Gesellschaftsstruktur widerspiegelt. Nicht mehr der enge Familienkreis, sondern eine größere Hausgemeinschaft lebte in den Domizilien der Oberschicht zusammen. Um vornehme Herren scharten sich abhängige Familien. Die private Wohnkultur richtete sich nach dem Vorbild des Königshofes. Wie es die Monarchen in ihren Palästen taten, errichteten reiche Bürger luxuriöse Stadtvillen, legten großen Wert auf repräsentative Einrichtungen und sammelten Kunstwerke und prestigeträchtige Kostbarkeiten. Um den gewachsenen Ansprüchen zu genügen, wurden die Dimensionen der Häuser nicht nur erweitert, sondern auch technisch verbessert: Sein architektonisches Markenzeichen war ein vierseitig von Säulenhallen umgebene Innenhof (Peristyl).

Die Errichtung monarchischer Systeme korrespondierte mit einer Abnahme des allgemeinen politischen Interesses des einzelnen Bürgers, was sich erheblich auf den Kulturbetrieb auswirkte. So suchte und fand die intellektuelle und künstlerische Produktion neue Themen und Betätigungsfelder, indem sie verstärkt in die

Privatsphäre eindrang. Auf der anderen Seite entwickelte sich in den neuen Machtzentren eine vom Herrscher geförderte Hofdichtung. Die Nachfolger Alexanders zeigten in der Baukunst einen starken Hang zur repräsentativen Architektur: Paläste, Denkmäler, Theater, Hallen oder Tempel prägten die Stadtbilder ihrer Residenzen, was ein gewaltiges Bauprogramm nach sich zog, das erhebliche Finanzmittel im Umlauf brachte und zahlreiche Arbeitsplätze schuf. Die Königsburg in Pergamon, das Mausoleum in Halikarnassos, der Tempel des Apollo in Didyma oder die Stoa des Attalos in Athen sind beredte Beispiele für die Monumentalität und Kreativität der vorherrschenden Kunstrichtung.²⁶⁸ Die Bildhauerei und Plastik passten sich diesem Trend an.²⁶⁹ Der heute sich in Berlin befindende Pergamonaltar, ein hochragendes Zeusheiligtum mit Freitreppe, in dem der Kampf der Götter und Giganten als Allegorie der Kriege zwischen Pergamon und den Galatern dargestellt wird, und die Laokoongruppe im Vatikan sind die markantesten Zeugnisse der hellenistischen Kunst. Wie in der Skulptur, in der bildenden Kunst oder in der Architektur gingen in den meisten Bereichen des geistigen Lebens die Impulse von den Königshöfen aus. Alexandria entwickelte sich zum Mittelpunkt des hellenistischen Kulturbetriebs; dessen Herzstück war das von

²⁶⁸ C. D. Wells, *Alexander and the Hellenistic World*, Toronto 1970, 89 ff.; C. Schneider, *Kulturgeschichte des Hellenismus*, 2 Bde., München 1967/1969, 217-224; Gehrke, *Geschichte des Hellenismus*, München, 1995, 93 ff.

²⁶⁹ C. Schneider, *Kulturgeschichte des Hellenismus*, 643-764; Wells, *Alexander and the Hellenistic World* 209 ff.

Ptolemaios I. ins Leben gerufene Museion, die bedeutendste Lehr- und Forschungsstätte des Altertums.

Das Charakteristikum des neuen Kulturbetriebes war die Ausbildung von Einzelwissenschaften, die sich aus der Philosophie herausgelöst hatten. Die exakten Naturwissenschaften erlebten einen Aufschwung. In der Medizin entdeckte der in Alexandria wirkende Herophilos das Nervensystem und wurde zum Begründer der Anatomie. Erasistratos verfeinerte die Chirurgie. In den Ärzteschulen von Alexandria, Kos, Pergamon oder Knidos wirkten namhafte Mediziner. Ihre therapeutischen Einrichtungen zogen Patienten aus aller Welt an. Von grundlegender Bedeutung erwies sich der Beitrag der hellenistischen Wissenschaft im Bereich der Mathematik. Mit dem Alexandriner Eukleides verbindet sich die Erinnerung an einen der Väter der Geometrie. Apollonios von Perge begründete die Trigonometrie, führte die Ellipsen, Hyperbeln und Parabeln in die Mathematik ein. Der alles überragende Naturwissenschaftler aber war Archimedes von Syrakus. Er entdeckte das Hebelgesetz und das spezifische Gewicht und berechnete die Kreiszahl Pi. Seine Kriegsmaschinen, die bei der Belagerung seiner Heimatstadt Syrakus eingesetzt wurden, erzielten eine große Wirkung. Auch in der Astronomie und Geographie wurden herausragende Entdeckungen gemacht. Hipparchos von Bithynien berechnete die Bahnen der Planeten sowie das Sonnenjahr. Aristarchos berief sich auf das heliozentrische Weltbild, wonach die Sonne und nicht die Erde den Mittelpunkt unseres

Astralsystems bildet. Der Alexandriner Eratosthenes, der von der Kugelgestalt unseres Planeten ausging, berechnete dessen Umfang ziemlich genau.²⁷⁰

Die zahlreichen Entdeckungen und technische Innovationen gaben der Wirtschaftsverfassung der hellenistischen Ära einen gewaltigen Schub, der sich in der Ausdehnung der ökonomischen Tätigkeit, in der Zunahme des Güterausstauschs und in der Reorganisation der Wirtschaftsstrukturen bemerkbar machte. Davon wird vor allem Rom nach der Eroberung der westlichen Teile der hellenistischen Welt erheblich profitieren.

²⁷⁰ C. Schneider, Kulturgeschichte des Hellenismus, 339-438; C. D. Wells, Alexander and the Hellenistic World, 185 ff.; Gehrke, Geschichte des Hellenismus 93 ff.

12. BIBLIOGRAFÍA

- Alföldy, Géza: *Römische Sozialgeschichte*, Stuttgart 2011.
- Alston, R.: "Roman. Military Pay from Caesar to Diocletian", *The Journal of Roman Studies*, 84 (1994), 113-123.
- Andreau, Jean; Briant, Pierre (Ed.): *Économie antique. Les échanges dans l'antiquité: le rôle de l'état*, Saint-Bertrand-de Comminges 1994 (Entretiens d'archéologie et d'histoire).
- Annequin, J.; M. Clavel-Lêveque; F. Favory: *Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad clásica*, Madrid 1979.
- Archibald, Zofia H.; Davies, John K.; Gabrielsen, Vincent (Edd.): *Making, moving and managing. The new world of ancient economics, 323-31 BC*, Oxford 2005.
- Arnold, T. *The Roman System of Provincial Administration to the accession of Constantine the Great*, Oxford, 1968.
- Aubert, Jean-Jacques; Sirks, Boudewijn (Edd.): *Speculum iuris. Roman law as a reflection of social and economic life in antiquity*, Ann Arbor/Michigan 2002.
- Ausbüttel, Frank M.: *Die Verwaltung des römischen Kaiserreiches. Von der Herrschaft des Augustus bis zum Untergang des weströmischen Reiches*, Darmstadt 1998.
- Bagnall, Roger S. (Ed.): *Egypt in the Byzantine World, 300-700*. Cambridge 2007.

- Bagnall, Roger S.: *Hellenistic and Roman Egypt. Sources and Approaches*, Aldershot 2006.
- Bagnall, Roger S.: *Later Roman Egypt. Society, religion, economy and administration*, Londres 2003.
- Bang, P. F. "Trade and empire – in search of organizing principles for the Roman economy," *Past and Present* 195 (2007) 3-54.
- Bang, Peter F.; Ikeguchi, Mamoru; Ziche, Hartmut G. (Edd.): *Ancient economies, modern methodologies. Archaeology, comparative history, models and institutions*, Bari 2006.
- Barceló, Pedro, Ferrer Maestro, Juan José: *Historia de la Hispania romana*, Madrid 2007.
- Bingen, Jean: *Hellenistic Egypt. Monarchy, society, economy, culture*, ed. by Roger S. Bagnall Edinburgh 2007.
- Blázquez Martínez, José María: *Historia económica de la Hispania romana*, Madrid, Cristiandad, 1978.
- Borgard, Philippe; Brun, Jean-Pierre; Picon, Maurice (Edd.): *L'alun de Méditerranée*. Colloque international de Naples (4-6 juin 2003) et Lipari (7-8 juin 2003), Nápoles, Aix-en-Provence 2005.
- Borgard, Philippe: *L'alun d'Occident romaine*, Nápoles 2005 (Centre Jean Bérard. Collection Etudes).
- Bresson, Alain: *L'économie de la Grèce des cités I. Les structures et la production*, Paris 2007.
- Bresson, Alain: *L'économie de la Grèce des cités II. Les espaces de l'échange*, Paris 2008.

- Brulé, Pierre; Oulhen, Jacques; Prost, Francis (Edd.): *Economie et société en Grèce antique (478-88 av. J.-C.)*, Rennes 2007.
- Brun, Jean-Pierre (Ed.): *Economies et sociétés en Grèce classique et hellénistique*, Burdeos 2007 (Pallas 74).
- Bruun, Christer; Zevi, Anna Gallina (Edd.): *Ostia e Portus nelle loro relazioni con Roma*. Atti del convegno all'Institutum Romanum Finlandiae, 3 e 4 dicembre 1999, Roma 2002 (Acta Instituti Romani Finlandiae).
- Cameron, R.: *Historia económica mundial*, Madrid 2003.
- Cartledge, P. "The economy (economies) of Greece", *Dialogos* 5 (1998) 4-24.
- Casson, Lionel: *Ancient trade and society*, Detroit 1984.
- Chankowski, Véronique; Duyrat, Frédérique (Edd.): *Le roi et l'économie. Autonomies locales et structures royales dans l'économie de l'empire séleucide*, Topoi Supplement 6, Lyon 2004.
- Claude, Dietrich: *Der Handel im westlichen Mittelmeer während des Frühmittelalters*, Göttingen 1985 (Abh. Akad. Göttingen 144).
- Craig, Benjamin: *The Yuezhi. Origin, migration and the conquest of Northern Bactria*, Turnhout 2007 (Silk Road Studies 14).
- Crawford, M.H. *Coinage and money under the Roman Republic: Italy and the Mediterranean economy*, Londres 1985.
- Crone, Patricia: *Meccan trade and the rise of Islam*, Oxford 1987.
- Curtis, Robert I.: *Ancient food technology*, Leiden, Boston, Colonia 2001.

Curtis, Robert I.: *Garum and Salsamenta. Production and commerce in Materia Medica*, Leiden 1991 (Studies in Ancient Medicine 3).

Cuvigny, Hélène (Ed.): *La route de Myos Hormos. L'armée romaine dans le désert oriental d'Égypte. Praesidia du désert de Bérénice I*, Paris 2003.

Dalby, Andrew: *Empire of Pleasures. Luxury and indulgence in the Roman world*, Londres, Nueva York 2000.

De Blois, Lukas; Rich, John (Eds.): *The transformation of economic life under the Roman Empire*. Proceedings of the second workshop of the international network 'Impact of Empire' (Roman Empire c. 200 B.C. - A.D. 476) Nottingham, July 4 - 7, 2001, Amsterdam 2002.

De Ligt, L.: *Fairs and markets in the Roman Empire. Economic and social aspects of the periodic trade in a preindustrial society*, Amsterdam 1993.

De Martino, F.: *Historia económica de la Roma Antigua*, Madrid 1985.

De Salvo, Lietta: *Economia privata e pubblici servizi nell'impero Romano. I corpora naviculariorum*, Messina 1992 (Kleio 5. Studi storici a cura di Salvatore Calderone).

Depeyrot, G. *Crisis e Inflación entre la Antigüedad y la Edad Media*, Crítica, Barcelona, 1996.

Dobbin, F. "Comparative and Historical Perspectives in Economic Sociology". in *The Handbook of Economic Sociology*, Second

Edition, edited by Neil Smelser and Richard Swedberg. Princeton 2005, 26-48.

Drexhage, Hans-Joachim; Konen, Heinrich; Ruffing, Kai: *Die Wirtschaft des römischen Reiches (1. - 3. Jahrhundert). Eine Einführung*, Berlin 2002.

Drexhage, Hans-Joachim: *Preise, Mieten/Pachten, Kosten und Löhne im römischen Ägypten bis zum Regierungsantritt Diokletians*. Vorarbeiten zu einer Wirtschaftsgeschichte des römischen Ägypten I, St. Katharinen 1991.

Drexhage, Hans-Joachim: *Wirtschaft und Handel in den frühchristlichen Gemeinden (1. - 3. Jh. n.Chr.)*, *Römische Quartalsschrift* 76, 1981, 1-72.

Drexhage, Raphaela: *Untersuchungen zum römischen Osthandel*, Bonn 1988.

Dubarry de Lasalle, Jacques: *Marmor. Vorkommen, Bestimmung, Verarbeitung*, Stuttgart, Munich 2002.

Duncan-Jones, R.: *Money and Government in the Roman Empire*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994.

Düwel, Klaus; Jankuhn, Herbert; Siems, Harald; Timpe, Dieter (Edd.): *Untersuchungen zu Handel und Verkehr der vor- und frühgeschichtlichen Zeit in Mittel- und Nordeuropa III. Der Handel des frühen Mittelalters*, Göttingen 1985 (Abh. Akad. Göttingen 150).

Eggertsson, T.: *Economic Behavior and Institutions*. Cambridge University Press, 1990.

Eppig, C., Fincher, C. L., and Thornhill, R. "Parasite prevalence and the worldwide distribution of cognitive ability," *Proceedings of the Royal Society B: Biological Sciences* 2010.

Erdkamp, Paul: *The grain market in the Roman empire. A social, political and economic study*, Cambridge 2005.

Fellmeth, Ulrich: *Brot und Politik. Ernährung, Tafelluxus und Hunger im antiken Rom*, Stuttgart, Weimar 2001.

Fellmeth, Ulrich: *Pecunia non olet. Die Wirtschaft der antiken Welt*, Darmstadt 2008.

Ferrer Maestro, Juan José: El debate sobre la aplicación de la teoría económica en la Antigüedad: de Johann Karl Rodbertus a Moses I. Finley: desarrollo historiográfico y estado actual. *Revista de historiografía*, 3, 2005, 162-173.

Ferrer Maestro, Juan José: El mercado en la antigua Roma y la economía agropecuaria en tiempos de crisis, *Gerión* 30, 2012, 246-261.

Ferrer Maestro, Juan José: La economía durante la República y el Alto Imperio: explotación, comercio e intercambio, en *Entre fenicios y visigodos: la historia antigua de la Península Ibérica* / coord. por Jaime Alvar Ezquerra, 2008, 201-250.

Ferrer Maestro, Juan José: *La República participada. Intereses privados y negocios públicos en Roma*. Univ. Jaume I Castellón 2005.

Ferrer Maestro, Juan José: Patriotismo y negocios. Una visión de la clase dirigente romana en el período de las guerras púnicas.

Humanitas. Beiträge zur antiken Kulturgeschichte. Munich 2001, 81-88.

Ferrer Maestro, Juan José: Un caso de crédito privado al estado romano: la financiación de suministros militares durante la segunda guerra púnica. *Klio* 85 (2003) 82-93.

Finley, M. I.: *La economía en la Antigüedad*. México 1975.

Flach, Dieter: *Römische Agrargeschichte*, Munich 1990.

France, Jérôme: *Quadragesima Galliarum. L'organisation douanière des provinces alpestres, gauloises et germaniques de l'empire romain (1er siècle avant J.-C. - 3e siècle après J.-C.)*, Roma 2001.

Freyberg von, Hans-Ulrich: *Kapitalverkehr und Handel im römischen Kaiserreich (27 v. Chr.-235 n. Chr.)*, Friburgo 1989.

Garnsey, Peter; Hopkins, Keith; Whittaker, C.R. (Eds.): *Trade in the Ancient Economy*, Londres 1983.

Garnsey, Peter: *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World. Responses to Risk and Crisis*, Cambridge 1988.

Giardina, Andrea: *Aspetti della burocrazia nel basso impero*, Urbino 1977.

Giovannini, Adalberto: Die Zerstörung Jerusalems durch Titus: Eine Strafe Gottes oder eine historische Notwendigkeit, en: Pedro Barceló (Ed.), *Contra quis ferat arma deos? Vier Augsburger Vorträge zur Religionsgeschichte der römischen Kaiserzeit*, Schriften der Philosophischen Fakultäten der Universität Augsburg 55, Munich 1996, 11-34.

Goffart, W.: *Caput and Colonate: Towards a History of Late Roman Taxation*. Toronto 1974.

Goldsmith, R. W. 'An Estimate of the Size and Structure of the National Product of the Early Roman Empire', *Review of Income and Wealth* 30 (1984), 263–88.

Hackens, Tony (Ed.): *Navies and commerce of the Greeks, the Carthaginians and the Etruscans in the Tyrrhenian Sea. Proceedings of the European Symposium held at Ravello, January 1987*, Strasbourg, Ravello 1988.

Hackens, Tony; Marchetti, Patrick (Edd.): *Histoire économique de l'antiquité. Bilans et contributions de savants belges présentés dans une réunion interuniversitaire à Anvers/ Antwerpen*, Universitaire Fakulteiten Sant-Ignatius, Lovaina 1987.

Hansen, Valerie: *The Silk Road: A New History*, Oxford 2012.

Harris, W. V.: "Between archaic and modern: some current problems in the history of the Roman economy", en W. V. Harris (Ed.) *The Inscribed Economy: Production and Distribution in the Roman Empire in the Light of instrumentum domesticum*, *JRA Supp.* 6 (Ann Arbor, MI 1993) 11-29.

Harris, W. V.: "Trade", en: Alan K. Bowman et al. (Edd.) *The Cambridge Ancient History*, Cambridge 2000 710-740.

Harris, W. V. (ed.) *Rethinking the Mediterranean*. Oxford 2005.

Hatcher, J., Bailey, M.: *Modelling the Middle Ages: The History and Theory of England's Economic Development*. Oxford 2001.

- Heimberg, Ursula: *Gewürze, Weihrauch, Seide. Welthandel in der Antike, Stuttgart o.J.* (Kleine Schriften zur Kenntnis der römischen Besetzungsgeschichte Südwestdeutschlands 27).
- Herz, Peter: *Studien zur römischen Wirtschaftsgesetzgebung. Die Lebensmittelversorgung*, Historia-Einzelschriften 55, Stuttgart 1988.
- Hohlfelder, Robert L.: *The maritime world of ancient Rome*, Ann Arbor 2007 (Supplements to the Memoirs of the American Academy).
- Hopkins, K. "Taxes and trade in the Roman empire (200 B.C.-A.D. 400)," *The Journal of Roman Studies* 70 (1980) 101-25.
- Howgego, C.: *Ancient History from Coins*, London, Routledge, 1995.
- Jacobsen, Gurli: *Primitiver Austausch oder freier Markt? Untersuchungen zum Handel in den gallisch-germanischen Provinzen während der römischen Kaiserzeit*, St. Katharinen 1995 (Pharos 5).
- Jones, A. H. M. *The Roman Economy: Studies in Ancient Economic and Administrative History*, Oxford 1974.
- Jones, David: *The bankers of Puteoli. Finance, trade and industry in the Roman world*, Stroud 2006.
- Jones, E. L.: *Growth Recurring: Economic Change in World History*. 2nd ed. Ann Arbor 2000.

Jongman, W. M.: "Slavery and the growth of Rome" en Edwards, C., Woolf, G. (Edd.) *Rome the Cosmopolis*, Cambridge 2003, 100 – 122.

Keay, Simon; Millett, Martin; Paroli, Lidia; Strutt, Kristian: *Portus. An archaeological survey of the port of imperial Rome*, Roma 2005.

Kehoe, D. P.: *Investment, Profit and Tenancy: the Jurists and the Roman Agrarian Economy*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1997.

Kehoe, D.P.: *Law and the Rural Economy in the Roman Empire*, University of Michigan Press, 2007

Kiple, Kenneth F.; Ornelas, Kriemhild Coneè (Eds.): *The Cambridge World History of Food I-II*, Cambridge 2000.

Kloft, Hans: "Makroökonomik, Mikroökonomik und Alte Geschichte", en: K. Strobel (Hrsg.), *Die Ökonomie des Imperium Romanum. Strukturen, Modelle und Wertungen im Spannungsfeld von Modernismus und Neoprimitivismus. Akten des 3. Trierer Symposiums zur Antiken Wirtschaftsgeschichte*, St. Katharinen 2002 (Pharos XVII), 67-85.

Kloft, Hans: *Die Wirtschaft der griechisch-römischen Welt. Eine Einführung*, Darmstadt 1992.

Kloft, Hans: *Die Wirtschaft des Imperium Romanum*, Mainz 2006.

Kolb, Frank: *Diokletian und die Erste Tetrarchie: Improvisation oder Experiment in der Organisation monarchischer Herrschaft?*, Berlin, Nueva York 1987.

Laiou, Angeliki E.; Morrisson, Cécile: *The Byzantine Economy*, Cambridge 2007.

Ljungqvist, F. C.: "Temperature proxy records covering the last two millennia: a tabular and visual overview," *Geografiska Annaler* 91 (2009) 11-29.

Lo Cascio, E.: "State and Coinage in the Late Republic and Early Empire", *The Journal of Roman Studies*, 71 (1981) 76-86.

Lo Cascio, E., Malanima, P.: "Cycles and stability: Italian population before the demographic transition," *Rivista di Storia Economica* 21 (2005) 5-40.

Lo Cascio, Elio (Ed.): *Credito e moneta nel mondo romano. Atti degli Incontri capresi di storia dell'economia antica*, Bari 2003.

Lo Cascio, Elio (Ed.): *Mercati permanenti e mercati periodici nel mondo romano. Atti degli incontri capresi di storia dell'economia antica*, Bari 2000.

López Barja de Quiroga, Pedro, Lomas Salmonte, Francisco Javier, *Historia de Roma*, Madrid 2004.

Maddison, A.: *Contours of the World Economy, 1-2030 AD.*, Oxford 2007.

Martinez, Dieter; Lohs, Karlheinz; Janzen, Jörg: *Weihrauch und Myrrhe. Kulturgeschichte und wirtschaftliche Bedeutung. Botanik-Chemie-Medizin*, Stuttgart 1989.

Mattingly, D. J.: "The imperial economy," in D. S. Potter (Ed.) *A companion to the Roman Empire*, Malden, MA, 2006, 283-97.

- Mauss, M. *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques* (1925), Introduction de Florence Weber, Quadrige/Presses universitaires de France, 2007.
- McCormack, Michael: *Origins of the European economy. Communications and commerce AD 300-900*, Cambridge 2001.
- Miller, J. Innes: *The spice trade of the Roman Empire, 29 B.C. - A.D. 641*, Oxford 1969.
- Mitthof, Fritz: *Annona militaris. Die Heeresversorgung im spätantiken Ägypten. Ein Beitrag zur Verwaltungs- und Heeresgeschichte des Römischen Reiches im 3. bis 6. Jh. n.Chr. I. Darstellung*, Florencia 2001.
- Mommsen, Theodor: *Historia de Roma*, Madrid 1987.
- Morley, Neville: *Metropolis and hinterland. The city of Rome and the Italian economy, 200 BC-AD 200*, Cambridge 1996.
- Morley, Neville: *The city of Rome and the Italian economy, 200 BC - AD 200*, Cambridge 1996.
- Morley, Neville: *Trade in classical antiquity*, Cambridge 2005.
- Morris, I.: "Introduction," en J. Manning, I. Morris (Edd.) *The ancient economy: evidence and models*, Stanford, 2005, 1-44.
- Morris, I., R. Saller, W. Scheidel: "Introduction," in W. Scheidel, I. Morris and R. Saller (Edd.) *The Cambridge economic history of the Greco-Roman world*, Cambridge, 2007, 1-12.
- Mratschek-Halfmann, Sigrid: *Divites et Praepotentes. Reichtum und soziale Stellung in der Literatur der Prinzipatszeit*, Historia-Einzelschriften 70, Stuttgart 1993.

Neira Faleiro, C.: *La Notitia Dignitatum: nueva edición crítica y comentario histórico*, CSIC, Madrid 2005.

Orstedt, Peter: *Roman imperial economy and romanization. A study in Roman imperial administration and the public lease system from the first to the third century A.D.*, Kopenhagen 1985.

Papi, Emanuele (Ed.): *Supplying Rome and the Empire*, Portsmouth 2007 (Journal of Roman Archaeology, Supplement 69).

Parkins, Helen; Smith, Christopher (Ed.): *Trade, traders and the ancient city*, London, New York 1998.

Rathbone, D., Temin, P.: "Financial intermediation in 1st-century AD Rome and 18th- century England," en *Bankers, Loans and Archives in the Ancient World*, Ed. K. Verboven. Lovaina 2008, 371-419.

Rauh, Nicholas K.: *The sacred bonds of commerce. Religion, economy and trade society at Hellenistic Roman Delos*, Amsterdam 1993.

Remesal Rodríguez, José: *Heeresversorgung und die wirtschaftlichen Beziehungen zwischen der Baetica und Germanien* (Materialhefte zur Archäologie 42), Stuttgart 1997.

Reynolds, Paul: *Trade in the Western Mediterranean, AD 400-700, The ceramic evidence*, Oxford 1995.

Rickman, Geoffrey: *The corn supply of ancient Rome*, Oxford 1980.

Rilinger, Ralf: *Humiliores – Honestiores. Zu einer sozialen Dichotomie im Strafrecht der römischen Kaiserzeit*, Munich 1988.

Rollinger, Robert; Ulf, Christoph (Edd.): *Commerce and monetary systems in the ancient world. Means of transmission and cultural interaction*, Stuttgart 2004 (Oriens et Occidens 6).

Saller, R. P.: "Household and gender," en Scheidel, W. Morris, I., and Saller, R. (Edd.) *The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World*. Cambridge 2007, 87- 112.

Scheidel, Walter: "A model of demographic and economic change in Roman Egypt after the Antonine Plague," *Journal of Roman Archaeology* 15 (2002) 97-114.

Scheidel, Walter; Morris, Ian; Saller, Richard (Edd.): *The Cambridge Economic History of the Graeco-Roman World*, Cambridge 2007.

Scheidel, Walter: "Roman population size: the logic of the debate," en De Ligt, L. and Northwood, S. J. (eds.) (2008) *People, Land, and Politics: Demographic Developments and the Transformation of Roman Italy, 300 BC – AD 14*. Leiden 2008, 17-70.

Scheidel, Walter: "Real wages in early economies: evidence for living standards from 1800 BCE to 1300 CE," *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 53 (2010) 425-62.

Scheidel, Walter: (en prensa, 2012) "Roman wellbeing and the economic consequences of the Antonine Plague," en *L'impatto della "peste antonina,"* ed. E. Lo Cascio. Bari.

Scheidel, Walter; Reden, Sitta von (Edd.): *The ancient Economy*, Edinburgh 2002.

Schneider, Helmut: "Das Imperium Romanum: Subsistenzproduktion, Redistribution, Markt" in *Imperium Romanum: Studien zu Geschichte und Rezeption*; Festschrift für Karl Christ zum 75. Geburtstag, Stuttgart 1998, 654-673.

Speidel, Michael A.: "Roman Army Pay Scales", *The Journal of Roman Studies* 82, (1992), 87–106.

Sperber, Daniel: *Roman Palestine, 200-400. Money and Prices*, Ramat-Gan/Israel 1991.

Stathakopoulos, Dionysios C.: *Famine and Pestilence in the Late Roman and Early Byzantine Empire. A systematic survey of subsistence crises and epidemics*, Birmingham 2004.

Ste Croix, G.: *The Class Struggle in the Ancient Greek World: From the Archaic Age to the Arab Conquests*. London, Duckworth, 1981.

Strobel, Karl (Ed.): *Die Ökonomie des Imperium Romanum. Strukturen, Modelle und Wertungen im Spannungsfeld von Modernismus und Neoprimitivismus. Akten des 3. Trierer Symposiums zur antiken Wirtschaftsgeschichte*, St., Katharinen 2002 (Pharos 17).

Strobel, Karl (Ed.): *Forschungen zur Monetarisierung und ökonomischen Funktionalisierung von Geld in den nordwestlichen Provinzen des Imperium Romanum. Die Entstehung eines europäischen Wirtschaftsraumes. Akten des 2. Trierer Symposiums zur antiken Wirtschaftsgeschichte*, Trier 2004.

Teall, John L.: The grain supply of the Byzantine Empire, 330 - 1025, *Dumbarton Oaks Papers* 13, 1959, 87-190.

Tietz, Werner: *Hirten, Bauern, Götter. Eine Geschichte der römischen Landwirtschaft*, Munich 2015.

Virlouvet, Catherine: *Famines et émeutes à Rome des origines de la République à la mort de Néron*, Roma 1985 (Collection de l'école française de Rome 87).

Weber, Max: *Historia agraria romana*, Madrid (Stuttgart, 1891) Madrid 1982.

Wierschowski, Lutz: *Heer und Wirtschaft. Das römische Heer der Prinzipatszeit als Wirtschaftsfaktor*, Bonn 1984.

Williams, S.: *Diocletian and the Roman recovery*, Nueva York 1985.

Wolf, G. *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul*. Cambridge 1998.

Young, Gary K.: *Rome's Eastern Trade. International commerce and imperial policy 31 BC - AD 305*, Londres, Nueva York 2001.